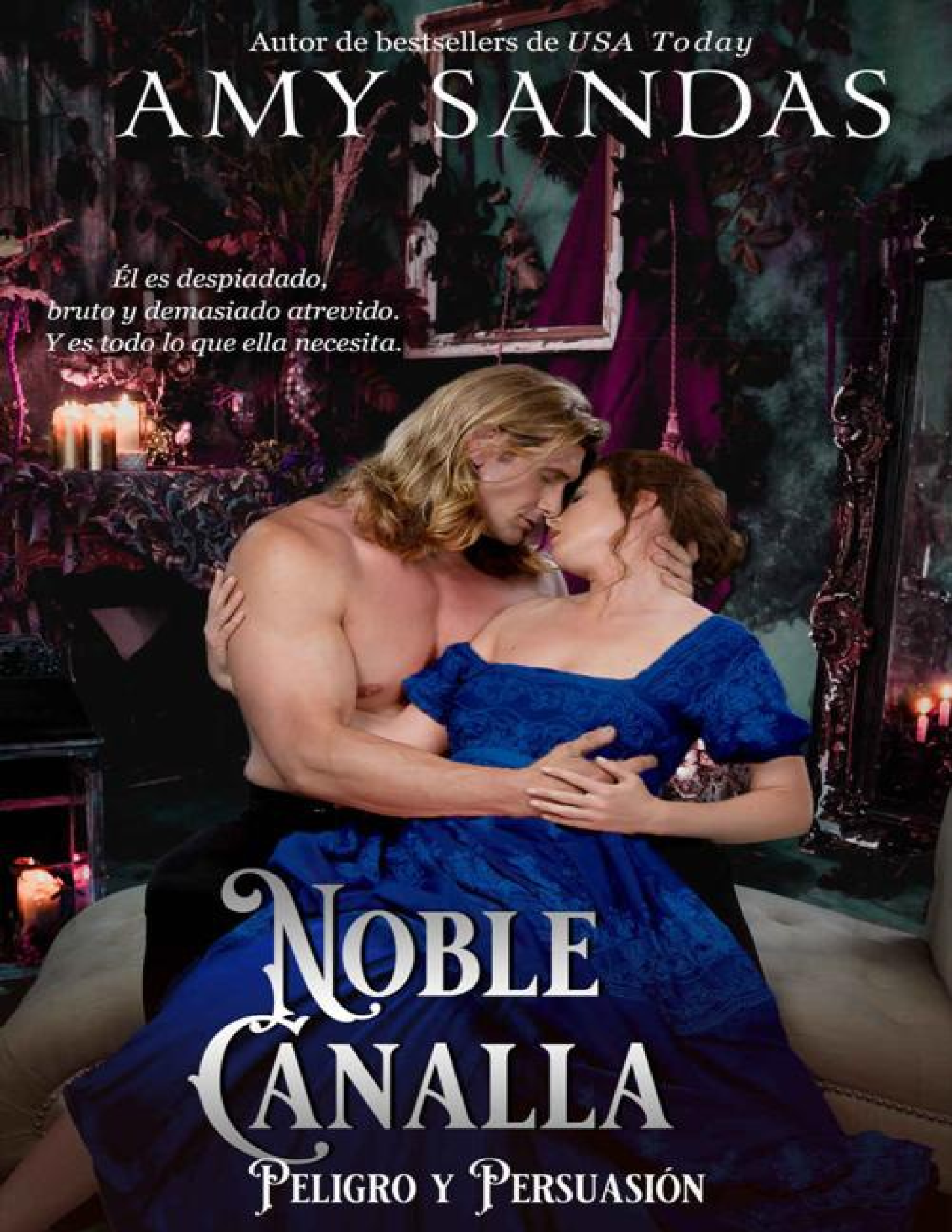

Autor de bestsellers de *USA Today*
AMY SANDAS
*Él es despiadado,
bruto y demasiado atrevido.
Y es todo lo que ella necesita.*
NOBLE CANALLA
PELIGRO Y PERSUASIÓN

Noble Canalla

Peligro y Persuasión

Amy Sandas

Contenido

Página del título
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Epílogo

Capítulo Uno

Londres, agosto 1817

"¿Qué has podido averiguar?".

Mason esperó con impaciencia y los brazos cruzados, mientras Dell Turner se sentó en una de las sillas tapizadas en cretona amarilla y rosa con reposabrazos tallados y patas con garra. Turner había desarrollado un talent especial para dar la apariencia de dar la impresión de estar cómodo y relajado donde estuviera.

Mason asumió una posición cerca de la chimenea en lugar de fiarse de los muebles que tenían un aspecto ridículamente delicado.

Desde hacía años, Mason había conocido a Turner como ocasional pareja de boxeo que frecuentaba locales parecidos del East End londinense. No hacía mucho que había descubierto que su amigo era igual de conocido tanto en los arrabales como en la alta sociedad, con el apodo de Dulcamara, un hombre asombroso de diversos talentos y habilidades innombrables que lograba hacer tareas (normalmente secretas y a menudo peligrosas) que nadie más podía hacer.

Cuando Turner levantó la vista al fin, su mirada era tan seca como su tono de voz. "No mucho. Quizás nada".

"Escúpelo".

Turner respondió a la orden abrupta con un leve movimiento de cabeza.

La corpulencia de Mason y su manera ruda de ser tendían a amenazar a la gente incluso cuando esa no era su intención. A veces usaba su aspecto un tanto brutal para ventaja suya cuando era necesario, pero semejantes tácticas no iban a funcionar con Turner. Sus palabras rudas habían sido más bien consecuencia de su impaciencia y no un intento de intimidación. Alzando las cejas, Mason esperó a que Turner siguiera hablando.

"Ha habido rumores, nada específico y nada concreto, de un ex detective llamado George Boothe, rebuscando información que tiene que ver con nuestras propias pesquisas".

"¿Tales cómo?".

"Ha estado haciendo preguntas acerca de un muchacho, de doce años, pelo y ojos oscuros, con buena habla, llegado recientemente a Londres… se sospecha que está solo en la ciudad".

Solo en la ciudad.

Las palabras crearon una tensión instantánea en el cuerpo de Mason y un retorcimiento en sus entrañas. No hacía muchas semanas su hija de dos años se había perdido en la gran y terrible ciudad.

No se había enterado de la existencia de Claire hasta que ella ya tenía unos cuantos meses de edad. Su madre había trabajado en una sala de baile cerca del puerto, y aunque ella y Mason habían sido amantes durante un breve tiempo, los dos habían seguido sus caminos separados después de una relación breve. No fue hasta unos meses más tarde que Molly vino llamando a su puerta exigiéndole dinero para el cuidado de la niña bebé en sus brazos. Viendo la pequeña carita sonrosada de su hija por primera vez, Mason había experimentado una clase de miedo que nunca había sentido. Su único ejemplo de paternidad había sido su propio padre borracho y violento, y él estaba seguro de que no lograría ser un padre mucho mejor. Creyendo que el bebé estaba mejor al cuidado de su madre, no veía a su hija pequeña con la frecuencia que habría deseado, pero les mantuvo lo mejor que podía. Molly tendía a desplazarse mucho y había momentos en

los cuales Mason no tenía ni idea de dónde se encontraba su hija. Pero nunca había creído que corriese peligro.

Se arrepentía de esa suposición más de lo que nadie pudiera sospechar. Si él hubiera estado más presente, se habría dado cuenta de la adicción creciente al opio de Molly. Si hubiera sido un padre correcto, Claire habría estado con él cuando Molly la abandonó y se marchó de Londres a alguna parte desconocida.

Mason había recorrido todo Londres buscando a Claire, odiándose a sí mismo por no estar cuando su madre había fracasado en ser madre. Cuando sus tácticas de fuerza bruta no lograron encontrar pistas acerca de dónde podía estar Claire, había acudido al único hombre en Londres que podría tener éxito, donde él había fracasado. Dulcamara.

Un hombre que Mason conocía con el nombre de Dell Turner.

Demostrando ser merecedor de la reputación que tenía, Dulcamara había localizado a la pequeña Claire en manos de una pandilla criminal encabezada por un hombre llamado Bricken, que tenía intención de llevársela a ella y a otros de contrabando del país para ser vendidos como esclavos y peor en ultramar.

Hace tan solo un par de semanas, Mason, Turner y dos de los asociados de Dulcamara habían rescatado a Claire y a casi una docena más del almacén de los secuestradores. Todos los niños habían sido devueltos a sus casas respectivas, orfelinatos o de donde habían venido, excepto un niño un poco más mayor que se hacía llamar Freddie.

Se veía claramente, a tenor de sus maneras refinadas y ropas elegantes, que el niño provenía de la nobleza, pero él se negó enfáticamente a contarles nada de sus gentes o sus orígenes.

También era igualmente obvio que Freddie se había portado como protector de Claire durante su horrible trance. Dándose cuenta de cómo la niña tímida y asustada se había aferrado al chico más grande después de su rescate, Mason decidió acoger a Freddie hasta que Turner pudiera dar con alguna información acerca del chaval que no revelaba ningún dato acerca de sí mismo.

Después de varios días e innumerables intentos infructuosos de saber nada, Turner por fin había dado con algo que era una especie de pista. Aunque era vaga, la descripción encajaba con Freddie. Podía ser el mismo chico. Podría ser otra persona completamente también. Cuando Turner no dijo más, Mason le miró ceñudo. “¿Eso es todo?”

La expresión de la cara del otro seguía cerrada, sus ojos de color avellana evaluando. Fuese lo que fuese que estaba dando vueltas en su cerebro ágil y astuto, era algo que no delataba su mirada. “Como dije… podría ser nada”.

Mason rechinó los dientes. Había más. “Dime”.

“Hice que siguieran a Boothe para conseguir más información. Se le observó yendo a una casa en Mayfair… una mansión desde hace mucho en propiedad del Duque de Northmoor. Durante décadas, el lugar ha estado vacío exceptuando unos pocos criados”.

El método de comunicar información de Turner se estaba poniendo exasperante. Mason prefería un discurso directo y sin ambigüedades. “Al grano, Turner”.

“El anterior duque vivía una vida recluida en el campo hasta que murió en un incendio de la casa hace unos meses. Su esposa había fallecido unos años antes, de manera que la muerte de Northmoor dejó dos niños huérfanos. Ya que el fuego que se llevó a su padre también destruyó una gran parte de su casa, el joven duque, actualmente de doce años, y su hermana adulta se mudaron a la casa largamente abandonada de Londres”. Turner hizo una pausa antes de añadir, “el nuevo Duque de Northmoor también se conoce por el nombre de Frederick

Blackwell".

Mason se quedó mirándole con incredulidad. "¿Estás diciendo que Freddie es un maldito duque?"

"Es una posibilidad".

Mason pensó en el chico ahora mismo en la planta de arriba de su casa. A juzgar por la ropa que llevaba cuando se le encontró y sus modales refinados, era muy probable que proviniera de una familia noble.

Pero, *¿un maldito duque*?

Miró la cara solemne de Turner. "¿Un duque recién hecho desaparece y no viene ni una palabra en los periódicos? ¿Nadie exige drenar el Támesis? Tenía que haber un ejército de detectives inundando las calles y llamando a todas las puertas".

"Curioso, ¿verdad?" Turner estaba de acuerdo. "Los dos han sido tan solitarios en la ciudad como lo fueron en el campo".

Mason empezó a dar zancadas por la habitación, pero se detuvo cuando casi choca con un mueble lleno de animalitos de granja hechos de porcelana. "Si Freddie y este duque son la misma persona, tendría que haber desaparecido hace semanas ya. Suponiendo que es la hermana quien le busca, ¿por qué no ha hecho que los policías de Bow Street se encarguen en lugar de un viejo detective jubilado?"

Turner se encogió de hombros. "¿Por qué se negaría el chico a revelar su identidad una vez rescatado de Bricken?" Miró con ironía la habitación. "No tengo nada en contra de tu nueva casa, pero se pensaría que el chico estaría ansioso por regresar a los lujos de Mayfair".

Los dos hombres se miraron. La mirada de Turner era calmada, alerta, implacable, mientras que Mason sentía la frustración en la tirantez de su frente y su mandíbula tensa.

Odiaba los misterios y quería que este misterio sobre Freddie se aclarara. No le gustaba deberle nada a nadie y esta deuda era demasiado grande para ser ignorada. No iba a ser satisfecha hasta que viera que Freddie se reuniera con su gente. Una tarea difícil, ya que el muchacho no había dado indicaciones al respecto.

"Northmoor es un ducado rico. Quizás está preocupado por si exiges un rescate por devolverle una vez que descubras sus orígenes". Había un tono de reprimenda evidente en el tono de voz de Turner. "Se te ha conocido realizar semejantes canalladas en el pasado".

Mason estrechó los ojos ante la referencia encubierta a su conducta, que no era ciertamente honorable cuando había estado desesperado por recuperar a su hija. En las semanas previas de abandonar a Claire, Molly había estado exigiéndole dinero a Mason. Ella había afirmado que quería empezar una vida nueva libre de la prostitución y el opio. Pero cuando Mason no había logrado los fondos que ella le había exigido con suficiente rapidez, había amenazado con llevarse a Claire a un lugar donde él nunca la encontraría.

Como prestamista en encuentros de boxeo ilegales, Mason se vio obligado a cobrarles a todos los apostadores que tenían préstamos pendientes de pago. Incluso a quienes había casi perdonado. En ese tiempo, todavía había creído que Molly era una buena madre a pesar de su egoísmo y sus dificultades con el opio. Si él hubiera sabido de qué era capaz, habría exigido la entrega de su hija y dejado a su madre a que se buscara la vida.

Había muchas cosas que él habría hecho de manera diferente, si él mismo hubiera sido menos egoísta.

"No estoy orgulloso de lo que les hice a las chicas Chadwick", replicó con rigidez. No estaba acostumbrado a darle explicaciones a nadie, pero pensó que debía hacerlo sobre esto. "Estaba loco cuando Molly amenazó con llevarse a Claire y necesitaba el dinero que su padre

debía”.

Turner le miró fijamente, con frialdad y evaluándole. Luego movió la cabeza brevemente dando a entender que el tema estaba cerrado. Por lo menos de momento. Ya que esa situación había tenido que ver con alguien cercano a Turner, Mason sospechó que pasaría mucho tiempo antes de que se le perdonase ese asunto totalmente.

Seguramente con todo el derecho.

De todas formas… Mason no podía estar seguro de que no volvería a hacer lo mismo si Claire volviera a estar en peligro. Lo cual le hizo volver al tema de Freddie, el chico que había hecho todo lo possible por proteger a la niña pequeña cuando Mason no pudo.

Se llevó una mano a la mandíbula. “Podría ser que Freddie tiene alguna otra razón por no querer volver a casa. ¿Cómo podía un joven noble acabar en manos de un hombre como Bricken en primer lugar?”.

Turner ladeó la cabeza. “Buena pregunta. Ese canalla seguro que habría tenido los medios para raptar a un duque y seguramente nunca se le ocurrió intentarlo, lo cual quiere decir que seguramente se apoderó de Freddie por casualidad”. Se paró. Los ojos avellana oscurecidos ante su pensamiento. “O alguien vio que Bricken era una manera conveniente para deshacerse del muchacho”.

“Mierda”, murmuró Mason. “¿Qué sabes de la hermana?”.

“Solo que Lady Katherine Blackwell tiene veinte años y nunca ha tenido un debut en Londres. Como dije, han vivido una vida muy recluida”.

“¿Podría estar ella detrás de todo?”

“No hay información suficiente para poder confirmar o refutar esa posibilidad”.

Pero era una posibilidad. “Hasta que la haya”, contestó Mason, “la consideramos una amenaza”.

“Suponiendo que Freddie y este Duque de Northmoor son la misma persona”.

Mason consideró esa manera de ser de absoluta contención y ese sutil aire de mando que poseía Freddie sin intentarlo siquiera. La manera en que guardaba silencio sobre su hogar y su gente. Su manera rígida de ser y su mirada sospechosa. Mason sintió una certeza en su ser. “Es él”.

Turner no refutó lo que él le dijo, lo cual le hizo pensar a Mason que pensaba igual. “Bueno, al menos no hay rumores conectando al niño con cierto ex-boxeador”.

Mason pensó un momento antes de replicar. “Quizás los debería haber”.

Las cejas de Turner subieron. “¿Estás buscando problemas?”

“No sería la primera vez”, replicó Mason con una sonrisa lenta y sin humor. “Haz que uno de tus hombres le haga saber a este Boothe que el chico puede haber sido visto en mi vieja casa”.

“Lo haré”, contestó Turner con un breve movimiento de cabeza, “pero no podré estar contigo. Me voy de la ciudad mañana durante unas cuantas semanas”.

Mason rio. “Estoy bastante seguro de que puedo lidiar con un detective jubilado. Solo tengo unas pocas preguntas para ese hombre. No voy a entregar a Freddie a nadie que tenga alguna intención de hacerle más daño”.

Turner se puso en pie y se alisó el abrigo. “Si necesitas algo mientras yo no esté, ponte en contacto con Morley. ¿Sabes dónde encontrarle?”.

Mason asintió con la cabeza, después no pudo resistir la ocasión de meterse con el hombre, un poquito. “Tu socia pasó por aquí esta mañana”, dijo casualmente.

Los rasgos de Turner permanecieron serios.

“¿O no debería llamarla eso?”, preguntó Mason con humor. “La dama dijo que vosotros dos ya no estáis colaborando. De hecho, no parecía estar muy contenta contigo. ¿se acabó la luna de miel?”

Cuando Turner finalmente contestó a las puyas de Mason, no era de la manera que había esperado. En lugar de mostrar irritación, la boca de Turner adoptó una sonrisa astuta. “Justo lo contrario. La luna de miel empieza mañana”.

Mason se debería haber dado cuenta de que Dulcamara tendría un as bajo la manga. Sacudió la cabeza con una risa breve. “Eres un hombre valiente. No parece ser la clase de hembra fácil de manejar”.

Turner puso los ojos en blanco y emitió un sonido bajo de frustración, y por primera vez durante su conversación, se le escuchó un poco de acento londinense en la voz. “Un eufemismo de proporciones míticas, chaval. Menos mal que he dejado de intentar hacerlo”. Luego se dio la media Vuelta y se marchó, dejando a Mason en el saloncito lleno de volantes de color pastel y cachivaches en todas las superficies y muebles donde no se podía sentar.

Mason había alquilado la casa totalmente amueblada al día siguiente de haber salvado a Claire y Freddie de la pandilla de Bricken. Su anterior casa había sido un edificio de oficinas donde llevaba a cabo sus negocios, haciendo las apuestas de las peleas de boxeo en que había sido invicto antes de jubilarse del cuadrilátero. Aunque también había usado su oficina como domicilio, no era un lugar adecuado para dos niños.

Si tenía intención de quedarse en esta casa llena de cursilerías, habría mucho que tendría que cambiar en ella. Pero sabía menos todavía sobre decoración que de cuidar niños, y no tenía ni idea de hasta cuando se quedarían, así que la casa y sus ornamentos excesivos se quedarían como estaban en el futuro previsible.

Capítulo Dos

Mason paró un carruaje de pago para llevarle a su oficina unas pocas horas después de que Turner se fuera.

Pensó que para cuando se corriera la voz hasta el ex detective a través de la red amplia y escurridiza de Dulcamara de personas que susurraban y escuchaban, no le llevaría mucho tiempo al investigador en encontrar la dirección. Mason Hale era una persona bien conocida en el East End londinense.

Aceptado por el mundo de las peleas de boxeo desde la edad de diecisiete años cuando su tamaño y fuerza ya llamaban la atención, Mason no se había alejado mucho del cuadrilátero cuando decidió que diez años de dar puñetazos eran suficientes. Había ganado un buen dinero como luchador y más todavía como prestamista para hombres que apostaban en peleas de boxeo.

Entrando el edificio estrecho de ladrillo, le llamó la atención lo verdaderamente ruinoso del sitio. No le habían importado mucho las apariencias. A sus clientes tampoco les había preocupado mucho, tampoco siempre y cuando Mason tuviera el dinero para sus adicciones por las apuestas. Pero en comparación con la casa urbana donde llevaba viviendo estas últimas semanas, sus antiguas oficinas parecían realmente sórdidas.

Nada podía ser tan malo como el hogar de la infancia que Mason había dejado atrás, pero desde luego que quería algo más que esto para su hija. Quizás vendería el local directamente. Empezar de nuevo en algún otro sitio.

El edificio estaba en silencio mientras se abría camino por las habitaciones inferiores hacia las estrechas escaleras. El nivel superior era el espacio personal de Mason, que solo era una gran habitación con un escritorio en una esquina, un sofá arrimado a la pared y justo el espacio despejado necesario para poder entrenar.

Solo porque Mason había dejado el cuadrilátero no significaba que hubiera dejado de pelear. Todavía le gustaba pelear con hombres con habilidad como la suya unas cuantas rondas. Necesitaba el desafío y su cuerpo ansiaba el movimiento y esfuerzo y sudor de una buena pelea. Ahora que tenía que cuidar de Claire, había estado pensando en empezar un programa de entrenamiento más formal. Algo que fuese más allá del cuadrilátero y que aprovechara sus experiencias como guardián de puertas de prostíbulos. Había muchos establecimientos en la ciudad que necesitaban un luchador bien entrenado y hábil para vigilar sus puertas y mantener la paz en el local.

Pero primero tenía que asegurarse de que Freddie volviera a su vida correcta.

Cuando llegó al último escalón de las escaleras y a la puerta que daba a la habitación superior, se detuvo un momento.

Los vellos en sus brazos se erizaron y los músculos de su vientre se tensaron.

Había alguien allí. Detrás de la puerta entornada, esperando atacar en cuanto Mason entrara. Afuera había caído la tarde, y sin farolas encendidas todavía, el edificio estaba lleno de una luz gris pálida, pero la sombra por debajo de la puerta delataba la presencia de alguien y él sabía desde una edad demasiado temprana a tener miedo de los rincones ciegos.

Aunque había pasado mucho tiempo desde que alguien se hubiera atrevido a atacarle sin provocación previa, en su juventud dura, había ocurrido a menudo. Había sido un chico canijo hasta la edad de los trece años, más o menos cuando creció y se hizo más alto y corpulento en muy poco tiempo. La transformación dramática en su físico eran un desafío para otros chicos de

los arrabales, donde la fuerza equivalía al derecho.

Mason había sido asaltado tantas veces en esos años, que había tenido moratones y golpes en la cara y el cuerpo de manera constante. Pero se había criado en un nido de violencia y sabía cómo recibir un golpe y seguir Adelante. Finalmente, se empezó a correr la voz de que no podía ser derrotado y los ataques se hicieron menos frecuentes.

Mason cuadró los hombros anticipando la confrontación que le aguardaba detrás de la puerta. Tendría que haber anticipado la eficacia de la gente de Dulcamara en correr la voz hasta Boothe.

Bien. El asunto se arreglaría más rápido de lo esperado.

Después de quitarse, sin hacer ruido, su abrigo y dejarlo en las escaleras, puso la palma de la mano en la puerta. Empujando para abrirla, pasó.

Algo no olía bien. En un lugar mayormente oliendo a carbón, sudor y whiskey, el nuevo olor estaba muy fuera de lugar. Fresco y rico con la fragancia de alguna flor exótica, le distrajo momentáneamente de la amenaza inmediata, dándole al intruso una oportunidad de golpear primero.

Algo del que el hombre se iba a arrepentir.

Un puño golpeó la mandíbula de Mason y sonrió. Parecía que había tenido razón en no esperar un desafío importante en esta confrontación. El puñetazo había estado mal hecho y llevaba solo una parte minúscula de la fuerza que podría haber tenido si se hubiera ejecutado bien. Boothe, por lo visto, había tenido prisa en conseguir la ventaja… seguramente porque sabía que no tendría otra ocasión de hacerlo.

Mason cerró la puerta de una patada, cortando una vía de escape del hombre antes de que Mason tuviera una oportunidad de interrogarle acerca de la mujer que le había contratado.

“Vas a tener que hacerlo mucho mejor que eso”, dijo con una sonrisita mientras que el detective se preparaba para la pelea delante de él con los puños alzados.

Mason cuadró los hombros y se sacudió los dedos antes de curvarlos en la palma de la mano.

Aunque la luz era pálida, había suficiente como para determinar que su adversario era un hombre grande, ancho y con un pecho como una barrica. Su mirada era seria y estaba listo para pelear; tenía la mirada enfocada. En algún tiempo el ex detective podría haber sido un hombre imponente. Sin embargo, ahora era un hombre que había dejado sus años de estar en forma física y sobrepasado en contrincante.

Pero eso no le impidió echarse hacia delante para asestar un derechazo fuerte.

Mason se agachó con facilidad y mandó un jab rápido a las costillas de su contrincante. El hombre tropezó y tosió, pero se recuperó rápido para abalanzarse hacia Mason de nuevo.

Esquivando el siguiente golpe con un bloqueo sencillo, Mason decidió poner fin a la pelea que no tenía sentido.

Después de permitirle a Boothe acercarse lo suficiente como para apuntar a la mandíbula de Mason, el cual respondió con un jab borroso que hizo que el otro hombre cayera al suelo, noqueado.

Mason soltó una respiración irritada.

Había querido terminar la pelea, no dejar al hombre sin sentido. Ahora tendría que esperar a que despertara antes de conseguir las respuestas que quería. Cuando dio un paso hacia el detective caído, con la intención de registrarle los bolsillos para ver si había algo útil, se escuchó el sonido claro de una pistola siendo amartillada que reverberó en la habitación como una bala de cañón.

Mason se quedó helado.

Boothe no había venido solo.

Con las manos desplegadas y separadas de su cuerpo, se giró lentamente hacia el sonido para descubrir una silueta de pie en las sombras oscuras detrás del escritorio.

"No se mueva". La voz de la mujer era una intrigante combinación de elegancia y arrogancia. Lisa y fuerte. La textura de esa voz se deslizó con calidez por la columna de Mason.

Ella estaba envuelta en una capa gruesa de terciopelo azul oscuro. Con la capucha subida por encima de su cabeza, no podía ver nada de su cara. Pero teniendo en cuenta su acento de persona cultivada, sospechó que la hermana de Freddie había elegido no quedarse en casa tranquilamente mientras su hombre seguía al de Turner, era una pista eficaz.

Mason tendría sus respuestas pronto en vez de tarde después de todo.

Manteniendo la mirada fija en la mujer y en el destello de metal oscuro que ella extendía desde los pliegues de su capa, Mason alzó las manos para soltar el lazo que ataba su pelo y que se había soltado durante el breve encuentro con Boothe. Con movimientos lentos, deliberados, sacudió la cabeza, sin quitarle ojo a la mujer, antes de peinarse el cabello con los dedos para asegurárselo a la nuca de nuevo.

Luego, bajó las manos hasta sus costados y sonrió. "Hola, chica".

"¿Es usted Mason Hale?".

"Lo soy".

Ella titubeó. Solo fue una pausa muy breve, pero Mason se dio cuenta. Habría sospechado que su causa fuese la incertidumbre, si no fuera porque su voz era fuerte y acompasada cuando habló de nuevo. "¿Dónde está el niño?"

Mason hizo un gesto de buscar a su alrededor, incluso mirando por detrás de su cuerpo antes de ladear la cabeza hacia la mujer con la capa. "¿Qué niño?"

Ella hizo un breve sonido de impaciencia.

"Se me informó de que estaría aquí. Ya hemos registrado este lugar y sé que no está aquí, pero sospecho que usted sabe dónde está". Ella levantó la pistola de manera sugerente. "Y usted me lo va a decir".

Mason ladeó la cabeza, pensativo. "¿Eso voy a hacer?"

El tono de ella se hizo más perentorio. "¿Dónde está?".

"Como ha dicho, no está aquí". Mason dio un paso hacia el frente. La pistola no se movió.

"Me lo entregará. De inmediato".

Impresionado con el atrevimiento de la mujer, aunque todavía sin estar seguro de sus intenciones, Mason le preguntó, "¿Qué le hace pensar que soy la clase de hombre que haría algo solo porque usted me lo exige?"

"Pagaré un rescate. Cualquier cantidad. El doble… triple… de lo que le pagaron por llevárselo". Su voz subía con la tensión. Un hilo de desesperación perceptible en la orden firme.

Mason siguió cruzando la habitación, sus pasos lentos, parejos, sonando de forma ominosa en el suelo de madera desnuda.

La mujer volvió a ajustar la puntería de la pistola para seguir el avance de él. "No dé ni un paso más" .

Él la ignoró. "No me va a disparar".

"No me subestime," contestó ella con frialdad.

"Si me dispara, no encontrará al niño".

Una suave y veloz inspiración. "Lo tiene."

Mason se acercó hasta que la amplitud de su pesado escritorio de roble era lo único que se interponía entre ellos dos. Eso, la pistola y la creciente oscuridad. “¿Qué quiere con él?”.

“No le incumbe saberlo”. La irritación coloreó el tono de su voz y acortó sus palabras. “Entréguemelo.”

Mason alzó una ceja. “Sigue haciendo exigencias, palomita, pero no es la persona al mando aquí”.

Ella hizo un sutil gesto con la pistola. “Me parece que discrepo”.

Sin aviso previo, Mason colocó la mano en la superficie del escritorio y se volteó por encima de la mesa. La mujer dio un paso instintivo hacia atrás, permitiéndole a él aterrizar justo delante de ella. Al mismo tiempo, agarró su muñeca fina y alzó la mano de ella con la pistola por encima de su cabeza, aprisionándola contra la pared. Otro paso más le llevó a situar su cuerpo justo ante ella. La tela de terciopelo de su capa rozó sus pantalones de lana mientras el pulso en su muñeca se aceleró contra la palma de la mano de él.

Para sorpresa de él, ella no entró en pánico ni forcejeó contra la mano de él. El único sonido que hizo fue un jadeo de sorpresa inicial cuando la presionó contra la pared. Ella intentó probar la fuerza del agarre de él, pero solo una vez y sutilmente. No tenía sentido resistir la fuerza de él, y por lo visto, era lo suficientemente lista para no perder el tiempo en cosas inútiles.

Se quedó quieta. Pero todo su cuerpo irradiaba tensión.

El cuerpo de Mason respondió ante la proximidad de su calor y su testaruda, sutil resistencia. El despertar de la lujuria en la sangre de él era inesperado.

“Suélteme”, exigió ella.

“No”.

“Se atreve…”

“Me atrevo”, interrumpió él en un murmullo pesado. “Eso y más”.

Finalmente, ella echó la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos y su capucha se deslizó hacia atrás para revelar un rostro muy enojado y cabello oscuro peinado en un moño.

La oscuridad estaba lentamente convirtiéndose en noche plena, oscureciendo más las sombras de la habitación, pero no era tan oscuro que él no pudiera ver los detalles de su cara. Si Mason todavía albergaba dudas de que la mujer era la hermana de Freddie, ahora habían desaparecido. Era básicamente una versión femenina del niño, con la misma estructura ósea refinada, los mismos ojos grandes, oscuros e insondables bajo cejas espesas. Y, aunque su mirada brillaba con una inteligencia conocida, la manera en que le fulminaba con la mirada antes de alzar una ceja formidable en una sutil señal de burla, era una expresión puramente de ella.

Ella era una belleza. Una mujer de ira elegante y desprecio grácil.

Mason se sintió cautivado por ella.

Capítulo Tres

Lady Katherine Blackwell se obligó a respirar con serenidad. Era difícil mientras alzaba la mirada para ver la de él, que era intensa en unos rasgos rudos, endurecidos. Mientras ella se fijaba en la frente fruncida del hombre, y la línea fuerte de su mandíbula, el temblor en su vientre amenazaba en expandirse hasta sus extremidades, pero se obligó a mantener el control de sí misma.

No podía permitir que este bruto lleno de músculos desarrollados pensara que ella tenía miedo, aunque el puro tamaño y fuerza evidente de él eran suficientes para aterrorizar a cualquiera. El pobre Sr. Boothe no había tenido ni una oportunidad de hacerle frente.

El ex detective le había sido recomendado por Lord Shelbourne, un asociado de su padre y la única persona que ella conocía en Londres. Después de la muerte de su padre, Shelbourne había mandado una carta de pésame, que había sido seguida por varias más, preguntando por el bienestar de ellos, ofreciéndoles su ayuda de la forma que fuera si ella la necesitaba alguna vez. Sin saber a quién recurrir cuando descubrió la desaparición de Frederick, había aceptado la oferta del lord. Shelbourne le había indicado que un investigador personal sería más eficaz que las autoridades y mucho más discreto. Por lo visto, la discreción lo era todo en la sociedad londinense.

A pesar de la insistencia de Lord Shelbourne, hubo varias veces en que casi acudió a las autoridades de todas formas. Los días que pasaban sin conseguir ni una pista acerca de lo que le había pasado a su hermano habían sido una tortura. Entonces, hace aproximadamente una semana, había recibido una nota. Apresuradamente escrita con la letra de Frederick, sencillamente decía que estaba bien y que la contactaría otra vez pronto. Aunque la nota le aseguraba que Frederick estaba vivo, ella temía que le hubieran obligado a escribirla.

Y, finalmente, hoy, Boothe había recibido un chivatazo de que un chico con la descripción de Frederick había sido visto en esta dirección.

El ex detective había intentado discutir con ella diciéndole que no sería seguro o correcto que ella le acompañara a semejante sitio. La había intentado disuadir explicándole que la propiedad era el lugar de negocios de un despiadado prestamista venerado y temido al no ser derrotado en el circuito de boxeo a la sombra. Una bestia de hombre llamado Mason Hale.

Pero ella había pasado por alto todas sus objeciones. ¿Qué importaba nada de eso cuando su hermano estaba perdido y solo en Londres? Si Frederick había acabado en manos tan peligrosas, ella no se iba a quedar en casa esperando noticias sobre si su hermano había sido encontrado y liberado o no.

Viendo la breve, desigual pelea entre Hale y Boothe, ella se había visto obligada a reconocer el peligro de la situación. Pero había venido preparada.

Cuando el sonido de su pistola siendo amartillada llamó la atención de Hale, ella se había quedado momentáneamente aturdida por la salvaje intensidad de los ojos del hombre. Emanaba violencia. Y ni siquiera intentaba dominarla. Parecía disfrutar de su propia brutalidad..

Habiendo vivido en el campo, ella había visto a campesinos y labriegos trabajando. Conocía a varios hombres de tamaño grande, con pechos fuertes y enormes antebrazos que se habrían estremecido ante la idea de usar su fuerza para hacer algo violento. Eran suaves gigantes en comparación con este hombre cuyo cuerpo había sido obviamente preparado para la batalla en lugar del campo.

Alto y muy ancho de espaldas, Hale tenía un pecho menos de tipo barrica y más de tipo… muro de ladrillo. Inmovible e imponente. Sus brazos eran casi tan gruesos como los de un herrero y sus manos eran grandes. Su cara destacaba y era cuadrada, con una nariz algo torcida, una mandíbula dura y labios anchos. Su frente era fuerte, ensombreciendo ojos que brillaban con poderío.

Cuando él había caminado hacia ella, cada paso que había dado hizo que el corazón de ella se acelerara.

Era miedo, sí, pero también una aguda anticipación como nada que hubiera sentido antes.

Porque no había sabido lo que él haría.

Era fuerza bruta y control pausado. Considerando su tamaño, tenía que haber sido lento y torpe; en lugar de eso, era grácil y fuerte en armonía perfecta. Su aspecto descuidado aunque atractivo y su sonrisa ladeada acompañada por palabras dichas con una voz espesa y ruda con acento londinense. Sin embargo, la seguridad en sí mismo de Hale y su descarada irreverencia sugerían que era algo más que el hombre fuerte contratado por alguien, y apenas había parpadeado cuando ella se ofreció a pagarle lo que seguramente sería una pequeña fortuna. De hecho, había parecido casi divertido. Y luego, de manera tan rápida y frustrante para ella, había tomado la ventaja física, aunque logrando no hacerle daño. Su control era evidente y de alguna manera eso la hacía aún más consciente nerviosamente de él.

El ex boxeador por lo visto disfrutaba usando su excesiva fuerza para conservar la ventaja. Pero Katherine no estaba dispuesta a dejar que él la amedrentara.

Ignorando el sobrecogedor tamaño del hombre, su ruda belleza, su mirada dura, y el olor a hombre que emanaba de él, ella endureció su mandíbula. “¿Cuál es su exigencia?”

Él ladeó la cabeza. “¿Mi exigencia?”.

“¿Qué hace falta para que le libere?”.

“*Hmm*.” El sonido ronco y terroso de su voz, vibró en los pocos centímetros que les separaban, penetrando de manera pesada y cálida en el núcleo de ella. “¿Qué estás dispuesta a dar, palomita dulce?”.

Ella sintió de repente que su lengua se hacía espesa en su boca. “Le dije…”.

“Ah, sí”. Él rio. Un sonido peligroso. “El *triple* de lo que pagué para llevármelo. ¿Verdad?”.

Ella asintió, sintiendo algo extraño removerse dentro de ella. Muy hondo en el centro de su ser.

“Bueno, entonces… tienes suerte”. Él levantó la mano que había estado soportándole contra la pared al lado del hombro de ella para rozar su mandíbula con los nudillos antes de trazar la curva exterior de su oreja con la punta del dedo.

Ella sintió chispazos hormigueantes difuminarse ante el tacto de él, dando lugar a piel de gallina en su cuerpo. Katherine nunca había sido tocada así. No tenía ni idea de cómo reaccionar. Qué pensar. Ante la ausencia de una alternativa preparada, sencillamente le miró, intentando disimular.

Cuando volvió a hablar, era en un murmullo basto y pesado. “¿Cómo puedo saber que no eres una amenaza para él?”.

Ella parpadeó ante la pregunta. “¿Qué? ¿Por qué iba a ser yo una amenaza?” Su frente se frunció. “No intente confundirme, Sr. Hale. No voy a ceder”.

“*Hmm*”.

De nuevo, ese sonido.

Él deslizó la mano para tomar la nuca de ella en su palma, instándola a echar la cabeza

hacia atrás aún más. Luego bajó la cabeza hacia la de ella. El vientre de ella se tensó. Sus rasgos bastos eran duros en la oscuridad cada vez mayor, pero una rara fuerza destellaba en su mirada fija. Ella deseó que la oscuridad no fuese tan grande para poder determinar el color de sus ojos. “Eres atrevida, ¿verdad?”. Dijo él. “Demasiado lista para tu propio bien”.

“Eso no es así”, replicó ella con firmeza a pesar de la llamarada de alarma en su sangre.

Él hizo una mueca. “¿Por qué tendría necesidad la hija de un duque de semejante valor?”.

El estómago de ella dio un vuelco ante la referencia a su padre. *¡Él sabía quién era ella!* Eso quería decir que sabía quién era Frederick.

Soltando aire que se le había atascado en la garganta, las siguientes palabras de ella salieron de entre sus dientes tensados. “Me lo entregará”.

La boca de él se curvó. Brillaron dientes blancos. “¿Lo haré?”

Ella levantó la mano izquierda sacándola de su capa. Él se puso rígido y su sonrisa de superioridad masculina se borró en cuanto sintió la pistola de ella, tocándole en la carne vulnerable de su entrepierna. “Lo hará”.

Él carraspeó. “Esto es… inesperado”.

“No debería serlo”, constató ella tranquilamente. “Las pistolas para batirse en duelo siempre vienen de dos en dos”.

Los dedos largos, en torno a la nuca de ella, apretaron suavemente mientras una respiración pesada salió de sus labios, bañándole la sien con calidez. Su voz era un bajo murmullo cuando contestó. “Los duelos son para idiotas”.

Antes de que ella pudiera contestar, o siquiera pensar en una respuesta, él le soltó la nuca, capturó su muñeca izquierda y se la empujó detrás de su espalda. Al mismo tiempo bajó la mano que tenía por encima de la cabeza de ella y la bajó a la otra mano de ella metiéndosela por detrás de la espalda.

“Prefiero hacer las cosas con las manos desnudas”, murmuró él. “Es más personal, ¿no te parece?”.

El aliento de Katherine era agitado mientras se veía obligada a reconocer la sensación extraña, muy intensa, de estar tan absolutamente atrapada por él. Sus brazos la encerraban mientras le aguantaba las manos tras sus espaldas, obligándola a arquear la espalda que le presionaba los pechos con firmeza contra el pecho de él. Los hombros de él bloqueaban su visión del resto de la habitación y sus muslos aprisionaban los de ella.

Era enfurecedor como la había superado. *Otra vez.* Pero más aún, era inquietante cómo su cuerpo parecía despertar aprisionado por él. Su pulso se aceleró, su aliento se acortó, su piel se recalentó. Y, muy dentro de ella, había una agitación delicada e insistente.

“Suélteme”, le ordenó ella secamente.

“Para nada”.

Su voz era ronca y baja, y el vientre de ella se retorció con fuerza.

Ella inhaló de manera pesada, instando a su cerebro a que actuara… ¡pensara!

Semejante tarea difícil, con el calor y la dureza de él rodeándola, su mirada intensa fija en la de ella, y su boca… con una intrigante mueca de humor con arcos curvos y líneas firmes…

Pero entonces algo que él había dicho traspasó la niebla de sus pensamientos. No había tenido sentido antes, pero… si ella ajustaba el contexto...

Una fascinante sospecha afloró en ella.

De hecho, había muchas cosas que cobraban sentido de repente. El enigma de él de repente ofrecía un resquicio de claridad.

Ella volvió a respirar hondo, haciendo que la mirada de él pasara brevemente por encima

del subir y bajar de los pechos de ella. “No tiene ninguna razón por la cual retenerme”, dijo ella con calma y firmeza. “Soltará a mi hermano”.

Él tensó los brazos en torno a ella. El muro de su pecho se flexionó y movió contra los senos de ella. Un mechón de su cabello color amarillento se salió de su cola de caballo y rozó la mejilla de ella. “¿Y por qué iba a hacer eso después de lo que has intentado hacerme?”, preguntó él con tono sardónico.

Ella podía estar equivocada, pero no tenía nada que perder con ser atrevida.

“Porque usted orquestó esta pequeña reunión, ¿verdad? Estaba preparado para el Sr. Boothe en cuanto entró en esta habitación, aunque sospecho que mi presencia fue una sorpresa”. Los dedos de él le agarraron de las muñecas con más fuerza y ella siguió con seguridad. “Vino aquí para asegurarse de que yo no soy una amenaza para mi hermano. Por alguna razón le quiere a salvo. Si eso es verdad, entonces estamos en el mismo bando”. Después de titubear brevemente, ella agregó en voz baja, “Frederick me necesita”.

Hubo un momento largo mientras se miraban intensamente. Sus miradas evaluando y sondeando, sopesando riesgos y calculando resultados.

Al cabo de un rato, él estrechó los ojos, ocultando la luz hipnótica de su mirada. “Me has sorprendido, lady Katherine,” murmuró él espesamente. Lo rudo de su voz hizo que su nombre sonara peligroso y ardiente. Ella tensó los muslos y los músculos de su espalda para luchar contra la sensación repentina que la derretía por dentro. “No se sorprende mucha gente”.

“Entonces, ¿me traerá a Frederick?”. La falta de aliento en ella no era completamente a causa de la esperanza que la embargaba ante la posibilidad de reunirse al fin con su hermano.

“No”, replicó él. Dando un paso atrás, soltó las manos de ella, dejando las pistolas en manos de ella. “Pero yo te llevaré a él”.

Después de apartarse de ella, saltó de nuevo por encima del escritorio y se encaminó hacia la puerta.

Aterrorizada por si él pudiera estar jugando con ella y totalmente insegura de poder fiarse de nada de lo que él le dijera, se quedó rígida en su sitio. “¿Ahora mismo?”

Mirando por encima del hombre, dijo sin prisa, “a menos que prefieras esperar a que se mande una invitación formal a Mayfair”.

Ella salió de detrás del escritorio aprisa, guardándose las pistolas en los bolsillos hondos de su capa. Alcanzó a Hale cuando él usaba una bota para apartar la pierna inconsciente del Sr. Boothe para poder abrir la puerta. Katherine miró al pobre hombre que solo gimió suavemente. “¿Va a dejarle ahí?”.

Hale miró al ex detective. “Estará bien”.

“¿En el suelo?”

Una mirada burlona apareció en los rasgos duros de él. “Entró en mi propiedad para atacarme sin provocación alguna”.

“Trabajaba para mí”.

Los ojos de él se estrecharon. “Soy consciente de ello”.

“Solo estaba intentando protegerme”.

“Entonces no debió haberte traído a mí”.

Algo en sus palabras, o quizás su manera de decirlas, todas rudas y amenazantes, tocó una fibra rara y sensible en ella. Cualquier argumento que le pudiera quedar a ella se disipó de sus labios, mientras que la sensación profunda y oscura que él le había suscitado en ella, regresó con toda su fuerza.

Cuando ella no contestó y seguía sin moverse, él miró fuera de la puerta y escaleras

abajo, y luego volvió a mirarla.

Luego, con un medio suspiro, medio gruñido, cuadró los hombros y se agachó para agarrar al Sr. Boothe. Se subió al hombre inconsciente al hombre y Hale se enderezó. Su mirada intensa brillaba con ira, pero cargó con el hombre hasta el otro lado de la habitación y le dejó caer encima del sofá Viejo.

Hale no miró a Katherine mientras salía por la puerta, agarraba su abrigo y bajó por las escaleras.

Alzando sus faldas, Katherine le siguió con el aliento contenido, murmurando un rezo en voz baja de que, después de semanas de búsquedas y preocupaciones, iba a reunirse al fin con Frederick.

¿Estaba loca en confiar en el ex boxeador que ahora la guiaba en la noche?

Totalmente.

Pero no le quedaba otra opción… no había más alternativas que explorar.

A pesar de sus maneras rudas y el hecho de que ella todavía seguía sin saber cómo es que Frederick acabara en manos de él, un instinto dentro de ella le instaba a ir con él.

Capítulo Cuatro

Todo el trayecto camino a la casa, en el opulento carruaje que Lady Katherine tenía esperando a la vuelta de la esquina de la oficina de Hale, era una incomodidad para él.

Mason no estaba acostumbrado a las mujeres de la nobleza, aunque había estado cerca de ellas recientemente más de lo que había estado nunca. Y esta poseía una callada intensidad que le inquietaba. Había esperado que una mujer de su clase fuese arrogante y condescendiente, pero no había esperado su manera de ser atrevida o la pizca de cinismo que asomaba a veces en su tono.

"Espera aquí", le dijo él secamente cuando entraron en la casa, mirándola con dureza y esperando que eso la mantuviera en su sitio. El efecto se arruinó seguramente cuando la mirada de él repasó su silueta cubierta con la capa, con las esperanzas de ver algo de su cuerpo.

Mason era un hombre carnal, sin reparo ninguno. Disfrutaba fornicando y con todo lo que venía con ello, la naturaleza física del acto, los sonidos, olores, calor y locura de ello. Pero no era un idiota calenturiento que no pudiera controlarse.

De todas formas… mientras recordaba esos breves momentos en que ella había estado confinada en el círculo de sus brazos, cómo su cuerpo ágil se había tensado con desafío descarado… el calor se avivó en él.

El brillo de su mirada fija, constante en esos rasgos tan refinados y elegantes, activó una sexualidad que no había descubierto antes. Eso y la manera en que ella había logrado conservar un tono eficaz de mando a pesar de estar obviamente en franca desventaja física. La mujer sencillamente se negaba a reconocer cuando se veía vencida.

Y, parecía ser, él disfrutaba de un poco de desdén arrogante en una mujer. ¿Quién iba a saber eso?

Volviendo a mirarla a la cara, se dio cuenta de su mirada estrechada. Lady Katherine parecía no apreciar su repaso a su silueta, al igual que no le gusto ser físicamente superada por él. Imagínate lo que ella habría hecho si él le hubiera dado un mordisquito a la piel suave de su garganta con los dientes, como se había sentido tentado de hacer mientras había retenido sus manos tras su espalda.

Darle un rodillazo en la entrepierna, seguramente.

Con una risa baja, se giró y la dejó en el umbral de la casa, donde no se podía ocultar la decoración estridente, incluso ni bajo la tenue luz de las lámparas, mientras él subió las escaleras de dos en dos hasta la parte superior de la casa.

El tercer piso estaba en silencio, lo cual no era de extrañar. Mason ya se había dado cuenta de que Freddie no era un niño revoltoso y ruidoso. Y Claire… Bueno, la hija de Mason todavía sufría de los efectos de lo que había vivido antes de que Mason la pudo encontrar. Le estaría eternamente agradecido a Dell Turner por localizar a su hija antes de que la embarcasen lejos de Inglaterra, pero nunca se perdonaría por permitir que cayera en manos de gente tan desalmada en primer lugar.

Encontró a los niños en el aula, como esperaba. Freddie estaba sentado en un rincón de del asiento tapizado de la ventana con Claire acurrucada bajo su brazo. Los rizos pálidos de la pequeña contrastaban con el abrigo oscuro del niño. Su manita rechoncha estaba en el brazo de él y sus pestañas suaves en las mejillas bajas mientras le escuchaba leyendo el cuento abierto en su regazo.

Quizás había sido un error traer a Freddie a este hogar, sabiendo que no podría quedarse

de manera indefinida. Pero la niña se había apegado a su joven protector firmemente durante su difícil situación con la pandilla de Bricken. Habría sido cruel separarles cuando Claire todavía no había desarrollado el mismo nivel de confianza con su padre.

La culpa y el remordimiento le apretaron el corazón de Mason como un puño al recordar la noche en que había entrado peleando en el almacén de Bricken con Turner. Pálida de miedo y vistiendo un camisón sucio, su cabello hecho un lío en la cabeza, marcas de lágrimas en su carita sucia, Claire se había aferrado al niño más grande con terror. El momento fue incluso más conmovedor cuando Freddie valientemente se había colocado entre el cuerpo pequeño de ella y el cuerpo mucho, mucho más grande de Mason. Le llevó unos momentos a Claire para reconocer a Mason, aunque casi le parte el corazón eso, fue su maldita culpa que su hija titubeara cuando él abrió los brazos para recibirla.

Su pecho se tensó con ira hacia sí mismo. Nunca cometería el error de confiar los cuidados de su hija a nadie más. Puede que no tuviera la más mínima idea de cómo ser un buen padre, pero conservaría la niña a salvo de más daños, incluso si eso le matase. Desgraciadamente, no habría manera de impedir que su corazoncito se rompiera cuando Freddie se fuera.

Tragando el nudo de remordimiento que ardía en su garganta, Mason entró en la habitación, pero no dijo nada cuando le miraron dos pares de ojos temerosos. Se había acostumbrado hace tiempo del temor que suscitaba su tamaño y manera de ser ruda en la gente, pero al ver el destello de incertidumbre en los ojos de su propia hija, le golpeó más profundamente y con más fuerza que cualquier golpe que hubiera recibido en el cuadrilátero.

La nanny de Claire se levantó de la mecedora donde había estado sentada calladamente haciendo punto. Él movió la cabeza ante la mujer más mayor y esperó a que ella saliera de la habitación antes de ponerse de cuclillas. Estirando los brazos, le ofreció una sonrisa a Claire, “Ven aquí, pequeña mía”.

Al cabo de un momento de titubeo, cuando miró al niño de cabello oscuro, que le dio una sonrisa de ánimos, la niña pequeña de él se bajó de la banqueta bajo la ventana y cruzó la habitación a Mason. Alzando las manos, le permitió darle un abrazo. Sentir sus manos en torno a su cuello le apretó el corazón, pero no podía dejar de pensar en lo pequeña y preciosa le era sentirla en sus brazos.

Él no estaba hecho para confort y suavidades, y eso es lo que Claire necesitaba más que nada. Sintiéndose inadecuado de maneras que nunca había esperado en él, solo la mantuvo entre los brazos un momento antes de soltarla de nuevo.

Mirando por encima de la cabeza de Claire, se topó con la mirada oscura y fija del niño que no les había dicho nada de sí mismo más allá de su nombre. Como si se diera cuenta de que había pasado algo importante, Freddie se puso en pie rápidamente, pero no habló.

El niño era tan contenido y enigmático. Mason nunca había conocido que un niño de doce años se comportara con tanta fijeza y contención emocional.

“Alguien ha venido a buscarte”, dijo directamente.

Hubo una pausa, pero no hubo ningún cambio evidente en el niño. “¿De quién se trata?”

“Ella dice que es tu hermana”.

Algo brilló en los ojos marrones de Freddie antes de ser reemplazado por una suave preocupación cuando volvió a mirar a Claire.

Antes de que Mason pudiera preguntarse por la reacción, el momento fue interrumpido por una inspiración desde detrás de él. “¡Frederick!”

Por lo visto, Lady Katherine no había querido esperar en el vestíbulo de la casa y ahora

pasó por delante de Mason para abrazar con fuerza a Frederick. Los ojos del niño se cerraron cuando descansó su cara en el hombro de ella y le devolvió el abrazo con fuerza. Pero se separó pronto de ella, enderezándose.

Ella le dejó, dando un paso hacia atrás, colocándole las manos en los hombros mientras su mirada le repasaba con rapidez. “Dime que estás bien”.

El niño asintió, su expresión estoica de nuevo. Pero si su manera de ser reservada fue una sorpresa para su hermana, ella no lo mostró. “¿Qué pasó? ¿Por qué no me dijiste dónde estabas en la nota que enviaste?”

“Te dije que estaba bien”.

Ella soltó una exhalación que podría ser medio Alivio, medio exasperación. “Lo hiciste, pero no me diste ninguna explicación, ninguna manera de poder encontrarte”.

“Lo siento, Kit. No fue mi intención preocuparte”.

Los ojos de la mujer se agrandaron, pero curvó los labios. “Sabes muy bien que nada puede impedir que me preocupe por ti”.

“Y sé que habrías venido a buscarme en cuanto supieras dónde estaba”.

“Por supuesto”. Las cejas de ella se fruncieron.

Mientras ellos dos habían estado hablando, Claire lentamente se había separado de Mason y ahora había metido la mano en la de Freddie presionándose a su costado. Era algo que ella siempre hacía cuando sentía inseguridad y ver eso le hacía sentir una punzada en el corazón a Mason.

Lady Katherine miró a la niña con una sonrisa suave. “Hola. Soy Lady Katherine. ¿Cómo te llamas?”

Claire sonrió y sus mejillas se ruborizaron un poco, pero se giró para esconder la cara en el costado del niño.

“Esta es Claire”, contestó Freddie por ella. Inclinándose hacia la niña, agregó con suavidad. “Esta es mi hermana, Kit. ¿Recuerdas? Te hablé de ella”.

“Es bonito conocerte, Claire”.

Bien fuese debido a la seguridad de Freddie o el tono más suave de la mujer, Claire respondió girándose para ofrecer otra sonrisa tímida.

Todavía hablándole a la niña pequeña, Freddie agregó, “¿Te gustaría enseñarle a tu papá lo que descubrimos en el salón esta mañana?”. Cuando ella asintió con la cabeza, la mirada fija del niño se posó en Mason. “¿Puedo tener unos momentos con mi hermana, Sr. Hale?”.

Mason volvió a mirar a Lady Katherine. Aunque sus ojos eran profundamente marrones como él había sospechado, podía ver en la luz del aula que su cabello oscuro tenía una tonalidad rojiza que él no había podido detectar en la luz más pálida de su oficina.

Ese destello de fuego le iba muy bien.

“Quizás deberíamos irnos ya”, dijo ella. Su tono no era para nada tan suave como el que había usado al hablar con su hija y Mason se sintió algo defraudado.

Miró a Freddie, que le devolvió la mirada en silencio, esperando su respuesta.

“Tómate tu tiempo”, contestó, dando un paso para extenderle una mano a Claire. Cuando ella llegó hasta él, la cogió en brazos. “No hay prisa. Estaremos en el salón”.

Lady Katherine frunció las cejas. Claramente, no le gustaba ser contrariada en sus deseos. Mason no se molestó en reprimirse mientras salía de la habitación.

Capítulo Cinco

Katherine esperó unos momentos después de que el Sr. Hale, con una mirada irritantemente divertida, salió de su campo de visión antes de volverse hacia su hermanito. Tenía muchas ganas de volver a abrazarle. Su alivio al encontrarle vivo y sano era inmenso, al igual que lo era su sorpresa al ver que Hale realmente se lo había entregado, pero ella sabía que una muestra de afecto físico solo incomodaría a su hermano. Lo último que quería era ser fuente de mayor malestar a su hermano encima de lo que le habría causado ya el calvario por el que había pasado.

Cuando despertó esa mañana hace tantos días, era como si hubiera sido en otra vida, para encontrarse con que su hermano había desaparecido de su dormitorio en la casa de Mayfair, ella se había ahogado su instinto de pánico. Su hermano se estaba haciendo más grande, y estaba luchando con su dolor por la muerte trágica del padre de ellos dos y la pérdida del único hogar que habían conocido. Ella sabía que le gustaba irse a estar solo cuando se encontraba mal, y había estado intentando permitirle hacerlo, aunque todo en ella le pedía abrazarle y rescatarle de su dolor y confusión.

Cuando su amplia búsqueda en la casa y las dependencias fueron inútiles, se había alterado mucho. El temor casi la había debilitado hasta que se dio cuenta de que ceder al pánico no iba a encontrar a su hermano. Los consejos de lord Shelbourne para lidiar con el asunto de forma discreta habían sido difíciles de aceptar cuando ella quería alertar a todos los alguaciles de la ciudad. Pero él le había convencido de que una búsqueda amplia podría poner a su hermano en mayor peligro. A pesar de los días que pasaron sin noticias, el método finalmente tuvo resultados.

Aunque se reprimió de abrazarle de nuevo, se quedó embelesada viendo su rostro, una combinación perfecta de la seria inteligencia de su padre y la compasión profunda de su madre y se sintió casi desbordada de alivio al tenerle a salvo a su lado de nuevo.

Cuando la mirada fija de él se cruzó con la suya, ella le ofreció una sonrisa. “Estoy adivinando que tienes una historia bastante grande qué contar”. Y ella tenía tantas preguntas qué hacer.

Una breve sombra apareció en sus rasgos antes de contestarle. “Hay cosas que no vas a disfrutar oír”.

El pecho de Katherine se tensó. *¿Qué le había pasado?* Ella quería abrazarle y nunca dejarle ir. Se frenó. A duras penas.

Señalando un sofá de color verde lima colocado ante la chimenea, le dijo, “quizás deberíamos sentarnos”.

Él asintió con la cabeza y se fue hacia el sofá.

Sentándose uno al lado de la otra, ella le ofreció su mano, con la palma hacia arriba en el espacio que les separaba. Por primera vez en mucho tiempo, su hermano no titubeó en colocar su mano en la de ella. El calor sólido de la palma de la mano de él y la fuerza de sus dedos entrelazados con los de ella le dio seguridad.

“El principio es normalmente un buen sitio por donde empezar”, le sugirió ella.

Su hermano respiró hondo y soltó aire lentamente. Manteniendo la mirada puesta en el borde de la alfombra de color rosa y blanco en el suelo ante ellos, empezó. “¿Sabes que a veces me cuesta trabajo conciliar el sueño?”

Katherine asintió con la cabeza. Eso había sido así desde que fue bebé. Nunca había querido dormir siestas y luchó contra la hora de dormir como si fuese algún tipo de castigo. Cuando era pequeño, Katherine se había sentado a menudo al lado de su cama, contándole cuentos sobre criaturas míticas que vivían en el bosque cerca de su casa o cantándole dulces nanas para adormecerle. Pero habían pasado años desde que ella hacía eso.

"Bueno", siguió el titubeante, "después de que viniéramos a Londres, me costaba tanto trabajo dormir por la noche. No podía quedarme quieto. De manera que… empecé a dar paseos".

El temor y la ansiedad se apoderaron de ella. "¿Saliste por la ciudad solo?".

Él asintió con la cabeza y se sentó un poco más recto, aunque seguía evitando mirarla a ella.

¡Su hermano pequeño había estado caminando por las calles de Londres! ¡Solo! Posiblemente durante meses.

"Caminar por las avenidas y los bulevares me ayudaba a pensar mejor", explicó él. "Podía visualizar como el diseño de la ciudad se desplegaba a mi alrededor, cómo fluían las líneas y se cruzaban. Al doblar cada esquina, un nuevo pasillo se abría. Era infinito pero medible. Cada manzana era igual que la anterior, pero también totalmente diferente. Me… calmaba, supongo. Cuanto más conocido se me hacía el diseño de calles, más equilibrado, y no sé, más seguro me sentía".

Katherine suspiró.

Desde una edad muy temprana, Frederick había demostrado tener una inteligencia excepcional. Había aprendido a hablar pronto y cuando tenía tres años, ya tenía un gran vocabulario. Había aprendido a leer y sumar poco después. Pero siempre había tenido una intensa afinidad por los diseños. Diseños complicados y sistemas complejos le fascinaban. Adoraba los laberintos y los rompecabezas, pero eventualmente le costaba trabajo encontrar alguno que fuese un desafío para él.

Katherine entendía por qué se había sentido atraído para explorar las muchas calles y callejones torcidos de Londres. A pesar de los peligros inherentes.

"Las calles sombrías se me hicieron tan conocidas que ni se me ocurrió tener miedo".

Katherine tuvo que recordarse firmemente de que Frederick estaba a salvo y sentado a su lado. Le dio un apretón en la mano. "¿Qué pasó?"

"Dos hombres en un carruaje me pillaron por sorpresa. Debí intentar correr, pero para cuando me di cuenta de que tenían intención de secuestrarme, era demasiado tarde. Me metieron a la fuerza en el carruaje y se fueron a una velocidad terrible. No paramos hasta llegar a una vieja posada donde me metieron en una habitación que no era mucho más grande que un armario".

Él la miró a los ojos. Una de sus cejas espesas se curvó de manera sarcástica. "No fueron muy listos, Kit. Ni siquiera se molestaron en atarme las manos o los pies ni nada".

"¿Escapaste?" Ella intentó no dejar que el miedo que le causaba su relato se reflejara en su tono de voz. Él podía no haberse asustado con su prueba, pero la idea de su hermano en manos de secuestradores le tenía el corazón a ella en un puño y el vientre revuelto.

"Muy fácilmente", contestó él con aplomo. "En cierto momento, los dos salieron pensando que estaba suficientemente seguro tras la puerta con la llave echada".

Ella casi sonrió. Cuando Frederick tenía seis años, había desarrollado una breve fascinación por los mecanismos de diversos tipos de cerradura. No le había llevado mucho tiempo dominarlas todas, incluido el cómo abrirlas cuando fuese útil, y rápidamente perdió el interés más tarde.

"Una vez que salí del armario, trepé por una ventana y me fui corriendo por un callejón.

Las calles de esa parte de la ciudad son diferentes a las de Mayfair. Retorcidas, estrechas y oscuras. Caóticas y algo fascinantes". Habló más bajo. "Y, la gente que vi… algunas personas viviendo de manera tan desesperada y furtiva en las sombras".

Aunque Frederick tenía una mente muy analítica, también tenía un corazón sensible. Nunca había podido observar el sufrimiento sin querer encontrar una manera de arreglarla.

"¿Entonces fue cuando encontraste al Sr. Hale?", preguntó ella. "¿Te acogió él?"

Frederick parpadeó. Luego sacudió la cabeza. "No. Todavía no. Desgraciadamente, me abordaron de nuevo".

El corazón de ella se estremeció. "¿Los secuestradores te encontraron?"

"Hombres diferentes. Personas más rudas que estaban mucho mejor preparadas para impedir que escapara. Me colocaron un paño en la cara, obligándome a respirar humos tóxicos que me quemaban la garganta y me hicieron dormir. Me desperté y estaba encadenado con otros niños. Habíamos sido arrebatados por una banda de criminales que tenían intención de vendernos para ser criados y esclavos en ultramar".

"¡Oh, Dios mío!" Ella exclamó sin querer.

Frederick la miró preocupado asegurándole con rapidez, "no te preocupes. El Sr. Hale y otros tres entraron en el almacén donde nos tenían secuestrados. Hale y sus amigos se ocuparon de los criminales y se aseguraron de que todos nosotros saliéramos de allí".

Katherine respiró hondo. Solo podía imaginarse cómo ese hombre de músculo se había *ocupado* de la banda criminal. Parecía ser que el bruto no era el villano que ella había temido. "Le estoy increíblemente agradecida al Sr. Hale por haberte rescatado. Pero sigo sin entender por qué no te trajo directamente a casa o por lo menos mandar buscarme".

"No le dije quién era".

"¿Pero por qué?".

"No estaba listo para ir a casa". El tono de él era recto y sincero.

Katherine sentía que el corazón se aplastaba. ¿Le había fallado ella tanto?

La madre de ellos había muerto cuando Frederick era solo un bebé. Con el fallecimiento imprevisto del padre de ellos, ella y Frederick habían sido puestos al cuidado de su tío abuelo, el Marqués de Warfield, a quien nunca habían conocido. Los abogados de su padre le habían mandado un mensaje al marqués, pero el hombre estaba en alguna parte de Europa y no tenía intención de volver. Ciertamente, su falta de interés en asumir sus obligaciones como familiar fueron bienvenidos. Katherine y Frederick no tenían deseos de caer bajo las órdenes de un desconocido.

Pero quizás mudarse a Londres mientras su casa estaba siendo reconstruida no había sido la mejor decisión.

Katherine había notado los cambios en su hermano desde que se fueron de Lincolnshire, su creciente distancia y soledad, y ella le había intentado dar espacio a la vez que hacerle saber que ella siempre estaría ahí para él.

No debió ser suficiente.

Ella le estudió ahora y se obligó a no tomar su rechazo como algo personal. Con doce años, ya era casi tan alto como ella, y en meses venideros seguramente sería más alto que ella. Tenía el cuerpo de extremidades largas de un niño a punto de crecer y llegar a ser un hombre. En el año que había pasado, se había acostumbrado a ver sus hombros cada vez más anchos, doblarse con incertidumbre y dolor. Se había fijado en cómo a menudo su enfoque se volvía interno mientras sus sonrisas eran menos frecuentes.

Pero ahora, que le tenía delante, le notaba algo diferente e innegable.

Su postura era fuerte y recta, mientras que su mirada era directa y Segura. Había una nueva madurez en su expresión y su manera de ser. Y, ella sentía que había algo más.

Propósito.

Katherine se mordió el labio para impedirse de tomarle entre sus brazos con fuerza. era demasiado pequeño para ser tan independiente. “No entiendo”.

Los ojos de él miraban a su alrededor y brillaban con una luz interior mientras su mandíbula se tensaba. Cuando habló, fue con una serena convicción. “No podía dejar de estar con ella, Kit”.

Y, de repente, todo cobraba sentido. La razón por la cual Hale había estado allí para rescatar a los niños, la manera en que la pequeña Claire se aferraba a Frederick y la manera en que él la miró… Como si la protegería con su vida. “Claire era uno de esos niños secuestrados en el almacén”, susurró ella.

Frederick asintió con la cabeza y arrugó la frente con una mirada atormentada. “Tenía tanto miedo, Kit. Y tan pequeña. La más pequeña de todos nosotros. Claire no dejaba que nadie se acercara a ella más que a mí. Nos tenían a los más grandes encadenados unos con otros, y aunque hubiera podido abrir los candados, no se me ocurría una manera de escapar y llevarla a salvo conmigo. Tenía que quedarme a su lado, pasara lo que pasara. Y entonces, cuando el Sr. Hale vino a buscarnos… apenas le conocía y ella seguía con tanto miedo”. Se giró hacia ella. “Lo siento, Kit. Ella me necesitaba. No podía dejarla. No hasta que supiera que estaría a salvo aquí”.

Dolida por él, se giró y le tomó la mano entre las dos de ella. “Eres la persona más noble que conozco. Claro que no podías hacer otra cosa”. Ella hizo una pausa y ladeó la cabeza. “¿Y lo está? ¿Está a salvo aquí?”

Frederick asintió. “El Sr. Hale es algo rudo. Pero está decidido a portarse bien con su hija”.

“No será fácil despedirse”.

Bajando la mirada para ver su mano entre las de ella, respiró hondo. “Lo sé. Pero he estado hablando con ella. Sabe desde el principio que yo no podría quedarme para siempre, que un día tendría que irme. Será difícil, pero es una niña valiente”.

“Estoy tan orgullosa de ti, Frederick. Tu fortaleza en toda esta prueba es inspiradora”.

Él levantó sus ojos oscuros hacia los de ella con una mirada de consternación. “Yo no he hecho nada que tú no habrías hecho si las cosas fuesen al revés”.

Ella no estaba tan segura de eso, pero le caldeó por dentro que él lo pensara. Se puso en pie y él también. “¿Nos vamos a casa?”

Él asintió con la cabeza.

Bajaron al piso de abajo, uno al lado de la otra antes de que Frederick diese un paso al frente yendo al salón. Entrando en la habitación, Katherine se quedó atónita ante la decoración, el papel pintado de flores rosa, los volantes y encajes y la cantidad de objetos innecesarios repartidos en todas las superficies.

¿Cómo era posible que un hombre como Hale soportara vivir en un sitio como este? Le llamaba la atención. Más todavía cuando vio al hombre grande y fuerte estirado en la alfombra delante de un sofá con aspecto delicado. Estaba tumbado de costado, apoyándose en un codo mientras la niña pequeña estaba sentada delante de él. Cada uno tenía agarrado un animal de porcelana, seguramente tomada de la considerable colección de figuritas que había repartidas por la habitación, y parecían estar jugando.

Hale se percató de la llegada de ellos primero mientras les miraba sin cambiar de postura.

Su mirada de ojos verdes oscuros recayó en el hermano de ella con un destello de curiosidad, como si estuviera acostumbrado a rápidamente asegurarse del bienestar del niño antes de desplazarse hacia Katherine.

Cuando él la enfocó, la profundidad de su mirada cambió. Ella lo sintió visceralmente mientras él le daba un repaso de la cabeza a los pies, y cuando volvió a mirarla a la cara, su atención se detuvo con intensidad. Cuando ella alzó una ceja como respuesta por su manera descarada de mirarla, la boca de él se agrandó con una sonrisa atrevida.

Ella sintió un ardor que le quemaba las mejillas, pero se negó a desviar la mirada. Katherine no estaba segura de si tenía que sentirse ofendida o confusa por el comportamiento de él. Era una clase de hombre tan distinto de lo que hubiera conocido antes. Atrevido, descarnado, físico y directo. ¿Miraba a todas las mujeres como la estaba mirando a ella, sondeándolas y evaluándolas?

Antes de que ella pudiera pensar más, la niña se fijó en ellos y se puso en pie corriendo para llevarle su pequeño tesoro a Frederick. “Fueddie, mira, un cerdito”.

El niño se inclinó para examinar el animalito de porcelana. “Qué cerdito más bonito”, contestó con suavidad, y la niña le sonrió, sus ojos azules brillando con adoración.

El corazón de Katherine se estremeció.

Mientras los niños seguían hablando con voces bajas, Hale se puso lentamente en pie. Katherine se encontró sorprendida al ver la clase de gracia única en sus movimientos. Una vez más, se sentía sorprendida al ver que un hombre tan alto y fuerte no era torpe.

No. No lo era.

Parado en medio del saloncito lleno de ornamentos, parecía muy fuera de lugar. Y parecía darse cuenta de ello, ya que miró hacia el sofá socarrón. “Puedes sentarte”.

Ella sacudió la cabeza. “No, gracias”. Miró a Frederick. “Solo vinimos para despedirnos”.

Hale asintió, con la mirada puesta en ella. Al cabo de un ratito, ella tuvo que luchar contra el deseo de hacer movimientos nerviosos. Habló en lugar de hacerlo. “Frederick me ha explicado cómo es que llegó a estar en su compañía. No tengo manera de expresar mi agradecimiento por su parte en rescatarle de un destino tan terrible”. Él ladeó la cabeza, pero no contestó. “Podría ofrecerle una recompensa financiera”.

Él gruñó con suavidad. “Creo que ya lo hizo”.

Katherine alzó el mentón. “Me disculpo por malinterpretar su parte en la situación, pero me gustaría cumplir con mi oferta”.

“Dado que el triple de nada es nada, eso es lo que me debes”. Ella abrió la boca para discutir. El hombre se merecía alguna clase de compensación. Pero él habló primero, bajando la voz para que no le escucharan los niños. “Le debía una deuda a Freddie. Ahora estamos en paz”.

Ella le escudriñó los rasgos rígidos.

Ya esta noche, había visto su boca con una sonrisa atrevida, ladeada en una mueca irreverente, y curvada en algo que parecía un gruñido. Mientras le miraba, la presión momentáneamente seria de su boca empezó a suavizarse. Un lado de su boca se curvó un poco hacia arriba, y ella se tensó. Alzando la mirada, ella miró sus ojos que brillaban con diversión y alguna cosa más.

Ella sintió una ráfaga de calor al recordar al instante cómo él la había tenido contra la pared y la manera en que su voz había gruñido peligrosamente en su oído. El vientre de ella se revolvió y sus piernas se debilitaron.

¡Oh Dios mío! ¿Podía ser que sentía deseos por este hombretón?

La idea era sorprendente, pero mientras la sonrisa de él se agrandaba y el despertar en las entrañas de ella se hacía más fuerte, tenía que reconocer que eso no era imposible. No era una persona remilgada y a la edad de veinte años, no era totalmente ignorante del concepto de lujuria, aunque tenía experiencias muy limitadas de eso personalmente. De todas formas… lo que sentía como respuesta a Hale era sobrecogedor y totalmente inesperado.

Bloqueando las rodillas, tensó los músculos en torno a su columna. “Nos deberíamos ir ya”.

Hale le sostuvo la mirada un momento más antes de extender la mano hacia Frederick. El saludo firme y asentimiento breve de la cabeza parecía decir más de lo que pudiera decir cualquier palabra. Y Frederick parecía entender a la perfección mientras alzaba la barbilla y asentía con firmeza él también.

Cuando el bestia se volvió hacia ella, no le ofreció la mano ni asintió con la cabeza. Solo una mirada fija intensa mientras bajaba el mentón a un ángulo descarado. “Lady Katherine”.

Ella enarcó una ceja para hacerle ver que su irreverencia no era nada para ella. “Sr. Hale.”

Pero la manera en que sus labios se presionaron como si se reprimiera de algo divertido antes de cerrarlos hizo que la mirada de desdén de ella se escurriera mientras sentía más emociones revoloteando dentro de su ser.

Ella desvió la mirada con rapidez hacia los niños.

Aunque Frederick parecía ser estoico como siempre, Katherine podía ver el dolor en sus ojos después de un abrazo cariñoso a Claire. Luego dio un paso hacia atrás para permitir a Hale tomar a la niña pequeña en brazos.

Sus ojos de color azul se anegaron con lágrimas mientras la niña le preguntaba, “¿Fueddie wuelbe pronto?”

“Me temo que no”, contestó Frederick simplemente.

Cuando el labio inferior de Claire adoptó un mohín que inmediatamente empezó a temblar, la mirada de Hale revelaba una profunda sombra de impotencia. Fue solo un instante y luego desapareció, y Katherine sentía una breve compulsión de ofrecerle algún tipo de consuelo o ánimo. Por suerte, el momento pasó antes de que tuviera una oportunidad de quedar en evidencia mientras él le murmuraba algo a la niña acerca de que Frederick tenía que irse a su casa.

Entendiendo que una salida rápida podía ser mejor en ese momento, Katherine se volvió y la colocó una mano en el codo de Frederick para guiarle fuera de la habitación. Una vez en el vestíbulo, podían oír sollozos suaves entrecortados y la voz baja de Hale intentando calmar la pena de la niña.

El pecho de Katherine se tensó con remordimiento, pero no había manera de evitar ciertas despedidas. Mirando a Frederick, pudo ver que él hacía todo lo posible por ocultar sus emociones tras una expresión firme. Había pasado por tanto.

Capítulo Seis

El camino a Mayfair se hizo en silencio. Aunque tenía a su hermano de vuelta sano y salvo, Katherine no podía olvidar todo lo que le había dicho acerca de su secuestro.

O… Secuestros, más bien.

Aunque la astucia de Frederick le había ayudado a escapar de los primeros secuestradores, su empatía y compasión le había mantenido en las garras del segundo. Ella sintió un estremecimiento. Si no fuera por Hale, ella podría haber perdido su hermano para siempre.

La casa londinense del Duque de Northmoor era inquietantemente silenciosa cuando ellos

llegaron, como lo estaba siempre.

Desde hacía décadas, la casa solo había tenido un mínimo de empleados, los precisos para mantener la propiedad cuidada. Y Katherine no se había molestado en contratar más, incluso cuando se mudaron allí hace unos meses.

El padre de ellos no había sido un típico aristócrata británico. Aborrecía la política y desdeñaba Londres y la sociedad allí. Considerado un excéntrico toda su vida debido a su naturaleza apasionadamente erudita, Charles Blackwell había preferido pasar su vida y criar a su familia en reclusión relativa en la casa solariega de la familia en Lincolnshire. Allí, había pasado la mayor parte de su tiempo en su laboratorio en el ala este de la mansión campestre, donde realizaba diversos experimentos y estudios para ampliar su conocimiento acerca de las hierbas y la farmacología.

Con su madre fallecida, y un padre muy obsesionado con su trabajo, Katherine y Frederick habían vivido una infancia inusualmente independiente.

La educación de Katherine estuvo en manos de una institutriz durante varios años hasta que ella superó las lecciones que le daban y buscó ampliar su educación a través de los libros de la amplia biblioteca de su padre. Para cuando Frederick tuvo edad para un tutor, Katherine se sintió bien preparada para asumir esa responsabilidad. Pero su hermano pronto rebasó las enseñanzas que ella le daba de la misma manera en que ella había superado a su institutriz.

La mayoría de la gente habría encontrado chocante la educación poco convencional de los niños Blackwell. Pero el duque fomentaba su independencia, seguramente porque le permitía prestar más atención a su propio trabajo, que era mucho más importante.

Katherine y Frederick habían prosperado en la libertad de su crianza, donde tenían autonomía ilimitada para explorar y recorrer, y simplemente ser. Pero Londres no era para nada como Lincolnshire.

Katherine entendía lo que le había llevado a su joven hermano a salir a las calles de una ciudad rebosante de energía y vida a pesar de sus apariencias apagadas y tristes, un contraste significativo del verdor y cielos abiertos de su hogar.

Pero los peligros de la ciudad no podían subestimarse. Tendría que dejarle claro a Frederick que semejantes actividades arriesgadas no podían seguir. Aunque realmente odiaba pensar en eso, era necesario que empezara a impartirle a él la importancia de su posición como duque en el reino. Su padre no había hecho mucho hincapié en su título o sus responsabilidades sociales, pero Katherine siempre había supuesto que cuando llegara el momento, por lo menos, le habría dado a Frederick la información y los recursos necesarios para que pudiera decidir qué clase de duque querría ser.

Ahora, esa responsabilidad sería de ella.

Sin embargo, no lo sería esta noche.

Una vez en casa, Katherine mandó a Frederick a su habitación para un largo remojón en la bañera. “Cuando te hayas refrescado, ¿nos reunimos en el salón de arriba para una cena ligera?”, sugirió ella. “Luego, quizás podríamos jugar al ajedrez… o solo hablar”.

“Lo siento, Kit”. Sus ojos oscuros le rogaban en silencio. “Estoy contento de volver a casa, pero creo que me gustaría acostarme temprano esta noche”.

Katherine asintió y le brindó una sonrisa. “Por supuesto”. Permaneció en la entrada, mirándole subir las escaleras y se fijó una vez más en lo mucho más maduro que parecía. Sus pasos eran más firmes, su mirada más directa, la manera de cuadrar los hombros más fuerte. Solo habían sido un par de semanas, sin embargo, su hermano había cambiado… inexorablemente.

Los días siguientes fueron un esfuerzo por volver a algún tipo de normalidad. Quedó

claro bastante pronto que Frederick no quería hablar más sobre los detalles de su prueba, y Katherine no insistió. Confiaba en que él se lo contaría cuando le viniera bien.

Aunque eligió no sondearle, sí que intentó interesarle en las cosas de las que disfrutaba típicamente. Los rompecabezas, laberintos que antes pasaba días creando. Los libros sobre estrategia militar histórica de los que ellos discutían ardientemente. O cualquiera de las docenas de patrones sobre cosas mecánicas en los que él había estado trabajando estos dos años pasados.

Desgraciadamente, nada lograba activar el mismo chispazo de inspiración y emoción que antes ella veía con tanta frecuencia en sus ojos.

A la hora del desayuno, un día más de una semana después de traer a Frederick a casa a salvo, ella finalmente dio con algo que esperaba que animara a Frederick y le sacara de su ensimismamiento.

"Salgamos hoy".

Él levantó la cabeza de manera abrupta, enarcando una ceja. "¿Salir?".

Katherine sonrió ante la sorpresa de él. ¿Es que se habían convertido en unos recluidos?

"Sí. Afuera. El solo está brillando y el día puede ser bastante bonito. Estoy desesperada por tener un poco de aire fresco y quiero explorar la ciudad un poco."

Frederick se enderezó en su silla y lentamente bajó su tenedor al plato. "¿Dónde te gustaría ir?"

Katherine titubeó. Realmente no había pensado en eso. "Podríamos dar un paseo por el parque de St. James, supongo, y hay unas compras que podría hacer. Tengo entendido que hay varias librerías que tienen libros raros. Me gustaría ver si podemos encontrar algún tesoro".

A medida que iba hablando, podía ver la cara de su hermano animándose cuando sus pensamientos giraban en torno a las posibilidades que les aguardaban. Cuando él sonrió, ella sintió una oleada de esperanzas y seguridad. Su hermano iba a estar bien. Los Blackwell iban a estar bien. Solo necesitaban tiempo y algo nuevo en qué prestar atención.

Varias horas más tarde, Katherine y Frederick estaban sentados en una mesa de una cafetería pequeña tomando helados italianos.

Habían estado recorriendo el parque de St. James, que era todo lo que ella había esperado que fuese. Personas vestidas elegantemente a la moda paseaban por caminos bien cuidados, y los niños jugaban ante la vigilancia de sus nannies. Estar entre tanto verdor era un cambio refrescante de tanto ladrillo y cemento que conformaban tantos lugares de la ciudad.

También tuvieron ocasión para explorar el British Museum, donde examinaron maravillosas piezas de exhibición de todas clases. Por lo visto, el museo tenía una sala especial para lectura donde los caballeros podían leer curiosos manuscritos, pero solo con aprobación previa de un comité. Katherine estaba intrigada al saberlo, luego frustrada de enterarse de que como mujer que era, no iba a tener permiso para acceder a ese lugar.

Después del museo, se habían ido a Bond Street donde Katherine hizo unas pocas compras para ella y varias para Frederick, que con su crecimiento constante, iba dejando pequeñas sus ropas. Luego los dos se fueron a una librería maravillosa, donde habían pasado más de una hora examinando raros e inesperados hallazgos.

Después de subir sus muchas compras al carruaje, que les aguardaba en la esquina para llevarles a casa, decidieron disfrutar de un descanso y algún dulce.

Viendo la postura relajada de su hermano mientras estaba recostado en su silla, con sus largas extremidades y cabello levemente revuelto, y la expresión abierta en su cara, Katherine declaró que el día había sido un éxito.

Si se percató de algunas miradas en algún momento que otro, Katherine eligió

sencillamente ignorarlas. Sabía que una mujer soltera y un niño menor de edad era de esperar que estuvieran acompañados por algún tipo de acompañante durante una salida por la ciudad. Pero ellos nunca habían tenido que preocuparse por cosas así en el campo, y la idea de que la presencia de una criada de alguna manera hacía que sus actividades fuesen mejor consideradas a ojos de la sociedad, le parecían algo ridículas.

Además, las opiniones de desconocidos no le preocupaban. Todo lo que le importaba era la felicidad de Frederick.

Aunque visitar al sastre no había sido una tarea favorita, su hermano había disfrutado de ver nuevas zonas de Londres claramente: su mirada penetrante no había dejado de empaparse de cada detalle que les rodeaba. Y Katherine se había sorprendido al encontrar una gran cantidad de belleza en la ciudad que ella había juzgado demasiado llena de piedra y ladrillo para poder contener nada estéticamente agradable.

Se alegraba de poder reconocer que se había equivocado con su impresión inicial. Había cierta belleza única en la armonía que existía en el caos de la metrópolis bulliciosa. Incluso aquí, sentados en una mesita no lejos del tráfico en la calle que tenían delante y el pasar constante de peatones en la acera, casi podía sentir el enérgico fluir de movimiento y actividad.

Tanta gente ocupándose de sus quehaceres, atendiendo a negocios o placer o un poco de ambas cosas, saludando a personas que pasaban o gritando para parar a un carruaje de alquiler que pasaba. Había niños corriendo al lado de sus madres y damas que paseaban sus perritos pequeños con sus criadas siguiéndolas. Los caballeros se reunían en grupos o paseaban solos…

O estaban quietos y en silencio en las sombras de un callejón.

Ella sintió una inquietud en la nuca cuando vio al caballero al otro lado de la calle. Tenía unos treinta años, y su cabello negro estaba peinado hacia atrás, dejando ver una cara apuesta, aunque un poco angulosa, más en las sombras porque llevaba un sombrero de copa. Incluso desde lejos, sus ropas de corte fino y ricas telas eran inconfundibles. A pesar de la manera en que se apoyaba descuidadamente contra el lado de un edificio, su mirada era descarada y miraba directamente hacia ellos.

Ella sintió un escalofrío por la columna y estrechó su mirada. ¿Les estaba vigilando?

Ella sintió una rara sensación de que debería saber de quién se trataba, pero no podía ubicarle entre las personas que había conocido, recientemente o hace años.

“¿Entonces, vamos mañana?”

“¿Mañana?” Katherine miró a su hermano que se estaba metiendo una cucharada de helado de limón en la boca.

“No sé”.

Al volver a mirar al otro lado de la calle, el desconocido había desaparecido. Ella miró por la calle un abrigo negro y sombrero de copa, pero no había ni rastro de él.

“Podríamos ir a los Jardines Vauxhall o al teatro”, sugirió Frederick animadamente.

Atraída por la emoción de su hermano por la siguiente aventura que iban a tener, Katherine olvidó pronto al extraño desconocido de mirada intense. Poco después, ellos regresaron a su carruaje que aguardaba para empezar el recorrido a casa.

Como era tarde por la tarde, las calles estaban rebosantes de tráfico. Katherine se acomodó en el asiento y se sacó las horquillas que mantenían en su sitio su bonete para poder quitarse el incómodo sombrero. Rara vez había llevado bonete en Lincolnshire, y le costaba trabajo acostumbrarse a la incomodidad de las horquillas afiladas clavándose en su cuero cabelludo y tirándole del pelo.

Con un suspiro, se acomodó el bonete en el regazo y luego le sonrió a Frederick. “Yo

diría que hoy acabó siendo un día bastante agradable".

La boca de su hermano se curvó de una manera totalmente desconocida en él; sin embargo, curiosamente similar a una de las sonrisas divertidas de Hale. "Suenas como si hubieras esperado odiar este día".

Ella puso los ojos en blanco. "No pensé que odiaría el día… solo Londres, quizás".

"¿Y qué piensas de la ciudad ahora?".

Antes de que Katherine pudiera contestar, otro vehículo pasó peligrosamente cerca, hacienda que su carruaje se bamboleara y sacudiera.

Con una sonrisa, ella contestó, "No puedo decir que me encante el tráfico, pero…".

Las palabras de Katherine se interrumpieron cuando el carruaje de ellos se inclinó bruscamente antes de enderezarse otra vez en una maniobra violenta de giro que hizo que los paquetes de ellos cayeran al suelo en un montón caótico. Katherine cayó contra la puerta. Desgraciadamente, o no, también había aplastado su bonete bajo su cuerpo. Si no hubiera sido por la habilidad de su cochero, ella sospecharía que el carruaje podría haber acabado de lado.

"Kit, ¿estás bien?". La cara de Frederick era tensa mientras estiraba un brazo para ayudarla a recuperar su asiento.

Antes de que ella pudiera decirle que sí, algo golpeó el lado de su vehículo con suficiente fuerza para hacer que crujiera la madera con estrépito cuando el carruaje se frenó en seco. Su cochero gritó una acusación estridente. Y luego nada.

Katherine se adelantó en su asiento. "Quizás debería salir para ver si todo está bien".

Fue frenada por la mano de Frederick agarrándola con fuerza un instante antes de que la puerta a su lado del carruaje se abrió de golpe y un hombre grande vestido con un abrigo marrón que no le estaba bien y un sombrero con un ala ancha que le tapaba la cara, entró.

"Perdón", dijo Katherine balbuceando sorprendida. Pero el hombre la ignoró, y el carruaje reanudó la marcha antes de que el hombre hubiera cerrado la puerta siquiera. Apartando paquetes con el pie, se sentó frente a ellos. Ojos enrojecidos les miraban desde debajo del sombrero viejo y el olor acre a salmuera y humo de madera llenaban el espacio cerrado.

"Se ha confundido, señor. Esto es un carruaje privado", afirmó Katherine mientras golpeaba el techo con los nudillos para indicarle a su cochero que se detuviera.

Pero el vehículo no se detuvo. De hecho, parecía haberse acelerado. Y el nuevo pasajero no parecía nada preocupado por las palabras de ella.

"¿Qué está pasando aquí?"

Los ojos grises del hombre la miraron de arriba abajo. "Cállate la boca o te la cierro. Te enterarás de lo que pasa pronto".

Poniéndose roja de la ira por la respuesta insultante de él, Katherine abrió la boca para decirle exactamente lo que pensaba de sus modales, pero se paró por el apretón fuerte de la mano de Frederick en la suya. Ella le miró para verle mirando fijamente algo. Mirando hacia donde él estaba viendo, se fijó en la pistola en el bolsillo de los calzones del hombre. Mirando más todavía, también se fijó en el mango de un cuchillo bastante grande que asomaba en su bota.

¿Qué estaba pasando?

Aunque su corazón de repente latía aprisa, se sintió aliviada al ver cierta calma en la expresión de su hermano. Era una cara que ella conocía bien y le recordó que a ellos les iría mucho mejor conservar la calma.

El vehículo donde iban dobló una esquina a toda velocidad, girando demasiado aprisa. Los tres se vieron lanzados a un lado antes de poder enderezarse. El movimiento le empujó un poco más adentro la pistola en los calzones del hombre. Le iba a costar trabajo sacarla si

necesitaba hacerlo con rapidez. El giro brusco también hizo que la horquilla de su bonete estropeado se le clavara en el muslo.

Ella se llevó una mano para tapar la pequeña herramienta afilada. Ya no estaba completamente desarmada. Una horquilla de sombrero era poca cosa contra una pistola o un cuchillo, pero era suficientemente afilada como para sacar sangre con un dolor punzante que pudiera crear un momento de distracción. Bajo circunstancias correctas, podría ser útil.

Para desviar la atención de los movimientos de su mano mientras intentaba liberar la horquilla de su bonete, Katherine habló de nuevo con un tono intencionadamente arrogante. “¿A dónde nos lleva?”

Los rasgos del hombre se retorcieron cuando el hombre se sacó el cuchillo largo de la bota para descansarlo en el muslo. Pasó un pulgar ancho por la hoja mientras contestaba con tono amenazador. “Te he dicho que te calles”.

La respuesta de él, aunque era amenazadora, no la molestó tanto como debería. Su pequeña muestra de amenaza le había dado a ella la oportunidad de conseguir tener la horquilla encerrada en su puño y oculto bajo sus faldas.

Con la boca cerrada de momento, ella consideró las posibles opciones que tenían para poder escapar.

El hombre sentado enfrente de ellos tenía por lo menos dos armas que ella podía ver. Aunque la pistola ya no le iba a ser fácil de usar, el cuchillo iba a ser un problema. Su cochero seguramente había sido reemplazado por un cómplice que actualmente conducía su carruaje a una velocidad peligrosa en tráfico muy denso.

La única ventaja que tenían era el hecho de que, dentro del carruaje, era ellos dos contra el hombre solo. Cualquier ataque planeado y escapatoria tenía que ser rápida y eficaz, antes de que el cochero pudiera unirse a ellos y dominarles.

El apretón de mano rápido y sutil de Frederick le hizo prestar atención de nuevo. Él miró hacia la puerta al lado de ellos. Había sido dañado cuando ella había sido lanzada contra la misma o en la colisión posterior y ahora apenas se sostenía por una bisagra solamente. No requeriría mucha fuerza empujarla y saltar. Pero el vehículo tendría que estar yendo más despacio o parado para impedir una lesión grave de una caída a la calle. Y, aunque ella pudiera escapar de esa manera, nunca habría tiempo suficiente como para que Frederick le siguiera antes de que el secuestrador reaccionara

Ella sacudió la cabeza levemente. No tenía intención de intentar un plan que no les liberara a los dos.

El destello de frustración en los ojos de su hermano le habría hecho sonreír si no hubieran estado en una situación tan peliaguda.

Quizás la horquilla sería suficiente como para inmovilizar o impedir al secuestrador, de manera que ella y Frederick tuvieran tiempo para escapar los dos.

Antes de que ella pudiera considerar eso más, el carruaje se empezó a ralentizar.

El hombre enfrente de ellos golpeó la pared con el puño. “¡Muévete!” El conductor respondió algo indescifrable, pero la ira en su voz era evidente. Murmurando un taco, el pasajero indeseado de ellos se inclinó hacia delante para mirar por la ventanilla de Katherine. La nueva postura hizo que su cuchillo estuviera tentadoramente al alcance de la mano. “Malditos idiotas”, murmuró el hombre con irritación.

Mirando hacia Frederick, ella se dio cuenta de que la mirada de él se fue velozmente de la puerta aflojada a centímetros del hombre balanceado en el borde de su asiento a la puerta opuesta a su lado.

Los ojos de Katherine se abrieron al entender. Los dos se miraron a la cara un instante mientras respiraban hondo al unísono.

Entonces, con un breve movimiento de la cabeza, Katherine comenzó su plan sin palabras.

La energía la surcaba cuando le clavó la horquilla en la mano del hombre, haciéndole gritar un taco soltando el cuchillo, que ella apartó de una patada al otro lado del carruaje. En el mismo momento exacto, Frederick se apoyó con la espalda contra la pared opuesta y empujó la suela de su bota contra la espalda del hombre. La puerta del carruaje no impidió que el hombre cayera por la puerta del carruaje y desaparecer en el tráfico que pasaba.

Frederick ya había abierto la puerta opuesta del carruaje y se agarró a los bordes mientras miraba por encima del hombro para asegurarse de que ella le seguía.

"¡Ahora, Frederick", gritó ella.

Menos mal que él hizo lo que ella le ordenó sin titubear más. El vehículo seguía en movimiento, pero mucho más lentamente, y ella miró con alivio cómo él saltó con facilidad al suelo. Agarrándose las faldas largas con ambas manos, Katherine se preparó para seguirle.

Pero el hombre que acababan de echar había vuelto al vehículo y se metía desde el otro lado. Usó una mano para barrer el aire y agarrar las faldas de ella justo cuando ella saltaba. Aunque logró zafarse, su mano frenándola y la liberación repentina fueron suficientes para lanzarla a una carreta que pasaba. Cayó con fuerza contra el suelo, torciéndose el tobillo y cayendo de costado con una fuerza que le robó el aliento. Un caballo que venía desde detrás casi la pisoteó, pero su casco le dio en el hombro con una patada brusca.

Un dolor explotó en ella, yendo ardientemente hasta la punta de sus dedos y su brazo se quedó inerte. Solo tuvo un momento para respirar antes de que Frederick llegara, tirando de ella para ponerla en pie. "Tenemos que darnos prisa, Kit. Vienen a por nosotros".

Apretando los dientes contra el calor entumecido que le fluía por el brazo, ella miró hacia atrás para ver que el carruaje de ellos se había frenado. El cómplice de su secuestrador en potencia, un hombrecillo con el pelo gris que le rozaba los hombros y un puro entre los dientes, saltó al suelo, los ojos fijos en ellos mientras el otro hombre se salía del carruaje.

Los dos hombres avanzaron hacia ellos con una mirada asesina.

Con el brazo inutilizado contra su torso, Katherine le pisaba los talones de Frederick mientras él entraba y salía de entre el tráfico que se apelotonaba. Con el carruaje sin nadie ahora creando un obstáculo, el camino se estaba congestionando más todavía, lo cual funcionaba a favor de ellos perfectamente. En cuestión de momentos, los dos se metieron en un callejón en sombras. De todas formas, no pararon ni se ralentizaron mientras iban corriendo por callejones estrechos, en torno a edificios precarios, y portales oscuros, dejando atrás las calles llenas de gente y con suerte, sus captores. Frederick iba a la cabeza con un paso firme y seguridad inquebrantable, como si pudiera darse cuenta de lo que podría haber a la vuelta de cada esquina.

Cuando finalmente habían recorrido una distancia significativa sin señales de ser perseguidos durante bastante rato, Katherine se frenó, apoyándose contra una pared de ladrillo cubierta de ceniza. Su cabello, que había caído suelto sin horquillas, fue apartado por su mano en una madeja espesa, de su cara húmeda.

De alguna manera, habían logrado adentrarse en un dédalo de callejones y caminos traseros sin ser detenidos. Ella no había dejado de darse cuenta de las miradas abruptas y curiosas que les seguían. La ciudad estaba llena de carteristas y otros ladrones que no se lo pensarían dos veces para aprovecharse de la vulnerabilidad evidente de ellos dos. Su suerte podría no durarles mucho más tiempo.

“Les hemos perdido, Frederick. Si seguimos por aquí nos vamos a perder cada vez más”.

Su hermano miró por encima de su hombro, la preocupación evidente en su mirada. Entonces se fue corriendo hacia la siguiente esquina y miró un momento a los alrededores antes de regresar corriendo hasta donde estaba ella contra la pared. “Sé dónde estamos”.

Katherine rio brevemente con incredulidad mientras descansaba la cabeza contra la pared y suspiró. “¿Cómo es posible que lo sepas? No estamos para nada cerca de Mayfair”.

Él tomó la mano con suavidad del brazo ileso de ella y tiró un poquito. “Yo sé. Ven”.

Capítulo Siete

Sabiendo muy bien que no podían quedarse donde estaban, Katherine le permitió tirar de ella. El dolor le pulsaba en el tobillo con cada paso y ella sospechaba que su hombro se había dislocado. Había sido testigo de una lesión como esa una vez hace años, cuando uno de los mozos de cuadra de ellos se había caído mal de un caballo al que estaba ejercitando. Su recuerdo de su hombro trastocado era innegablemente parecido a lo que ella veía ahora cuando miró su brazo herido.

El dolor era casi incapacitante, pero no podía ir más despacio.

A cada rato, su hermano miraba hacia atrás, como si esperara que las personas que les perseguían les hubieran alcanzado, aunque él iba muy deprisa. Pasaron una fila de comerciantes vendiendo a gritos antes de doblar por una calle más tranquila con casas de ladrillo estrechas donde transeúntes caminaban y los niños jugaban en los zaguanes de las casas.

“Casi hemos llegado”, murmuró Frederick.

“¿Casi dónde?”

Él no contestó, limitándose a seguir desplazándose. Y ella se mantuvo a su lado, confiando en él de manera implícita. Había empezado a sospechar que él tenía un destino en mente hace un ratito, pero el intenso dolor en su hombro le estaba hacienda difícil prestar atención en dónde podrían estar yendo. Nada a su alrededor le parecía conocido.

“Ya hemos llegado”. Frederick les hizo dejar la acera yendo hacia una casa de modesta, y aunque ella solo había estado allí una vez antes y en un estado alterado, se dio cuenta al instante dónde les había traído.

De vuelta a la casa de Mason Hale.

“Frederick, no creo que esto sea una buena idea”, empezó a decir ella, pero el niño la ignoró llamando con los nudillos contra la puerta. “Deberíamos llamar un coche de pago y regresar a casa”.

Él se volvió hacia ella. Su mirada atenta miró la manera en que ella se sostenía el brazo con la otra mano. Aunque intentaba ocultar su dolor, parecía ser que no lo estaba logrando, ya que la mandíbula de él se tensó y contestó con brevedad. “Tú necesitas que te vean y Mayfair está demasiado lejos. Estaremos a salvo aquí,” agregó en voz baja justo cuando se abría la puerta.

Katherine alzó la mirada para ver los rasgos rudos de Hale en persona.

Mientras tomaba nota del aspecto de ellos, sus rasgos amplios y toscos cambiaron de una mirada de leve irritación a repentina intensidad temible. “Entrad”.

Su orden no dejaba lugar a dudas.

Ellos entraron en el vestíbulo, y cuando la puerta se cerraba tras su paso, Katherine sintió un momento claro de alivio. Volviéndose para ver al hombre que estaba allí ocupando el estrecho espacio del vestíbulo, ella se fijó de nuevo en el tamaño del ex boxeador, todavía más dramático en comparación con la silueta esbelta de su hermano.

“Mi hermana se ha lesionado. ¿Hay algún sitio donde pueda descansar?”

Hubo una leve pausa mientras Hale evaluaba con la mirada el cuerpo entero de Katherine. Ella no estaba segura de lo que veía destellando en las profundidades verdes, pero su mareo se acrecentó de repente.

De hecho, ahora que no estaban pendientes de correr a toda pastilla en Londres, el dolor

que ella había estado conteniendo también aumentó de forma dramática.

"Arriba", contestó Hale al fin. "Al fondo del pasillo".

"Gracias", contestó Frederick mientras iba hacia delante.

"Nos iremos lo antes posible", agregó Katherine.

La respuesta de Hale fue fruncir las cejas y emitir un breve gruñido.

Intentando no revelar su creciente debilidad, Katherine se giró para seguir a su hermano. Pero en cuanto intentó subir por las escaleras con su tobillo torcido, una ráfaga de dolor hizo que su pierna cediera bajo su peso. Ella estiró un brazo para agarrar la barandilla, pero antes de que pudiera agarrarla, Hale estaba allí, agarrándola entre sus brazos.

Ella inspiró bruscamente cuando la maniobra de él movió el hombro de ella. "Puedo caminar", insistió ella entre dientes.

Él la ignoró, subiendo los escalones de dos en dos, pasando por delante de Frederick por el camino. Katherine sostenía su brazo lesionado y respiró con fuerza por la nariz para disipar el dolor. Pero al hacerlo, respiró grandes dosis del olor de Hale, masculino y terrenal, y no desagradable. Arriesgó una mirada rápida a su cara y se fijó en la forma ruda de sus rasgos, la linea dura de su mandíbula y el pulso en su garganta por encima de su camisa abierta al cuello.

Por alguna razón, ese pulso le tenía intrigada. Verlo hizo que su mente obnubilada por el dolor se quedara embelesada.

Hasta que él bajó la mirada.

Entonces se quedó atrapada en la profundidad de sus ojos… tan oscuros y ricos y… sensuales.

Solo la lenta curvatura de sus labios logró hacer que ella dejara de ver esa mirada. Desgraciadamente, la sensualidad de su sonrisa era diez veces más potente, y Katherine tuvo que cerrar los ojos ante su fuerza mientras su vientre empezaba a sentir cosas y su piel a sentir calor.

El sonido que emitió él entonces, ese bajo zumbido en su pecho, le empeoró las cosas infinitamente. Solo podía esperar que su alteración estaba solo causada por sus lesiones, pero temía que esa sonrisa cómplice de él decía otra cosa.

Unas zancadas largas les llevó al pasillo del segundo piso, y un momento más tarde, entraron en una habitación pequeña.

Abriendo los ojos, Katherine se fijó en el patrón de color de la habitación que iba Parejo al resto de la casa cuando Hale la llevó directamente a la cama. Cuando se inclinó hacia delante para descansarla encima de la colcha de color rosa, su mirada denotaba un poco de preocupación callada.

"¿Qué pasó?". Preguntó Hale cuando su hermano entró en la habitación detrás de ellos.

Hubo un largo silencio mientras Frederick miraba la pregunta en la mirada de Katherine. Estaba claro que su hermano se fiaba de Hale, pero Katherine se sentía renuente en involucrar a Hale más en sus problemas. Él había hecho mucho acogiendo a Frederick; sin embargo, era esencialmente un desconocido y ellos no eran su responsabilidad.

Mientras que seguía el silencio, Hale miró por encima del hombro al niño. "Viniste por una razón, Freddie. Dila".

"Frederick," dijo Katherine antes de que su hermano pudiera contestar, "¿Me podrías buscar un vaso de agua? Me siento un poco mal".

Su hermano parecía como que quería resistirse, pero entonces Hale se giró hacia él también. "Y, una botella de whiskey. Del estudio al lado del comedor".

Después de mirar brevemente a Hale y luego a ella, Frederick asintió con la cabeza y salió de la habitación. Katherine y Hale se miraron fijamente, ella desde su posición reclinada

contra las almohadas y él desde su gran altura de pie al lado de la cama, mientras se escuchaban las pisadas de Frederick retrocediendo por el pasillo.

Una vez que ella se cercioró de que su hermano ya no les podía escuchar, Katherine habló. “No le permitiré que dé órdenes a mi hermano, Sr. Hale. Aunque aprecio lo que hizo por él, no tiene ninguna autoridad sobre él… o sobre mí”.

El hombre respondió ante la declaración de ella con una ceja alzada mientras se cruzó los brazos gruesos por encima del pecho. “¿Qué pasó?”

Ella cerró los ojos un segundo. ¿Qué había pasado? Ni siquiera estaba completamente segura, pero al ir recordando el incidente en la mente, sintió una sensación horrible de hundimiento en el estómago. Cuando volvió a abrir los ojos, era para encontrarse con que el Sr. Hale la miraba fijamente de manera intense, sus brazos cruzados ante su gran pecho.

Luego enarcó una ceja rubia. “¿Te caíste desde un acantilado? ¿Rodaste por unas escaleras? ¿Saltaste de un caballo galopando?”.

Sin gustarle su tono bromista, ella le replicó, “desde un carruaje, realmente. Y luego un caballo me dio una patada”.

El rostro de él se ensombreció. “Eso no fue muy inteligente”.

Ella apretó los dientes. La insistencia del hombre en regañarle cuando le dolía el tobillo y el dolor surcaba su hombro hasta las puntas de los dedos, le estaba tensando hasta el último nervio. “Si tiene que saberlo, nos abordaron mientras estábamos de compras”.

La ceja rubia de él subió más aún y ladeó la cabeza. “¿Abordaron?”

Katherine ajustó su brazo en una postura más cómoda, haciendo una mueca de dolor ante el dolor que el leve movimiento le había causado. “Dos hombres se adueñaron de nuestro carruaje. Ladrones, me imagino”. Incluso mientras hacía esa sugerencia, algo en ella la rechazó. “Tuvimos que saltar para poder escapar”.

Las líneas entre sus cejas se hicieron más profundas. “¿Saltaste en serio de un carruaje en movimiento?”

“Fue enteramente necesario, le aseguro”, replicó ella.

Cuando ella no dijo nada más, Hale miró hacia el hombro de ella. “Está dislocado”.

“Lo sé”.

La esquina de su boca se movió. “Entonces, sabes lo que hay que hacer”.

“Sí, y si llama a un médico para que me atienda, antes nos marcharemos”.

“No se sabe cuánto tiempo puede tardar un médico en venir y no hay garantía de que sepa hacer bien su trabajo”.

Katherine frunció las cejas. “¿Entonces, podría quizás llamar a un carruaje de pago? Yo pediré a que venga un médico cuando llegue a casa”.

“No puedes esperar tanto tiempo”.

“¿Entonces qué es lo que sugiere exactamente?”, espetó ella, perdiendo la paciencia con una discusión y la dolorosa incomodidad de su situación.

“Yo me ocupo de ello”.

Ella alzó la mirada sorprendida. “No. No lo hará”.

El suspiro de él estaba preñado de irritación. “He atendido más lesiones durante mis años en el cuadrilátero de los que la mayoría de los médicos atienden en toda la carrera. Cuanto más padezcas en tu estado actual, más probable es que haya daños permanentes. Yo te atenderé”.

La idea de que él pusiera sus manos grandes y callosas en su persona, aunque fuese para aliviarla de dolor significativo, hizo que su cuerpo se enrojeciera de calor y resistencia.

Pero él tenía razón. Ella no podía seguir como estaba.

Antes de que ella pudiera decir que estaba de acuerdo, Frederick regresó a la habitación. Le pasó el vaso de agua a Katherine antes de darse la vuelta para darle la botella de whiskey a Hale.

"Vete a visitar a Claire". Hale señaló con la cabeza la puerta. "Se alegrará de verte".

"Pero…". El niño empezó a decir mientras miraba a Katherine.

Antes de que ella pudiera darle seguridad personalmente, Hale afirmó con la voz gruesa, "me la trajiste. Yo la atenderé".

Volviéndose hacia la cama, Frederick se sentó cuidadosamente al lado de ella. Katherine tuvo que rechinar los dientes para impedir que se notara como incluso ese leve movimiento causaba dolor.

"Lo siento, Kit, tenía que haber…"

"No", le interrumpió ella con la voz baja. Negándose a mirar más allá de su hermano, al gigantón detrás de él se inclinó hacia delante para susurrarle, "No tienes nada de que arrepentirte. Si no fuese por tus conocimientos sobre la ciudad, todavía estaríamos perdidos. Vete. Visita a Claire", insistió ella con suavidad. "Pronto estaré bien de nuevo y entonces nos iremos a casa".

Él miró hacia abajo, como si quisiera evitar la mirada de ella. Pero entonces se puso en pie. Con otro movimiento de cabeza hacia Hale, salió de nuevo, dejándoles a los dos solos en el dormitorio.

Ella se quedó sentada en silencio, mirando por el rabillo del ojo, mientras Hale abría la botella de licor tirando del corcho con los dientes, antes de dar un paso hacia ella para ofrecérsela.

"Te hará falta".

Queriendo discutir, pero sabiendo que él tenía razón, ella descansó el vaso de agua en la mesita de noche y tomó la botella con su mano buena.

Hale miró mientras ella bebía un trago grande de whiskey. Tuvo que respirar hondo para reprimir el deseo de toser ante la bebida ardiente. Cuando él alzó la barbilla indicándole que bebiera otro trago, ella arrugó la frente, pero hizo lo que él le pedía.

Sonriendo ante ella por su renuencia, se llevó las manos para soltar el pelo que llevaba atado a la nuca con una tira de cuero. Con la tira entre los dientes, se peinó el cabello color miel y se volvió a atar el pelo con la tira de cuero.

Había hecho lo mismo esa noche en su oficina. Y ahora, igual que entonces, algo de esa acción, quizás la manera en que le hacía flexionar los brazos, mostrando cada músculo, o quizás era la manera en que bajaba el mentón y la miraba desde debajo de sus cejas mientras lo hacía, hizo que Katherine sintiera muy profundamente en su núcleo, un tirón de un hilo delicado muy dentro de ella.

El tic en sus labios cuando se movió hacia ella sugería que sabía el efecto que había tenido en ella. Seguramente afectaba a todas las mujeres de esa manera con su masculinidad bruta, su sonrisa breve y su fuerza.

"¿Preparada?" Su voz era baja y modulada.

Katherine bebió otro trago de la botella, apenas resistiendo un estremecimiento mientras el whiskey bajaba de manera ardiente hasta su vientre.

"Vas a tener que tumbarte de manera plana".

Con un pesado jadeo, ella se movió más abajo en la cama mientras él retiraba las almohadas, tirándolas a un lado. El dolor la surcó cuando empezó a tumbarse de nuevo y cerró los ojos para frenar las lágrimas que le picaban tras sus párpados. Entonces sintió la mano grande de Hale bajo su espalda, dándole apoyo.

Sus ojos se abrieron de golpe para encontrarse con la mirada de él a centímetros de la suya. Su aliento se le escapó de entre los labios en un suspiro suave.

"Tranquila", murmuró él con la voz espesa

Una vez que ella estaba completamente tumbada en la cama, él retiró la mano. "Voy a tener que comprobar si tienes algún hueso roto o astillado".

Katherine asintió con la cabeza. Aunque se sentía tentada de cerrar los ojos de nuevo, se enfocó en la cara de él en vez de hacerlo, estudiando los detalles de su rostro cincelado, cómo la cresta de sus mejillas se inclinaba hacia el ángulo duro de su mandíbula, el color dorado oscuro del vello que crecía allí, y el despliegue de pestañas más oscuras que estaban bajo una frente muy fruncida.

Realmente era guapo. De una manera ruda, completamente sin pulir. Una manera que sugería que había vivido una vida brutal llena de la clase de violencia e incertidumbre que ella nunca había conocido.

Comenzando por el codo, las manos grandes de él rodearon su brazo mientras iba amasando y sondeando con sus dedos anchos. Hasta el hombro donde siguió la estructura de los huesos y ligamentos que rodeaban la articulación dislocada.

El intenso dolor de su exploración necesaria hizo que ella contuviera el aliento bruscamente cuando más lágrimas le quemaban los ojos. La mirada de él fue a la suya, solemne e intensa mientras sostenía la mirada fija de ella.

Su respiración fue veloz entre los dientes mientras se sentía atraída por la intensidad de la mirada de él. Atraída y… atrapada.

Desviando la mirada, él carraspeó mientras le quitó las manos de encima. "No hay fracturas. Eso es bueno. Va a doler mucho cuando realinee tu hombro, pero luego sentirás algo de alivio".

"Entiendo".

"Relájate. Respira lento y acompasado". Un brillo de diversión parpadeó un instante en sus ojos. "Sé que será difícil, pero tendrás que someterte completamente a mis instrucciones".

La respuesta de Katherine fue rápida y escueta. "Esto no va a funcionar".

Él soltó una risita, un sonido maravilloso. "Cierra los ojos".

En cuanto ella hizo eso, él tomó su muñeca en la mano. Lentamente, de forma firme y con suavidad, enderezó el brazo de ella y empezó a tirar de él de su costado. Una vez que llegó a un punto en el cual el brazo de ella estaba a un ángulo de noventa grados de su cuerpo, presionó con la otra mano su costado en la zona de las costillas haciendo palanca. Luego empezó a tirar con lentitud pero firmeza de su muñeca.

Ella apretó los dientes mientras se tensaba su tejido, se tensaba en protesta.

Pero entonces, con una especie de ruido extraño, su hombro se encontró en su sitio. El sonido era horrible, pero el alivio fue instantáneo.

Ella soltó una bocanada de aire, y abrió los ojos para ver a Hale inclinándose por encima de ella, su rostro, una máscara de tensión grave mientras con cuidado bajaba el brazo de ella colocándoselo a su costado y luego doblando su antebrazo por la cintura.

"Quédate aquí y no te muevas". Su voz era seria mientras se daba la media vuelta y salió de la habitación.

Katherine no iba a ir a ninguna parte. Aunque el entumecimiento raro e inútil había desaparecido de su brazo, el lugar donde el casco del caballo le había golpeado, le dolía otra vez al igual que su tobillo torcido. Levantó la cabeza y se subió la falda con la mano buena para arriesgar un vistazo a la extremidad dolida y se fijó en una hinchazón por encima de sus botas de

moda.

Hale regresó en ese momento, con una tira de tela por encima del brazo y un pequeño tarro en la mano.

Ella rápidamente intentó bajarse las faldas de nuevo por las piernas, pero no era tan fácil lograr hacer eso mientras estaba tumbada.

El tono de él era socarrón. “No te molestes. Te las voy a tener que subir otra vez en un momento”.

Capítulo Ocho

“¿Perdón?”. Preguntó ella alarmada.

Él se puso de cuclillas al lado de la cama de ella. “No es lo que estás pensando”. Le mostró el tarro. “Un emplasto. Para tus otras lesiones”.

“Eso no será necesario, Sr. Hale”. Discutió ella usando su mano buena para torpemente asumir una postura sentada. Desgraciadamente, no podía levantarse de la cama completamente con él, ocupando el espacio de ella como estaba hacienda. Ella le miró con su mueca más amenazadora. “¿Le importa?”.

La sonrisa de él se hizo más ancha. “No puedo decir que me haya importado nadie, a decir verdad”.

Katherine entornó los ojos. “Aunque eso no me sorprende lo más mínimo, Frederick y yo tenemos que irnos”.

“Eventualmente”.

Él dejó el tarro y la tela en la mesilla de noche y empezó a agarrar las almohadas que antes había tirado para colocárselos detrás de ella para que pudiera sentarse más cómoda. Luego agarró el tarro de nuevo. Cuando retiró la tapa, el tarro soltó un aroma fuerte que hizo que ella arrugara la nariz de asco.

Viendo la reacción de ella, él rio. El sonido era rico y denso, y ella la sintió muy abajo en su núcleo.

“Cuanto peor huele, más fuerte es la medicación”.

“No estoy segura de que eso sea cierto. De todas formas, ¿qué le hace pensar que le dejaría acercarse a mí con eso?”

Los ojos de él se oscurecieron. “Porque yo soy todo lo que tienes”.

“Estaré bien”, murmuró ella tensamente.

El sonido de gruñido que hizo él era de frustración y paciencia perdida. “He sido testigo de muchas torceduras y roturas durante mis años en el cuadrilátero. Sé lo que pasa cuando una persona no realiza los pasos más básicos para tratar semejantes lesiones”. La miró a ella a los ojos con un destello de fuego en los ojos. “Ahora, sube tus malditas faldas”.

Era un desafío descarado. Y Katherine quería mucho demostrarle que no podía abusar de ella como hacía seguramente con todo el mundo.

Pero cuando ella le miró a la cara, algo cambió en la expresión de él. Su voz bajó de ser un gruñido a algo más parecido al ronroneo de un león con sus siguientes palabras. “Levanta las faldas, querida, o meteré las manos por debajo y *tantearé* por ahí debajo”.

Algo brillante e intenso se encendió en ella ante sus palabras. No le cabía duda de que él cumpliría con su amenaza. En un instante, ella se subió las faldas hasta las rodillas.

Su risa breve era curiosamente estimulante y ella sintió que se le ponía la piel de gallina, y sentía un hormigueo en la nuca. La manera en que él cambiaba tan rápido, de divertido a intenso y luego divertido otra vez, era desconcertante.

Estirando los brazos hacia delante, él levantó su pie herido en las manos. Dedos fuertes sondearon los huesos de sus tobillos a través del fino cuero de su bota. El dolor le hizo hacer una mueca cuando él llegó a un sitio particularmente doloroso. Aunque mantenía la barbilla bajada, la miró a los ojos. “Has tenido suerte. No hay huesos rotos. El emplasto ayudará, pero una vez que te quites la bota, la hinchazón se pondrá peor”.

“Podríamos dejarla puesta,” sugirió ella de manera testaruda.

La respuesta de él fue empezar a aflojar los cordones.

Katherine hizo puños con las manos mientras él rodeaba con una mano la pantorrilla de ella y le quitó la bota del talón primero. En cuanto su pie se liberó, el dolor se multiplicó por tres.

Ella se mordió el labio y forzó su respiración por la nariz de una manera lenta y pausada.

“Tu media”.

La naturaleza ruda de la voz de él atrajo la mirada de ella, pero él estaba pendiente de la tarea que estaba llevando a cabo. Con el dolor volviéndose cada vez más insoportable, ella cuidadosamente metió la mano bajo las faldas en su regazo para soltar su liguero antes de enganchar la media con los dedos y deslizársela por encima de la rodilla. Tuvo que inclinarse hacia delante para poder quitarse la prenda del pie, lo cual le aproximó peligrosamente al hombre de cuclillas a su lado. Respirando el aroma de él por la nariz, su atención se volvió a quedar en el pulso constante al lado de su garganta.

Ella sintió una oleada rápida que la distrajo, en su sangre.

¿Por qué este hombre la afectaba de manera tan visceral? Nunca había experimentado nada semejante antes. Y no estaba muy segura de apreciarlo ahora.

Una vez que se quitó la media, se enderezó y miró por encima de la cabeza de él a la ventana al otro lado de la habitación. Hizo una tarea tan buena de concentración en todo *menos* las manos de él en su piel desnuda que le hizo falta hacer un poco de esfuerzo para fijarse en el cuidado y la eficacia de tu tacto mientras repartía la mezcla de olor pestilente por encima de su tobillo lastimado.

Al cabo de un ratito, se relajó contra las almohadas. Cuando él desplazó las manos hacia su pie, le hizo falta una fuerza de voluntad significativa para mantener los ojos abiertos y no dormirse mientras disfrutaba de la sensación de los pulgares de él, presionando la carne tensa de su talón antes de pasar a la parte de su pie bajo los dedos.

“Aflójate el vestido”.

La voz de él le hizo sentir escalofríos por la columna. Escalofríos deliciosos. Escalofríos seductores. Cuando ella no contestó de inmediato, los ojos de él brillaron y sus labios se curvaron sutilmente. “Necesito tratar tu hombro”.

Ella sintió vulnerabilidad al momento. Era una sensación inquietante y desconocida. “Eso no será necesario”.

Unas cejas color miel bajaron dejando ver una mirada intensa. “Afloja el vestido, Lady Katherine”.

Una pausa larga siguió su atrevida orden, mientras que Katherine luchaba con la incertidumbre que sentía en el vientre, y la necesidad urgente de recuperar alguna semblanza de control en esta situación. Mientras los pensamientos en su cabeza iban dando vueltas acerca de las sensaciones que él había suscitado en ella por sus cuidados y atenciones en sus tratos con ella hasta el momento, sencillamente la miró con una mirada pesada.

Katherine quería tanto rechazar más ayuda suya. Si no por el decoro, que parecía haber desaparecido hace mucho ya, sino como un intento de recuperar algo de autonomía. No estaba acostumbrada a ponerse *literalmente* en manos de otra persona, y podía sentir una creciente ansiedad. Pero su hombro torturado necesitaba ser atendido y Hale tenía razón: él era todo lo que tenía en ese momento.

“Se abrocha desde detrás”, contestó ella finalmente con rigidez. “No llego”.

Él sonrió, una sonrisa particularmente malvada, y las entrañas de ella se retorcieron. “Supongo que puedo apañarme como doncella”. Su voz bajó mientras agregaba, “aunque no

puedo decir que haya puesto las manos alguna vez en algo tan fino".

Mientras él se ponía en pie, ella se inclinó hacia delante, asegurándose de sostener el brazo con la otra mano. Aunque el dolor en su hombro se había reducido de manera significativa, todavía sentía una clara inestabilidad en la articulación.

Él apartó las almohadas de nuevo para sentarse detrás de ella. Cuando el colchón se hundió bajo el peso de él, ella tuvo que inclinarse más hacia delante para evitar caer hacia atrás en el regazo de él.

Una vez que él se acomodó, ella sintió su tacto en el lado de su cuello mientras él retiraba su melena hacia un lado y luego por encima de su hombro para poder acceder mejor a los botones que bajaban por la espalda de su vestido. El ligero movimiento de sus dedos romos por la nuca de ella hizo que sintiera un hormigueo por la columna.

Con el aliento contenido y su labio inferior entre los dientes, ella permaneció tensa y quieta mientras él iba liberando los botones de su vestido. Sus dedos eran más hábiles de lo que ella había esperado y pronto el escote de su vestido bajó tanto que tuvo que llevarse una mano entre los pechos para impedir que la prenda cayera a su regazo.

Un aire fresco rozó la piel desnuda de su espalda por encima de su camisola y el corsé que llevaba. Cada nervio de su cuerpo estaba tenso mientras él bajaba el hombro del vestido por el lado lesionado de ella. Hizo lo mismo con el fino tirante de su camisola. Por lo menos no iba a tener que aflojar el corsé para llegar a su hombro. La prenda rígida era como una pieza de armadura necesaria que ella no podía permitirse perder.

En la pausa que hubo después, mientras ella sentía la mirada de él recorriendo su piel desnuda, le pareció haberle escuchado hacer un sonido bajo, pero no estaba segura.

Luego tomó el tarro de la mesilla de noche. El olor penetrante de la mezcla medicinal le llenó las narices cuando él empezó a repartirlo por encima de su piel. Empezando por la curva del cuello de ella, donde comenzaba su hombro, fue bajando.

Aunque ella ya había experimentado la eficacia inesperadamente suave de la eficacia de su tacto en su tobillo y pie, seguía sorprendida por lo totalmente lánguida que se volvía bajo las manos de él. Incluso cuando la parte ancha de la palma de su mano pasaba por la parte más dolorosa de su herida, no le causaba malestar.

Y, cuando amplió su atención hacia los músculos a cada lado de la columna de ella, no pudo impedir que su postura se ablandara en el tacto de él ni pudo frenar el profundo suspiro que soltó de sus pulmones.

Pero entonces sus manos la dejaron. De repente y completamente.

Katherine mantuvo la vista delante, constatando como el aire en torno a ellos se sentía cargado de una manera rara. Aunque se sentía forzada a girarse y mirarle, se resistió. No porque temiera lo que ella podría ver en sus ojos, sino porque temía lo que él podría ver en los de ella.

"Vas a tener que guardar el brazo en el cabestrillo una semana o más", dijo él con voz ruda. "Y no debes saltar de carruajes en tráfico una temporada".

"Frederick no necesita saber la amplitud de…" ella barrió el aire con la mano, "… de esto".

Él gruñó brevemente. "Lo sabe".

Ella suspiró. El sonido era pesado y largo. Una cosa más que ella no estaba protegiendo de su hermano.

Hale se quedó callado mientras alzaba el tirante de su camisola, volviéndolo a su sitio y luego su vestido antes de rápidamente abrochar la fila de botones. En cuanto se abrochó el último, se puso en pie. Tomando la tela que había traído con el emplasto, creó un cabestrillo para

soportar el brazo lesionado de ella. De nuevo, sus atenciones fueron sorprendentemente suaves y eficaces.

Una vez que se quedó satisfecho con el soporte improvisado, se dio la vuelta sin mirarla a los ojos. “Buscaré a Freddie. Va a querer saber cómo has podido sobrevivir tanto rato a solas conmigo”.

Katherine le miró salir de la habitación con una extraña presión llenándole el pecho.

Capítulo Nueve

Katherine forcejeó, colocándose la media y subiéndosela por la pierna con una sola mano. La hinchazón en torno a su tobillo no había empeorado mucho, pero el color morado que había adoptado era desconcertante. Con cuidado, se colocó la bota, pero no podía tensar los cordones mucho.

Tendría que ser suficiente. Si había podido correr por las calles de Londres con la lesión, debería poder llegar hasta su casa ahora.

A casa y lejos de Mason Hale.

El hombre era simplemente demasiado. Demasiado grande, demasiado varonil, demasiado intenso, con su mirada descarada y su actitud aún más descarada. ¡Demasiado de todo!

"¿Estás bien, Kit?".

Katherine levantó la mirada para ver a Frederick en el umbral de la puerta. Le hizo un gesto para que entrara a la habitación. "Claro. Te dije que estaría bien".

Él cruzó la habitación sentándose al pie de la cama. Arrugó la nariz. "¿Qué es ese horrible olor?"

"Un emplasto que el Sr. Hale insistió en aplicar a mis lesiones. Espero que el olor se disipe pronto".

Con una inclinación de cabeza, Frederick constató, "sabía que él seria la persona correcta para ayudarnos".

"Fue una buena decisión que nos trajeras aquí", reconoció ella, "pero ahora necesitamos regresar a casa".

Cuando su hermano se enderezó, ella se dio cuenta de que estaban a punto de discutir.

"¿Quizás no deberíamos irnos?"

Katherine enarcó una ceja. No tenía idea de qué estaba sugiriendo exactamente su hermano, pero podía ver por su manera de decirlo que era completamente sincero.

"¿Qué quieres decir? Claro que deberíamos volver a casa".

Los ojos de su hermano se oscurecieron. "Hay unos detalles del secuestro inicial que no te conté. No los podía encajar bien en el rompecabezas, de manera que los dejé fuera hasta que su existencia tuvo más sentido".

Ella había sospechado que él se había guardado algo. "¿Y ahora tienen más sentido?"

Él asintió con la cabeza. "El secuestro de la banda criminal fue claramente aleatorio. Pero la primera pareja con el que me topé esa noche, los hombres que me encerraron en el armario, su motivación era muy distinta. Ellos no habían sido parte de la pandilla de Bricken", siguió diciendo. "Su manera de vestir, su dialecto, su *modus operandi*… *Todos* distintos, sin olvidar la distancia que caminé después de escapar de ellos. Operaban en un barrio distinto al de Bricken. Un territorio diferente". Hizo una pausa. "No mencioné esto antes, pero, mientras estuve encerrado en el armario, pude escuchar una gran parte de su conversación".

A pesar del temor que surgía en ella, Katherine permaneció quieta y paciente. Frederick a menudo se tomaba su tiempo para explicar algo, pero solo era porque sentía que cada detalle era importante. La mayor parte de las veces, lo era.

"Después de llevarme a la posada, mandaría un mensaje a alguien. Estaban esperando su llegada cuando yo me escapé". Su mirada se endureció y durante un momento, parecía mucho

más mayor que la edad que tenía. “Kit, el secuestro no fue aleatorio. Alguien les había contratado para agarrarme. A mí, concretamente”.

En los días que habían pasado desde que recuperó a Frederick y escuchó su relato inicial de lo que había pasado, Katherine había hecho su mejor intento por entenderlo todo. Aunque había llegado a la misma conclusión acerca del encuentro con la banda criminal, la única explicación que había logrado para el secuestro inicial fue que había sido para pedir un rescate. Cualquiera que mirase a Frederick habría podido adivinar que era adinerado. Los dos hombres que le habían encontrado solo por la noche, seguramente se habrían aprovechado de la ocasión.

Pero lo que su hermano acababa de decir contradecía esa teoría. “Y hoy”, constató ella, “fue otro intento de secuestro”.

Frederick asintió. “Yo creo que sí. Pero no sé quién podría hacer eso y qué esperaría lograr con mi secuestro exactamente. Aunque fuese tan sencillo como un secuestro dirigido para pedir un rescate, existe una posibilidad de que su intención final fuese mi muerte”.

El corazón de Katherine cayó como una piedra a su estómago antes de subir de nuevo y atorarse en su garganta. La idea de que alguien quisiera a su hermano especialmente listo y compasivo, muerto era increíble. No podía ser cierta.

“¿Para qué se habrían molestado en capturarte?”, discutió ella. “¿No habría tenido más sentido que se ocuparan de… de la tarea de inmediato si esa era su intención?”

Ella no podía creer que estaban hablando de semejante posibilidad.

Frederick, bendito sea, no parecía preocupado por el tema más de lo que se habría preocupado por solucionar un rompecabezas. “Pensé eso también. La única respuesta es que la persona que les contrató quería ser testigo de mi muerte. Quizás para mayor seguridad… o porque el asunto es de naturaleza personal”.

Katherine sacudió la cabeza en negativa firme. “No hay nadie que pudiera tener semejante intención”.

Unos ojos oscuros y solemnes le miraron a los de ella. “Nuestro guardián”.

Como el hermano menor de su abuelo finado, el Marqué de Warfield no solo era su guardián, sino que era el siguiente en línea para heredar el ducado y sin duda sería la persona que más se beneficiaría en el caso de la muerte de Frederick.

“Pero Warfield lleva años en el extranjero y ha dejado muy claro que no tiene intención de volver nunca a Inglaterra”.

La mirada de Frederick se volvió atormentada y temerosa mientras su cara se tensó con frustración. “¿Si no es él, qué más se podría conseguir con semejantes acciones? ¿Y, quién más podría tener un motivo por instigarlas?”.

Katherine de repente recordó la imagen del hombre alto con el abrigo negro y sombrero de copa. De cómo había parecido estar vigilándoles justo antes de que ellos fuesen abordados en su carruaje. ¿Su interés había sido una sencilla casualidad o podría ser que el desconocido oscuro estuviera ligado a los ataques?

Cuando ella le vio, había sentido sutilmente que le reconocía, pero era demasiado joven para ser el marqués.

“Si no se trata de algo relativo a la herencia, ¿qué otra motivación podría ser?”, preguntó Frederick en voz baja como si estuviera diciendo sus pensamientos en voz alta sin darse cuenta. “Supongo que no podemos ignorar la posibilidad de que *tú* seas el objetivo verdadero. Pueden haberme secuestrado a mí para llegar hasta ti por alguna razón”. Hizo un sonido de frustración mientras se llevaba una mano a su pelo revuelto. “Hay demasiadas incógnitas. Demasiadas cosas que no tienen sentido”.

Katherine colocó una mano en su hombro para que él la mirase. “Escúchame. Quien sea que esté detrás de esta amenaza, es algo que vamos a averiguar juntos. ¿No hemos hecho eso siempre? Ningún problema ha sido demasiado grande para nosotros dos”.

Su hermano la miró un momento largo, y ella recordó que a pesar de que era más inteligente que nadie que ella hubiera conocido, seguía siendo solo un niño que había pasado por un gran trance durante los últimos meses.

Cuando finalmente asintió con la cabeza, ella le sonrió. “Un paso por vez. El primero es regresar a casa”.

Frederick alzó el mentón de manera testaruda. “Quien sea que esté detrás de esto, lo ha intentado dos veces ya. Lo intentarán de nuevo. ¿Qué les impide venir a la casa?”

Pensar en irse a otro lugar pasó por su cabeza, pero esconderse no iba a solucionar nada. Hasta que descubrieran quién estaba detrás de los secuestros y cuál era su motivación final, seguiría habiendo una amenaza. Y, Frederick se merecía mucho más que eso para su futuro. Estaba rápidamente convirtiéndose en un hombre. Un duque con responsabilidades.

“Quizás deberíamos quedarnos aquí un poco”, sugirió Frederick como si pudiera escuchar los pensamientos de ella. “Solo hasta que se nos ocurra qué podemos hacer”.

“Frederick, sabes que eso no es posible”.

“¿Por qué no?”.

Ella abrió la boca mientras hacía intentos por dar con una razón correcta ante la certeza serena de su hermano. “Para decir algo, la decoración aquí es horrenda”.

Como ella había esperado, ese comentario suscitó una sonrisa en los labios de su hermano que miraba a su alrededor evaluando. “Creí que te gustaba el color rosa”, dijo el pensativo.

“Para un vestido ocasional o en un ramillete de flores. No en todas las superficies de mi entorno”. Hizo una mueca de asco. “¿Por qué elegiría el Sr. Hale vivir con semejantes atrocidades?”.

Frederick se encogió de hombros. “Fue todo lo que pudo encontrar con tan poco aviso después de salvarnos a Claire y a mí. No creo que tenga intención de quedarse aquí mucho tiempo. Pero tienes razón. Este lugar es realmente horrible. En vez de quedarnos aquí, sería realmente mejor si el Sr. Hale se viniera a vivir con nosotros”.

El estómago de Katherine dio un vuelco ante ese pensamiento. “Frederick, ¿cómo se te ocurre eso?”

“Porque es la solución perfecta”.

“Frederick…”

“Piénsalo, Kit. Es un luchador entrenado. Invencible durante su tiempo en el cuadrilátero, y sospecho que fuera también. Podríamos contratarlo como guardaespaldas”.

Ella suspiró. Parecía ser que su hermano había desarrollado una opinión de casi veneración por el Sr. Hale. Después de la pérdida de sus padres y el trauma de sus experiencias más recientes, Katherine se daba cuenta de cómo podría sentirse atraído por alguien tan fuerte, capaz e intrépido, pero eso no significaba que podían invitar al hombre a su hogar.

“Estoy segura de que el Sr. Hale es un luchador muy hábil, pero eso no le hace ser un guardaespaldas adecuado”.

“Me rescató del almacén y me mantuvo a salvo luego”.

“No sería correcto”.

“No menos correcto que tener a nuestro mayordomo y lacayo viviendo con nosotros”. Colocar a Hale en la misma categoría que la de un criado entrenado, alguien con habilidad para

aparecer inocuo y discreto, era seriamente risible.

"Piénsalo, Kit. Realmente tiene sentido".

Poniéndose en pie, Frederick la miró fijamente. Cualquier otra persona que le viese en ese momento habría visto un joven seguro y convencido, pero Katherine le conocía mejor. Su expresión era neutral, pero sus hombros estaban tensos, como lo era la manera en que se agarraba las manos por detrás de sus espaldas. Sus ojos brillaban con emociones que intentaba ocultar… temor, incertidumbre, frustración. Con una mirada hacia la puerta, constató, "la nanny de Claire se la llevó a la cocina para comer unos pastelillos recién horneados. Solo quería ver cómo estabas antes de ir con ella. Estoy seguro de que seguiré allí cuando estés lista para irnos".

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Katherine suspiró. Su hermano claramente esperaba que ella considerase su alocada sugerencia. Pero debería saber mejor. No había nada que considerar. A pesar de su devoción obvia hacia la hija de él y su deseo de pagarle la deuda que sentía que le debía a Frederick, su participación en peleas ilegales hacían que Mason Hale no fuese mejor que un criminal él mismo. Para nada, la clase de persona que ella podría considerar contratar para proteger a su hermano, un duque, por el amor de Dios, mientras que viviera en el *hogar* de ellos.

Era ridículo realmente.

Katherine cuidadosamente colocó los pies en el suelo e intentó ponerse en pie. El pulsar de dolor en su tobillo casi la hizo volver a sentarse, pero el cuero de su bota le daba cierta estabilidad. Le dolía el hombro también, pero el dolor no era para nada como había sido antes de que el Sr. Hale le recolocara el hombro.

Unos pasos tentativos la acercaron a un espejo con muchas filigranas que colgaba delante de un lavamanos. Los ojos de ella se agrandaron al ver su reflejo en el espejo.

No se había dado cuenta de lo horriblemente despeinado que se había vuelto su cabello durante la huida de ellos. Sin pensar, intentó llevarse las manos para peinárselo un poco y sintió un dolor inmediato en el hombro.

Exhalando de dolor, bajó su brazo lesionado al cabestrillo.

Usando solo una mano, intentó dominar su cabello largo hasta la cintura. Era un intento casi imposible, pero le sirvió de distracción ante los pensamientos indeseados que le invadían la mente.

Por mucho que intentara pensar en la información que tenían sobre los ataques hacia Frederick, solo se le ocurrían dos rezones por las que secuestrar un duque… para pedir un rescate o para apropiarse de su herencia.

Lo cual hacía que el Marqués de Warfield fuese el principal sospechoso, a pesar de que ni siquiera estaba en Inglaterra, y un sinnúmero de potenciales sospechas en lo otro. No había pensado que mucha gente supiera siquiera que el nuevo Duque de Northmoor estaba en Londres, pero alguien había contratado a hombres para apoderarse de Frederick.

Tenían que separar los hechos de las suposiciones. Tenía que haber algo que les pudiera orientar correctamente.

Y, mientras tanto, Frederick necesitaba protección. Hasta que supieran quién estaba detrás de todo esto, su hermano corría peligro perpetuo. Un guardaespaldas era realmente una idea excelente. Alguien bien entrenado, valiente, inteligente y fiel. Alguien que pudiera entender la manera de ser de hombres a los que se enfrentaban y rápidamente impedir más ataques.

Casi podía escuchar la voz de su hermano. *Alguien como el Sr. Hale.*

Quizás debería mandarle una carta a Lord Shelbourne. Él había recomendado a Boothe cuando Frederick había desaparecido al principio. Quizás también pudiera recomendar un buen

guardaespaldas.

Pero, por otro lado… Boothe realmente no había hecho gran cosa. No había encontrado a Frederick. Hale había sido el que les llevó a él.

Y, el detective jubilado no se había podido defender del ex púgil en una pelea. Al día siguiente de que ella se llevara a Frederick a casa, el Sr. Boothe había venido a la casa. Había estado amoratado y se disculpó sobre lo fácil que había sido despachado por Hale. Katherine le aseguró de que todo estaba bien, y el hombre había parecido estar visiblemente aliviado al saber que el joven duque había sido recuperado. En ese momento, ella no había estado completamente segura de que su alivio era porque ya no tendría que hacerle frente a los puños de Hale otra vez.

Después de haber sido testigo de ese encuentro concreto, ella creía plenamente en la condición imbatible de Hale.

¿Qué habría pasado si el secuestro más reciente se hubiera intentado con Hale en el carruaje?

Ella se había estado retorciendo un mechón de pelo en torno a la muñeca mientras pensaba y ahora lo soltó con un suspiro.

¿Estaba realmente considerando la sugerencia de Frederick?

Su prioridad absoluta era la seguridad de su hermano. Una tarea con dos vertientes: tenían que asegurar que no fuese vulnerable a otro ataque, lo cual indicaba que les hacía falta un guardián, y necesitaban investigar la fuente de la amenaza y eliminarla.

No podían considerar la segunda vertiente hasta no solucionar la primera.

¿Pero Hale?

Sus modales eran rudos, su actitud irreverente y era demasiado atrevido. ¿Pero qué importaba todo eso si el hombre mantenía a su hermano fuera de peligro? Fuese la que fuera la fuente y la causa de esta amenaza contra Frederick, era algo más allá de lo que ellos habían podido confrontar en el pasado. Su hermano era todo lo que le importaba a ella.

No podía perderle.

Capítulo Diez

A lo largo de los años, Mason había ayudado ocasionalmente a boxeadores aspirantes prepararse para el cuadrilátero. También había entrenado a hombres para puestos en casas de prostitutas, de apuestas y otros establecimientos que se beneficiaban de tener porteros competentes. Había sido una manera suya de mantenerse en forma, pero nunca había considerado enfocarse en entrenar como vocación principal.

Ahora que su deuda había sido pagada y el niño había vuelto con su hermana, Mason tenía que ir pensando en un nuevo futuro. Llevar apuestas en peleas había sido lucrativo, pero era inestable, arriesgado y a veces peligroso. Con Claire como su prioridad principal, tenía que buscar trabajos que fuesen más sostenidos y entrenar a luchadores y porteros de locales parecía ser una buena opción.

Había venido a su estudio con la intención de trabajar desarrollando sus planes más ampliamente con respecto al posible nuevo emprendimiento. En lugar de eso, estaba sentado ante su escritorio, pensando en el aspecto de la mujer que estaba arriba, con su cabello de color caoba cayendo en ondas despeinadas por sus hombros. Y en la manera en que destellaban sus ojos marrones bajo las cejas fruncidas cuando estaba irritada. Había algo único e intrigante en sus rasgos que mantenía un equilibrio entre una especie de delicada austeridad y una sencilla elegancia.

Con un suspiro de rendición, él tomó un poco de papel y un pedazo de carboncillo del cajón del escritorio y empezó a dibujar a grandes trazos, algo que iba cambiando a líneas más detalladas y curvas delicadas. Al cabo de varios minutos se detuvo para considerar con ojo crítico el resultado. Había logrado capturar los elementos básicos del aspecto de Lady Katherine, la fina estructura de sus huesos, los ojos anchos, los labios carnosos, y las cejas rectas, casi pesadas. Pero no veía el fuego. La intensidad de la mujer.

Estaba a punto de empezar de nuevo en una hoja nueva cuando un suave golpe en la puerta abierta sonó. Lady Katherine estaba en la entrada de la puerta.

Su vestido de color celeste estaba arrugado, su cabello seguía siendo una maraña por sus espaldas, y su brazo lesionado estaba en el cabestrillo. No tenía que estar en pie con un tobillo torcido, pero la mujer no tenía precisamente una intención de tomar sugerencias de él. A pesar de sus lesiones y desaliño evidente, seguía de alguna manera dando la impresión de ser una dama de buena cuna.

Serena y perfecta. Su postura recta. Incluso el tono de su voz era suavemente seguro cuando habló. “Sr. Hale”.

Cuando él no contestó o hacer un gesto por ponerse en pie, ella soltó una bocanada de aire y entró en la habitación con una expresión de determinación que él estaba empezando a reconocer. Se tenía que haber puesto en pie, pero no lo hizo. Le gustaba cómo su mala educación la hacía cerrar los labios mientras sus ojos brillaban con irritación.

Cuando se acercó, bajó la mirada al boceto encima del escritorio. Su expresión se oscureció cuando frunció las cejas al bajar la cabeza con curiosidad.

Con un rápido movimiento de la mano, el dibujo se guardó a buen recaudo en el cajón del escritorio.

Sus ojos oscuros se posaron en los de él. “Sr. Hale”, repitió ella.

“Ese soy yo, palomita”, contestó él con una sonrisa divertida. No tenía que ser tan

impertinente, pero su deseo de alterar el porte resuelto de ella era una tentación que no podía resistir.

Desgraciadamente, ella demostró ser una digna adversaria y su mirada permaneció fija e intencionada. “Una vez más, le debo mi agradecimiento. Le pido perdón por no haberle dado las gracias correctamente arriba. En mi defensa he de decir que estaba algo…” Ella hizo un breve gesto con su mano libre.

“Sobrecogida”, ofreció él con una media sonrisa.

Los ojos de ella echaban chispas. “Agitada”.

Mason rio.

Ella ignoró esa risa.

“Se debe estar preguntando qué es lo que está propiciando situaciones tan peligrosas que ahora ya han requerido su intervención dos veces”.

“No particularmente”.

Por lo visto, ella no había estado esperando su respuesta, ya que titubeó antes de contestar. “Bueno, la verdad es que sospechamos que la prueba de hoy no fue perpetrada por ladrones, sino que era probablemente otro intento de secuestro. No sé si le ha contado Frederick esto, pero el secuestro de la banda criminal no fue el primero para Frederick. Parece ser que alguien se ha fijado en mi hermano, aunque la razón de ello no está todavía muy clara”.

Mason podía aventurar una suposición. Un joven duque adinerado sin padres o guardián y solo una hermana mayor como protección era una criatura vulnerable y fácil presa para alguien interesado en un buen rescate.

Lo que no acertaba a adivinar era por qué Lady Katherine había decidido hablar del tema con él. “¿Por qué me cuentas esto?”

“Hasta que sepamos quién está detrás de los ataques y por qué, hay una posibilidad de que se realicen más intentos contra Frederick. Nos queda claro que va a necesitar protección personal”.

Mason esperó a que ella dijera algo más. Cuando no lo hizo, él se echó hacia atrás en su silla, tensándose cuando la madera crujió, y se cruzó un tobillo por encima de la rodilla contraria.

Ella no podía estar considerando lo que él sospechaba.

“Mi hermano está convencido de que usted es la elección perfecta para semejante tarea”.

La mirada de él estaba llena de incredulidad. “¿Me estás pidiendo que sea el guardaespaldas de Freddie?”

Una pausa. “Creo que sí”.

“Te has equivocado de hombre. Yo no soy ningún héroe, cariño”.

Las palabras siguientes de ella fueron dichas con firme convicción. “No necesito un *héroe*, Sr. Hale. Necesito un hombre tan despiadado y mercenario como los que están persiguiendo a Frederick”. Ella hizo una pausa para mirarle fijamente con sus ojos oscuros llenos de intensidad. “Le necesito”.

Esas dos palabras le golpearon con más fuerza que la de cualquier puñetazo que recibiera en el cuadrilátero. Durante un segundo, su aliento se le atoró en la garganta mientras su estómago se tensó.

“Le pagaría,” dijo ella. “Generosamente”.

“Hmm.” Mason se puso en pie y rodeó lentamente el escritorio hasta quedar parado delante de ella. Apoyando las caderas contra el escritorio, se cruzó los brazos ante el pecho. Era un movimiento arriesgado, colocar aunque fuera la mitad de su peso en los muebles frágiles, pero quería ver cómo iba a reaccionar la mujer ante su proximidad más cercana.

Para mérito de ella, no dio un paso hacia atrás ni dejó de mirarle a los ojos.

Era una valiente. O era testaruda. Seguramente ambas cosas.

Sonrió. Y algo no legible apareció en sus rasgos finos.

"¿Qué te hace pensar que yo estaría cualificado para semejante puesto?"

Levantando el mentón, ella le contestó. "Su parte en el rescate de mi hermano de la pandilla criminal demuestra sus habilidades ante adversidades peligrosas. Y, ya ha demostrado tener cierta fidelidad con mi hermano".

"No soy leal a nadie".

Ella le ignoró de nuevo. "Conoce esta ciudad y sus peligros, y es bien conocido por sus habitantes, si no personalmente, por su reputación. Si alguien se atreviera a desafiarle directamente, sospecho que sería tratado de manera tan eficiente como lo fue el Sr. Boothe".

Él resopló rudamente. Ella claramente había pensado en todo, pero si tenía que adivinar, diría que Lady Katherine no había llegado a esta decisión con facilidad. No se lo podía echar en cara.

Tomándose un momento, la miró detenidamente. Ella permaneció quieta bajo su repaso descarado, como si supiera que su intención fuese incomodarla y ella tenía intención de soportarlo. Cuando su mirada se alzó mirándole la cara de nuevo, se fijó en la presión firme de sus lindos labios y los pequeños chispazos de fuego brillando en su mirada fija.

"Aparte de un sueldo generoso", bajó la voz de manera sugerente, "¿qué me aporta el cargo?"

Él se fijó en la leve tensión de la mandíbula de ella antes de contestarle. "Le sacaría de esta monstruosidad de casa". Una pausa. "Es evidente que tendría que residir con nosotros".

"¿En Mayfair?", soltó una risa. "Eso sí que sería algo".

"No podría proteger correctamente a Frederick desde ningún otro sitio".

El tono de voz de ella sugería que no estaba completamente a gusto con ese aspecto.

Bien.

"¿Y tú?", preguntó él.

Ella frunció las cejas oscuras. "¿Qué pasa conmigo?"

"¿También estarías bajo mi protección?", sin intención consciente, su voz cambió a un tono más íntimo. Se vio recompensado por una ligera apertura de los labios de ella y una mirada fugaz a sus antebrazos doblados.

"No necesito protección".

"Podrías necesitarla", sugirió él con la voz espesa.

Aunque las pupilas de sus ojos se expandieron un poco ante sus palabras, se recuperó rápido para enarcar una ceja imperiosa. "¿De usted, Sr. Hale?"

Cuando él respondió con una sonrisa, la atención de ella se posó en la boca de él.

Su corazón latió con fuerza contra sus costillas. Deseo, pesado y fuerte, fluía en su cuerpo. Él había estado jugando con ella antes, intentando desconcertarla. Pero ahora, su enfoque se volvió de repente muy serio.

Él contestó en un murmullo pesado. "Claramente de mí".

"No soy una persona tímida, Sr. Hale. No me da miedo".

La arrogancia de su tono de voz le hizo sentir otra oleada de calor. Desdobló los brazos para curvar las manos por encima del borde del escritorio a cada lado de sus caderas. Sentir la madera lisa de alguna manera le ayudó a calmar el espesamiento de su sangre. Sosteniéndole la mirada, contestó con sencillez. "Debería hacerlo".

Finalmente, vio un destello de conmoción en la expresión de ella, aunque su voz cuando

contestó era dura y fuerte. “¿Es eso una amenaza? ¿Está diciendo que se forzaría en mi persona?"

“No, palomita. Nunca. No soy esa clase de villano”. Sonrió. “Pero podría no pasar mucho tiempo antes de que desearas que lo fuera”.

Los ojos de ella ardían con incredulidad e indignación. “Se atreve a insinuar…”

“Me atrevo”. Enderezándose en el lugar donde había estado apoyándose en el escritorio, bajó la barbilla y le sostuvo la mirada en la de ella mientras dio un paso lento y medido hacia ella. “*Eso y más”*. Repitió sus palabras de su primer encuentro con ella.

Mason dio otro paso. Luego uno más. No quería asustarla. Quería acercarse. Estar mucho más cerca. Quería oler el aroma de ella y empaparse con ese elegante fuego que ardía pausadamente en ella.

Y, de momento, bien fuese por orgullo o incertidumbre, o, le rezó a Dios, algo totalmente distinto, ella se lo estaba permitiendo. Con los ojos muy abiertos y la fina mandíbula tensa, ella le miró aproximarse.

“¿Recuerdas lo que sentiste cuando yo te tenía aprisionada contra mí?”. Le preguntó. “Tus manos encerradas en las mías. Tu aliento contra mi garganta. ¿Recuerdas el calor de nuestros cuerpos? ¿El fuerte zumbido de la anticipación?”

Ahora estaban parados a escasos centímetros el uno de la otra. La cabeza de Lady Katherine estaba inclinada hacia atrás mientras seguía mirándole a los ojos. La mujer era atrevida. Intrépida. Preciosa.

“Lo recuerdo. De manera vívida”, reconoció ella oscuramente.

Mason quería tocarla. Sus manos anhelaban hacerlo. Sus dedos se movían en un tic con el deseo de deslizarse bajo la caída de su melena espesa y curvarse en torno a su nuca para mantenerla en el sitio para la caída hambrienta de su boca. Quería tomar el trasero de ella en la palma de la mano y presionarla contra su muslo hasta que sus piernas le rodearan las caderas.

Quería estar dentro de ella.

“¿Recuerdas cómo temblabas contra mí?” Le preguntó rudamente.

Ella tragó antes de contestarle. “Lo recuerdo bastante bien. Si temblé fue debido a la ira y la frustración”. Las palabras eran firmes, pero sus labios eran suaves y llenos.

Mason desvió la mirada de manera renuente de su boca preciosa para mirarla a los ojos. “Mentirosa”.

La palabra sonaba como una caricia. Y él la había dicho con esa intención. Cuando ella no le discutió, sonrió. Quizás la dama no resistía tanto la atracción entre ellos dos como él había creído. Ese pensamiento encendió un fuego de anticipación en él.

Pero entonces ella se puso rígida. Sus ojos severos se estrecharon al mirarle. “No suponga que me puede leer la mente”.

Con la cabeza ladeada, él le brindó una sonrisa canallesca. “Reconocerás desearme eventualmente. Y cuando lo hagas, te tendré desnuda y en mi cama antes de que puedas parpadear siquiera”.

En lugar de responder ante la declaración de él, afrentada o con furia virtuosa, ella ladeó la cabeza y le miró con una ceja enarcada. “¿Cree que me va a disuadir con palabras tan canallescas?”.

“Solo estoy siendo sincero”.

“Es usted un canalla desvergonzado”.

Él rio. “Lo soy. Será mejor que lo aceptes. No soy como tus finos caballeros. No lo podría ser en mil años”. Desplegó los brazos. “Lo que ves es lo que te llevas, duquesa”.

La mirada de ella le barrió de la cabeza a los pies. Abarcó la anchura de su pecho y la

extensión de sus brazos, bajó por su torso y luego sus piernas abiertas. No había posibilidad de confundirle con cualquier otra cosa que lo que era, un luchador de calle de los arrabales, un matón que había vivido toda su vida usando los puños.

Se puso las manos en las caderas, esperando que ella retractase su oferta y salir huyendo de la habitación a toda prisa.

Terminando su repaso con una lenta inhalación, los ojos de ella se posaron en los de él otra vez.

Él tensó la mandíbula, sabiendo que su mirada tenía que estar en ese momento tan ardiente como su sangre. Pero la mirada directa de ella no titubeó.

En vez de eso, ella ladeó la cabeza de manera imperiosa. “Lo que espero es que sea un guardaespaldas leal y capaz que asegure la seguridad de Frederick hasta que se haya eliminado la amenaza”.

¿Seguía queriéndole? La mujer era muy difícil de asustar. “Pagarás caro por un tipo como yo.”

Ella enarcó una ceja de manera perfectamente sutil. “Pagaré lo que haga falta para asegurar la seguridad de mi hermano, Sr. Hale”. Luego, sus labios esbozaron una sonrisa muy leve. “El triple. Recuerde”.

Mason le devolvió la sonrisa, reconociendo la referencia de ella. Pero luego ella indicó su oferta por un salario semanal y él se atragantó. La tarifa que ella estaba dispuesta a pagar por un tiempo indefinido le indicó más que nada hasta donde llegaba la riqueza de los Blackwell. Y lo importante que era para la mujer la seguridad de su hermano.

Tomándose un momento para ocultar su sorpresa, él le contestó con una cifra que era casi el doble de lo que ella había dicho. “Y un presupuesto para gastos”.

Solo hubo una leve pausa antes de que ella asintiera con la cabeza. “De acuerdo”.

Era una cantidad obscena. Mucho más de lo que él había esperado que ella aceptase. Todavía no le quedaba claro por qué ella había decidido considerarle para semejante papel, pero estaba seriamente considerando aceptar la oferta.

“Claire viene a donde vaya yo”, dijo él. “Y su nanny”.

“Por supuesto”, contestó ella aceptando sin dificultad.

Cuando él no dijo más, ella se dio la vuelta y se empezó a ir a la puerta. Por lo visto, el silencio de ella era lo único que ella necesitaba. Parando en el umbral de la puerta, le miró por encima del hombro. “¿Tiene nuestra dirección en Mayfair?”

“Yo os encontraré”. Mason se cruzó los brazos ante el pecho y la miró ceñudo. “¿Eso es todo?”

Ella enarcó una ceja. “¿Hay algo más?”

Mason pensó en sus planes de futuro. “Voy a necesitar una recomendación”.

Ella le miró confusa. “¿Una recomendación?”

“Voy a estar ofreciendo un servicio, palomita. Esperaría las típicas recomendaciones si lo hago bien, y la palabra de un duque o la hermana de un duque, tiene cierto peso”.

Una pausa. Luego, “de acuerdo”.

Él emitió un breve gruñido de satisfacción. “Estaremos allí esta noche”.

En la cara de ella no cambió nada, pero él sintió un cambio en su porte. Lo que le pasaba es que no estaba seguro de lo que eso indicaba.

“Excelente”, contestó ella al cabo de un momento. “Hablaremos con más detalle cuando llegue”.

Entonces se marchó. Y Mason se quedó allí. Su sangre todavía ardiente y pulsante, su

mente repasando atropelladamente las implicaciones de lo que acababa de suceder. ¿Había acordado ser el guardaespaldas personal de un duque?

Seguro, era solo Freddie, y Mason mataría a cualquiera que intentara hacerle daño al niño. ¿Entonces por qué sentía que todo era más grande que eso?

Capítulo Once

El salón principal de la casa londinense del Duque de Northmoor no se había vuelto a redecorar desde tiempos del abuelo de Katherine, y, sin embargo, conservaba una sofisticación atemporal. La casa solariega en Lincolnshire no había sido para nada tan elegante. Katherine no lo quería reconocer en voz alta, pero cuando ellos llegaron a Londres, se había sentido sobrecogida por su nueva casa, que era opulenta y estilosa. Todavía había momentos en los que ella miraba su entorno, sintiéndose un poco como una visitante en la vida de otra persona.

Echándole un vistazo a su hermano mientras estaban sentados uno al lado de la otra, Katherine se fijó en que él parecía estar relajado y seguro. Se habían retirado al salón después de cenar, habiendo estado de acuerdo en recibir a Hale y a su hija juntos. Frederick quería asegurarse de que Claire no se asustara por estar en un sitio desconocido para ella.

Aunque se alegraba de ver a su hermano tan tranquilo y aceptando las nuevas circunstancias, eso hacía que la ansiedad de ella fuese mucho más evidente.

Cuando ella y Frederick regresaron a la casa hace pocas horas, se habían sentido aliviados de ver que su carruaje y el cochero habían regresado sin más percances. Una entrevista rápida con el cochero reveló que después de ser lanzado de su sitio en el carruaje por los atacantes, había podido conseguir un carruaje de pago que viajaba en la misma dirección. Había perdido de vista el carruaje ducal en cierto momento, pero eventualmente lo descubrió abandonado en la calle. Aunque el cochero hizo una búsqueda en la zona, los Blackwell habían desaparecido, ni estaban tampoco los dos hombres que se habían apropiado del vehículo.

El cochero se mostró visiblemente aliviado al encontrar que las personas para las que trabajaba habían logrado llegar a casa a salvo por su cuenta, y Katherine se alegró al ver que, aparte de una hinchazón en la cabeza, el hombre no había sufrido daños de consideración.

Después de refrescarse con un baño, Katherine había convocado a una reunión breve a los criados principales. Les explicó las circunstancias relativas a la amenaza actual sin entrar en detalles. Los criados habían sabido de la desaparición de Frederick, y con este nuevo incidente, no había razón por la cual intentar ocultarles la amenaza a la que se enfrentaban. Cuanto más entendieran los empleados de la casa acerca de la situación, mejor preparados estarían para observar y reaccionar ante algo inusual.

También estaba el asunto de Hale.

Ella miró el reloj que había en la repisa. Se estaba haciendo tarde. ¿Dónde estaba ese hombre?

Justo al pensar eso, Foster entró en la habitación.

“El Sr. Hale y la Srta. Claire han llegado”, anunció el mayordomo. “¿Mando llamar a la Sra. Wallace?”

Katherine y Frederick se pusieron en pie a la vez. “Eso no será necesario. Nosotros les atenderemos”.

“Les aguardan en el vestíbulo”.

“Gracias. Por favor, asegúrese de llevar sus cosas a las habitaciones que hemos preparado”.

El mayordomo asintió con la cabeza y se dio la vuelta para irse. Cuando ella hizo un ademán por seguirle, Frederick la paró con la mano en su brazo.

“No te preocupes, Kit. El Sr. Hale nos ayudará”.

Katherine le brindó a su hermano una sonrisa. "¿Qué te hace pensar que estoy preocupada?"

El niño puso los ojos en blanco como respuesta.

Ella le dio un golpe juguetón en el hombro. La conocía demasiado bien. "Vayamos a recibirles. Me imagino que estás ansioso por enseñarle a Claire su nueva habitación".

Había sido fácil colocar a la hija de Hale en uno de los dormitorios del tercer piso cerca del aula, y a su nanny en la habitación más pequeña al lado. Como Frederick había elegido una habitación en ese mismo piso en lugar de ocupar la suite principal de la casa, estaba al fondo del pasillo cerca de la niña.

Averiguar dónde ubicar a Hale, sin embargo, había demostrado ser un desafío mucho mayor.

Aunque ella sintió tentación de colocar a Hale en las dependencias de los criados, que sería colocarle lo más lejos posible de la parte principal de la casa, parecía poco intuitivo teniendo en cuenta su razón por la de estar allí.

Al cabo de sopesar mucho lo correcto o no y lo práctico, finalmente decidió darle un dormitorio en el segundo piso, cerca de las escaleras que le podrían llevar a la planta con las habitaciones de los niños en unos breves minutos si hacía falta.

Desgraciadamente, eso significaba que estaba ubicado en el mismo pasillo que el dormitorio de Katherine, aunque en el lado opuesto.

La mera idea de tenerle tan cerca hacía que su vientre se tensara.

Frederick podía afirmar que no era distinto a tener un mayordomo o un empleado superior en la zona, pero Katherine sabía que era muy diferente.

Encontraron al Sr. Hale parado en el centro del suelo de parquet brillante de su gran vestíbulo en toda su gloria musculada. De alguna manera, el ex púgil hacía que la entrada, que había sido diseñada para inspirar asombro y deferencia en quienes visitaban la mansión ducal, fuese prácticamente insignificante como marco para su presencia sobrecogedora.

El abrigo que llevaba era de lana de color gris oscuro y tenía un corte sencillo que resaltaba su silueta de hombros anchos. Por lo visto, no le gustaban los corbatines, ya que ella todavía no le había visto llevar uno. Sus calzones de color pardo resaltaban sus muslos sólidos y sus botas que le llegaban a las rodillas estaban gastadas y necesitaban ser pulidas. Su cabello largo estaba recogido en una coleta suelta como siempre.

Parecía rudo y capaz y más seguro en sus ropas informales que cualquier otro hombre que ella hubiera conocido. Si alguna vez estuviese vestido con un atuendo formal completo, el hombre sin duda sería devastador para una mirada femenina.

Cuando su atención subió para mirarle la cara, se dio cuenta con una sacudida repentina que él la estaba mirando evaluarle. Y sus labios bien formados estaban curvados en una sonrisa divertida.

Katherine desvió la mirada velozmente para mirar a la niña pequeña que él tenía entre los brazos. Uno de los brazos de Claire rodeaba el cuello grueso de su padre, y su mentón estaba escondido con timidez mientras echaba pequeños vistazos curiosos por la habitación que la rodeaba.

En cuanto vio a Frederick, sus ojos azules brillaron y una dulce sonrisa le hizo mostrar los hoyuelos de sus mejillas.

Katherine no pudo evitar sonreír también. La niña era adorable.

Al llegar hasta ellos, se detuvo y miró de nuevo a Hale. Su sonrisa se desvaneció al ver la mirada brillante de él. Aclarándose la garganta, ella le dirigió la palabra en un tono firme.

“Bienvenido, Sr. Hale. Empezaba a preguntarme si iba a llegar esta noche después de todo”.

Las comisuras de su boca subieron. “¿Me estabas echando de menos?”

La réplica abrupta que le vino a los labios fue interrumpida porque Claire se revolvía entre los brazos de su padre.

“Muy bien, pequeña”, dijo él con una risa mientras la bajaba al suelo. Una vez en el suelo, se sintió tímida de nuevo y rodeó con un brazo la pierna de su padre, aunque su mirada iba de Frederick a Katherine.

Inclinándose hacia delante, Katherine saludó a la niña con suavidad. “Hola, Claire. Yo soy Lady Katherine, la hermana de Frederick. ¿Te acuerdas de mí?”. La niña movió la cabeza un poco. “Nos alegra mucho tenerte aquí. Espero que te guste estar aquí con nosotros un tiempo”.

“Tendrás una preciosa habitación para ti sola”, ofreció Frederick. “Y podré visitarte todos los días”. Miró hacia Katherine. “¿Puedo llevarla arriba?”

Antes de responder, ella miró a Hale. Él asintió con brevedad. “La nanny de Claire subió con nuestras maletas.” Luego se puso de cuclillas al lado de su hija. “Ve con Freddie. Yo subo en un ratito para desearte buenas noches, pequeña”.

Mientras los niños subían por la gran escalinata, Katherine se volvió hacia Hale. “Puedo llevarle a su habitación también”.

“A tus órdenes, palomita”, dijo él barriendo el aire con el brazo.

Ella permaneció donde estaba. “Puede llamarme Lady Katherine”.

Él sonrió. “Puedo hacerlo… pero seguramente no lo haré”.

“¿Va a poner las cosas lo más difíciles posible, verdad?”

Sus ojos verdes destellaron. “Es parte de mi encanto”.

“¿Qué encanto?”. Preguntó ella con una ceja levantada.

La respuesta de él fue un guiño de ojo descarado.

El vientre de ella dio un delicado vuelco y ella se giró rápido yendo hacia las escaleras.

Enfocándose en dar la apariencia de no estar para nada alterada por el hecho de que estaba acogiendo a este hombre bruto en su casa, le guio hacia el segundo piso. Su presencia sobrecogedora estaba detrás de su hombro a cada paso del camino. Llegando hasta la puerta de él, ella se paró y se giró para dejarle pasar.

“Esta será su habitación. La escalera justo al lado le llevará al piso superior, donde están las habitaciones de los niños, además del aula y el cuarto para bebés. Si baja las escaleras llegará a la entrada posterior de la casa, cerca de la cocina. Si necesita algo, puede usar la campanilla y un criado atenderá su petición”.

Hale emitió un breve gruñido de reconocimiento mientras pasó por delante de ella entrando en el dormitorio. La chimenea había sido encendida antes y ahora brillaban los rescoldos en el enrejado, pero había mucha luz de velas iluminando la decoración de color burdeos y gris estaño. Después de dar solo unos pasos en la habitación, se paró y se puso las manos en las caderas. Miró brevemente al armario de caoba, los sillones de cuero colocados ante el fuego, y la enorme cama con dosel.

La cama fue otra razón por la cual Katherine había elegido esta habitación para él. Seguramente era la única cama en la casa capaz de acomodar su gran tamaño.

Sintiendo una repentina oleada de incomodidad al pensar en el cuerpo de él estirado en reposo encima de la colcha de terciopelo color rojo intenso, ella habló deprisa en el silencio. “Tiene una hora para acomodarse, atender el confort de Claire, luego me gustaría verle en mi estudio. Foster, nuestro mayordomo, puede guiarle hasta allí”.

“Yo te encontraré”, replicó él sin darse la vuelta.

Katherine se retiró y empezó a recorrer el pasillo dando zancadas largas. Iba a necesitar la próxima hora para volver a controlar firmemente sus reacciones ante el hombre.

#

Sesenta y seis minutos más tarde, justo cuando Katherine empezaba a impacientarse, Hale apareció en el umbral del pequeño estudio de ella situado justo al lado del vestíbulo de entrada. Había elegido esa habitación para esta reunión de manera específica porque estaba diseñada con una intención similar a la del vestíbulo. El panelado de madera oscura, espesa alfombra Aubusson, y los señoriales retratos que cubrían las paredes creaban un ambiente pesado de intención y reverencia.

Hale, sin embargo, entró en la habitación de manera casual y tranquila con una ceja enarcada de curiosidad. Despegando las manos de sus costados, afirmó con descaro. “Soy todo tuyo”.

“Por favor, tome asiento, Sr. Hale”, replicó Katherine con su tono más formal levantándose de la silla tras el escritorio para señalar los asientos delante de la chimenea encendida. Era importante fijar las expectativas de las interacciones de los dos desde el comienzo.

Ella estaba al mando aquí. Le gustara o no a él.

Ella cruzó la habitación sentándose en el centro de un pequeño sofá, y como había esperado, él se acomodó en uno de los dos sillones orejeros de tamaño grande. Echándose atrás en la silla, cruzó un tobillo por encima de la rodilla contraria y descansó las manos en su abdomen.

Katherine habría esperado que el entorno ducal de su casa de Mayfair le inspirase por lo menos una pizca de decoro al hombre.

Por lo visto no.

La sonrisa que le brindó era relajada y solo levemente sugerente.

¿O era la hiperconsciencia de Katherine lo que la tenía sintiendo cómo cada mirada y cada sonrisa suya tenía algún significado oculto?

“¿Espero que usted y Claire encuentran que sus habitaciones son satisfactorias?”

Las cejas pajizas de él se enarcaron. “Bastante”.

Ella se negó a ruborizarse ante la manera relajada de él hacía resaltar la tensa formalidad de ella. Normalmente, no era tan envarada. Claro que ella sabía bien las maneras y ademanes que se esperaban de la hija de un duque. Solo había habido muy pocas ocasiones para practicar esas enseñanzas en Lincolnshire y menos aún desde que llegó a Londres.

Sin embargo, cuando ella se encontraba en la misma habitación que Hale, sencillamente no sabía cómo comportarse de otra manera. Era frustrante sentirse actuando de una manera tan poco típica de sus inclinaciones naturales.

“Me di cuenta, después de dejar su casa antes hoy, que tenía que haber tomado un poco más de tiempo para hablar de lo que se espera de usted en este cargo”.

“Alguien está detrás del chico. Teniendo en cuenta su riqueza evidente”, constató él mirando por la habitación. “Supondría que su motivación es dinero. Mi trabajo es asegurarme de que nadie se acerque a él lo suficiente como para hacerle daño. ¿Qué hace falta hablar?”

Ella arrugó el entrecejo. “¿No tiene ninguna pregunta acerca de a qué nos enfrentamos? ¿No le preocupa el hecho de que usted correría riesgos? ¿No tiene preguntas acerca de los movimientos diarios de los habitantes de la casa?”

Levantó un borde de la boca. “Si crees que esas cosas son importantes, adelante”.

“La verdad del asunto es que todavía no sabemos quién está detrás de estos intentos de

secuestro. Sospechamos que un rescate es una motivación posible, pero… no podemos descontar una intención más violenta".

Cuando ella dio pistas acerca del temor que tenía de que alguien realmente podría estar intentando hacerle daño o incluso matar a Frederick, los ojos de Hale brillaron con una luz peligrosa.

"¿Quién tendría semejante intención?" La pregunta de él fue hecha con una sombría tensión, haciéndole a ella sospechar que su actitud de antes no había sido más que una actuación.

"La persona que más se beneficiaría si le pasara algo a Frederick, sería su heredero, nuestro tío, el Marqués de Warfield. Pero ahora está en ultramar y lleva allí muchos años".

Hale arrugó la frente. "¿No hay nadie más?"

"No que hayamos podido saber. Si el objetivo del secuestrador es exigir un rescate, el culpable podría ser cualquiera".

Hale no dijo nada durante un momento largo antes de volver a hablarle. "Es obvio que vosotros dos tenéis la capacidad de contratar un ejército de guardianes. Podríais tener a todos los detectives de Bow Street a vuestro servicio, apostaría yo".

Katherine miró expresión desafiante con una propia. "¿Me está intentando convencer de que he cometido un error en contratarle, Sr. Hale?"

"No he dicho eso para nada", constató él sacudiendo lentamente su cabeza rubia. "Solo me gustaría saber por qué lo has hecho".

Katherine sopesó su respuesta con cuidado y decidió dar la respuesta más sencilla y sincera. "Porque Frederick confía en usted".

Estaba claro que él se había dado cuenta de cómo ella se había dejado fuera de la respuesta cuando la mirada divertida brilló una vez más en sus ojos. "Le hace mucho caso a la opinión del niño".

Ella levantó el mentón. "Por supuesto que lo hago. Frederick no es un típico niño. Su genio empezó a mostrarse desde una edad muy temprana y ha seguido madurando y progresando. Su habilidad va pareja con su compasión. Mi hermano está destinado para cosas grandes. Es generalmente mejor no subestimarle".

Hale la miró con una expresión algo dubitativa. "¿Cuánto puede entender un niño de un mundo que rara vez ve?".

Katherine se puso rígida ante la sutil censura de las palabras de él. "Nuestras vidas han sido bastante poco convencionales, lo reconozco. Por diversas razones, semejante existencia nos iba muy bien. Pero se ha hecho evidente desde que llegamos a Londres que una experiencia más amplia sería de gran valor para mi hermano". Ella le miró con una mirada conmovedora. "Lo cual nos lleva de vuelta a su propósito. Manténgale a salvo hasta que podamos eliminar la amenaza que pesa sobre él. Solo quiero que él tenga todas las oportunidades para desarrollar su potencial más grande".

El borde de la boca de él se curvó. "Y, tengo una sensación de que tú tiendes a lograr lo que quieres".

Ella estrechó los ojos, preguntándose si él la estaba criticando de nuevo. "No veo por qué no debería. Dentro de lo razonable".

Él rio. "Por supuesto. No se puede dejar de lado lo razonable".

Sintiéndose incómoda con el giro que había tomado la conversación, ella volvió al tema de su hermano. "Frederick tiene la habilidad de retener todo lo que lee, ve o escucha, hasta los detalles más específicos. Si desea saber más acerca de cualquiera de los dos ataques pasados para estar más vigilante de intentos futuros, estoy segura de que le puede dar una gran cantidad de

información útil. Puede tomar sus comidas con los empleados o que se las traigan a la habitación, como prefiera, solo avise a nuestra ama de llaves, la Sra. Wallace, de su elección. Frederick puede hablarle de su rutina personal. De momento, dudo que salgamos de la casa mucho, a menos que sea absolutamente necesario".

"¿Cautiverio voluntario?".

"Hasta que sepa más sobre la amenaza, es la mejor manera de mantenerle a salvo".

La respuesta de él fue un breve gruñido, sugiriendo que no estaba de acuerdo con ella.

Ella le ignoró. No era necesario que estuviera de acuerdo, solo que hiciera su trabajo.

"Voy a necesitar un recorrido de la casa y un listado de los empleados. Esta noche.

Hale se puso en pie mientras hablaba y Katherine también se levantó. "¿Es eso necesario?"

Él enarcó una ceja mientras la miraba desde su altura considerable. "¿Ya estás cuestionando mis métodos, palomita?"

El hombre estaba intentando antagonizarla usando la palabra demasiado informal, pero ella no tenía intención de caer en trampa obvia. "Claro que no".

"Ya que no puedo estar en más de un sitio al mismo tiempo, voy a necesitar unos cuantos hombres bajo mis direcciones. Si no puedes usar a tus empleados actuales, hará falta contratar más personas".

"Se nos ocurrirá algo", contestó ella con una sonrisa rígida.

"También voy a necesitar un sitio donde entrenar". Alzó las cejas. "Supongo que un lugar como este tiene un salón de baile".

"Sí, hay uno. Foster le enseñará la casa y también le puede dar una lista de empleados. Deberíamos poder asignarle a un lacayo o dos para sus propósitos. Puede comentar ese tema con Foster también, ya que está al frente de los criados varones".

A ella no se le escapaba lo rápido que había sido él en hacerse con el control. Se recordó a sí misma que su competencia era una cosa *buena*.

Como si se diera cuenta de la incomodidad de ella, el hombre le sonrió con atrevimiento. "Demasiado tarde para arrepentirse ahora, palomita".

Alzando la cabeza, ella le miró sin pestañear. "Puede que no me fíe de usted tan implícitamente como hace Frederick, Sr. Hale, pero nunca habría puesto la vida de mi hermano en sus manos si no hubiera estado segura de que usted haría el trabajo y lo haría bien".

Era cierto. Los temores de ella con respecto al hombre eran totalmente de naturaleza personal y no tenían nada que ver con su papel como guardaespaldas.

Cuando sus ojos se oscurecieron ante las palabras de ella, activando otro de esos revuelos internos, ella desvió la mirada deprisa. "Llamaré para que venga Foster".

Capítulo Doce

Al día siguiente, Mason se reunió con todos los lacayos de la casa en el salón de baile. Había cinco en total. Él no sabía gran cosa acerca de las costumbres de las personas adineradas, pero había trabajado como portero de suficientes casas de alterne en su juventud para darse cuenta de que los Blackwell no tenían ni la mitad de la cantidad de empleados de lo que podrían tener.

Los cinco hombres que tenía delante tenían edades desde los diecisiete a los veintimuchos. Todos eran altos, como era costumbre para los lacayos, pero sus tipos variaban. En su mayoría, le miraban con leve curiosidad mientras él estaba en pie con la chimenea grande a sus espaldas en el extremo más distante del salón.

"Me llamo Mason Hale", empezó a decir una vez que todos llevaban varios minutos en silencio delante de él.

Como tenía que haber esperado, el nombre hizo que por lo menos dos de los criados más veteranos le mirasen con cierto reconocimiento en los ojos.

"Como habrán oído, ha habido algunas transgresiones contra vuestro joven amo. Yo estoy aquí para velar por su seguridad, y estoy buscando un par de hombres dispuestos a asumir algunas tareas adicionales de las que ya realizan".

Los hombres se movieron y uno de los más jóvenes murmuró algo para sus adentros.

Mirando a los hombres con detenimiento, agregó, "habrá un incremento en el salario, claro".

A juzgar por las sutiles reacciones observadas de momento, ya sabía de un hombre al que no iba a preparar. Dando un paso al frente, se cruzó los brazos ante el pecho. "Ahora bien", dijo él con cierta anticipación, "¿tenéis alguno de vosotros experiencia como luchadores?"

"¿Qué? ¿Quiere decir como en un cuadrilátero de boxeo?", preguntó un lacayo más veterano apenas ocultando su desprecio.

Mason respondió con una sonrisa peligrosa. "Como en un cuadrilátero de boxeo. O un gimnasio. O un callejón en el East End".

El más joven de los lacayos, un muchacho con huesos fuertes y hombros anchos que todavía no había terminado de crecer, se encogió de hombros. "Yo he estado peleando con mis hermanos toda mi vida".

Uno de sus compañeros resopló con desprecio, pero Mason le ignoró. "¿Más grandes que tú o más jóvenes?"

"Todos mayores, señor".

"¿Cuántos?".

"Cinco".

"¿Cuántas veces ganabas tú?".

"¿Cuándo es yo contra todos ellos o uno contra uno, señor?"

La respuesta del chico le hizo saber todo lo que necesitaba saber. Mason asintió con la cabeza y miró a los otros. "¿Alguien más?"

"Yo me sé defender", se ofreció uno de los lacayos más mayores.

Al cabo de varias preguntas más, Mason le dijo a tres hombres que se quedasen mientras dejó que los otros dos volvieran a sus tareas.

Además de preparación física, Mason le dijo a los lacayos que se esperaba que ellos

evaluasen los terrenos y las entradas de la mansión regularmente. Ya había determinado la necesidad de añadir unos cuantos cerrojos más, lo cual había hablado con Foster la víspera, pero los cerrojos podían ser abiertos con ganzúas y las ventanas se podían romper, de manera que los empleados de la casa tenían que vigilar mejor.

Hasta la fecha, los ataques habían ocurrido lejos de la casa. Eso no significaba que el secuestrador no se volvería más atrevido en algún momento. Antes de mandar a los hombres a sus quehaceres, les aseguró que sus actuaciones bajo sus órdenes no interferirían ni debían hacerlo de sus papeles como lacayos.

Finalmente, le dio a uno de ellos la responsabilidad de vigilar a Freddie durante las próximas horas. Mason tenía que lidiar con otro aspecto importante de todo este cometido.

Las dependencias de Dulcamara estaban ubicadas en una casa de ciudad pequeña y discreta no lejos de Mayfair. Con Dell Turner, Dulcamara en persona, lejos de Londres de momento, su hombre de confianza era la siguiente mejor opción para lo que Mason necesitaba.

La puerta se abrió casi de inmediato después del golpe pesado de Mason, como si Morley le hubiera estado esperando. Era un hombre bajito, especialmente en comparación con Mason, el hombre de Dulcamara tenía un cuerpo fibroso y pelo de color gris atado en una coleta. Sus ojos pequeños y oscuros, nariz grande y una boca que siempre estaba haciendo muecas, le daba el aspecto de un halcón enfadado. “Por aquí”, murmuró moviendo la cabeza mientras señalaba el estudio en la parte trasera de la casa.

“Hola, Morley”, ofreció Mason de manera socarrona mientras pasaba por delante del hombre mucho más pequeño cruzando el vestíbulo.

“El Sr. Turner sospechó que vendrías. No me pareció que tardarías tanto en hacerlo”, dijo el hombre más mayor en su tono amargado característico.

Aunque Morley siempre parecía estar irritado por algo, poseía una naturaleza fiel y había demostrado su valía a Mason cuando ayudó a rescatar a Claire y los otros niños del almacén de Bricken.

Una vez que llegaron al estudio, Morley continuó hasta el escritorio al lado de la chimenea. Después de sacar un fino libro del cajón superior, rebuscó un poco en otro cajón hasta que encontró un lápiz. Luego alzó la mirada para ver a Mason con la frente fruncida que le daba a su nariz más aspecto de halcón. “¿Quieres sentarte?”

“No”, contestó Mason, dando un paso hacia delante. “Esto no tardará mucho”.

Abriendo el cuaderno, Morley humedeció la punta del lápiz con la lengua y se dispuso a escribir. “¿Qué vas a necesitar, entonces?”.

“Necesito que averigües todo lo que puedas sobre el Duque de Northmoor. No solo Freddie, sino el duque anterior también. Quiero saber con quienes se relacionaba la familia antes de venir a la ciudad, y con quienes han estado en contacto Freddie y su hermana desde que llegaron a Londres. Y luego quiero que te enteres de todo lo que puedas sobre el Marqués de Warfield. Él sería el heredero si es que le pasa cualquier cosa al chico. Se supone que lleva años lejos de Inglaterra. Quiero saber si ha regresado en algún momento reciente. Y si es así, con quién ha hablado, con quién se ha acostado, dónde se gasta su dinero. Todo”.

“¿Es esto todo?”

Mason sonrió. A pesar de la actitud crítica del hombre, sabía que Morley se encargaría de todo lo que le estaba pidiendo Mason. “De momento. Te haré saber si la cosa cambia”.

Morley resopló y cerró el cuaderno. Sin levantar la vista, preguntó, “¿cómo está el chico?”

“Freddie está bien de momento, pero alguien está detrás de él. Sea quien sea, pronto se

arrepentirá”.

El siguiente recado le llevó a las profundidades de los arrabales.

Durante su conversación esa mañana, Freddie había revelado una gran cantidad de información que se había estado guardando. Aunque Mason podía entender la necesidad del niño de protegerse en circunstancias inciertas, deseó haber sabido el relato completo mucho antes. Podría haber realizado un seguimiento de la amenaza cuando todo era reciente.

Aunque los hombres que habían atacado el carruaje el día antes, no le sonaban a nadie, la descripción detallada de los dos hombres que le habían encerrado en un armario, eran personas que le pareció cierto reconocimiento. Tampoco era de desdeñar que Freddie les escuchara nombrarse.

Con la mañana avanzada, las calles estaban relativamente tranquilas. Unos pocos vendedores estaban vendiendo desde sus carruajes viejos, pero el tiempo de mayor beneficio en el barrio era por las noches.

La taberna de mala muerte que Mason buscaba también estaba tranquila. El jolgorio de la víspera seguramente no había terminado hasta el amanecer, pero él sospechó que el hombre con el que quería hablar todavía estaría despierto.

A pesar de llegar a una hora no usual, Mason entró directamente en la taberna. Un tipo grande y corpulento, se movía por la sala, enderezando mesas y sillas. Levantó la mirada cuando entró Mason, y luego asintió con la cabeza antes de seguir con su trabajo.

Cruzando la habitación, Mason se encaminó hacia el pasillo que iba detrás de la barra hasta el pequeño despacho en la parte de atrás. Como esperaba, Decker Reid estaba sentado ante su mesa contando dinero de la noche anterior.

El viejo levantó la vista cuando Mason ocupó el umbral de la puerta. La sorpresa se mezclaba con curiosidad prevenida en su cara. “¿Hale? ¿Qué demonios te trae por aquí tan temprano en el día?”.

“Necesito cobrar alguno de esos favores que me debes”.

Reid se tensó y rápidamente guardó los tacos de billetes y monedas que había estado contando para meterlo todo en una caja que se metió debajo del escritorio.

Mason podía haberle asegurado de que no tenía interés en los beneficios del hombre. Pero no se molestó en hacerlo.

“¿Qué favores?” Reid le contestó con tozudez. “No te debo nada”.

Con la barbilla bajada, Mason miró al hombre durante un minuto entero y largo. “Nada de juegos, Reid. No tengo tiempo para eso”.

El gerente rio de manera exagerada. “Claro. Bien. ¿Qué puedo hacer por ti?”

“Estoy buscando a dos hombres. Butler y Green”. Cuando Reid empezó a sacudir la cabeza, Mason agregó, “sé que vienen por aquí regularmente. Solo necesito saber dónde encontrarles”.

“No puedo”, dijo Reid moviéndose en su asiento.

Mason dio un paso hacia delante, plantando las palmas de las manos en el escritorio y inclinándose hacia delante, rebasando al hombre. “¿Qué quieres decir con *no puedo*?”.

Reid contestó la mirada sombría de Mason con otra sacudida de la cabeza. “Butler y Green están muertos. Les encontraron flotando en el Támesis hace un par de semanas. Una soga atada a sus cuellos”.

“*Joder*.” Mason se enderezó al pensar todas las implicaciones de esa noticia. Miró a Reid. ¿Quién fue?”

El gerente resopló con pesadez. “Creo que nadie se ha molestado en saberlo”.

“¿Recuerdas haber escuchado algo sobre un trabajo para el que habían sido contratados y que tenía que ver con un niño?”

Reid bajó las cejas espesas y blancas pensativo. “Esos dos sabían cómo guardarse las cosas. Nunca hablaban del trabajo que hacían. Pero sé que unas cuantas semanas antes de que les encontraron muertos, pasaron una buena hora o dos hablando con un desconocido en mi salón”.

“Descríbelo”.

“No puedo”, repitió Reid. “Llevaba una capa con la capucha subida y estaba de espaldas la mayor parte del tiempo que estuvo aquí”.

“Dramático”, dijo Mason. “¿Dijeron algo Butler o Green sobre el desconocido?”

“Como te dije, no hablaban mucho. No se merecieron lo que les dieron”.

A menos que les habían matado por fallar y no por hablar. Lo cual daba a entender que quien fuese que les hubiera contratado, quería que otras personas supieran que esperaba que se terminara la tarea.

“Esos dos sí que parecían tener una buena cantidad de dinero extra después de esa reunión. Fuese lo que fuese que ese maldito canalla quería que hicieran, les había pagado bien”.

“Si ves o oyes algo más sobre esto, me lo haces saber”.

Solo hubo un leve titubeo cuando Reid asintió con la cabeza.

“Nos vemos”.

Después de una parada breve y productiva en Wapping, Mason regresó al West End y se fue al burdel de Pendragon.

El burdel de alta clase de su hermana también estaba cerrada durante el día, pero Mason bordeó el edificio grande y discreto hasta llegar a la puerta de servicio. Un hombre con una cara ceñuda le bloqueó el camino antes de reconocerle con una inclinación de la cabeza y desplazamiento rápido a un lado.

“Sr. Hale. ¿Le espera la señora?”.

Mason sonrió. “Claro que no. Sabes que me gusta sorprenderla”.

Con toda sinceridad, Mason se encargaba de provocar y atormentar a su hermana mayor siempre que podía. Callista tenía un poder obsceno como guardiana de los secretos más libertinos de la alta sociedad Londinense, pero tenía una manera de olvidarse de que no existía nada fuera de su negocio. Mason consideraba que su obligación era recordarle que la vida no tenía que ser solo el trabajo y nada de ocio.

Aunque el resto de Londres la conocían como la enigmática y seductora Madam Pendragon, Mason nunca olvidaría como ella había hecho todo lo posible por protegerle de la ira de su padre hasta que se vio obligada a buscarse la vida ella sola. Su negocio y su éxito personal siempre eran la prioridad principal para Callista, pero Mason era la segunda cosa más importante para ella.

Que él supiera, había nada más después de él en su lista de prioridades.

El portero sacudió la cabeza y regresó a su puesto. “Solo asegúrate de decirle que hice todo lo posible por pararte”.

“Siempre”, dijo Mason por encima del hombro mientras bajaba por el pasillo oscuro hasta las escaleras traseras que llevaban a las habitaciones personales de su hermana. Sospechaba que ella estaría en su saloncito, disfrutando de una última copa antes de acostarse durante el día.

La alfombra roja espesa amortiguó sus pasos, permitiéndole acercarse en silencio. De todas formas, antes de que cruzara el umbral, Callista le llamó desde dentro. “No te escondas en las sombras, Mason. Es poco atractivo”.

Cruzando la habitación decorada en tonalidades rojas y negras, encontró a su hermana

sentada en una elegante chaise longue, una copa de clarete en la mano. Su cabello rubio estaba peinado y rizado en un peinado sofisticado que realzaba su cuello largo, hombros desnudos y escote profundo.

Aunque era casi doce años mayor que Mason, parecía no tener más de treinta años, hasta que te acercabas a ella para poder ver las líneas finas que se abrían en torno a sus ojos verdes y el cinismo de su mirada.

La sonrisa de Mason era genuina cuando contestó. “Sabes que me importan una mierda las apariencias”.

“Lo cual es la razón por la que sigues en el East End y yo…” hizo un gesto dramático con su mano fina, dejando ver el tatuaje de un dragón que iba desde su muñeca hasta el codo. “Estoy aquí”.

Cruzando la habitación y tomando asiento en un sillón de cuero grande, Mason ladeó la cabeza. “Me gusta el East End”. Ignoró la mirada condescendiente de incredulidad de ella para agregar, “pero has logrado dar con la razón por la cual me he pasado por aquí. He cambiado de domicilio”.

“Menos mal. Esa casa llena de decoraciones y menudencias era una monstruosidad. El maldito sitio me daba un dolor de cabeza cada vez que te visitaba”.

“Viniste una vez”.

“Y me dolió la cabeza. Por lo tanto, nunca volví”.

“Bueno, mi nuevo domicilio seguramente cumpliría con tus requisitos altos. Está en Mayfair”.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio. El sonido era seductor. No era para nada la risa alborotada que él recordaba de las raras veces de humor que compartieron en su infancia. “No seas absurdo, Mace. Si vas a mentir sobre algo, sabes que no debes hacer que sea tan imposible de creer”.

“Me han contratado como guardaespaldas del Duque de Northmoor”.

Los ojos brillantes de su hermana se estrecharon. Una inteligencia astuta brilló en ellos. “No le conozco”.

“No me extraña, Lissy. Es un niño”.

Su intenso interés se disipó al instante al darse cuenta de que el duque de Mason no era un cliente potencial. Sorbiendo un poco de su copa, se echó hacia atrás en su chaise longue. “¿Cómo lograste ese trabajo?”

“La hermana del niño está muy interesada en su seguridad”.

“Parece demasiado interesada”, dijo Callista de manera displicente antes de ladear la cabeza para mirar a Mason con curiosidad. “¿O lo es?”

“No. Hay una amenaza verdadera contra el niño. Es el niño que me encontré con Claire”.

“Interesante”.

“Necesito enterarme de quién está detrás de esa amenaza. El único sospechoso real hasta la fecha es el Marqués de Warfield. ¿Le conoces?”

“Hmm. Le conocía. Hace unos años, hubo rumores acerca de un hombre llamado Warfield. Rumores siniestros”, agregó ella con pesadez. “De la clase que las mujeres de mi profesión nunca olvidan. Si no recuerdo mal, el hombre fue exiliado después de un escándalo particularmente dañino que fue muy eficazmente ocultado del dominio público. Si hubiera regresado a Londres, yo lo habría sabido”.

“¿Estás segura?”

Ella enarcó una ceja pálida. “¿Dudas de mí?”

Mason le brindó una sonrisa. “Nunca. Supongo que podría estar dirigiendo las cosas desde la distancia. Si te enteras de algo de ese hombre, ¿me lo podrías hacer saber?”

La expresión de su hermana se tensó. “Ya sabes cuáles son mis reglas”.

“Como Warfield no es actualmente uno de tus clientes, esas reglas no serían aplicables”.

“Sí, pero cualquier información obtenida de un miembro de Pendragon es reservada. Mis chicas se atienen a eso, Mason. Lo sabes”.

Lo sabía. Su hermana guardaba ferozmente la intimidad de sus clientes. Él amaba a su hermana. Siempre la querría. Pero el empecinamiento concienzudo que la había sacado de las tabernas hasta el nivel de lujo e influencias de los que actualmente gozaba, también le recordaban una y otra vez que Callista ahora era Madam Pendragon. Y ella, nunca por ningún motivo, ponía en riesgo su fuente de ingresos exaltada.

Dando un gruñido, él se puso en pie. “Entonces espero que haya información disponible a través de otros medios”.

“Compartiré contigo lo que pueda”.

“Lo sé”.

“Ya que has venido, tengo que pedirte algo también”.

Mason enarcó una ceja. Su hermana rara vez le pedía algo. “¿De qué se trata?”

“Hace poco he perdido a dos de mis vigilantes. Voy a necesitar personas que les sustituyan de aquí a fin de mes”.

Callista era famosa por ser exigente y muy selectiva cuando se trataba de personas que trabajaban para ella. Mason conocía sus requisitos únicos y estrictos para los hombres que contrataba, lo cual era la razón por la cual acudía a él siempre que necesitaba hombres fuertes para proteger su establecimiento y sus mujeres.

“Eso no me da mucho tiempo para asegurarme de que reciben el entrenamiento que normalmente exiges”.

La sonrisa de Callista fue breve y algo discipliente. “Estoy segura de que podrás hacerlo”.

“Lo haré”, dijo él de acuerdo con ella, pero entonces él le sonrió mientras pensó en el cambio en sus aspiraciones de negocio. Una vez que la amenaza de Freddie se resolviera, necesitaría una nueva vocación. “Claro que, podrás propagar los informes favorables de mis servicios a los muchos y variados establecimientos en Londres que también podrían necesitar hombres bien entrenados”.

Su hermana suspiró. “¿Tengo que hacerlo? Me gusta tener un monopolio de los mejores vigilantes de la ciudad”.

Mason rio. “Tú eres la que me enseñaste a nunca dar sin esperar algo a cambio”.

Ella arrugó la nariz de una manera que le recordó a él la niña que fue. “¿Sí que te enseñé eso, verdad?”. Ella barrió el aire con la mano. “Muy bien. Pronto te convertirás en el proveedor más buscado de hombres fuertes que haya conocido esta ciudad”.

Él no lo dudó. De muchas maneras, Madam Pendragon tenía más influencias que el Príncipe Regente.

Salió del burdel, ansioso por regresar a la mansión Northmoor. Aunque no esperaba otro ataque contra Freddie tan pronto después del intento fallido del día anterior, había estado ausente lo suficiente y quería ver cómo le iba a Claire en su nuevo entorno. Había estado tan cansada la noche antes después de jugar con Freddie en el aula que se había quedado dormida en cuanto él la metió en la cama y besado su suave mejilla subiéndole las mantas. La había visto de nuevo esta mañana, pero solo fue una visita breve.

Y, luego, estaba Lady Katherine. Él apostaría una pequeña fortuna que la mujer no estaría

contenta con su ausencia prolongada hoy.

El calor le llenó la sangre de su verga y una sonrisa apareció en sus labios. Que estuviera anticipando una confrontación con la mujer feroz decía algo acerca de su naturaleza retorcida. Y no sentía ni la más mínima vergüenza por ello.

Capítulo Trece

Katherine estaba inquieta y preocupada y se estaba enojando con cada segundo que pasaba.

Hale había estado fuera casi toda la mañana. Y ella se había enterado hace un ratito.

Después de la entrevista la víspera, Katherine reconoció que su ansiedad por haber contratado a Hale para el importante trabajo de proteger a su hermano tenía menos que ver con la seguridad que tuviera en sus habilidades y más con su reacción ante el hombre en un nivel mucho más personal. Después de su tono burlón inicial, se había puesto muy enfocado. Y aunque su seguridad en sí mismo incluía un grado irritante de arrogancia, no se podía negar que el hombre tenía experiencia y conocimientos del tipo exacto necesario para un guardaespaldas.

La seguridad creciente que ella tenía en la decisión de contratarle le duró hasta mediodía cuando ella descubrió que Hale llevaba varias horas fuera de la casa. *Y* le había dado instrucciones a uno de los lacayos, poco más que un niño él mismo, que vigilara a su hermano durante su ausencia.

Solo era el primer día y el hombre había desaparecido para hacer Dios sabe qué. ¿No entendía que su trabajo como guardaespaldas era su prioridad?

Después de darle instrucciones a Foster para que llevara al Sr. Hale ante ella en cuanto volviera a la casa, se metió en el estudio, donde se dedicó a la tarea de componer una lista de todas las personas que podrían tener un motivo para amenazar al ducado de Northmoor o a Frederick específicamente. De manera frustrante, la única persona con una motivación clara era el Marqués de Warfield.

Decidida a ser exhaustiva, ella amplió la lista para incluir a todas las personas que ellos conocían y que no podía excluir de inmediato y con seguridad.

Empezó considerando a las personas más cercanas a ellos en Lincolnshire; inquilinos de la propiedad, gente del pueblo, comerciantes locales. Gentes con los que se habían criado toda la vida. Aunque apenas podía imaginar que alguno de ellos pudiera perpetrar semejante plan, hizo todo lo posible por mantenerse objetiva cuando descontaba cualquier posibilidad.

A partir de allí, consideró los asociados de su padre. Un desafío mayor.

El trabajo de Charles Blackwell le había puesto con frecuencia con varias personas que tenían intereses o inversiones en los campos de la herboristería o la farmacología. Debido a la naturaleza solitaria de su padre, las comunicaciones habían sido principalmente hechas por carta. Katherine podía recordar una buena cantidad de nombres mencionadas a lo largo de los años, pero solo había conocido a un puñado de conocidos de su padre en persona y menos aún de sus colegas científicos. Sabiendo muy poco de ellos, no podía arriesgar excluir a ninguno en su lista.

Finalmente, añadió el nombre de todas las personas que habían mandado un mensaje de condolencia cuando murió su padre, además de todas las personas que les hubieran contactado desde su llegada a Londres. Tendría que preguntarle a Frederick si recordaba algún nombre adicional, ya que su memoria en estas cosas sería mucho más fiable.

El resultado era bastante amplio. Y, desgraciadamente, sin saber el motivo del secuestrador, el proceso de estrechar la lista más sería ridículamente complicado y más bien un juego de adivinanzas que cualquier otra cosa. Tenía que haber una manera mejor de hacer las cosas.

Frustrada, preocupada, y sin otra distracción ahora que había completado el inventario de

nombres, Katherine se puso en pie y empezó a dar zancadas grandes en círculo por la habitación, yendo desde la chimenea a la librería que cubría la pared del fondo, por la fila de ventanas que daban al patio, luego pasando delante de la puerta y de vuelta a la chimenea, donde miró el reloj.

¿Dónde demonios estaba él?

Escuchó el repiqueteo de la puerta distintivo de los nudillos de Foster. *Por fin.*

Sintiendo la necesidad de sentirse más firme, regresó a su asiento tras el escritorio. “Sí. Pase”.

Foster abrió la puerta y se inclinó levemente. “Lord Shelbourne ha venido a verla, milady”.

“¿Lord Shelbourne?”.

Con la emoción y alivio por haberse reunido con Frederick y las preocupaciones que habían surgido posteriormente, ella se había olvidado por completo de lord Shelbourne. Ni siquiera se había molestado en mandarle un mensaje para hacerle saber que su hermano estaba en casa a salvo de nuevo. Después de que el caballero la había ayudado recomendándole al Sr. Boothe, ella debería haber sido más considerada.

Katherine se puso en pie. “Por favor, hazle pasar”.

Un momento más tarde, Shelbourne entró en la habitación cuando Katherine había salido de detrás de su escritorio en un rincón. Sus interacciones previas con Lord Shelbourne habían sido todas por escrito. Sin embargo, él era casi exactamente como ella se lo había imaginado. Era un hombre alto con el cabello gris y una barba bien recortada en un estilo del siglo precedente. Sus maneras eran formales y le pedía perdón levemente cuando se inclinó ante ella. “Milady Katherine. Perdóneme por venir sin aviso y fuera de las horas correctas de visita, pero me sentí obligado a preguntar por su bienestar”.

Haciendo todo lo posible para disipar la tensión que la había estado embargando estas últimas horas, le sonrió. “Para nada, milord”, Katherine le aseguró antes de mirar hacia el sofá al lado de la chimenea. “¿Le gustaría tomar asiento?”.

“No tengo intención de demorarme mucho”.

La mirada del hombre se desplazó un momento al cabestrillo de algodón blanco que contenía el brazo lesionado de Katherine. Sus cejas se fruncieron con preocupación aparente, y Katherine pensó que haría algún comentario sobre ello, pero luego por lo visto decidió no decir nada.

“Aunque ciertamente no tiene obligación de informarme de sus progresos, Lady Katherine, me encuentro preocupado y ansioso por saber noticias”. La preocupación era evidente en sus ojos grises, al igual que lo era la sinceridad en su tono de voz. “Sencillamente, tenía que averiguar por mí mismo si ha tenido algún éxito en recuperar a su excelencia”.

“Siento mucho no haberle mandado un recado antes, milord”, contestó ella mientras sintió una ráfaga de culpabilidad, le calentó la piel. “Le estaré eternamente agradecida por su ayuda que me brindó recomendándome al Sr. Boothe. Frederick está a salvo en casa de nuevo, le digo con gratitud”.

“Eso es un alivio maravilloso, milady. Supongo que está bien entonces. ¿No ha tenido ningún efecto adverso?”

“Está muy bien. Gracias por preguntar”.

Shelbourne asintió con sagacidad y su mirada se posó con cierta intensidad en la cara de ella. “Londres puede ser un lugar peligroso, pero espero que esta experiencia adversa no impida que los dos aprecien las muchas cosas buenas que nuestra ciudad puede ofrecer”.

La verdad era que ella no tenía ninguna intención de explorar la ciudad más hasta que la

amenaza contra su hermano fuese eliminada. Pero Lord Shelbourne no iba a saber nada del segundo intento de secuestro ni que Frederick por lo visto había sido puesto en el objetivo de alguien en concreto.

Durante un momento, ella consideró confesarle la situación en la que se encontraban con detalle. Él se había ofrecido para ayudar en el pasado; quizás podría ofrecer recursos adicionales.

Pero entonces ella miró de reojo la lista que acababa de hacer. El nombre de lord Shelbourne estaba incluido. Aunque ella no pensaba que él tuviera ningún motivo para estar involucrado, ella sí recordó cómo él había enfatizado la necesidad de obrar con discreción.

Ella podría considerar pedir ayuda suya en algún momento, pero por ahora, decidió no involucrarle más en sus problemas. Sonrió. “Claro que no, milord”.

El hombre mayor pareció titubear un momento. Luego miró hacia un lado. “¿Ha descubierto qué instigó su desaparición?”

Habiendo decidido ya no revelar más de lo necesario, Katherine contestó con cuidado. “No exactamente, aunque sospechamos que un rescate había sido un motivo”.

Shelbourne asintió con empatía. “Una probabilidad desafortunada, me temo. ¿Puedo conocer al chico?”

“Me temo que Frederick está ocupado ahora mismo. Está con su tutor y prefiero no molestarle. He pensado que es mejor que se ocupe de otras cosas de inmediato para que no esté meditando sobre su experiencia reciente”.

Aunque era mentira, la excusa le pareció apropiada. Su hermano había estado ocupado con los detalles de su prueba bastante en estos días recientes. No quería colocarle en una posición donde pudiera ser interrogado más todavía.

“Una decisión sabia, Lady Katherine. Me imagino que su guardián está agradecido por tener una sustituta tan responsable ocupándose de sus obligaciones mientras está en el extranjero”.

¿lord Shelbourne sabía que Warfield estaba fuera de Inglaterra? ¿Era del dominio público eso entonces?

“Gracias de nuevo por ofrecernos su ayuda después del fallecimiento inesperado de nuestro padre”.

Shelbourne le sonrió con suavidad. “Bueno, es que me veo como algo responsable por usted y su hermano. Su padre era un amigo muy querido”. Bajó el tono de su voz. “¿Espero que no le moleste si de vez en cuando me intereso por ustedes?”.

Ella solo percibía bondad y preocupación en su tono; sin embargo, parte de ella quería disuadir su interés, porque no estaba acostumbrada a semejantes ofrecimientos.

La vida en Londres no se había prestado a la creación de muchas amistades. Era algo que Frederick iba a necesitar mientras crecía asumiendo su papel como duque de Northmoor. Ella haría bien en cultivar estas clases de relaciones para su futuro. “Claro que no, milord”.

“Creo que he ocupado su tiempo suficiente. Me despido”. Antes de volverse le ofreció otra sonrisa suave. “Por favor no dude en contactarme si me necesita. Para la razón que sea”.

“Aprecio la oferta. Gracias”.

Con otro gesto de la cabeza, lord Shelbourne se dio la media vuelta y salió del estudio.

Katherine se aproximó a su escritorio de nuevo mientras escuchaba el sonido de las pisadas de Shelbourne por el parquet al cruzar el vestíbulo. Aunque Shelbourne no había sido menos que agradable, ella se preguntaba acerca de la sensación de aprehensión que había sentido con su visita. Quizás era solo un resto de la ansiedad que le había surgido con la tarea precedente. O quizás su cortesía solo le había recordado la poca cantidad de personas de quienes

ella y Frederick podían depender en la ciudad.

Lo que le hizo volver a pensar en Hale.

Solo pensar en él le hizo sentir una ráfaga de consciencia y anticipación. Miró hacia la puerta del estudio justo cuando el hombre apareció. Su gran tamaño casi llenaba el marco de la puerta, y durante un segundo, le robó el aliento.

Él era tan… imponente. Tan físicamente presente y sólido.

Su presencia causó un cambio instantáneo en ella, una repentina ráfaga de ilusión y un aplomo todo a la vez. Una bocanada de aire en presencia de Mason Hale daba pie a una conexión veloz e innegable al momento presente que oscurecía todas sus otras preocupaciones.

Era una cosa emocionante y peligrosa que experimentar.

Sus miradas conectaron. Y se mantuvieron. En esos pocos segundos, era como que él extraía los sentimientos más profundos del núcleo de ella, como si la absorbiera con el aire que respiraba. Luego bajó el mentón con un movimiento interrogatorio con la cabeza. En un sutil instante, su expresión se oscureció. Sus cejas rubias se fruncieron. La línea dura y cuadrada de su mandíbula se tensó mientras miraba por la habitación.

"¿Qué sucede?"

Todavía algo pensativa debido a su repentina y forzada aparición, Katherine bajó la mirada a la lista en la mesa. Su mirada se fue automáticamente al nombre de Lord Shelbourne, el tercero de la lista desde abajo. Con una leve sacudida de la cabeza, ella dobló la lista y se la metió en el bolsillo de su vestido. "Por favor, pase, Sr. Hale".

Ella ocupó su posición de pie detrás del escritorio y miró cómo Hale cruzaba el umbral cerrando la puerta a su paso. Era una acción innecesaria e inadecuada también, y él lo sabía si fuese a juzgar por el destello en sus ojos.

Aunque además de la falta de decoro, también había un grado de vulnerabilidad que venía de estar en una habitación cerrada con él, no podía permitir que ninguna de esas cosas afectasen su propósito y su intención. "¿Dónde ha estado?".

La respuesta de él fue una ceja levantada y la sonrisa traviesa de su boca irreverente. "¿Me has echado de menos?"

El núcleo de ella revoloteó, pero se obligó a adoptar una voz firme. "Le contraté para mantener a mi hermano seguro, Sr. Hale. ¿Cómo podía hacer eso mientras estaba por ahí?".

Su sonrisa leve desapareció y sus cejas bajaron mientras caminó lentamente hacia ella. De repente, ella se sintió agradecida porque el escritorio estaba entre ellos dos. Aunque la verdad era algo simbólico en el mejor de los casos, ya que él había demostrado ya lo ineficaz que podía ser un mueble robusto para impedirle llegar a ella cuando quería.

En lugar de dar un brinco por encima del escritorio, como ella medio temía que haría, colocó las manos planas encima de la superficie. La postura le obligó a inclinarse hacia delante, llevando su cuerpo grande y su cara apuesta mucho más cerca de ella de lo que ella esperaba.

Ella se negó a dar un paso hacia atrás. Que intente sus tácticas amenazadoras y a ver si lograba algo con eso.

Su voz era casi un gruñido. "Si no puedes aceptar que voy a hacer el trabajo a *mi manera*, duquesa, entonces terminamos aquí mismo".

"No me llame eso", ordenó ella de manera cortante, luchando contra su reacción ante la proximidad de él. "Mi hermano es un duque, pero yo no soy una duquesa".

Su risa era breve. "Da igual si lo eres o no. Y, te estás evadiendo del tema. ¿Anulamos este arreglo?", presionó él.

Él no iba a retroceder. Ni ella tampoco.

Capítulo Catorce

Katherine le devolvió la mirada y reconoció el deseo instintivo que tenía dentro, la necesidad de mantenerle cerca.

Por su hermano, claro.

Y eso quería decir que tendría que confiar en Hale como lo hacía Frederick.

Pero eso no sería antes de que el hombre encontrase una manera de entender y respetar su postura.

“Sr. Hale”, empezó a decir ella con la espalda muy recta y la barbilla bajada. “Frederick ha sido mi responsabilidad desde que era bebé. Nuestra madre enfermó poco después de su nacimiento y no sobrevivió ese año. Mi padre estaba obsesionado con su trabajo y no podía molestarse con cosas que tenían que ver con la crianza de un niño. A la edad de ocho años, decidí que mi razón de ser en el mundo era mantener a salvo y feliz a mi hermano pequeño. Cuando empezaba a ver todo lo que él era capaz de hacer, juré asegurarme de que tuviera la libertad y los medios para llegar a su mejor potencial. Algo que obviamente se ve impedido por la amenaza actual, sin olvidar el riesgo que corre su vida”.

Ella hizo una pausa mientras él le sostenía la mirada. “Entienda que no fue sencillo entregarle a usted la obligación de protegerle a *usted*. Pero no lo habría hecho si no confiara en usted. A pesar de todo, he de insistir en que me mantenga informada de sus planes y actividades que tengan que ver con Frederick”. Bajó la barbilla. “Si no puede hacer eso, entonces buscaré otra persona”.

Él estrechó los ojos y se formó una arruga entre sus cejas. Parecía estar buscando algo. Algo que por lo visto esperaba encontrar en la profundidad de los ojos de ella. La mirada penetrante de él era desconcertante, pero ella no bajó la mirada.

Al cabo de un momento, contestó. “No te preocupes, palomita. Entiendo”. Su voz bajó. “Te gusta estar en control”.

La manera en que hizo la observación, su voz pesada y curiosamente íntima, le dio a ella la sensación inquietante de que él acababa de conseguir el acceso a algo muy vulnerable dentro de su ser. Ignoró el hormigueo caliente que había sido activado por ese pensamiento para contestarle. “Insisto en ello”.

Ella miró cómo los músculos de su mandíbula se tensaban y luego soltaban. Con un gruñido bajo, se enderezó, finalmente dándole a ella un poco de espacio para poder respirar. Una sonrisa traviesa e irreverente apareció en su boca. “Entonces, estoy adivinando que querrá un informe”.

Ella movió la cabeza de forma afirmativa, sin confiar en que su voz fuese tan segura como necesitaba en ese momento.

“La casa tiene algunas vulnerabilidades que se arreglarán antes de que acabe el día, pero en general, tu casa es segura. Me reuní con tus lacayos esta mañana y elegí unos cuantos que entrenaré para que puedan estar mejor preparados para lidiar con amenazas de contacto directo. Esto es además de las tareas que ya realizan”. Enseñó los dientes. “Les prometí un sobresueldo”.

Katherine barrió el aire con la mano como diciendo que eso era algo que ella daba por descontado.

“Martin, el muchacho asignado al tercer piso hoy, es más capaz de lo que parece”. Bajó la barbilla para decirle con sinceridad. “No le habría elegido si no hubiera podido hacerlo”.

Aunque ella no estaba muy segura de lo que Hale había visto en el joven criado, se encontró con que aceptaba la aseveración de él. Pero eso no contestaba su pregunta principal. “Estoy más preocupada por el porqué fue necesario de que se marchara de la casa en primer lugar. Entiendo que asumió este papel de manera bastante abrupta, pero si necesita tiempo para dedicarle a asuntos personales, me gustaría que lo arreglase conmigo directamente, antes de ocuparse de sus asuntos y no ocupándose de sus obligaciones aquí”.

Él bajó el mentón. “No tengo asuntos personales”.

La manera en que dijo eso le hizo detenerse, pero ella se negó a pensar demasiado en eso. “¿Entonces, puede explicar por qué era tan importante marcharse de la casa hoy?”

La arruga en su frente apareció de nuevo mientras se cruzaba los brazos ante el pecho. “Necesité investigar unas pocas cosas que me vinieron a la cabeza cuando Freddie me contó los detalles de los dos ataques”. Miró directamente el cabestrillo de ella. “Por lo que él describió, tuvo suerte que no se hiciera más daño cuando saltó del carruaje”.

“Hicimos lo necesario para escapar”.

“Los dos podrían haber sido pisoteados por caballos hasta morir”.

“Pero no lo fuimos”, discutió ella. “Y se está yendo del tema. ¿A dónde fue, Sr. Hale?”

“Fui a ver a un hombre hábil en el descubrimiento de secretos y engaños difíciles. Le pedí que investigara todo lo que pudiera acerca de tu primo Warfield y ver si alguna otra persona conocida de tu padre está ocultando algo que pudiera ser relevante a vuestra situación”.

Katherine ladeó la cabeza. “¿Le ha pedido a su amigo que espíe a mi familia?”

Él esbozó una media sonrisa. “Solo haciendo mi trabajo”.

Ella pensó en la lista que tenía en el bolsillo. Era muy amplia, pero quizás el hombre de Hale podría descubrir información que pudiera ser útil en reducirla más.

Ella sacó el papel doblado y se lo extendió a Hale. “¿Podría pedirle a su hombre que investigue a las personas de esta lista? Es todas las personas que se me han ocurrido que podrían tener algo que ver. Puede que no haya nada, pero me gustaría tener una certeza de ello”.

Enarcando una ceja, él tomó la hoja de papel y repasó los nombres rápidamente antes de metérsela en el bolsillo del abrigo. “Llevará tiempo, pero te haré saber lo que él descubra”.

“Gracias”.

Sus ojos verdes parpadearon. “Un placer”.

Ella carraspeó. “¿A dónde más le llevó su trabajo hoy?”

La mirada de él se volvió algo rebelde y su renuencia obvia la inquietó a ella.

Katherine pasó por delante del escritorio, sin preocuparle ya mantener las distancias, o muebles, entre ellos dos. Deteniéndose una vez que estuvo lo suficientemente cerca para ver las arrugas finas en la boca de él que no sonreía, habló en un tono lo más firme que pudo lograr con la repentina incertidumbre dando vueltas en su interior. “No me oculte información. Cuanto mejor entendamos a lo que nos estamos enfrentando, mejor equipados estaremos para solucionarlo”.

Hubo una pausa larga mientras él la miraba desde su gran altura. “Reconocí a los dos hombres que Freddie describió y que le secuestraron esa primera noche”.

La respuesta la sorprendió. “¿Los miembros de la pandilla criminal del cual le rescató?”.

Otra pausa. Más breve esta vez. “No”.

Ella sintió que un frío helado se apoderaba de ella. “Cuénteme”.

Él sostuvo la mirada de ella mientras contestaba. “Los hombres que le secuestraron inicialmente esa noche eran un par de mercenarios de poca monta que se prestan sus servicios para una variedad de tareas. Cualquiera que tenga algo que ver con los negocios ilegales en la

zona de los arrabales le habría contado que Butler y Green sabían cómo llevar a cabo el trabajo".

Katherine respiró para calmarse. "Está diciéndolo en pasado, Sr. Hale".

Él asintió con la cabeza.

"¿Por qué?".

"Les encontraron en el Támesis hace unos días".

Ella sintió la bilis revolviéndose en su estómago. "¿Les mataron? ¿Por su participación en lo de Frederick?".

"Lo más probable es que sea por su fracaso. Sus muertes son un mensaje para otros matones".

"¿Los dos hombres de ayer?"

"Estaré pendiente de más noticias".

"Noticias…" ella murmuró en voz baja mientras un temor helado le surcó las venas. "como en… más cuerpos".

Él no contestó a eso.

Katherine no estaba segura de cómo procesar lo que él le había dicho. Aunque ella no querría que nadie que le hiciera daño a un niño, y ciertamente quería que los hombres que atacaron a su hermano fueran ajusticiados por sus acciones, el pensamiento de que esos hombres fuesen asesinados y lanzados a las aguas turbias del río era estremecedor.

No estaban enfrentándose a un secuestrador. Iban tras un asesino. Si su enemigo podía acabar tan fácilmente con las vidas de los hombres que había contratado, ¿qué le impediría matar a Frederick? ¿O a cualquier otro que se interpusiera en su camino?

"¿Se enteró de algo más?"

"Solo que la persona que había contratado a Butler y Green estaba decidido a ocultar su identidad y que podía pagar bien por la fechoría".

Katherine le miró a los ojos. "Lo cual sugiere que no están buscando un rescate".

Él sacudió la cabeza. "No parece ser que sea eso".

La frustración que ella sentía antes regresó con toda su fuerza, luchando con el temor que sentía. "¿Qué otra razón puede haber? No tenemos enemigos. Apenas tenemos amigos. Casi todo lo que tenemos será heredado por alguien y el hombre que lo puede heredar ni siquiera está en Inglaterra".

"Tengo una idea".

Katherine se volvió ante la voz de su hermano para verle parado recto y orgulloso en el umbral de la puerta. "¿Frederick?".

Su mirada pausada se desplazó de Katherine a Hale mientras avanzaba en la habitación. "Hasta que sepamos quién está detrás de los secuestros y por qué, estamos en una seria desventaja. Necesitamos información y creo que la mejor manera de conseguirla es ir a la ofensiva".

Ella sintió una trepidación ante las palabras de su hermano. "¿Qué quieres decir exactamente con eso?".

Los hombros del chico se cuadraron de una manera que Katherine conocía bien. Estaba anticipando una discusión, lo cual quería decir que a ella no le iba a gustar lo que estaba a punto de decir.

"Le tendemos una trampa, animándoles a intentarlo de nuevo. En lugar de que ellos me agarren a mí, *nosotros* capturamos a los secuestradores". Se volvió hacia Hale. "Y luego les obligamos a contarnos lo que saben".

Ella sintió una firme resistencia en el corazón. "¿Estás sugiriendo que te usemos como un

señuelo?” Sacudió la cabeza con firmeza. “Para nada vamos a hacer eso”.

“Si lo planeamos bien, no correré ningún peligro”.

“No”, afirmó ella con firmeza con los ojos estrechados”.

Ante la negativa de ella, Frederick suspiró con resignación y se giró para mirar a Hale. “Es la mejor manera para conseguir una ventaja”.

“Demasiadas cosas podrían salir mal”, contestó Hale con una mueca. “No vale la pena arriesgarse, chaval”.

“Pero tengo que hacer algo. No puedo quedarme escondido en el aula el resto de mi vida”.

La frustración en la voz de su hermano era la misma que sentía ella. “Lo siento, Frederick, pero lo más importante es mantenerte a salvo. Se nos ocurrirá algo, pero no será colocarte en mayor peligro”.

Los ojos de él brillaron con convicción y determinación. “Sin más información para orientarnos, puede que sea nuestra única opción”.

Luego se dio la media vuelta y salió rápidamente de la habitación, dejando a Katherine con una pesada sensación de temor, dando vueltas en su ser.

“Es un chico valiente”.

Ella se volvió hacia Hale con la frente arrugada. “No entiende lo que está sugiriendo”.

Las cejas de Hale se enarcaron. “¿No entiende?”

Ella cerró los ojos mientras sentía una ráfaga de temor recorrer su cuerpo. Claro que Frederick entendía. Y una vez que se le ocurría una idea, rara vez la dejaba ir. “No puedo permitirlo”, susurró ella.

“Lo sé”. La voz de Hale era baja y llena de determinación. “Le mantendré a salvo. Confía en mí”.

Abriendo los ojos, ella le miró y sintió una sensación hormigueante en el cuerpo.

Mason Hale era distinto a cualquier otra persona que hubiera conocido. Era irreverente y innegablemente peligroso. Podía hacerla sentirse lánguida en un minuto, tensa con ira y frustración al siguiente. La inquietaba, la desafiaba y la confundía.

Y ella había puesto lo más valioso de su vida directamente en sus manos grandes y llenas de callos.

#

Después de salir del estudio, Mason se dirigió al tercer piso para ver cómo estaba Claire.

Encontró a su hija sentada en una alfombra ante el fuego de lo que en su día había sido un aula. Un viejo juego de soldaditos de plomo estaba repartido en las faldas de su vestido de color rosa pálido.

Le hizo falta convencer a la nanny de que era aceptable dejar a su hija en sus manos. Aunque él apreciaba la lealtad de la mujer y su naturaleza protectora, considerando que Claire había experimentado poco eso en su vida, él nunca más iba a ser padre de su hija a la distancia.

Cuando se aburrieron de jugar con los soldaditos, cambiaron a juegos de caballitos. Claire botaba en la espalda de Mason, agarrada a su pelo con sus puños mientras corrían en torno al arcón de los juguetes, sillas para leer y el sofá hasta que los dos acabaron agotados. Luego se estiraron en el suelo mientras Mason le leía de un libro que Claire eligió de una selección en el estante en un rincón.

Después de que el padre y la hija disfrutasen de una buena comida en el aula, la nanny regresó para bañar a la niña antes de acostarla. Claire hizo un mohín de resistencia hasta que Mason le asegurara de que vendría para darle un beso en la frente antes de acostarse. Su hija le

tenía muy eficazmente a su merced.

Y a Mason no le importaba nada estarlo.

Capítulo Quince

Poco después de que la primera luz del amanecer tiñera el cielo de la mañana siguiente, Mason estaba en el salón de baile esperando a su primer alumno del día. A la hora exacta, Freddie entró por la doble puerta que estaba abierta.

Mason se alegró al ver que el joven duque vestía ropas sueltas según las instrucciones que le habían dado.

"Buenos días, su excelencia. ¿Estás preparado para esto?" Usar el título del niño era algo raro después de semanas de solo llamarle Freddie, pero pensó que sería mejor que se acostumbrara a ello.

Freddie asintió con la cabeza al cerrar las puertas tras su paso. "Espero que sí, Sr. Hale. Me gustaría darle las gracias por sugerir este entrenamiento".

Mason rio. "No fue una sugerencia, chaval. Y, si no me estás maldiciendo por ello dentro de una hora, no estaré haciendo bien mi trabajo".

Había decidido entrenar al chico después de ver la frustración que sentía al ver que su idea de ser señuelo para los secuestradores fuese rechazada. Mason podía entender el deseo de Freddie por entrar en acción. Tenía que ser difícil para el chico quedarse al margen sin hacer nada mientras había una amenaza indefinida sobrevolándole. Mason siempre se sentía más cómodo adoptando la postura de un luchador. Pero estaba de acuerdo con Lady Katherine con su negativa de usar a Freddie como medio para atraer al enemigo. Muy sencillamente, era demasiado peligroso.

Tenía que haber otra manera. Esperaba que Morley tuviera más suerte en descubrir información que les pudiera ayudar.

Mientras tanto, no le haría daño darle al chico unas cuantas habilidades que le ayudasen. No solo podía venirle bien si alguien intentaba secuestrarle otra vez, pero esperaba que también satisface ría la necesidad que Freddie tenía de *hacer* algo en relación con sus circunstancias.

Un rato más tarde, Mason tenía a Freddie envuelto en un abrazo desde detrás. El chico se quedó quieto solo un momento antes de respirar hondo, dar un paso hacia un lado, meter el otro pie tras uno de los de Mason mientras movía las caderas y apoyara los hombros en el hombre más grande. El rápido cambio de postura desequilibró a Mason, dejándole caer de espaldas en el suelo.

Río mientras se volvía a poner en pie mientras Frederick le miraba, con la conmoción evidente en su cara roja.

"Lo hice. Te lancé al suelo".

Mason asintió. "Ahora ves cómo puedes usar el tamaño de un oponente en su contra". Se puso detrás de Freddie y le agarró de la misma manera que antes. "Otra vez. Solo que, esta vez, tengo intención de resistirme un poco. No dejes que eso cambie lo que estás haciendo. Se aplican los mismos principios".

Esta vez, Mason agarró a Freddie mientras caía, tirando del niño con él hacia el suelo.

"Ahora. Usa la cabeza", le instruyó cuando Freddie empezó a forcejear.

Con un movimiento rápido, la parte de atrás del cráneo de Freddie conectó con el mentón de Mason al mismo tiempo en que daba una patada con el talón clavándose en la rodilla de Mason. Las dos cosas le hicieron gruñir de dolor y su agarre se aflojó. Freddie aprovechó para escabullirse.

Una vez que estaba libre, se volvió para evaluar la posición de Mason. Agarrando el talón del niño, Mason dio un tirón rápido, lo cual hizo que el niño cayera de culo.

"Cuando te liberas, sales corriendo. Siempre". Le espetó Mason. "El estado de tu oponente no puede ser algo que te preocupe. Tu único objetivo es escapar y evitar futuras capturas".

"Sí, señor", murmuró Freddie dolido mientras se frotaba el trasero.

Levantándose del suelo, Mason bajó la mano tendiéndosela al chico. "Otra vez".

Freddie se puso en pie de un salto sonriendo. "Esta vez no me va a engañar".

Riendo, Mason se frotó la mandíbula donde la cabeza de Frederick le había golpeado. "Tengo una serie de trucos, chico. Nunca subestimes a tu contrincante. Ellos no se van a contener, de manera que tú tampoco puedes hacerlo".

El joven duque asintió con la cabeza y cuadró los hombros.

Mason le sonrió. "Ahora… veamos lo duro que es tu cráneo".

Trabajó con el chico durante casi dos horas antes de mandarlo a que disfrutara de un buen desayuno. El chaval se lo había ganado. Había estado totalmente atento, y aunque no tenía mucho músculo todavía, era naturalmente atlético y, más que nada, estaba dispuesto a hacer un esfuerzo.

No podía decir lo mismo con su siguiente grupo de alumnos.

Poco después de que Freddie saliera del salón de baile, Mason tenía a tres lacayos alineados ante él, mostrando expresiones que iban de animado a temeroso. Gracias a lecciones de diversos movimientos de boxeo, agarres de lucha libre y unas cuantas técnicas de lucha callejera, se hizo patente que el joven que con frecuencia se enfrentaba a cinco hermanos mayores, tenía talento innato, otro de ellos eventualmente lograría hacerlo bien con más preparación, pero el último no lo iba a lograr para nada.

Para cuando Mason terminó con ellos, los jóvenes tenían las caras rojas y estaban empapados de sudor. Mason, sin embargo, apenas había entrado en calor. Una vez que se quedó solo, se dedicó a realizar una rigurosa tabla de ejercicios. Si se agotaba con el dolor y el cansancio del ejercicio físico, quizás encontraría una manera de superar el hambre que le atormentaba por cierta hembra provocadoramente arrogante.

Solo de pensar en ella, su cuerpo se endurecía. Y, sospechaba que su deseo por esa mujer solo iba a crecer. Desgraciadamente, ni siquiera otra hora de entrenamiento riguroso servía para aplacar su necesidad física lasciva.

Un poco más tarde, estaba relajándose en una bañera extragrande que había sido subida a su dormitorio. Recién lavado y oliendo a cítricos y especias, descansó los brazos en el borde de la bañera y un pie apoyado en un extremo. Echando la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, empapándose el calor y el lujo que le aportaba el agua humeante y aromática.

Baños como este sería algo a lo que podría acostumbrarse… aunque había una cosa que los podría hacer mejor todavía.

Cerrando los ojos, se imaginó suaves manos femeninas recorriendo su piel. Masajeando los músculos de sus hombros y espalda, enjabonándole las extremidades. Finas puntas de dedos hundiéndose en su cabello. Dedos finos masajeándole el cuero cabelludo sensible. Casi podía sentir la sedosa caída de cabello caoba oscuro deslizándose por su hombro desde detrás mientras una mano elegante se deslizaba por su pecho… luego su abdomen… bajando bajo la superficie del agua.

El aroma de una flor desconocida, mezclada con excitación femenina, le rodearía mientras ella le daba un beso suave con los labios en el lado de su garganta. Luego el sensual

murmullo de su voz diciéndole lo mucho que había estado deseando tocarle. Tocar *todo* en él.

Se puso duro con tanta fuerza que casi era doloroso. Metió la mano bajo el agua para frotar con la palma su verga dura. Con un gemido, apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y se agarró el miembro con la mano.

Durante un segundo, sintió un leve, apenas perceptible sentimiento de vergüenza por usar los pensamientos de Lady Katherine de esa manera. Pero mientras su verga pulsaba en su mano, dejó de lado el sentimiento noble. No le haría daño a ella lo que no sabía.

#

Después de una noche sin dormir, dando vueltas en la cama y preocupándose, Katherine bajó al comedor. Llegando abajo de las escaleras, se sorprendió al ver a un hombre vestido con ropas de estibador parado en el vestíbulo de su casa. Sintió una ráfaga de aprehensión cuando se quedó parada de manera abrupta.

Viéndola casi al mismo tiempo que ella le vio a él, el hombre se quitó su gorra de lana agarrándola en ambas manos detrás de su espalda. Su piel avejentada y bronceada se arrugó con incomodidad mientras desplazaba el peso de su cuerpo con incomodidad de un pie al otro.

"¿Le puedo ayudar en algo?"

"Esto, sí, señora. Esto, no, quiero decir". Llevándose una mano con cicatrices y endurecida por su cuero cabelludo cubierto por rizos cortos de color blanco, hizo una mueca de malestar obvio. "Estoy aquí para ver a…"

"A mí". La voz de Hale resonó con fuerza desde detrás de ella en las escaleras mientras descendía dando zancadas largas.

Cuando pasó por delante de ella, la expresión de Katherine debió mostrar algo de la reacción veloz e intensa de ella por su presencia que sentía en el cuerpo, porque le sonrió con esa sonrisa arrogante y cómplice suya.

Recomponiéndose, Katherine le miró con leve curiosidad. "¿Un invitado suyo, Sr. Hale?"

"Un viejo rival de mis comienzos en el cuadrilátero". Cruzó el vestíbulo y tomó la mano del hombre en la suya con fuerza.

Mirándoles parados uno al lado del otro, Katherine se preguntaba cómo podrían ser contrincantes en un encuentro. Hale era más alto y ancho, pero el otro hombre, que le llevaba por lo menos quince años de edad, tenía una especie de calmada competencia. Parecía alguien que había sido probado hasta sus límites, pero yendo mucho más allá de esos límites.

Hale se volvió con una sonrisa mientras le colocaba una mano en el hombro del hombre. "Este es Jack Newton, conocido como Gancho Letal. Uno de los mejores luchadores a los que me he enfrentado".

El hombre más mayor resopló en silencio. "No podía ganarte".

"Claro que no, viejo. No podrían llamarme el Invencible si lo hubieras podido hacer", Hale rio. Luego ladeó la cabeza hacia Katherine. "Y esta es Lady Katherine Blackwell".

El pobre hombre empezó a hablar, pero luego se inclinó con rapidez pero muy eficazmente ante ella. "Milady, siento la… esto, inesperada intrusión".

"Para nada, Sr. Newton", contestó ella con rapidez antes de mirar a Hale. "Supongo que se explicará su presencia aquí ahora".

Una sonrisa apareció en la boca de él. "Jack está aquí para ayudarme a entrenar a vigilantes correctos para la casa". Miró a su amigo. "¿Has dado con alguien?"

"Sí". Jack asintió con la cabeza. "Dos. Listos y leales. Buenos luchadores, pero no están hechos para el cuadrilátero". "Lo harán bien".

Hale le dio una palmada en la espalda al hombre. "Perfecto".

“¿Está agregando gente a mis empleados, Sr. Hale?”, preguntó ella con una inclinación de cabeza.

“Mis empleados”, la corrigió él. El desafío en sus ojos era algo visceral. Un toma y daca intenso.

¿Creía él que ella no estaría de acuerdo?

Era casi como si él quisiera que ella discutiera con él.

Ella respondió con un leve movimiento de las cejas. “Les dejaré que trabajen entonces”. Mirando más allá de él, le sonrió al Sr. Newton. “Un placer conocerle, señor”.

“Y yo a usted, milady”, contestó él con otra inclinación de cabeza.

Antes de darse la vuelta para ir al comedor, ella miró de manera casual y casi despreciativa a Hale.

Desgraciadamente, ahora dándole la espalda a su amigo, él tenía libertad para mirarla de una manera que no tenía nada de casual o despreciativa. La potencia de su mirada oscura le llegó a ella directamente a su núcleo. Separó los labios mientras tragó aire rápidamente. Cuando la mirada de él bajó a la boca de ella, la tensión y liberación de los músculos de su mandíbula hizo que el vientre de ella diera un vuelco.

Justo cuando ella pensó que había estado por encima de él, él la rebasó.

Dándose la vuelta, ella cruzó el vestíbulo hasta el comedor, sintiendo la mirada de él, caldeándola todo el rato. Cuando dio un paso quedando fuera de su campo de visión, ella habría jurado escuchar su risa en voz baja.

En lugar de irritarla, el sonido caldeó sus entrañas aún más.

Capítulo Dieciséis

Las pilas de diarios, la mayoría desgastados y envejecidos, ocupaban casi la mitad del escritorio en el estudio de Katherine.

Antes de irse de Lincolnshire, Katherine le había dado instrucciones a un criado para que reuniese la amplia colección de volúmenes de su padre de su estudio y algunos de los artículos personales de sus dos padres que ella quería tener cerca. Los grandes baúles fueron traídos a Londres con ellos y se guardaban a buen recaudo en el dormitorio principal que estaba vacío. Katherine había sospechado que, en algún momento, ella y Frederick querrían repasar todas esas cosas.

Después de desayunar esa mañana, cuando fue a sacarlos de entre las pertenencias de su padre, no se había dado cuenta de que habría tantos diarios. Habiendo eliminado un rescate como motivación probable y la idea de su hermano de tender una trampa ni siquiera siendo considerada, Katherine se quedó con muy pocos cabos sueltos por donde investigar. Lo único que podía esperar era que los diarios de su padre pudieran arrojar algunas pistas o una dirección por la cual proceder. Ahora, viendo todo el trabajo de su padre reunido en un solo sitio, se dio cuenta de la envergadura de la tarea que se había fijado.

Decidió primero organizar los diarios en orden cronológico para poder revisar los que tenían que ver con el trabajo que él había estado haciendo en los últimos años de su vida, ya que eso parecía el sitio más probable para empezar a buscar alguna conexión entre el trabajo de Charles Blackwell y la amenaza actual.

Aunque era tedioso, este proyecto era justo lo que ella necesitaba.

Habían pasado casi dos días desde la última vez que se encontró con Hale en el vestíbulo, el día en que llegó por primera vez el Sr. Newton. Ya que el guardaespaldas realizaba la mayoría de sus actividades en el salón de baile, sus caminos rara vez se cruzaban. En algún momento pronto, ella tendría que visitar ese espacio para ver exactamente qué estaban haciendo él y sus alumnos que sonaba como si estuvieran intentando reventar el suelo.

Por lo menos estaba segura de que él no había salido de la casa otra vez, ya que Foster entendía que tenía que avisarla si pasaba eso. Ella sabía por qué Frederick se lo había dicho que el guardaespaldas también visitaba a los niños con cierta frecuencia, aunque más a menudo más tarde durante el día. Katherine se dijo a sí misma que mantener sus propias visitas con Frederick y Claire en horas cuando Hale estaba reunido en la sala de baile, no era para nada un deseo de evitarle.

Sencillamente, ella prefería la manera en que la luz del sol entraba por las ventanas de las habitaciones del tercer piso a esa hora del día.

Katherine estaba encantada de ver cómo su hermano volvía a disfrutar de sus pasiones de antes. Había empezado a trabajar en un nuevo laberinto y esperó que ese proyecto le haría no pensar en el hecho de que estaba esencialmente confinado en la casa de momento. Pero ella sabía que no se quedaría contento con eso mucho tiempo. Su hermano necesitaba libertad para explorar, lo cual significaba que ella tenía que ponerse manos a la obra resolviendo la incógnita de la identidad del enemigo de ellos.

Tomando el primer diario, empezó a mirar la fecha escrita en la página primera y se puso a ordenar los diarios en orden cronológico. Al final de la mañana, había dejado a un lado casi dos docenas de diarios que abarcaban fechas lo suficientemente antiguas como para hacerles tener

poca probabilidad de estar conectados. Esto redujo su campo de consideración a una docena de diarios, los cuales tenía intención de revisar a fondo.

No le debería llevar demasiado tiempo.

#

Durante los siguientes días, ella pasó una parte significativa de cada mañana leyendo las notas de su padre, empezando con un diario fechado unos dos años antes del fuego que había terminado con su vida. No era fácil de leer. Charles Blackwell había estado inmerso en su campo de investigación durante décadas y no era algo que hubiera compartido con sus hijos en detalle. Muchas de sus anotaciones estaban hechas con terminología que ella no conocía, haciendo que fuesen apenas descifrables, pero Katherine estaba decidida a repasar cada pequeño detalle.

Aproximadamente después de una semana de su revisión de los diarios, empezó a darse cuenta de algo curioso.

Se había fijado cuando primero revisó la colección completa que los diarios podían ser divididos en dos categorías. Un conjunto de diarios contenía documentación que se limitaba estrictamente a la ciencia de los experimentos de su padre. Las páginas estaban llenas de fórmulas químicas y descripciones en detalle de sus experimentos, completos con mediciones precisas y horarios, además de cualquier cambio en las condiciones y entornos u otras variaciones que él introducía mientras profundizaba en las propiedades químicas y medicinales de la especie de planta que Charles estudiaba en ese momento. Otro conjunto de libros contenía fechas que coincidían, pero eran más un comentario interno en el cual Charles teorizaba y especulaba y evaluaba los elementos de los otros diarios. Aquí era también donde registraba las circunstancias generales o preguntas que incitaban cada nuevo estudio o experimento.

Lo curioso era que los diarios que abarcaban grosso modo los últimos seis meses antes de su fallecimiento eran solo los que contenían los pensamientos personales de Charles. Ella no tenía ni un solo volumen conteniendo sus anotaciones científicas de ese tiempo.

El descubrimiento le dio a ella un pesado presentimiento. No había razón por la cual los métodos de su padre cambiaran hasta el punto en que eliminara un aspecto completo de su trabajo. Ella no tenía duda de que esos diarios existían… en algún sitio. O por lo menos habían existido en algún momento.

¿Habían sido escondidos por alguna razón?

Lo más probable era que los diarios se habían perdido en el fuego que se había llevado a su padre y destruido su hogar.

Los accidentes no eran raros, teniendo en cuenta las propiedades combustibles de algunos elementos con los que trabajó en sus diversos experimentos. A pesar de las precauciones extremas que Charles había tenido para gestionar los potenciales riesgos, era una de las muchas razones por las cuales Katherine y Frederick tenían prohibido visitar el laboratorio. Ni siquiera los criados tenía permiso para entrar en ese espacio.

Desgraciadamente, el incendio que había matado a su padre tuvo lugar tarde por la noche cuando él era la única persona despierta. Para cuando alguien más pudo ser despertado, el incendio se había propagado demasiado y se había vuelto demasiado destructivo. Había quemado su laboratorio y dejado que la mitad de la casa fuese reducida a ruinas calcinadas.

Katherine se había despertado escuchando el ruido de gritos lejanos y el olor acre a humo, quemándole los ojos y obstruyéndole la garganta. Ella había despertado a Frederick deprisa y los dos huyeron de la casa yendo al jardín trasero, donde se tragaron su miedo y se unieron a una fila de criados que pasaban de mano en mano cubos de agua para los que estaban haciendo lo mejor posible por apagar el fuego antes de que toda la casa ardiese.

Su éxito fue parcial. Aunque algunas partes de la casa permanecieron en pie, el hogar de ellos se había perdido para siempre, una vez que se confirmó que Charles Blackwell no había logrado escapar.

La colección de diarios de su padre se guardaba normalmente en un estante detrás del escritorio en su estudio personal al lado de su dormitorio en el ala opuesta del laboratorio. Si los diarios que faltaban habían estado en el laboratorio con él, no serían más que polvo. Otra triste pérdida más a añadir a las consecuencias trágicas de esa noche.

Ahogada con la pena espesa y frustración que le embargaba la garganta, Katherine hizo una pausa para respirar hondo varias veces. Pasar horas y días leyendo las palabras de su padre, prácticamente escuchando su voz en la cabeza, le hizo sentir como que casi estuviera él todavía. Pero los recuerdos de ella de esa horrible noche seguían tan vívidos casi un año más tarde. Pensar ello en la actualidad le hacía sentir como que le perdía de nuevo.

Desafortunadamente, leer los detalles del trabajo de su padre no le aportó la claridad que había esperado todavía… solo le suscitó más preguntas. Hasta el momento, no había indicios de nada que hubiera podido provocar la situación actual en la que se hallaban. Estaba empezando a pensar que la tarea era inútil.

Aunque los diarios con anotaciones científicas faltaban, todavía quedaban tres diarios que contenían las reflexiones de su padre durante esos últimos meses de su vida que todavía no había leído. Si no revelaban nada para ayudarles en su investigación acerca de la motivación de los ataques contra Frederick, ella esperó que por lo menos se podría quedar tranquila por haber agotado esa posibilidad.

Con un suspiro y un movimiento de los hombros, ella tomó el siguiente diario en las manos.

Al cabo de unas pocas páginas, se encontró con algo que le hizo sentir expectación durante un momento. Parecía ser que el proyecto en el que trabajaba Charles no iba muy bien.

Por lo que ella pudo entender, su padre había estado estudiando las propiedades químicas y medicinales de una planta que florecía recién descubierta en la jungla en América del Sur. El socio que había encargado el estudio estaba esperanzado con el desarrollo de una poción que ayudase a calmar a pacientes médicos en intervenciones médicas.

Los problemas empezaron casi de inmediato porque los métodos habituales para determinar los elementos activos de una planta demostraron ser ineficaces. En lugar de eso, Charles tuvo que usar un método que demostró ser bastante delicado y volátil. Incluso entonces, los resultados eran inestables y difíciles de replicar. Eventualmente, sin embargo, fue capaz de aislar los elementos necesarios para poder crear una poción con las propiedades deseadas sedantes.

Las siguientes entradas constaban algunas pruebas exitosas de la poción cuando se diluía de manera significativa. Desafortunadamente, al ajustar la dilución solo un poco, la poción se volvía peligrosamente incapacitante. Charles documentó síntomas tales como una especie de parálisis temporal en la cual la mente era consciente, aunque sutilmente confusa, a la vez que era incapaz de realizar movimientos físicos. Una solución aún más fuerte causaba una especie de estado soñoliento con alucinaciones que dejaban a la persona totalmente insegura de saber lo que era real y lo que no lo era. De todas formas, el sujeto no tendría control físico de su cuerpo.

Katherine sabía que su padre habría probado la droga en sí mismo, y se estremeció al pensar en él experimentando los efectos secundarios que describía.

Razonablemente, así, Charles temía lo peligrosa que podría ser la droga si se usaba de manera inexperta o con malas intenciones. Creía que los riesgos eran mucho más grandes que los

beneficios. En su última entrada, fechada el día antes de su muerte, había indicado que iba a destruir su trabajo en la primera oportunidad que tuviera y oficialmente recomendar que se debían parar desarrollos posteriores de la hierba.

Katherine cerró el último diario y lo colocó encima de la pila de diarios a su lado. Poniéndose en pie, movió la cabeza de lado a lado y enarcó la columna para disipar la tensión que se había acumulado en sus músculos. En tiempos más recientes había empezado a mover su brazo herido más y más, ya que la rigidez de tenerlo en el cabestrillo estaba empezando a ser más molesta que el dolor sordo que seguía en la articulación. No había llevado el cabestrillo en todo el día y su hombro lesionado solo le causaba un leve malestar.

Con un suspiro, cruzó hacia los ventanales que daban al jardín trasero. Todo era oscuridad bajo un cielo sin luna. El sol se había puesto hace horas. Ella apenas se había dado cuenta. Al igual que apenas se había dado cuenta de la cena que le habían traído porque ella no había querido tomarse un descanso de su lectura para unirse con Frederick en el comedor.

Sin embargo, incluso después de pasar días diligentemente repasando las palabras de su padre, no había descubierto nada que les pudiera ayudar. Ni siquiera sabía el nombre del socio para el cual había estado haciendo los experimentos porque Charles nunca anotaba nombres en sus diarios. Lo único que ella había logrado conseguir era confirmar que el proyecto en el que había estado trabajando antes de morir no había tenido éxito.

Quien fuese la persona que contrató a Charles para el proyecto seguramente se habría disgustado con los resultados, pero no estaba claro si su padre había tenido una ocasión para informarle de sus conclusiones antes del incendio que le arrebató la vida. Incluso si él lo había hecho y el socio se hubiera enfurecido por el fracas… no había nada que sugiriera una conexión entre el trabajo de Charles y las amenazas actuales contra Frederick.

Era frustrante y descorazonador y ella se había quedado sin ideas sobre dónde más buscar. Quizás el primo de ellos estaba de alguna manera detrás después de todo. Quizás el hombre de Hale descubriría alguna pista en eso… para demostrar o desmentir la posible involucración de Warfield.

Miró los diarios repartidos por encima de su escritorio.

¿Se le había escapado algo vital? ¿O es que solo había desperdiciado varios días en una empresa infructuosa?

Cerrando los ojos, estiró la columna, activando un profundo gruñido de hambre en el estómago. Desgraciadamente, había estado demasiado pendiente de su tarea para comer gran cosa de la bandeja con la cena que se habían llevado hace varias horas. Otro gruñido pesado la convenció de que seguramente no iba a poder dormir hasta calmar su hambre.

Después de repartir las brasas en el fuego y soplar todas las velas en el estudio, menos una, que se llevó para tener luz mientras caminaba por los pasillos silenciosos y oscuros hasta las cocinas en la parte trasera de la casa.

Su cansancio mental hizo que ni siquiera se fijara en la tenue luz más adelante que había cuando se acercó a la puerta de la cocina, ni se dio cuenta del sonido de movimiento hasta que cruzó el umbral de la puerta para ver la gran silueta de Hale sentado ante la mesa alta de trabajo de la cocina. Llevaba calzones y una camisa pálida de algodón. Su cabello no estaba recogido en una coleta como acostumbraba a llevarlo, sino que le caía por los hombros en ondas descuidadas que parecían doradas bajo la luz de su única vela.

Fuerza casual. Masculinidad ruda.

Katherine estaba tan distraída, y sinceramente encantada, por la visión de Hale, que le llevó un momento darse cuenta de que no estaba solo. Sentada encima de la mesa, en un camisón

blanco de algodón que le rodeaba las pequeñas piernecitas que colgaban del borde, estaba la pequeña Claire.

Capítulo Diecisiete

Hale levantó la mirada y sus ojos intensos divisaron los de ella fácilmente en la oscuridad tenue. Sus labios se curvaron antes de que murmurara, “buenas noches”.

Ella sintió una ráfaga de calor ante el sonido profundo de su voz. Se obligó a respirar hondo ante el revuelo que le causaba su presencia en los nervios antes de contestarle con un rígido, “buenas noches”.

Ese truco nunca funcionaba tan bien como ella hubiera deseado. Cada vez que ellos dos tenían que hablar de algún tema acerca de la seguridad de Frederick o las necesidades de él, de sus empleados, ella sentía la misma intense ráfaga de estimulación mental y sensibilidad. El mismo hormigueo de placer en su cuerpo. Las reacciones de ella crecían en intensidad con cada encuentro, y esta noche, sus recursos eran demasiado pocos y tensos para poder contestarle correctamente.

Parada en el umbral de la puerta, como un ciervo a punto de escapar ante el peligro en el bosque, no pudo detener la manera en que la mirada de él le hacía sentir un temblor en el vientre o como su media sonrisa le hacía sentir una rara sacudida en el pecho.

Desviando la atención rápidamente hacia la niña al lado de él, sonrió y añadió en tono suave, “hola, Srta. Claire”.

Ella había visitado a la niña varias veces desde que llegó. A menudo con Frederick y a veces ella sola. Eso empezó principalmente porque quería asegurarse de que la pequeña y su nanny tenían todo lo que necesitaban porque había pasado tanto tiempo desde que la casa había albergado niños, grandes o pequeños, entre sus paredes. Pero Katherine se sintió atraída por la sonrisa tímida de la niña y su naturaleza tentativa. Era fácil entender por qué Claire había tan sencillamente suscitado la devoción y protección de su hermano. Incluso después de todo lo que había padecido a una edad tan temprana en su vida muy joven, la hija de Hale era sencillamente demasiado pura para este mundo. Era innegablemente importante para Katherine que Claire se sintiera segura y feliz en su casa temporal, y Katherine se encargó personalmente de la tarea de aportarle justo eso. Con cada visita, la niña se había vuelto más generosa con sus sonrisas y recientemente había empezado a mostrar verdaderas emociones cuando Katherine entraba en el aula.

Ahora, después de sonreírle con dulzura como respuesta al saludo de Katherine, Claire se frotó los ojos con los puños. Y no era de extrañar… tenía que haber estado en la cama hace horas ya.

Katherine interrogó a Hale con la mirada.

Viendo su mirada, él miró a su hija y alisó los rizos sedosos de la niña con una mano grande antes de volver a mirar a Katherine y decir *pesadilla* de manera inaudible con los labios.

Ella asintió. Claro.

“Claire y yo decidimos bajar a la cocina para un caprichito de media noche”, explicó en voz alta, “¿A qué sí, nenita?”.

La niña pequeña levantó la mirada con una sonrisa y asintió con entusiasmo, su soñolencia momentáneamente disipada, “Caramelos. Por favor, papa. Caramelos”.

“Solo un poco porque te lo prometí. Pero no mucho porque si no, no vas a poder volver a dormir”.

Claire gimoteó con suavidad y alzó las manos hacia su padre. “No sueño”.

Hale inmediatamente la alzó entre los brazos y hundió la cara al lado de la de ella y le murmuró unas palabras en voz baja para reconfortarla. “No te asustes, nenita. Ya no más hombres malos, te lo juro”.

Profundo y reverente, el tono de su juramento le llegó a Katherine directamente al corazón.

Después de un momento, la niña se separó de él lo suficiente como para tomar la cara de su padre entre sus manitas. “Dulces. Por favor”.

Él rio cálidamente y la volvió a colocar encima de la mesa. “Un mordisquito de algo, y luego de vuelta a la cama”.

La sonrisa de ella fue instantánea mientras empezó a columpiar las piernas animadamente de nuevo.

Hechizada por la suave interacción entre el padre y la hija, Katherine se quedó desprevenida cuando el hombre volvió a prestarle atención a ella. “¿Te unes a nosotros?”

El olor sabroso de carne asada le hizo la boca agua y su estómago rugió con ganas. “No, gracias. No quiero molestar”.

“No es ninguna molestia”, discutió él usando un pie para empujar el taburete que tenía en frente desde debajo de la tosca mesa de madera. “Toma asiento, duquesa”.

La irreverencia de su tono y la acción que había hecho deberían ser insultantes, especialmente teniendo en cuenta que ni siquiera se había puesto en pie cuando ella entró. Pero Katherine se estaba acostumbrando al comportamiento de él, y sospechaba que era así porque quería provocarla. Por alguna razón, el hombre parecía disfrutar enojándola.

Desgraciadamente, para él, ella ya había decidido no sentirse ofendida por su comportamiento a veces grosero. La verdad es que una gran cantidad de las formalidades que se esperaban en sociedad siempre le había parecido a ella carentes de sentido. Aunque conocían bien los comportamientos que se esperaba de sus posiciones en la vida, ella y Frederick se habían comportado de manera mucho más informal cuando estaban en Lincolnshire. Después de darse cuenta de que sus objeciones iniciales se activaban más por la manera en que él la descolocaba con su atrevimiento que por ninguna aversión verdadera de su manera de ser menos refinada, ella veía pocas razones por las cuales enfatizar una etiqueta más formal.

Claro que eso no quería decir que ella no respondió ante el sutil desafío en la voz de él.

Bajo su mirada vigilante y las miradas fugaces de Claire, ella se acercó a la mesa y descansó su vela al lado de la vela baja de él. El par de llamas parpadeantes les bañó a los tres en una luz suave y tenue, creando un ambiente de suave intimidad.

En el centro de la mesa había una gran fuente de embutidos, pan con miel, manzanas en rodajas, y lo que ella sospechaba era un pastelillo o dos que sobró de la cantidad que la cocinera había horneado para los niños esa mañana.

“¿Faltó a su cena en el aula?”, preguntó ella, sabiendo que él cenaba con Claire todas las noches mientras ella y Frederick comían en el comedor.

“Nunca”, contestó él, y luego sonrió. “Pero eso fue hace horas y tengo un buen apetito. De todas formas, puede que mis ojos fuesen más grandes que mi estómago”.

Katherine miró la bandeja llena. “Ya veo”.

Cuando ella se acomodó en el taburete de madera, Hale alcanzó uno de los dulces. Rompiéndolo en dos pedazos, le ofreció una porción a Claire, que la tomó feliz, antes de meterse el otro pedazo en la boca entero.

Katherine culpó su cansancio al hecho de no darse cuenta de que estaba mirando fijamente cuando él alzó un tazón bebiendo a grandes tragos antes de mirarla a los ojos por

encima del borde del tazón. Ella sintió una oleada de calor al darse cuenta de que la había pillado, comportándose de manera tan maleducada. Pero no parecía estar muy preocupado por la manera de mirar de ella. En vez de eso, se puso en pie.

"¿Algo para beber?", preguntó él mirando hacia el armario que tenía detrás. "No hay vinos finos, me temo, pero sí que hay mucha cerveza".

"Puedo encontrar algo", dijo ella rápidamente, disponiéndose a ponerse en pie. "No hay necesidad de que me sirva, Sr. Hale".

"Siéntate, palomita". Su voz era seria, pero la orden fue seguida por una sonrisa abierta. "Ya estoy de pie".

Volviendo a sentarse en el taburete, ella cedió. "Lo que sea más sencillo".

"Cerveza, entonces".

Agarrando una jarra de metal, sirvió una buena cantidad de cerveza en un tazón. Después de colocar la jarra y el tazón encima de la mesa, se volvió a sentar. Luego los dos se miraron fijamente mientras Claire en silencio lamía el azúcar glaseado de su bollo y un silencio incómodo llenó la habitación.

No debió haberse sentado. Tenía que haberse dado la media vuelta y salido de la cocina en cuanto le vio allí con su hija. La casa estaba demasiado en silencio en torno a ellos. La habitación demasiado oscura bajo la luz parpadeante de solo dos velas. La noche era sencillamente demasiado… íntima.

De nuevo, siempre era así cuando ella estaba cerca de él. Sin aliento un momento, el corazón acelerado al siguiente. Siempre en tensión, incierta en su equilibrio y su posición.

Finalmente, él quebró la tensión con un sonido bajo antes de volver a prestar atención a la comida. Sin titubear, eligió un pedazo de jamón y se lo llevó a la boca con los dedos. Dándose cuenta de que ella le miraba, le guiñó un ojo. "Creo que no hace falta sacar los cubiertos". Luego colocó el bocado en la lengua antes de cerrar la boca.

Momentáneamente, distraída por la manera en que los músculos de su mandíbula se flexionaban y relajaban mientras masticaba, ella carraspeó. Sonriéndole a Claire, estiró una mano para tomar un bollo cubierto de miel. "No, supongo que no".

La sonrisa aprobatoria de él le hizo sentir un revoloteo en el vientre, pero lo ignoró prestando atención a la comida en lugar del hombre sentado en frente de ella. A pesar de que era una comida fría de sobras, era maravillosamente satisfactoria. Y la cerveza era un acompañamiento perfecto. Ella había disfrutado de beber cerveza unas cuantas veces antes, en festivales del pueblo y una vez en la boda del herrero local. Pero esta noche, la bebida parecía ser excepcionalmente potente, caldeándole los huesos y ablandando su columna. Aunque no eliminaba completamente toda la tensión en ella, era una sensación agradable.

Un sonido suave le hizo mirar a Claire. Después de terminar su pastelillo y un pequeño vaso de leche, la niña de dos años estaba sentada con las piernas cruzadas bajo el camisón, mientras se frotaba los ojos de nuevo.

"Alguien tiene mucho sueño", constató Hale en voz baja, pero la niña bajó las manos deprisa e hizo un mohín de protesta.

"No sueño".

Apartándose de su padre desafiándole de manera inesperada, Claire se deslizó por el borde de la mesa y estiró sus manitas rechonchas y llenas de azúcar, hacia Katherine, que no dudó en tomar a la niña en brazos mientras un extraño dolor se expandía en su pecho. En cuestión de momentos, Claire estaba cómodamente acomodada en su regazo. Rizos pálidos descansaban contra su hombro mientras los deditos rechonchos de la pequeña tiraban del lazo

que decoraba el vestido de Katherine.

Sorprendida y quedamente encantada por la demostración inesperada de confianza en ella de la niña, Katherine rodeó su cuerpecito suave y cálido, y la abrazó con suavidad. Alzando la mirada, sonrió disculpándose. “Lo siento. Si quiere subirla arriba, yo puedo…”

“No”, interrumpió él con una voz callada, pero seria, su atención puesta en Claire, que había empezado a respirar con un ritmo pesado mientras iba parando de toquetear el vestido de Katherine. “No hay prisa”. La mirada de él se posó en la de ella. “A menos que prefieras no…”

“No”, contestó ella deprisa, alisando la mano en movimientos circulares lentos por la espalda de Claire. “Ella puede quedarse”.

Él emitió un suave gruñido antes de volverse para alzar la jarra de cerveza. “En ese caso, ¿te gustaría un poco más?”.

Katherine titubeó, un segundo nada más, pero en la cocina había tanta paz a media noche que ella no quería irse todavía. “Sí, gracias, pero solo un poco”.

Cuando él descansó la jarra en la mesa de nuevo, ella hizo un movimiento de la cabeza hacia el tazón de él. “¿Usted ya no quiere más?”

“Nada”.

Ella alzó una ceja sorprendida. “¿No le gusta la cerveza?”

“Me encanta”, contestó él rudamente. “Pero ya no lo pruebo. Ya no. Nada de cerveza. Ni vino. Ni ginebra, whiskey o coñac”.

Katherine hizo una pausa, percatándose de la gravedad de la declaración de él. Inclinando la cabeza, ella le preguntó sencillamente. “¿Por qué?”. Parecía ser que la cerveza le había caldeado la lengua además de los huesos.

Él volvió a mirar a Claire y su cara se ensombreció. “Me imagino que Freddie te contó que Claire había estado con él cuando le encontramos en el almacén de ese bastardo de Bricken”. Ella asintió con la cabeza. “También sabes seguramente que encontramos a esos niños a tiempo a duras penas. Otro par de horas más y les habríamos perdido”.

El recordatorio le hizo sentir frío en el pecho, pero cuando la mirada de él se posó en la de ella, se sorprendió al ver el dolor que veía en sus ojos. Dolor y culpa y una furia que ardía en silencio. Ella podría haberse sentido incomodada por la fuerza de su ira si no fuese porque estaba tan claramente dirigida a las entrañas de él.

Sus cejas se fruncieron pesadamente sobre sus ojos. “Si yo no hubiera pasado varios días borracho, si hubiera hecho frente a mis fallos en lugar de intentar ahogarlos, podría haberla encontrado mucho antes de que cayera en manos de Bricken. Ella nunca debió estar allí”.

La mano de él se cerró en un puño encima de la mesa, las venas en su brazo resaltando mientras sus nudillos se ponían blancos. El instinto de consolarle hizo que Katherine moviera los brazos en torno a Claire para estirar un brazo y cubrir el puño de él con su mano antes de pensar siquiera. Fuerza y violencia ardían en él. Pero también percibió su control. No era un hombre que se dejara gobernar por semejantes emociones. Era un hombre que las dominaba.

Las líneas duras de su mandíbula se tensaron y luego soltaron y sus ojos se estrecharon. Mirándola con intensidad a la cara, no rechazó el tacto de ella. De hecho, ella ni siquiera estaba segura de que se diera cuenta siquiera.

“No era mejor que mi propio padre borracho. Más preocupado por mis problemas que de las necesidades de mi hija”. Su voz bajó en un gruñido. “Nunca me perdonaré por ello”.

Katherine no sabía qué decir. Quizás es que no había nada que decir.

La convicción en su voz era indiscutible. Aunque estaba asediado por sus errores del pasado, estaba claramente decidido a hacer las cosas mejor. *Ser* mejor para su hija.

Mientras ella le miraba a los ojos, sintiendo el remordimiento y la vergüenza que él sentía por sus errores del pasado, algo cambió en el aire en torno a ellos. Era sutil y callado. Un momento. Un suspiro. Luego su puño grande, todavía cubierto por la mano de ella, giró y se abrió como la mano de ella.

Una ráfaga de emoción hormigueante le surcó el cuerpo, desde su cuero cabelludo hasta las puntas de sus pies, y bajó la mirada para ver su mano descansando en la de él. La textura áspera de la palma de su mano no le molestaba, de hecho, le intrigaba, pero algo acerca de la diferencia de tamaño entre las dos manos y la calidez de su tacto le dio a ella una clara sensación de incertidumbre. Tanta fuerza y capacidad en las manos de él. Tanta experiencia y poder.

Ni siquiera le hizo falta curvar los dedos en torno a los de ella para mantenerlos en su sitio. Sencillamente, abrió la palma de la mano y ella se sintió momentáneamente incapaz de retirarse.

Mientras miraba, él rozó su pulgar ancho una vez por encima de los nudillos de ella y sintió piel de gallina en los brazos y algo se retorció en su esternón.

Con el aliento incierto, levantó la vista. Había tensión evidente en la línea de su mandíbula y sus ojos eran indescifrables mientras la miraba a los ojos con intensidad. Solo hubo un momento de expectación conmovedora antes de que su boca se curvara y rio escuetamente. Soltando de repente la mano de ella, agarró su tazón y lo alzó en un brindis burlón. “Leche de cabra es mi bebida potente”.

“Un noble refresco”, aseveró ella con una sonrisa. Haciendo todo lo posible por no revelar la sensación de pérdida que sintió cuando él retiró su mano, ella alcanzó su propio tazón para completar el brindis.

Ante el suave ronquido de Claire, Katherine bajó la mirada. Los labios de la pequeña estaban entreabiertos mientras dormía y sus delicadas pestañas doradas aleteaban contra sus mejillas rosadas.

Hale se aclaró la garganta y se puso en pie. “Supongo que ya es la hora”. Miró hacia abajo a la bandeja que antes había estado llena de comida y que ahora solo tenía unas pocas migas. Su sonrisa cuando levantó la vista de nuevo era pícara. “¿Crees que la cocinera se enfadará cuando descubra que han asaltado la alacena?”

Intentando usar el mismo tono informal, Katherine contestó, “está acostumbrada, me imagino. Frederick a menudo se viene a la cocina entre comidas”.

Con otra risa breve, Hale retiró los platos y los colocó en el fregadero vacío. “Los niños cuando crecen tienden a tener grandes apetitos”.

“Bueno, eso parece ser cierto en el caso de él”, dijo Katherine de acuerdo con él.

Asegurando a Claire entre los brazos, maniobró las piernas por debajo de la mesa, pero antes de que pudiera ponerse en pie, Hale estaba delante de ella.

“Yo la agarro”, dijo él con voz ruda.

Ante el movimiento de cabeza de Katherine asintiendo, él tomó con cuidado a la pequeña del regazo de ella. Claire emitió una suave protesta, pero una vez que estaba acomodada contra el pecho ancho de Hale, curvó la mano en torno a su cuello grueso y suspiró. Ver eso llenó a Katherine de calidez. Aunque Claire era tímida y a menudo titubeante cuando estaba despierta en sueños, su instinto de encontrar confort y seguridad en brazos de su padre era evidente y dulce. Tan evidente como la callada esperanza y apenas perceptible vulnerabilidad en los ojos indomables de su padre mientras acariciaba con suavidad los rizos pálidos de la niña.

Katherine se quedó sin aliento.

Había tanta emoción en la mirada de él. Más de lo que él sabía, sospechó ella.

Demasiadas emociones con los que lidiar en ese momento para ella.

Ella desvió la mirada. “Yo le guío”.

La vela que Hale había traído se había apagado hace un rato, de manera que solo quedaba la que ella había traído del estudio.

Poniéndose en pie, les precedió de la cocina hacia la escalera trasera que les llevaría al tercer piso y la habitación de Claire. Las entrañas de ella seguían revueltas en reacción ante lo que Hale le había revelado y esos extraños momentos de intimidad que habían compartido ante la mesa de la cocina. Le llevó todo su esfuerzo por mantener la columna recta y su paso firme mientras iban en una procesión silenciosa hasta el rellano del segundo piso. Allí, Hale paró a Katherine con un sonido breve.

“No hace falta que sigas más lejos. Estoy seguro de que te gustaría encontrar tu propia cama. Podemos ir el resto del camino por nosotros mismos”.

“Tonterías”, contestó ella con sencillez mientras seguía alumbrando el camino en las escaleras.

La nanny de Claire les encontró en la puerta, que se levantó retorciéndose las manos mientras hacía una reverencia atolondrada. “Milady, no esperaba que estuviera… quiero decir, siento mucho que la hayan molestado… yo podría haberme ocupado de la pequeña, pero el Sr. Hale insiste en que le busque en cuanto ella se despierta”.

“No se preocupe”, le aseguró Katherine mientras Hale pasó ante ellas entrando en la habitación.

Con suavidad bajó a la niña dormida en su cama antes de darle un beso en sus rizos rubios y subirle las mantas bajo la barbilla. Debería ser extraño ver al gran hombre bruto cuidando con tanto esmero a la niña pequeña, pero no lo era. Parecía lo correcto y hermoso.

Pasando por el lado de la nanny al salir, le dio instrucciones con firmeza, “si vuelve a despertar, hágamelo saber”.

La mujer miró nerviosa a Katherine antes de asentir con la cabeza. “Sí, señor.”

Hale y Katherine bajaron las escaleras en silencio. Parándose ante la puerta de su dormitorio, Hale se volteó para verla. Katherine también se detuvo y levantó su vela. Desgraciadamente, el pequeño movimiento le hizo sentir una punzada de dolor en el hombro. No era mucha cosa, pero debido a la tirantez y dolor que se había apoderado de sus músculos al pasar tantas horas inclinada sobre su escritorio, todo su cuerpo se tensó reaccionando.

“¿Qué te pasa?” En la voz de él había una nota de preocupación.

“Nada”. Ella subió una mano para frotarse la nuca. “Estoy bien”.

Él la miró con displacer ceñudo. “Sé la mirada de dolor en un cuerpo cuando la veo. No estás bien. ¿Y, dónde demonios está tu cabestrillo?”

“Me lo he dejado en mi cuarto. Han pasado casi dos semanas desde la lesión. Necesito empezar a mover mi brazo más si lo voy a volver a usar”.

“Es demasiado pronto”.

“No lo es”. Discutió ella, echando la cabeza hacia atrás para mirarle desde abajo mientras él se cernía por encima de ella.

El fino algodón de su camisa no impedía que el calor y olor de él la rodeara, impregnándola. ¿Y por qué encontraba ella que el olor a él tan tentador? Puramente masculino. Ella respiró profundamente de manera instintiva, absorbiendo más de él en su cuerpo.

Todavía ceñudo, él tomó la palmatoria de la mano de ella y la descansó en la mesilla del pasillo al lado de la puerta de su dormitorio. “Date la vuelta”. Las palabras se deslizaron por su boca como una sibilancia pesada y rugosa, sin permitir negativas.

Katherine se giró. Parecía ser la opción más segura en medio de su reacción repentina y caliente. Aunque si hubiera sabido lo que él tenía intención de hacer después, seguramente habría arriesgado discutir con él. Incluso habría abrazado un momento de cobardía y salido huyendo.

Pero entonces, sus manos grandes y cálidas bajaron a los hombros de ella, presionando para abajo con suavidad. Sutilmente mandando que los músculos de ella se ablandaran.

En vez de eso, la columna de ella se puso más rígida todavía mientras giraba la cabeza, intentando mirarle por encima del hombro. "¿Qué está haciendo?"

"Relájate, palomita", murmuró él con tono grave.

Ella casi resopló de la poca probabilidad de que eso pasara mientras sus manos estuvieran en ella, pero entonces empezó a hacer círculos con sus pulgares anchos en los músculos en la parte de arriba de la columna de ella. Ella echó la cabeza hacia delante y un suspiro escapó de sus labios entreabiertos.

Era raro que alguien mostrara tanta preocupación por su bienestar. Incluso de la manera ruda y dominante de Hale. Desde que era una niña pequeña, se había cuidado a sí misma. Y luego a Frederick. El padre de ellos ocasionalmente había preguntado acerca de sus estudios y otras necesidades domésticas, pero nunca había mostrado mucho interés por su felicidad o confort. Algunos pocos criados podrían haberse preocupado más por ellos que otros, pero no lo suficiente como para rebasar el protocolo. Y, aunque Katherine tenía vagos recuerdos de ser abrazada por su madre, eso había sido hace mucho tiempo.

La verdad es que la falta de semejantes consideraciones nunca la había molestado realmente. Era difícil sentir la pérdida de algo que apenas había conocido. Además, tenía el bienestar de Frederick en lo que enfocarse.

De manera que cuando Hale empezó a tocarla con el único propósito de aliviar su incomodidad, ella no estaba muy segura de cómo responder. Pero, mientras él seguía dándole un masaje para aflojar la tensión en sus músculos, Katherine lentamente se sometió a la atención experta de los dedos de él. Sus ojos se cerraron y su respiración se acompasó. El hombre era realmente un mago con los dedos. Parecía saber exactamente dónde agregar más presión y donde aflojar. Incluso se tomó un poco de tiempo en alzar y manipular el hombro herido de ella, eventualmente emitiendo un sonido bajo en la garganta antes de desplazar las manos a la parte baja de su columna.

Era maravilloso. Le derretía los huesos. Era calmante.

"Freddie está preocupado por ti". Las palabras de él parecían surgir de la nada.

"¿Preocupado?" Ella elevó la barbilla y frunció las cejas mientras la neblina momentánea de felicidad se disipaba en un instante. "¿Qué? ¿Para qué? No tiene motivos por los que preocuparse". Ella era la que tenía que preocuparse.

Él alisó las manos por la espalda de ella, forzándola a soltar su tensión repentina. "Sabe que te encierras en tu estudio todos los días, obsesionándote con buscar respuestas que puede que no existan".

"No estoy obsesionada…"

"¿No?", interrumpió él mientras sus dedos trabajaban la nuca de ella.

Ella bajó la barbilla en el pecho mientras se sentía conmocionada por el placer que se difuminaba por su cuero cabelludo y bajaba por su columna. "Se da cuenta de que la amenaza sobre mi hermano sigue por ahí fuera", murmuró ella.

"Me doy cuenta", dijo él con la voz grave. "Es la razón por la que estoy aquí, ¿no?"

Con un rudo suspiro, la volteó para que estuviera frente a él de nuevo.

Echando la cabeza hacia atrás, ella frunció la frente al mirar sus rasgos serios, dándose

cuenta del curioso brillo en su mirada.

"Hay un límite a lo que se puede hacer", afirmó él con suavidad. "La casa y los terrenos están seguros. Los lacayos van aprendiendo. Newton y los dos hombres que ha reclutado se turnan vigilando la casa desde fuera. Mi hombre está buscando toda la información que puede de las personas de tu lista". Enarcó una ceja. "Confía en mí, tu hermano está lo más seguro posible".

Katherine respiró hondo y se permitió apoyar en la pared detrás. Mirándole directamente a los ojos demasiado cerca de ella, le contestó, "no estamos más cerca de identificar a nuestro enemigo de lo que estábamos hace dos semanas".

"Encontraremos al bastardo. Y terminaremos esto. Lo juro".

Una sensación como confianza se adueñó de ella. En ese momento, ella le creyó.

Luego adoptó su media sonrisa habitual que hacía que el vientre de ella volcase y su corazón aletear. "Hasta entonces, creo que has pasado demasiado tiempo encerrada en ese maldito estudio. Necesitas salir de allí".

Ella ladeó la cabeza. "Estoy fuera de allí".

La mirada de él se estrechó de manera peligrosa. "Fuera de la casa, duquesa".

"No creo que…"

Él se cruzó los brazos ante su pecho ancho y la miró dando una orden arrogante. "Mañana. Vamos a ir de paseo en carruaje por el parque".

Ella enarcó las cejas. El tono dominante, que normalmente la irritaba, ahora solo suscitaba una chispa de diversión. Sus manos maravillosas puede que ablandasen algo más que sus músculos. "¿Vamos a hacer eso?"

Él movió la cabeza asintiendo. "Tú y yo", confirmó y la luz que destellaba su mirada no provenía de la vela.

"¿Quiere ir de paseo?" A ella le estaba costando trabajo entender ese concepto por alguna razón.

Los labios de él se curvaron. "¿No es eso lo que las damas como tú acostumbran a hacer en una tarde soleada? ¿Dar vueltas en el parque? ¿Brindar sonrisas coquetas a los caballeros que pasan? ¿Mostrar sus ropas elegantes y lindos caballos?".

"Algunas damas lo harán, supongo. Pero no estoy segura de lo que espera lograr con semejante salida".

Él se encogió de hombros. "Considéralo una especie de demostración".

Ella estrechó los ojos. "¿De qué?"

"Mi habilidad para protegerte," contestó él. "Y a Freddie, por supuesto".

"Como Frederick no saldrá de la casa hasta que se resuelva la amenaza, no veo lo que me puede decir un paseo en carruaje".

Él frunció las cejas rubias mientras la miraba desde arriba. "No podrás mantenerle encerrado de manera indefinida".

"No tengo intención de hacerlo. Solo es hasta que esté a salvo".

"Estaría a salvo conmigo".

Aunque ella le creía, seguía sin ver ninguna razón por la cual permitiría a Frederick estar en riesgo innecesario. De todas formas, era posible que surgiera en algún momento una necesidad válida para que él saliera de la casa. Si Hale quería probar sus medidas de seguridad sacándola a ella a dar un paseo por el parque, eso podría ser una buena idea.

Ella movió la cabeza afirmativamente. "Mañana, pues".

Hale dio un paso al frente, colocándose justo al lado de donde ella seguía en pie descansando contra la pared. Katherine contuvo el aliento mientras giraba la cabeza para verle,

pero él solo estaba abriendo la puerta de su dormitorio. La miró en silencio antes de señalar con la cabeza la dirección del dormitorio de ella más allá en el pasillo. “Será mejor que te vayas a dormir entonces. Antes de que termine de arder tu vela”. Luego sonrió y ella sintió mariposas en el vientre. “¿A menos que estés pensando en entrar conmigo?”

Ella miró más allá de él dentro de la habitación, suavemente Iluminada por un fuego bajo en la chimenea. La cama parecía imposiblemente grande a la luz tenue.

Cuando un extraño temblor empezó bajo en su cuerpo, ella apartó la mirada con un veloz, “buenas noches, Sr. Hale”, y luego se fue aprisa a su habitación pasillo abajo.

Le pareció escuchar una risa baja detrás, pero cuando miró, el pasillo estaba vacío.

Capítulo Dieciocho

A la tarde siguiente, Katherine iba vestida para una salida en carruaje, con bonete y todo. El día era perfecto para un paseo en carruaje. Cálido con una brisa y un sol que se filtraba entre las hojas de los árboles que se alineaban en su calle de Mayfair. Era raro pensar que un enemigo podría estar al acecho cerca, esperando otra oportunidad para realizar su fechoría.

Cautelosa, miró de un lado al otro la calle por si veía alguien que destacara.

No vio nada inusual.

Sí que vio a Hale, sin embargo, vestido con calzones color crema y un abrigo negro, esperando al lado de la calesa sin techo. No llevaba sombrero, pero su cabello estaba atado en una coleta y llevaba corbatín. Incluso haciendo un esfuerzo, Hale no era un hombre que pareciese refinado o elegante. Era demasiado rudo y atrevido para semejantes descripciones y a Katherine le gustaba que fuera así.

Aunque nunca se lo diría.

Manteniendo su expresión lo más indiferente posible, desvió la mirada del guardaespaldas para fijarse en que el Sr. Newton estaba en el asiento del conductor y uno de los lacayos que había empezado a entrenarse con Hale, iba detrás.

Cuando ella estaba de pie en la parte superior de las escaleras de delante de la casa, Hale se giró de donde había estado hablando en un tono bajo con Newton. Cuando su mirada de ojos verdes recayó en ella, su boca se curvó en una sonrisa. Pero esta no era una de sus medias sonrisas o una sonrisa descarada. Era una sencilla expresión de placer y a ella le llegó al alma.

Con las rodillas algo temblorosas, bajó las escaleras hasta llegar al lado de Hale. “¿Estamos listos?”

Él se inclinó ante ella con un gesto amplio con la mano. “Solo esperándote, duquesa”.

Todavía algo descompuesta por el efecto de la sonrisa de él, le contestó con cierta rigidez, “creo que ya le he dicho que no me llame eso. Es inapropiado”.

La sonrisa de él se volvió traviesa. “Esa es la razón exacta de por qué no lo voy a dejar de hacer”. Se inclinó hacia ella cuando un mechón de su cabello pajizo se le escapó de su coleta rozando su pómulo duro. “Deberías saber por qué me encanta ser inapropiado”.

Alzando la mirada para verle con una expresión de sinceridad, ella contestó, “y usted debería saber por qué espero que haga lo que le digo”.

Su sonrisa se borró un poco cuando el calor brilló en sus ojos un momento antes de que el color verde se oscureció en un tono misterioso y sensual. Carraspeó de una manera que hizo que el vientre de ella se tensara de manera deliciosa. “Lo sé”. Su voz bajó aún más hasta que las palabras siguientes que dijo no eran más que un murmullo aterciopelado. “Algún día, dulce palomita, espero que me dejes demostrarte lo mucho que se puede disfrutar haciendo lo que yo te diga”.

La respiración de ella se entrecortó al pensar en eso. Pero no era una ráfaga de ansiedad en ella ante la idea de entregarle el control a este hombre. Porque ella sabía que él tenía intención de que ella se tomara sus palabras en un contexto sensual, y la posibilidad de lo que él sugería inspiró en ella una hormigueante expectación en ella.

Brindándole una sonrisa que era peligrosa a la vez que, Dios le ampare, excitante, le tendió una mano para ayudarla a subir al carruaje. “Milady”.

Por supuesto, sus manos estaban desnudas, y cuando los dedos de ella, enfundados en

guantes de cabritilla, se deslizaron por su palma rugosa, ella recordó cómo se habían sentido contra su piel desnuda ese día en que él se ocupó de sus lesiones y cómo había hábilmente masajeado sus músculos tensos anoche tan solo en la cocina oscura. Fuertes, seguras, dominantes. Pero también suaves y pacientes.

Cuando pisó el primer escalón para subir al vehículo, cometió el error de mirarle de refilón brevemente. Tenía que haberse dado cuenta de que él estaría mirándola con descaro y demasiado cerca. En ese breve momento de contacto visual cuando estaban casi al mismo nivel que los de él, no pudo evitar ver su mirada hambrienta y descarada.

Ella desvió la mirada rápidamente y se apresuró a entrar en la calesa. Tomando el asiento que daba hacia delante, hizo un esfuerzo por calmar su respiración. Alguien allí fuera, por alguna razón desconocida, estaba tramando contra los Blackwell. Tenía que recordar eso, no importa cuanto la distraía Hale.

En cuanto el hombre subió detrás de ella y se sentó en el asiento en frente de ella, salieron. Aunque estaba decidida a no dejarse distraer por la presencia de Hale, no pasó mucho rato antes de que su mirada se fuese hacia él, sentado en el centro del asiento de enfrente, prácticamente echado allí, con sus piernas con botas abiertas y las manos grandes descansando en sus muslos.

Y, una vez más, la miraba fijamente. En sus ojos brillaba la diversión.

Maravilloso.

Ella estrechó la mirada.

Él sonrió.

El vientre de ella dio un vuelco y ella apartó la mirada.

El parque ya estaba lleno con un flujo de sillas de mano, volantines atrevidos y calesas estilosas. Mujeres en trajes de amazona de colores vibrantes con sombreros llamativos cabalgaban al lado de caballeros elegantes con sombreros de copa y finos guantes de piel. Había grupitos de debutantes paseando por los senderos en sus vestidos de diario más bonitos con sus acompañantes siguiendo unos pocos más atrás.

La razón de ser de un paseo por el parque era observar y ser observados. Entablar encuentros casuales con la esperanza de que se hicieran más cercanos. Hacerse disponible para pretendientes potenciales en un entorno que permitía conversaciones privadas y a menudo íntimas allí bajo la mirada de las masas.

Katherine sabía bien todas las diferentes razones por las cuales una persona tenía que ir al parque durante la Temporada social agitada londinense. Ella sencillamente nunca le había interesado entender por qué se molestaría nadie en hacerlo. Le parecía solo una gran actuación.

Un breve gruñido le hizo prestar atención de vuelta al hombre sentado en frente de ella. Él había estirado un brazo por encima del respaldo y se había cruzado un tobillo por encima de la rodilla contraria. Su aspecto era demasiado relajado y peligrosamente atractivo en su postura casual con el sol, haciendo que su cabello rubio oscuro fuese de un tono dorado. “¿Ahora qué?” Preguntó Hale con una ceja levantada.

Katherine suspiró. “Ahora… damos vueltas por el parque”.

La mirada de él se fue hacia la de ella. “¿Eso es todo?”

Encogiéndose de hombros y haciendo un movimiento de desdén con la mano, ella le contestó, “eso es todo. Conozco muy pocas personas en la ciudad, de manera que no es probable que nos crucemos con nadie conocido. Da igual de todas formas. No estamos aquí para socializar”. Ella le miró con expectación. “¿Mencionó una demostración?”.

Él le sonrió. “¿No puedes relajarte, palomita? Es un día hermoso. Disfruta de ello”.

“Se da cuenta de que nuestro enemigo podría estar vigilándonos ahora mismo”.

“Me doy cuenta”. La mirada de él brilló con intención. “De hecho, espero que esté haciendo eso”.

“¿Siempre busca problemas?”

“No me hace falta. Los problemas y yo ya somos viejos conocidos”, corrigió él guiñándole un ojo.

Aunque su tono y maneras eran bromistas, Katherine no pudo evitar recordar la confesión de él la víspera. “Sí, pero ha dado pasos por cambiar eso”, constató ella.

Una sombra apareció en su mirada, y ella pensó que él se arrepentía por haberle contado a ella lo que le dijo cuando estaban comiendo. No quería que él se arrepintiera. Por alguna razón, ella quería que él sintiera que podía confiar en ella, tanto como ella estaba empezando a confiar en él.

“¿Fue muy difícil?”, preguntó ella, “¿Su infancia?”.

Él se reclinó más en su asiento, mirándola con sarcasmo. “No más difícil que la de cualquier enano de la camada en los arrabales”.

“¿Un enano?”. Esa descripción la sorprendió e intentó imaginarle como un niño pequeño joven, pero no podía hacerlo. Su fuerza y virilidad eran demasiado evidentes. “Eso es imposible”.

Él soltó una carcajada. “Te aseguro que no lo es. He sido el más débil y he sido el más fuerte.” Su tono era seco cuando agregó, “Te aseguro que ser más fuerte es mejor”.

Pensar que Hale se había sentido pequeño e indefenso hizo que ella sintiera que su vientre se revolvía cuando sintió un deseo de protección similar al que sentía por Frederick la inundó. Era ridículo sentir semejante cosa por el hombre indestructible que tenía delante, pero esa sensación no se disipó.

“¿Tiene hermanos?”. Preguntó ella.

Su expresión era resistente, pero sorprendentemente, contestó la pregunta. “Tengo una hermanastra mayor”.

“¿Se criaron juntos?”

Hale soltó un suspiro pesado y se movió en su asiento para mirarla más de frente, abriendo los pies y descansando las manos en los muslos. La mirada que le brindó a ella era medio divertida y medio indulgente. “¿Por qué tan curiosa?”

Katherine levantó una ceja y le contestó con sinceridad. “Me gustaría saber más acerca de usted. Usted ha investigado a fondo a mi familia. ¿No se me permite saber algo de la suya?”

Él estrechó la mirada durante un momento antes de emitir un breve gruñido. “Lissy tiene doce años más que yo. Su madre se largó años antes de que yo naciera; la mía tampoco era gran cosa. Con nuestro padre, un borracho empedernido, Lissy hizo lo mejor que pudo por mí, pero ella tenía otras preocupaciones.”

Él hizo una pausa para mirarla un momento, como si evaluase cuanto quería saber ella. Katherine le devolvió la mirada con un claro interés.

Con un gruñido bajo, él continuó, “Cuando Lissy cumplió catorce años, mi padre se la vendió a un tío que la quería para él. Ella se fugó. Si esa era la única manera de salir del arrabal, ella lo haría con sus propias condiciones”.

Katherine sopesó lo que él le había dicho. Y lo que no había dicho.

“Debió ser difícil… cuando ella se fue”. Pensar que él se había quedado en manos de un padre violento cuando todavía era tan pequeño y vulnerable, hizo que sintiera un estremecimiento en el pecho. Pero el niño había crecido a ser un hombre que podía crear el

miedo en un oponente con su mera mirada dura. Un hombre que también le hablaba con suavidad a una niña pequeña tímida y sostenerla con cuidados infinitos.

Él se encogió de hombros. “Venía a casa cuando podía, cuando sabía que Papá no estaba. Me obligó a aprender a leer y escribir y hacer números, y más tarde me ayudó a encontrar trabajo en un burdel”. Él desvió la mirada, repasando con la vista el parque de alrededor. “Mi hermana está pendiente. Se pone a sí misma primero porque nadie más lo ha hecho nunca. Se ha creado una vida buena haciendo eso”.

“Es muy encomiable”.

Su mandíbula era dura mientras la miraba. “¿Para una prostituta?”.

“Para cualquiera”, aclaró ella.

Hubo una pausa mientras él la miraba fijamente. Luego dijo con rudeza. “No hay mucha gente que lo viese así. Menos aún la hija de un duque”.

El leve desprecio en su voz hizo que Katherine ladease la cabeza pensativa. “Otra razón por la cual estoy agradecida por una crianza poco convencional con un padre excéntrico. Por supuesto que me doy cuenta de cómo la sociedad a menudo enjuicia a la gente por cosas sobre las que no tienen ningún control, pero tengo poca experiencia en eso”. Ella bajó la mirada a sus manos mientras se alisaba una arruga en su vestido de diario antes de mirarle de nuevo. “Prefiero permitir que las acciones y actitudes de una persona me digan quiénes son”.

Ella no pudo leer la expresión de su cara entonces. Era demasiado severa. Demasiado pesada y quieta. Entonces él emitió ese sonido bajo que siempre lograba resonar en las partes más profundas de ella. Inclinándose hacia delante, él apoyó los codos en las rodillas para preguntarle con voz ruda, “¿Y qué te dicen *mis* acciones y actitudes, palomita?”.

En un instante, ella sintió varias cosas; calor, siempre calor, una ráfaga hormigueante en el pecho, un peso agradable en su vientre y una aceleración en el pulso. Se sintió tentada de desviar la mirada. Romper la intensidad de la mirada de él. Pero no era ninguna cobarde, de manera que aceptó el desafío y la pregunta con sinceridad.

“Es descaradamente rudo y atrevido en su manera de ser”. Él resopló y ella enarcó una ceja. “Características que sospecho que enfatiza de manera intencionada ocasionalmente, lo cual sugiere que tiene una naturaleza orgullosa y no le importan las opiniones que otras personas pueden tener de usted. La ferocidad de su respuesta ante amenazas contra cualquiera a su cuidado revela una profunda lealtad y una necesidad innata de proteger”. No pudo impedir un vistazo rápido a los hombros anchos y fuerza sólida evidente en sus brazos, incluso bajo el abrigo. “Que podría usar su fuerza excepcional y poder físico de manera mucho más liberal de lo que lo hace, me dice que la usa como último recurso. Nunca es brutal sin un motivo adecuado”.

Ella se había dado cuenta de que mientras hablaba, la expresión de él parecía cerrarse cada vez más con cada una de las revelaciones de ella. Hasta la última, cuando él soltó una risotada cáustica y se inclinó hacia atrás en el asiento.

“¿Motivo adecuado? ¿El oro que se lleva el ganador en una pelea ilegal es motivo adecuado?”

“La supervivencia lo es”.

La mirada de él brilló mientras su boca adoptaba una sonrisa apenada. “No luché para sobrevivir. Me iba bien como portero en los burdeles”. Su tono bajó de manera sugerente. “Y conseguí muchos alicientes que iban con el trabajo”.

“¿Entonces, por qué se hizo boxeador?”, preguntó ella con verdadera curiosidad.

“¿Gloria? ¿Oro? ¿Por qué soy bueno en eso?” Él se encogió de hombros.

Era una respuesta que no contestaba a nada, pero ella no discutió más. Él ni siquiera se

daba cuenta de que había demostrado la mayor parte de las cosas que ella había dicho de él.

"¿Qué espera hacer una vez que se termine esto?", preguntó ella.

La manera en que estrechó los ojos y frunció las cejas sugería que no quería contestar. Ella había esperado que él fuese tan sincero con respecto a su futuro como lo había sido con todo lo anterior. Por alguna razón, a ella le importaba mucho que él se embarcara con algo más significativo cuando su trabajo con ellos se acabara.

"¿Volverá a ofrecer préstamos a hombres que apuestan en las peleas?"

Él empezó a negar con la cabeza antes de que ella terminase de articular la pregunta. "No".

Ella ladeó la cabeza. "¿Entonces, qué?"

Hubo un breve parpadeo en la mirada de él antes de que contestara casualmente, "tengo intención de abrir un centro de entrenamiento. Para hombres que esperan ganarse la vida usando su habilidad y fuerza. Porteros y guardianes de locales."

"Guardaespaldas", agregó ella con una sonrisa, recordando la petición de él de una recomendación.

Él hizo una mueca. "Sí".

"Sospecho que pronto tendrá más clientes de los que podrá manejar".

En lugar de contestar la declaración segura de ella, sencillamente la miró, su boca curvándose sutilmente. Luego asintió brevemente y desvió la mirada más allá del carruaje.

Ella intentó no fijarse en que la desviación de la mirada de él era como perder algo. Había disfrutado hablando con él. Aprender cosas sobre él. Mason Hale había estado demostrando tener muchas más facetas de lo que ella se había imaginado inicialmente.

Para entonces se habían adentrado en el parque, y por donde ella miraba, siempre veía lo mismo. Personas casuales haciendo cosas casuales. Nadie le parecía familiar. Nadie parecía amenazante o sospechoso.

Excepto… ¿allí quizás?

Un caballero cabalgando hacia ellos en un caballo gris no parecía poder desviar la atención hacia el carruaje de ellos. Incluso se detuvo un poco para ladear su sombrero. Katherine estrechó los ojos mirando al desconocido hasta que pasó.

Cuando pasó lo mismo al pasar ellos por delante de un par de mozos parados cerca de la fuente italiana, ella sintió ansiedad. Pero entonces uno de ellos que la miraba se puso rígido y le dio un codazo a las costillas del hombre que estaba a su lado. Los dos jóvenes se giraron y se fueron andando deprisa en la dirección opuesta.

Volviéndose hacia Hale, se fijó en la mueca de él y se dio cuenta que era su rostro amenazador lo que había sorprendido a los caballeros. Era raro tener a alguien tan dispuesto a pelear por ella y un extraño calor la llenó.

Cuando él se volvió para mirarla, la mirada sombría en su cara se disipó de inmediato. "Estás llamando la atención, palomita".

"Me he dado cuenta de eso", contestó ella pensativa. "¿Cree que esos hombres podrían tener algo que ver con la trama contra Frederick?"

Él rio. "Para nada. Esos dos no tenían nada más siniestro en la cabeza que acostarse contigo. A fondo".

Katherine no entendía por qué el hombre sentía la necesidad de bromear con ella con una sugerencia tan ridícula e inapropiada. "Dudo…"

Sus palabras siguientes se borraron de su mente cuando se fijó en una silueta llamativamente familiar bajo un árbol al otro lado del césped. Era el mismo caballero que había

visto el día en que ella y Frederick habían ido de compras. Hoy, bajo el sol de la tarde y la animación general en el parque, la actitud distante del hombre parecía singularmente fuera de lugar, y verle le hizo sentir un estremecimiento de trepidación por la nuca.

"¿Qué es? ¿Qué has visto?", la mirada de Hale era despiadada y enfocada. La intensidad tensa en las entrañas de él, le hizo a ella pensar en un león disponiéndose a atacar.

Katherine volvió a mirar hacia donde el hombre había estado parado, pero ya no estaba. ¿Cómo era posible? No había ningún caballo cerca, ningún carruaje esperando. Ella miró la zona en torno al árbol, pero no había señales de él.

¿Se lo había imaginado?

"Lady Katherine". La voz profunda de Hale le hizo mirarle.

"No era nada".

Los ojos de él se agudizaron. "No me mientas, duquesa. Estás temblando. Has visto algo. Dímelo".

Ella quería discutir con él diciéndole que no estaba temblando para nada, pero no podía negar el presentimiento que tenía dentro. "*Podría* no ser nada", aclaró ella.

"Yo me encargo de decidir eso".

Ella miró rápidamente, pero a conciencia otra vez hacia el roble donde había visto al hombre de sombrero de copa y luego miró más allá.

No había rastro de él.

"Pensé que había visto a alguien a quien reconocía. Nadie que conozca personalmente, pero alguien que vi el día cuando nuestro carruaje fue abordado".

"¿Uno de los secuestradores?".

"No. Solo un caballero en que me fijé que nos había estado mirando antes ese día. Juraría que le había visto de nuevo". Ella miró hacia el roble. "Allí. Pero entonces sencillamente… desapareció".

"¿Alto, de unos treinta años, vestido de negro, con un sombrero de copa?".

Los ojos de Katherine se abrieron mucho. "¿Le vio?"

"¿No sabes quién es?"

"No. Pero me parece alguien levemente familiar, pero no sé por qué. Estoy segura de que nunca le he conocido. ¿Cree que tiene algo que ver?"

Hale no contestó, limitándose a gruñir brevemente. Luego se giró en su asiento e hizo un movimiento brusco con la mano. Un instante después, un hombre corpulento con pelo negro alborotado, una nariz gruesa y una mandíbula fuerte, se levantó del sitio donde había estado agazapado en el borde del lago. Se fue corriendo por un sendero.

"¿Qué?". Katherine volvió a mirar a Hale. "¿Qué acaba de pasar?"

"He mandado a uno de mis hombres para que le siga".

"¿Seguirle? ¿Pero cómo? Había desaparecido. ¿Cuántos hombres tiene vigilándonos?"

La sonrisa ancha en la boca de Hale estaba llena de engreimiento. Pero eso solo hacía que el maldito hombre fuese más atractivo. "En lugar de todas las preguntas, duquesa, podrías considerar confiar en mí".

Ella empezaba a darse cuenta de que solo la llamaba duquesa cuando estaba irritado con ella o cuando quería irritarla. Si no, usaba más la palabra palomita.

Y, luego estaban esos raros momentos cuando él le había llamado *cariño*… Ella se sacudió ese pensamiento de la cabeza.

Poco más tarde, Hale le dio instrucciones a Newton para que les llevara en dirección a casa. Ella pasó el resto del trayecto pensando en el desconocido que le era familiar,

preguntándose cómo podría estar conectado.

El hombre de negro la había estado vigilando. Ella estaba segura. ¿Pero cómo había sabido que ella estaría en el parque ese día? ¿Vigilaba su casa también? ¿O le habían informado de sus planes, de alguna manera?

Esa posibilidad era temible.

No le ayudaba en nada sentir muy dentro de su ser, que estaba segura de que de alguna manera ella sabía quién era, aunque no podía relacionarle con nadie en su memoria. Reconocerle no tenía ningún sentido.

Capítulo Diecinueve

Katherine estaba sentada en el comedor, mirando con prevención la pequeña, pero sorprendente pila de invitaciones que había recibido esa mañana.

Invitaciones a un evento musical, el teatro, y unas cuantas fiestas pequeñas. Todo apropiado para una joven que en fecha reciente había dejado de estar de luto.

"¿Qué se supone que he de hacer con esto?", murmuró ella para sus adentros.

"Creo que se supone que debes aceptar o mandar una disculpa por no ir".

Katherine puso los ojos en blanco ante la afirmación obvia de su hermano. "Es fácil para ti decir eso cuando no tienes que asistir a ninguno de estos eventos".

Frederick levantó la mirada de su plato de desayuno. "No tienes que ir a ninguno si no quieres. Sé que ese tipo de cosa no te interesa".

Aunque apreciaba el reconocimiento de su hermano por la apatía que sentía ella por la idea de adentrarse en la vida social londinense, aunque fuese a pequeña escala, también era consciente de que ellos necesitaban pensar más allá de sus preocupaciones actuales hacia el futuro. Una vez que lograsen eliminar la amenaza contra él, su hermano iba a tener una vida larga por delante. Ya había reconocido que encontraba Londres fascinante. Y ella sospechaba que habría una gran cantidad de cosas en la ciudad que le colmaría su búsqueda constante de desafíos intelectuales. Eventualmente, Frederick podría querer entrar en sociedad, unirse a la Cámara de los Lores, elegir esposa.

El padre de ellos podría haber despreciado la sociedad londinense, pero eso no significaba que Frederick tuviera que resignarse a vivir una vida así. Aunque todavía no tenía edad para esas cosas actualmente, Katherine tenía una oportunidad y una obligación de ir allanándole el camino.

Tampoco se le escapaba que el enemigo que tenían podría ser una de las personas que había mandado una invitación. En lugar de hacerla querer desistir, esa posibilidad la inspiraba. Las invitaciones podrían ser la manera perfecta de conocer algunos de los conocidos de su padre de antes.

"¿Sabes quiénes son estas personas siquiera?". Preguntó Frederick.

"Reconozco algunos de sus nombres, sí. Pero no estoy segura de cómo saber qué invitaciones aceptar y cuáles rechazar. Como no tengo acompañante, mis opciones puede que sean limitadas".

Frederick hizo una mueca de disgusto. "Ya no eres una colegiala. ¿Es realmente necesaria una acompañante?"

"Mayormente sí". Ella hizo una mueca. "A menos que te guste que tu hermana cultivase una reputación por comportamiento escandaloso".

"Me gustaría verlo".

Hale tenía que entrar justo cuando ella dijera algo un poco escandaloso. Entró descaradamente en la habitación, su apariencia refrescada y apuesta, como si acabara de salir del baño.

"Buenos días, Freddie", dijo jovialmente antes de posar la mirada en Katherine. "Buenos días, palomita". Luego guiñó un ojo.

"Parece ser que mi hermana ha causado una impresión durante el paseo en el parque ayer", dijo Frederick, señalando las invitaciones. "Londres ha tomado nota".

“Una subestimación”, Hale contestó mientras dejaba una copia del *Times* en la mesa delante de Katherine. Estaba abierto en las páginas de sociedad.

Aunque sentía prevención acerca de lo que podría venir escrito, ella lo tomó igualmente, y repasó el breve párrafo que Hale había señalado con un círculo usando un trozo de carboncillo.

Una curiosa visión pasó en el parque ayer, suscitando el ávido interés de varios caballeros. Todo Londres se pregunta… ¿Volveremos a ser agraciados con otra aparición de la hermosa Lady K, hija de un ermitaño y hermana de un joven duque?

Katherine dejó el periódico encima de la mesa y Frederick lo agarró con interés. “Tonterías dramáticas”, murmuró ella.

Hale tomó asiento delante de ella, echándose hacia atrás con las piernas abiertas bajo la mesa y las manos plegadas en su estómago. La mirada que le brindó a ella era arrogante y segura.

Ella le fulminó con la mirada como respuesta, lo cual hizo que él riera bajito y el calor inundarla a ella.

“¿Es eso una cosa buena o mala?”. Preguntó Frederick frunciendo las cejas levemente.

“Yo diría que le manda un mensaje a vuestro enemigo de que las reglas han cambiado”, contestó Hale con suficiencia.

“Habla como si esto fuese un juego, Sr. Hale”.

Frederick se giró hacia ella ladeando la cabeza. “Pero es un poco como el ajedrez, ¿no Kit? Pensar varios movimientos por adelantado. Usando manipulación y estrategias para arrinconar a tu oponente”.

Si pensarlo de esa manera hacía que su hermano no fuese temeroso, quizás no era una buena idea desanimarle. Le brindó una sonrisa. “Veo lo que quieres decir. Desgraciadamente, creo que el siguiente movimiento es suyo”.

“Estamos preparados”, les aseguró Hale.

Aunque ella estaba empezando a creerle, no pudo evitar el sentimiento frío de la inquietud en los huesos.

“Bueno, yo tengo un proyecto al que estoy ansioso por volver”, dijo Frederick levantándose de la mesa.

“¿Sigues trabajando en un nuevo laberinto?”

“Ya he terminado con eso y he empezado algo nuevo”.

“¿Oh? ¿De qué se trata?”

La mirada de su hermano se volvió un poco astuta. “Prefiero no decir nada de momento, pero te lo enseñaré cuando haya avanzado un poco más”.

Katherine sonrió. “Estoy deseando verlo”.

Cuando Hale no se levantó de inmediato y seguido a su hermano saliendo de la habitación, ella esperó que fuese porque tenía alguna noticia sobre el hombre del parque. Esperando a estar segura de que Frederick ya no podía escucharles, ella miró calladamente la mirada descarada de Hale fija en ella. Ojos verdes, agudos y brillantes, boca suavemente curvada aunque no sonreía realmente.

“¿He de suponer que tiene algo para compartir conmigo?”, preguntó ella al cabo de unos momentos.

“Eso es”.

Ella respiró con irritación. “¿Y bien? ¿Ha descubierto la identidad del hombre del parque?”

“Sí, pero debes prepararte para una conmoción”.

Ella puso los ojos en blanco. “Dígamelo entonces”.

“Es el Marqués de Warfield”.

“No, no lo es”. Ella arrugó el entrecejo. “Warfield tiene más de setenta años. No puede ser el hombre que vimos en el parque”.

Hale sonrió. “No lo era”.

¿Estaba intencionadamente intentando irritarla? “No tiene sentido lo que está diciendo”.

“Después de que mi hombre le siguiera hasta su casa, descubrimos que la dirección es la del Marqués de Warfield. He comprobado con mi investigador, que me indicó que había descubierto noticias interesantes sobre tu tío”.

La irritación de ella dio paso a una curiosidad prevenida. “Siga, Sr. Hale”.

“Mason”.

“¿Qué?”.

Él inclinó la cabeza en dirección de ella. “No hay necesidad de ser tan formal. No cuando estamos solo nosotros dos”.

Ella alzó el mentón con tozudez. “Empezaré a llamarle Mason cuando deje de llamarme duquesa”.

Él rio. “Me parece justo”.

“¿Ahora, me dirá lo que ha sabido o no?”

“El marqués, o al menos la persona que crees que es, murió en un burdel veneciano hace unos meses. El título pasó a su hijo distanciado”.

“¿Un hijo?”. Una extraña sensación de temor recorrió a Katherine al decir esas palabras. Después de ponerse en pie, se fue hacia la ventana. “No tenía ni idea de que tuviera un hijo siquiera”.

“No lo saben muchas personas. Por lo visto, es el resultado de una relación escandalosa del anterior marqués con una criada. Aunque el viejo marqués se casó con ella para hacer que el niño fuese legítimo, ya que estaba envejeciendo y no tenía otros herederos, la madre y el niño fueron ocultados esencialmente olvidados por la alta sociedad”.

Mason se acercó a ella. “Por lo visto, el nuevo marqués ha reclamado su herencia y lleva varias semanas en Londres”.

“Aproximadamente el mismo tiempo desde que ocurrió el primer secuestro”, sugirió ella pensativa.

Hale asintió. “Tiene una buena motivación y la sincronización es conveniente”.

Era un descubrimiento significativo y colocaba al nuevo Warfield en el primer lugar de la lista de posibles culpables de ella.

Capítulo Veinte

Unos días más tarde, muy tarde en la noche, Katherine estaba en su estudio, recién terminando de releer los diarios de su padre una segunda vez. Había esperado que hubiera algo que ella no hubiera visto la primera vez que los leyó, pero no se enteró de nada nuevo y hacerlo había sido extenuante.

Después de extinguir las velas, salió del estudio para irse arriba en la oscuridad. Al pasar cerca del salón de baile, se paró. Las puertas dobles estaban abiertas y había una tenue luz dentro. Cuando sus pasos silenciosos la acercaron más, detectó ruidos de ejercicio físico. Breves gruñidos y pasos rápidos por el piso de madera pulida.

Solo había una persona que se dedicaría a entrenar a una hora tan tarde. En un instante, su cansancio se vio reemplazado por una ráfaga de anticipación. No tenía ninguna intención de interrumpir, pero no pasaría nada porque echase un rápido vistazo.

Estaba solo en el centro de la habitación. Descalzo y vestido solo con los calzones, su torso completamente desnudo. Katherine se dio la orden de irse antes de que él se diera cuenta de que estaba allí, dar un paso hacia atrás y salir corriendo escaleras arriba hasta su dormitorio. En lugar de hacerlo, se sintió atraída, sus pies se movieron por su propia cuenta mientras su atención permanecía fija en la silueta musculosa y grande de Mason Hale.

Dios mío, era espléndido.

Se quedó fascinada por la manera en que los músculos de su espalda se movían cuando se inclinó hacia delante para agarrar su camisa del suelo, la manera en que sus piernas y nalgas se tensaban en los calzones ajustados. Usando la prenda, se secó el sudor de la frente y la nuca. Aunque estaba segura de no haber hecho ningún ruido, algo pareció avisarle de su presencia porque se giró de repente para verla parada en el umbral de la puerta.

La mirada de ella recorrió en un torbellino la piel lisa, brillante, de sudor y músculos. Era la fuerza personificada. Intensamente duro. Formado a la perfección. Cada centímetro de él era un estudio de belleza masculina y poder. Cuando cerró los puños y ella notó cómo sobresalían las venas en sus brazos, un sonido como un pequeño gemido surgió en su garganta seca. Se sentía como que se estaba derritiendo de dentro hacia fuera.

Esperando que no hubiera oído la reacción de ella, se obligó a mirarle a la cara.

Sus labios estaban curvados en una expresión de pura malicia. “¿Te gusta lo que ves?”

His lips were curled in an expression of pure wickedness. “Like what you see?”

Ella tosió por el tono medio burlón de él mientras el rubor le invadía las mejillas. Se sentía sin saber qué decir y necesitaba recuperar terreno de alguna manera. Ignorando el comentario de él, le preguntó. “¿Qué hace en el salón de baile tan tarde? Las horas de entrenamiento son por la mañana temprano”.

Como distracción, el intento no era muy bueno.

La expresión de él cambió bajo la suave luz dorada. La miró divertido antes de alzar la ceja ante la pregunta.

“No podía dormir”.

“Procure no asustar a los criados mientras pasea por mis pasillos en la oscuridad”.

Él ladeó la cabeza y bajó la voz al decir, “¿te he asustado a ti, cariño?”

“Claro que no”.

Ella había contestado un poquito precipitadamente. Incluso para ella misma, esa

declaración le sonaba falsa.

Pero ella no estaba asustada. Al menos, no de la manera que él había querido decir. Desgraciadamente, su rápida negativa parecía desafiar al hombre.

Empezó a caminar hacia ella. Aunque habría elegido no moverse, reaccionó sin pensar y dio un paso hacia atrás. Había algo diferente en él esta noche. Un contraste directo a la vulnerabilidad que había mostrado en la cocina aquella noche. Quizás era porque estaba recién entrenado físicamente o quizás era otra cosa, pero había una clara intensidad en él. En sus sutiles movimientos acercándose y el brillo depredador en sus ojos.

"¿Te estoy asustando ahora?".

Su voz, tan espesa, rica y ruda, removió el calor dentro de ella.

"No me intimida", logró decir ella, aunque su pecho se había tensado y tenía la boca seca. Estaba emocionada. Vigorizada. Excitada. Pero no intimidada.

Sus ojos estaban oscuros mientras le daba un repaso a ella de arriba a abajo. "Gracias a Dios", murmuró con suavidad mientras su vista se desplazó hacia la boca de ella. Hizo una pausa durante un momento largo, luego su suspiro rudo sonó sensual en la sala. "¿Estás preparada para reconocerlo entonces?".

Ella levantó el mentón. "¿Reconocer el qué?".

La risa de él le tensó el vientre a ella. "Venga ya, duquesa. Sé lo que es el deseo cuando lo veo. Me estás prácticamente devorando con los ojos. Sería un placer para mí darte lo que necesitas, pero has de estar segura de que lo quieres".

Negarlo. "No le estoy deseando".

"¿No?". Él le insistió. Ella dio medio paso hacia atrás, luego otro a medida que él continuaba acercándose, acechándola. "¿Me vas a decir que no te preguntas si estoy tan duro al tacto como parezco?". Sus ojos se oscurecieron. "¿No sientes curiosidad por descubrir si puedes ponerme más duro todavía?".

La textura baja de su voz activó una ráfaga de calor en el núcleo de ella.

¿Más duro? ¿Era eso posible?

La mirada de ella bajó a los contornos musculosos de su pecho y su abdomen. No había un solo centímetro de blandura en él en ninguna parte. Los músculos de sus brazos y hombros destacaban. Su pecho era ancho y sólido y su abdomen estrecho tenía más músculos y era plano bajo su ombligo. Sus calzones descansaban bajos en sus caderas, revelando dos líneas intrigantes que bajaban hacia sus ingles.

La risa baja de él le hizo levantar la vista. Su mirada era difícil de interpretar, su tono duro mientras murmuraba de manera espesa, "¿es eso lo que quieres? Sabes que me sentiría feliz de satisfacer tu curiosidad, palomita".

Ella no se dio cuenta de que él la había estado sutilmente apartándola de la puerta hasta que sus caderas chocaron contra una mesa decorativa colocada contra la pared bajo el retrato del primer Duque de Northmoor.

Estaba tan cerca de ella ahora que podía sentir el calor que se desprendía de su piel. Podía oler el sudor de su ejercicio de antes.

Tomando la muñeca de ella en la mano, alzó la palma de la mano de ella a su pecho. "Hazlo. Siénteme. Tócame".

Las palabras de él y lo que le sugerían revolotearon pesadas y calientes en el núcleo de ella. Su piel estaba caliente y húmeda bajo la palma de la mano de ella. Y estaba tan duro.

Ella sabía lo que él estaba haciendo. Usando su tamaño físico y su fuerza, sus atributos brutos, como una manera de impedir que ella mirase más allá de su exterior rudo e impenetrable

a lo que había debajo.

"Su fuerza es evidente", logró decir ella finalmente mientras presionaba las puntas de los dedos en el músculo abultado que cubría el corazón de él. La falta de respiración en su voz revelaba lo intensamente que la estaba afectando, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. No tenía sentido intentarlo siquiera. Él ya sabía que ella le deseaba a pesar de su negativa. Pero deseo no era todo lo que ella sentía. Levantando el mentón, ella le miró fijamente a los ojos. "¿Pero y su suavidad? ¿Su ternura?", preguntó ella en un murmullo bajo.

La risa de él era grave y hueca; sin embargo, de alguna manera ese sonido le llegó muy dentro de su ser. Creando nuevas emociones en ella.

"No tengo", replicó él con brusquedad.

"Eso no es cierto", le discutió ella. Le había visto con su hija y con Frederick, y había sentido su atención cuando le atendió las lesiones y masajeado sus músculos doloridos.

Él tensó la mandíbula. "No quieres que lo demuestre".

Algo en ella se avivó como respuesta a su desafío. La poseyó entonces. Y la instó a ser atrevida. Probar los límites de él como él hacía con ella. Tensándose, le miró a la cara directamente. "Quizás sea que sí".

El sonido que se escuchó en el pecho de él no era otra cosa que un gruñido. Era bajo, crudo y temible. Katherine respiró deprisa cuando él se aproximó a ella, rodeó con un brazo musculoso la cintura de ella, y se llevó la otra mano a la parte de atrás de la cabeza de ella. Con un liso movimiento sencillo, la alzó contra su cuerpo y bajó la boca hacia la de ella.

El beso era un intento obvio de convencerla de que él era todo lo que afirmaba ser y nada más. Duro, bruto, un canalla innoble. Katherine podía sentir su ferocidad y su intención en la manera de que sus manos agarraban su cuerpo y su boca aplastaba los labios de ella.

Pero al sentir sus labios por primera vez, ella reconoció lo mucho que había estado deseando precisamente esto. Deslizando las manos por el pecho de él, le rodeó el cuello con los brazos. En cuanto ella hizo eso, el beso de él cambió. Un murmullo desgarrado sonó en la garganta de él, haciendo que el cuerpo de ella hormiguease y suspirase. Sus dedos se hundieron duros en la cadera de ella y se cerraron entre su cabello mientras inclinaba la cabeza.

Aunque la textura de sus labios era sorprendentemente suave, como raso cálido, su boca se movió con firmeza en la de ella. Cuando su lengua pasó por sus labios, ella abrió la boca con la respiración entrecortada. Aprovechándose del momento de rendición de ella, le metió la lengua en la boca, con movimientos exigentes que avivaron el fuego de pasión ardiendo en el núcleo de ella.

Él tenía razón. Ella le deseaba. Ansiaba su fuerza y poder y posesión. Sentir sus manos grandes, imperdonables en su cuerpo. Pero se daba cuenta de que había mucho más que explorar. Mucho más que sentir. Esa suavidad que él negaba estaba allí…

Con otro gruñido pesado, la alzó más todavía, descansándola en la mesa que estaba detrás de ella. Todavía besándola con movimientos profundos y exigentes de su lengua, colocó las manos en las rodillas de ella y las deslizó por sus muslos, subiéndole las faldas hasta las caderas. Dando un paso al frente, presionó sus caderas entre los muslos de ella hasta que se abrieron en torno a él. Luego tiró de ella, hasta el borde mismo de la mesa. Contra él. La presión repentina de su dureza contra el centro blando de ella le lanzó una lanzada de sensación desde muy dentro de su núcleo hasta las puntas de los dedos de las manos y los pies.

Enarcando la columna, ella se echó hacia atrás para respirar. Cuando abrió los ojos, se quedó atrapada por la mirada pesada de él. Había mucho que examinar en las profundidades de ese color oscuro, verde y misterioso. Pero no tenía perspicacia para hacer nada más que mirarle a

los ojos con fascinación.

Ella le miró mientras él estrechaba los ojos, bajando los párpados hasta que solo quedaba una pizca de esa profundidad ensombrecida y brillante quedaba. Luego cambió la postura de sus manos para agarrarla con firmeza en las caderas, hundiendo los dedos en la suavidad. Con una expresión dominante, la mantuvo quieta mientras basculaba las caderas, empujando su dureza contra el núcleo dolorido de ella.

Katherine nunca se había sentido tan vulnerable, expuesta o desesperada. Las sensaciones que creaba él con el movimiento tosco hizo que la garganta de ella se estrechara y su vientre tensara con una necesidad incierta. De manera intuitiva, sabía que quería castigarla, pero no entendía por qué.

"¿Quieres lo que yo puedo darte, cariño?" El tono rudo y bajo de su voz despertó un hormigueo en la sangre de ella. Embistió con las caderas y un suave gemido salió por los labios de ella. "Esto es todo lo que tengo. No soy un hombre suave". Embistió de nuevo. Con más dureza. Y los músculos en las piernas de Katherine se tensaron, apretando las caderas de él en un intento de acercarle.

"*Joder*." La palabra era ruda y cruda, murmurada en el espacio entre ellos mientras se tensó bruscamente. "Estoy a un instante de tomarte aquí mismo".

La dureza de su voz logró aclarar algo de la neblina sensual en la que ella estaba. Miró hacia un lado y se dio cuenta de que las puertas del salón de baile estaban totalmente abiertas. Cualquiera que pasara les podría ver con solo girar la cabeza, aun así, ella hizo un esfuerzo por importarle eso.

Soltando las caderas de ella, se inclinó hacia delante, apoyando una mano contra la pared detrás de ella. Llevando la otra mano bajo la barbilla de ella, giró su cabeza hacia él y presionó el pulgar en el centro del labio inferior de ella.

La miró con intensidad, su respiración acompasada y profunda, mientras que la de ella era errática y demasiado superficial.

Cruzando la vista con la de ella con una mirada fija y dura, murmuró con la voz espesa, "Un poco más divertido que discutir todo el tiempo, ¿no?" Luego soltó una risa suave mientras su atención se deslizaba por la garganta de ella, más allá del pulso rápido en la base de su cuello, hasta los pechos de ella que subían y bajaban con rapidez bajo el fino algodón de su vestido. "Aunque a decir verdad, disfruto mucho imaginándome los miles de maneras en que me gustaría enojarte y frustrarte".

La ruda promesa en su voz le hizo que deseara que entrara en más detalles acerca de lo que le gustaría hacer con ella.

"Hmm." En sus labios se veía la picardía. "La idea te excita. No me extraña. ¿Crees que podrías lidiar con un hombre como yo, duquesa?"

El tono de arrogante desdén en su voz parecía forzado. Al igual que el uso del apodo. Echando la cabeza hacia atrás, ella le miró a los ojos, oscuros de deseo y en sombras. Hablaba de lujuria, con seguridad arrogante mientras ocultaba sus pensamientos y emociones más profundas.

¿Estaba jugando con ella?

El pensamiento de que podía ser que él no sentía la misma clase de atracción y conexión intense que experimentaba ella siempre que estaba cerca de él, o peor aún, que lo intentaba negar por alguna razón, activó una fría ráfaga de frustración en ella.

Puede que haya logrado demostrarle algo después de todo. Aunque quizás no era lo que él había tenido intención de hacer. Porque él tenía razón. Ella estaba preparada para reconocer que sí quería algo de él, pero podría ser mucho más de lo que él estaba preparado para darle a

ella.

Ella alzó el mentón con orgullo, envolviendo su incertidumbre, aislando las emociones tiernas que él había suscitado. Se aclaró la garganta para afirmar, con voz suave, pero calmada, "¿Por qué no lo intentamos?"

La expresión de él mostraba una sorpresa momentánea antes de suavizarse en una sonrisa sensual. Un destello de anticipación brilló en su mirada. El aliento de ella se cortó bruscamente cuando él deslizó una mano tras la nuca de ella en un movimiento posesivo y dominante, como si la posicionara para besarla.

Ella casi perdió el valor cuando más calor les envolvía. Un calor rico, profundo y alterante.

"Enséñame a luchar". Las palabras salieron de su boca deprisa, eficazmente frenando lo que él tenía intención de hacer.

El todo su cuerpo se quedó quieto y tenso mientras su sonrisa se convirtió en una fina línea. "¿Quieres que te entrene?"

Ella decidió no pensar en lo mucho que le agradaba la voz ruda de él. Había tenido intención de desviarle y lo había logrado, pero el deseo seguía rugiendo en él.

"Sé que está entrenando a Frederick".

Pareció estar sorprendido. "¿Lo sabes?"

"Por supuesto. Sé todo lo que ocurre en esta casa. Me parece una idea maravillosa y a mí también me gustaría aprender a defenderle, y yo misma, por si surge la necesidad".

Las cejas rubias de él se fruncieron. "Esa necesidad no surgirá. Yo te protegeré".

"Es mejor prepararse para todas las contingencias".

La mano de él se tensó en la nuca de ella, mandando oleadas de sensación en su cuerpo. No era una sensación desagradable sentirse a su merced, incluso de esa pequeña manera.

Entonces sus labios se curvaron otra vez. "¿Estamos discutiendo otra vez?"

"¿Lo hemos dejado alguna vez de hacer?"

En un instante, su expresión cambió a sensual otra vez mientras se inclinaba tan cerca de ella que podía sentir el aliento de sus palabras susurradas contra la mejilla. "Sí, lo hicimos".

Enderezándose, dio un paso hacia atrás mientras soltó la mano en la nuca de ella. Con la mirada puesta en la de ella, agarró sus caderas en las manos y la alzó de la mesa para descansarla en el suelo. Algo ilegible brilló en sus ojos y sus labios adoptaron esa media sonrisa conocida. "Mañana por la mañana entonces. A las once". Su mirada la repasó de nuevo de la cabeza a los pies. "Lleva algo que te dé libertad de movimientos".

Las piernas de ella temblaban cuando él se dio la media vuelta y cruzó la habitación. Los músculos en su espalda se tensaron y soltaron con cada paso que dio hasta que llegó a su camisa, donde la había dejado en el suelo. Levantando la prenda por encima de su cabeza, se la puso.

Alisando sus faldas por las piernas, ella dejó de mirarle y salió del salón de baile con las rodillas temblonas y la mandíbula tensa. Su cuerpo seguía pulsando con las sensaciones que él había despertado en ella. El dolor en su núcleo era un anhelo por algo que ella tenía miedo de nombrar completamente. No estaba segura de haber hecho lo correcto en desviarle, de hacer el amor a luchar. Solo había sabido que si seguía besándola y tocándola, ella se habría entregado a él completamente.

Mientras que él se habría reprimido.

No en el acto, quizás, pero en sí mismo. Y ella no estaba segura de que podría aceptar eso.

Capítulo Veintiuno

Mason estaba en pie con los hombros descansando contra la pared, al lado de la enorme chimenea del salón de baile. Tenía los brazos cruzados ante el pecho y una pierna doblada con el pie desnudo plantado contra el rodapié de caoba pulido. Aunque tenía una sensación de inquietud en las entrañas, su mirada era dura y estaba puesta en las dobles puertas abiertas del extremo más distante de la habitación mientras esperaba la llegada de Lady Katherine.

Había terminado con Frederick y luego los otros hace más de una hora. Luego, se había ido a su habitación para darse un baño y cambiarse de ropas. No tenía intención de tocar a Lady Katherine con el sudor de otros hombres en su piel.

Había una posibilidad de que la mujer no viniera siquiera.

Moviendo los hombros, intentó disipar la tensión que sentía cada vez que recordaba la conversación de anoche. Y los besos.

Solo pensar en cómo la había sentido entre sus brazos, sus muslos abiertos en torno a sus caderas, su boca tierna y dulce bajo la suya, le hizo sentir un ramalazo de calor pulsante en su ingle dolida.

Había sabido desde el principio que haría falta lidiar con la evidente atracción física entre ellos dos. Se había anticipado a ello con ganas.

También la había subestimado por completo.

Cuando terminó su régimen de entrenamiento, anoche, para encontrársela, mirándole con esos ojos oscuros, insondables, sus labios abiertos y lustrosos, sus preciosos pechos subiendo y bajando, con su respiración pesada, sencillamente había perdido toda su contención.

Sentir los ojos de ella todo ardientes e intensos le hizo sentirse desesperado por sentir sus manos.

Nada le podría haber impedido acercarse a ella. Igual que nada le habría impedido tomar su boca suave y rosa cuando ella le había desafiado a demostrar qué clase de bruto podía ser.

Pero no había planeado lo demás. No había tenido intención de que las llamas fuesen tan calientes e indomables en él. Sinceramente, podría haber seguido un poco más para descubrir lo perfectamente se sentían los muslos en sus manos, como sus caderas abarcaban la dureza de él. Cómo sus ojos brillaban mientras su cuerpo despertaba ante las direcciones de él.

Ella había pedido ternura. Y él le había dado lo que tenía, calor y dureza. Nada más.

Pero en lugar de reconocer que se había equivocado con él, ella le había hecho otro desafío más. La mujer era indómita. Y decidida. Y tan malditamente inesperada.

Su cuerpo se endureció más todavía. ¿Por qué eso le ponía tan caliente?

“Joder”. Murmuró él en voz alta, justo cuando la mujer que le torturaba los pensamientos, apareció en el umbral de la puerta.

Él repitió el juramento en silencio mientras la miraba.

Ella caminaba lentamente, con orgullo, entrando en la habitación vestida con botas negras que les llegaban a las rodillas, unos calzones de color crema que moldeaban sus muslos tersos, con curvas suaves y sus caderas, una camisa de color blanco, y un chaleco marrón. En lugar de estar atado en un estilo elaborado, su cabello caoba estaba sencillamente recogido en una espesa trenza que colgaba por su hombro.

Se quedó parada en el centro de la sala, donde él había desplegado una vieja alfombra que encontró en el ático para cubrir el piso escurridizo y pulido del suelo del salón de baile. Mirándole, ella se llevó las manos a las caderas y alzó las cejas con expectación.

Mason no podía hablar. Y, no podía moverse todavía. No con la presión sexual pulsando por su cuerpo.

Ella le había conmocionado. No había pensado que algo así fuese posible, pero su

aspecto, casi desafiante en sus ropas de hombre, como si vestía así con frecuencia, caldeó la sangre de él.

Ella soltó un suspiro audible. "¿Ha terminado de mirar, Sr. Hale?"

No. Él bajó la barbilla y sonrió.

"Me dijo que vistiera ropas cómodas".

"Y, me alegro de haberlo dicho", contestó él con un movimiento apreciativo de la cabeza. "¿De dónde has sacado esas ropas?"

Ella tiró del dobladillo de su chaleco. "Aprendí hace años que algunas cosas son casi imposibles de hacer con faldas y zapatitos de salón".

Mientras permitía que sus ojos la repasaran completamente, quería desesperadamente preguntarle qué cosas le gustaba hacer vestida con calzones.

Ella suspiró con exasperación. "Vine aquí esperando aprender cómo defenderme correctamente y a mi hermano. Si es incapaz de tomarme en serio, quizás deba buscar otro profesor".

Algo caliente y feroz se avivó en él al pensar eso. De ninguna manera lo permitiría.

Apartándose de la pared, Mason empezó a caminar hacia ella, deteniéndose una vez que sus pies llegaron a la espesa alfombra persa. "Yo te entreno". Las palabras eran casi un gruñido.

La respiración de ella era larga y firme mientras le miraba. Él casi esperaba que ella cambiara de parecer y marchase. Pero no esta mujer. Ella se había empecinado en un camino y no iba a ser disuadida. De él no, seguro.

Asintiendo con la cabeza, ella contestó, "bien entonces. Empecemos".

"Quítate las botas".

"Es eso realmente nece…"

"Sí". Si ella le preguntaba, él le explicaría cómo es que creía que era importante para un novato, especialmente, para que se sintiera en equilibrio y conectado a su base. Ningún movimiento podía ser completamente eficaz sin una base apropiada.

Frunció las cejas. Suspiró con exasperación. Luego se fue hacia una silla que se había apartado y se sentó para quitarse las botas y las medias.

Mason se negó a pensar en lo atractivos que eran sus pies y tobillos desnudos. Tenía que meter la cabeza en la tarea que tenía delante si iba a aportarle algo de valor en esta sesión de entrenamiento. A pesar de la confianza que tenía en su habilidad para protegerla, no estaba en desacuerdo con el deseo de ella de tener alguna manera de defenderse, igual que Freddie, que sí, por alguna razón inconcebible, fracasaba en hacerlo él.

Dando un paso hacia delante, se encontró ante ella en el centro de la alfombra. Aunque estaba quieta y parecía completamente tranquila, Mason detectó la tensión en su mandíbula y el ligero rubor tiñendo su piel.

"Muy bien", dijo él. "Atácame".

Los ojos de ella se abrieron mucho. "¿Qué?"

Sonriendo, él hizo un gesto con ambas manos para que se acercara. "Venga, duquesa. Veamos lo que puedes hacer".

Ella titubeó, su columna poniéndose rígida. "¿Quiere que le lance un puñetazo?"

Él se encogió de hombros. "Un puñetazo, una patada, un ataque frontal. Lo que te parezca mejor".

La mirada de ella le recorrió, rápidamente evaluando su cuerpo grande, descansando un poco en el grosor de sus muslos, los músculos abultados de sus brazos y la anchura de sus hombros, antes de volver a mirarle a la cara con cierta irritación. "Nada me parece bien. Es usted

casi el doble de mi tamaño y famoso por ser invencible en el cuadrilátero. ¿Qué podría servir para atacarle?".

Mason rio. "Chica lista".

El comentario le granjeó una mirada fulminante, veloz. "¿Es esto un intento de desanimarme?"

"En cualquier pelea, tienes que ser consciente de las fortalezas y las debilidades de tu contrincante. Y tú misma. Un ataque directo no sería una estrategia eficaz para alguien de tu estatura y menor fortaleza contra alguien más grande y más hábil. Cualquiera que te encuentres seguramente pesará más que tú, tendrá un alcance más grande y tendrá más experiencia en retos físicos."

"Precisamente la razón por la que estoy aquí, Sr. Hale. Para ganar experiencia".

"Bien", constató él mientras caminaba lentamente en círculo alrededor de ella, intencionadamente acosándola, obligándola a prestar toda su atención en él. "Has identificado tus desventajas. ¿Cuáles son tus ventajas?"

La mirada de ella se estrechó mientras seguía sus movimientos por el rabillo del ojo, como si sospechara algún tipo de engaño en la pregunta. Cuando él desapareció de su campo de visión durante un momento al cruzar por detrás de ella, ella emitió un suave sonido de exasperación antes de girar la cabeza para verle de nuevo en su otro lado.

Él enarcó una ceja, esperando su respuesta.

"Si soy más pequeña que mi oponente, ¿no seré más rápida entonces? ¿Más ágil?".

Él movió la cabeza brevemente. "En muchos casos sí, pero no siempre".

Su respuesta pareció frustrarla. Bien.

"Soy lista", dijo ella escuetamente.

Mason rio. "¿Crees que una persona no puede tener fuerza y cerebro a la vez?" Pasó por detrás de ella, fijándose en la manera en que ella cerraba los puños a sus costados.

"Los hombres con los que nos enfrentamos son mercenarios, matones a sueldo a quienes no les importa nada más que el dinero".

El tono de ella se estaba acalorando. "Mientras que yo tengo una causa apasionada por proteger contra ellos".

"Lo tienes. Una motivación personal ávida te meterá sin duda en la pelea. También te puede hacer ser imprudente e impetuosa. Yo quiero saber qué te hará permanecer en pie hasta el final".

Ella plantó los puños en sus caderas cuando él pisó delante de ella. "De nuevo, ¿no es eso lo que tiene que enseñarme?"

Él hizo una mueca. "¿Por qué iba a molestarme en enseñar a una joven consentida de Mayfair? ¿Una suave dama de alta sociedad que seguramente no ha experimentado nada más desafiante en lo físico que un amable paseíto por el parque? ¿Alguien que ha crecido entre lujos sin razón alguna por desarrollar habilidades adecuadas para desafiar a hombres especializados en la violencia?".

Mientras hablaba, la miraba mientras sus palabras la iban enfureciendo cada vez más, hasta el momento en el cual se dio cuenta de las cosas y una sonrisa de anticipación ensanchó su boca. Mason dio un respingo mientras su pecho se apretaba ante la visión de sus dientes igualados y el destello de conocimiento en sus ojos.

"Me subestimarán", contestó ella. "Mi ventaja más grande será la de la sorpresa".

"Chica lista", dijo él de nuevo.

Y, esta vez, ella le devolvió la sonrisa.

#

Una hora más tarde, Katherine ahogó un gemido con las muelas mientras se levantaba del suelo y rodaba hasta ponerse en pie de nuevo. Sus músculos le dolían de la cabeza a los pies; se habían formado cardenales en sus rodillas, codos y trasero. El sudor había rizado su pelo en las sienes y goteaba por su cuello y entre sus pechos.

"Otra vez".

Hale, claro, no parecía ni lo más mínimo cansado. Era implacable. Y, aunque ella deseó poder decirle a dónde se podía ir, respiró hondo, se echó la trenza tras el hombro y se enfrentó a él una vez más.

Se sentía agradecida de que su hombro herido le estaba dando muy pocos problemas, más allá de unos pocos tirones de vez en cuando y una debilidad frustrante. Ayudaba que Hale tuviera mucho cuidado de no colocarla en situaciones donde ella tuviera que usar ese brazo de alguna manera que requiriese mucha fuerza o movimiento rápido. Su conciencia de la lesión de ella era impresionante. De todas formas, ella deseó que no sintiera cómo que tenía que ir suave con ella, incluso ese poquito.

Aparte de su sospecha inicial de que él solo estaba jugando con ella, una vez que el entrenamiento empezó en serio, se hizo claro que él se tomaba la lesión tan en serio como se la tomaba ella. La enseñó cómo colocar su cuerpo de tal manera que fuese un objetivo más pequeño y mejorase su equilibrio y firmeza en el suelo, cómo lanzar un puñetazo correctamente y a dónde apuntar, qué parte de su pie tenía que hacer contacto en diversas patadas, y luego cómo esquivar y evadirse. Recientemente, habían empezado con técnicas para zafarse de un agarramiento. Él ya le había enseñado cómo liberarse de varios tipos de agarre frontal, incluida una en la cual él le ponía las manos en torno a su cuello. Sentir sus manos grandes contra su pulso acelerado mientras estaba de pie, cerniéndose sobre ella, había sido una experiencia singular.

Singular y confusa.

Porque en el momento antes de que él empezara a explicar cómo podía golpear sus codos o darle un golpe en el cuello para aflojar su agarre, ella sintió una extraña ráfaga de estímulo sexual.

Hasta ese momento, ella no había tenido dificultades con prestar atención a la tarea que tenía delante.

Después de ese momento, sin embargo…

"Venga, duquesa", dijo él con un ademán atrevido con la mano. "¿No me digas que te estás rindiendo?"

Ella casi gruñó, pero se lo guardó, dando un paso hacia él antes de darse la media vuelta, ofreciéndole la espalda. Pero en cuanto él se acercó a ella por detrás, rodeando sus hombros con sus brazos grandes, cruzándolos sobre sus pechos… ella perdió toda su capacidad de raciocinio.

Sus sentidos se quedaron instantáneamente desbordados por la fortaleza de él, parado tan sólido detrás de ella, su calor rodeándola, el latir de su corazón, su aliento. El sonido crudo y masculino que hizo cuando las nalgas de ella chocaron con su ingle mientras ella cambiaba de postura.

Ella también tenía que combatir contra el hormigueo de su piel, tan sensible y caliente. La debilidad en sus rodillas. La tensión en su pecho, haciéndole difícil respirar. El remolino en su vientre y el insistente pulso despertando entre sus piernas.

"Cuando estés lista, cariño", murmuró él de manera ruda contra su sien.

Eso fue lo que la precipitó. El uso del apelativo cariñoso le hizo sentir una oleada de anhelo sensual en el cuerpo. Se rindió ante él, y eso solo permitía más contacto entre sus cuerpos.

“No puedo”.

“Solo necesitas más práctica. Casi lo tienes ya”.

“No”, ella casi gritó, tirando ferozmente de los puños de él para zafarse. “Necesito un momento”.

Él la soltó, pero no se apartó de ella. “¿Esperas que tu enemigo te dará un momento para pensar o descansar?”

La burla en su voz le hizo a ella girarse rápidamente para mirarle de frente, la ira caldeando su cara aún más. “No soy una idiota. Solo necesito un segundo”.

“Tenía que haberme dado cuenta de que esto sería demasiado para ti”.

“El entrenamiento no es demasiado para mí, bestia arrogante”, dijo ella con un empujón de dos manos contra el pecho de él que no le hizo moverse ni un ápice. Con todas sus ganas en el siguiente empellón, plantó las palmas de las manos contra su pecho sólido y casi gritó, “*Tú* eres demasiado para mí”.

Ella se dio cuenta de lo que había reconocido cuando los ojos de él brillaron entendiéndola y su boca se ensanchaba con una sonrisa enfurecedora. Soltando un sonido crudo de total frustración y más que clara su vergüenza, se dio la vuelta deprisa, con la intención de salir de allí lo más rápidamente que pudieran sacarla sus piernas cansadas.

“Oh, no, eso no lo vas a hacer”, contestó Hale mientras le rodeaba la cintura con un brazo, tirando de ella contra sí.

Los sentidos de ella se vieron instantáneamente consumidos por él, la sólida calidez de sus músculos, el olor de su piel, terroso y masculino, y su voz pesada en su oído y en su sangre. Era exactamente lo que ella había intentado escapar. Chispas brotaban por sus nervios sensibles y otra oleada de calor inundó sus partes íntimas.

Todo ello multiplicado por cien.

Girándose en el sitio antes de que él pudiera reaccionar, ella metió un pie detrás de la pantorrilla de él mientras empujaba con fuerza en su torso. Si no hubiera estado ya un poco desequilibrado en su intento de abalanzarse por ella, el movimiento desesperado no habría funcionado. Tal como estaban las cosas, funcionó demasiado bien, lanzándole al suelo al instante.

El único problema era que él seguía agarrándola.

Él cayó de espaldas con una brusca exhalación, mientras que Katherine acabó desparramada encima de él. En cuanto él pudo recuperar el aliento, empezó a reír.

“Eres increíble”, murmuró Katherine mientras intentaba apartarse de él para ponerse en pie de nuevo. Los intentos de ella solo le hicieron estrechar el brazo con más fuerza en torno a la espalda de ella mientras llevaba la otra mano al dorso del muslo de ella, seguramente para guiar la rodilla de ella apartándola de su ingle. Aunque ella se dio cuenta de que su intención no era más que autoprotección, no impidió la manera en que su mano cálida y pesada, descansando cerca de la curva del trasero de ella, hizo que las entrañas de ella se revolvieran de una manera alarmante.

Levantando la cabeza del suelo, la miró a los ojos con una sonrisa apreciativa. “Muy bien hecho”.

Ella cerró los ojos de inmediato e intentó con más fuerzas zafarse de él.

“Un momento”, murmuró él antes de levantar la mano hacia la parte de atrás de la cabeza, al mismo tiempo que rodaba con ellos dos. En un momento, ella se encontró extendida bajo su cuerpo pesado y viril.

Ella dejó de pensar en nada.

Se quedó dolorosamente quieta.

Hale se cernía por encima de ella, más grande que la vida misma. Estaba apoyado en los codos, con una mano bajo la cabeza de ella y la otra metida tras la espalda de ella. Aunque sus hombros estaban alzados, su vientre duro estaba pegado al de ella y uno de sus muslos estaba presionado entre las piernas de ella. Su pelo se había soltado de su coleta y caía revuelto en ondas pajizas en torno a su cara, su cara apuesta, dura y angulosa. El verde de sus ojos era más´s intenso de lo que ella le había visto nunca, y su boca tenía esa media sonrisa furiosamente perversa de satisfacción.

"¿Mejor?". Preguntó él en un murmullo denso.

Ella casi gruñó de irritación, pero no pudo hacer que el sonido pasara por encima del remolino de sensación surgiendo en ella. Todo lo que pudo hacer fue obligarse a seguir inhalando y exhalando mientras el deseo caldeaba cada centímetro de su ser.

Porque era mejor. Inmensamente. Como si su cuerpo finalmente estaba recibiendo exactamente lo que había estado deseando durante el último cuarto de hora.

Él. Duro, fuerte, pesado contra las partes más sensibles de ella.

De modo instintivo, ella buscaba más del delicioso *sentir* de *él*. Sus manos habían agarrado los brazos de él cuando la rodó para acabar de espaldas, y ahora, ella curvó los dedos en torno a los abultados tríceps de él, probando su dureza. Un suave enarcamiento de su columna puso sus pechos en breve contacto con los planos duros del pecho de él. Un sutil cambio de sus piernas y basculación de sus caderas permitió que el peso del muslo de él se acomodara con mayor intimidad en el núcleo de ella.

El gemido rudo de él sonó en su oído.

Aunque mantenía el cuerpo rígido, su cabeza colgaba bajo al lado del de ella. Había venas resaltadas en la largura gruesa de su cuello, y los músculos que salían hacia sus hombros estaban tensos.

Ella era muy consciente de la manera tan desvergonzada en que se estaba comportando, pero acababa de pasar una hora luchando contra él y su reacción ante él. Estaba agotada. Y ahora mismo, todo lo que quería hacer era ceder a los sentimientos que la surcaban.

Si él hubiera dicho algo en ese momento, si se hubiera reído o mirado con una mueca sagaz, ella habría encontrado la fuerza en alguna parte dentro de su ser para zafarse de él.

Pero él no lo hizo.

Lo que hizo fue mucho más devastador. Y absolutamente perfecto.

Un leve movimiento de su cabeza hizo que su boca estuviera al lado de la garganta de ella, justo bajo su oreja. El beso era firme, intencionado, lleno de necesidad pero suave. Presionó otro beso aterciopelado bajo la mandíbula de ella, instándola a echar la cabeza hacia atrás. Luego otro contra el pulso pesado de su garganta.

Katherine se mordió el labio inferior cuando sintió chispas de hormigueo recorrerla. No quería pensar en cómo esto no debería estar pasando. No quería hacer o decir nada que lo pudiera parar. Quería que la sensación siguiera y siguiera.

Otro beso en la cresta de su clavícula la tenía arqueando la espalda de nuevo, buscando un contacto más cercano.

El sonido que hizo él, parecido a ese bajo ronroneo, pero diferente, más caliente y más erótico, la atravesó directamente a la pulsación sensible de su entrepierna. Ella basculó las caderas, presionándose contra su muslo, desesperada por calmar su anhelo.

Con otro sonido de gruñido, él movió la palma de su mano a la curva de las nalgas de ella. Tomando el mando, él empezó a mover las caderas de ella en un sutil ritmo balanceado

contra su muslo.

Un placer inundó las extremidades de ella. Su cuerpo se hizo un deseo ardiente. Curvó los dedos con fuerza en los músculos de los brazos de él mientras su mirada se nubló.

“Debí darme cuenta de que tu pasión se activaría con tu rabia. Una rendición tan hermosa", murmuró él alabándola.

"Esto no es una rendición", discutió ella. Sin aliento.

Sin darse por aludido por la rebelión en la mirada de ella, él sonrió, suave y sensual. “Confía en mí, cariño”. La curva de sus labios se volvió pícara. “Haré que valga la pena cada segundo”.

Claro que lo haría. A ella no le quedaba ninguna duda. No después de la breve muestra que recibió anoche. Pero no se engañó ni un momento pensando que él hablaba de nada más que de placeres físicos. ¿Era suficiente?

Ella alzó la mirada para verle, conteniendo el aliento. La forma de su boca derretía las partes más íntimas de ella, mientras que las chispas en sus ojos preciosos la envalentonaban e inspiraban.

¿Por qué resistir el fuego en ella? ¿Por qué negar el hambre por él?

Le deseaba. Le necesitaba. Así de sencillo.

En cuanto lo reconoció, algo tiró dentro de ella. Jalaba. Se estiraba sin aliento. Luego se aplacaba con un suspiro sensual. Era suficiente. De momento. Se preocuparía de lo demás más tarde.

Deslizando las manos por sus hombros tensos, ella soltó una respiración más bien entrecortada que suave. Los ojos de él brillaban con fuego cuando ella pasó las palmas de las manos por la garganta de él y luego lentamente hundió los dedos de nuevo por el cabello sedoso de su nuca. El murmullo masculino de placer emitido por la garganta de él la instó a hacer que él bajara la cabeza.

Él podría pensar que era una rendición, pero ella lo sabía mejor. Sencillamente, estaba reclamando lo que había querido todo el tiempo. Estrechando la mirada, ella contestó con la voz ronca. “Será mejor que sea así”. Luego presionó su boca contra la de él.

Él reaccionó al instante. Apretando la mano que agarraba su cráneo, y ladeando la cabeza para encajar su boca más de manera más agresiva con la de ella.

Katherine separó los labios, buscando el sabor de él. Él la complació con un atrevido embiste de la lengua. Fue invasivo y exigente e increíblemente erótico. El gemido pesado de ella animó otro embiste, y esta vez, la lengua de ella estaba lisa y deseosa de recibir la suya con una caricia.

Justo cuando ella empezaba a dejarse llevar por la rica, sensual atención de su boca, la mano de él se movió del trasero de ella. Después de un breve apretón en la curva de su cintura, él deslizó la mano por las costillas hasta que su pulgar rozó la parte superior de su pecho, aplanado por el chaleco que le iba justo.

Ella se salió del beso con un jadeo ante el primer pase por encima de su pezón. Cuando él volvió a hacerlo, ella se enarcó ante su tacto. ¿Cómo era posible que una caricia tan sencilla crease una sensación tan intense? El pezón de ella se tensó, volviéndose aún más sensible, preparándose para el momento en que la mano grande de él se desplazó para cubrir el seno complete. Sus dedos masajearon con suavidad antes de hacer un círculo por la punta con su dedo índice.

Fue maravilloso. Chispas de placer la inundaron, hormigueando por su piel, bailando en su sangre, intensificando su deseo. La necesidad en ella era sobrecogedora. De una manera

maravillosa.

Ella no se dio cuenta de que había estado agarrando el pelo de él en el puño hasta que le soltó para presionar las manos contra su pecho. “Espera”, jadeó ella. “Para”.

Un gruñido se escapó de los labios de él, pero levantó la mano del pecho de ella para presionarla plana contra el suelo al lado de ella. Su expresión era fiera con deseo, ardiendo de manera desaforada en su mirada mientras le permitía a ella apartarse de él hasta que sus brazos podían moverse libremente entre ellos. Los ojos de ella se cerraron un instante mientras la nueva postura de él hizo que el muslo de él encajara más contra el sexo de ella, inspirando una oleada de calor hormigueante.

Pero entonces recordó la razón por la cual le había parado.

Sus dedos volaron hacia los botones de su chaleco, soltándolos deprisa.

En cuanto él se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo, un sonido maravillosamente animal vibró en la garganta de él.

Los dedos de Katherine se movieron más aprisa.

Capítulo Veintidós

Mason enderezó los brazos para levantar su peso de su suave calidez mientras ella se quitaba aprisa el chaleco de lana. Agarrando la prenda, él se la quitó de debajo de ella antes de lanzarlo de manera descuidada hacia un lado. Su mirada hambrienta miraba la piel cada vez más expuesta de ella, un bonito color rosado, mientras ella se desabrochaba la camisa.

"¿No llevas corsé?" Su voz era vacilante.

Los ojos de ella le miraron. "Los corsés son exactamente lo contrario de *confortable*".

El río ante el tono seco de ella.

Una vez que ella tenía la camisa abierta hasta casi su ombligo, él no pudo esperar más. Agarrando la tela en el hombro de ella, la bajó hasta que un pecho quedó completamente expuesto. Un suave montículo de carne pálida, con un pezón rosado, ya arrugado.

Con un gruñido, él bajó la cabeza hacia la punta, rodeándola con la boca.

Ella jadeó y luego emitió un suspiro desde la garganta, un sonido que hizo que el estómago de él se tensara. Las manos de ella se hundieron en el cabello de él para agarrar su cráneo y su espalda se arqueó. Con el primer movimiento de su lengua, por encima del capullito rosado de ella, las uñas de ella se clavaron en su cuero cabelludo.

Qué criatura más fiera y exigente era ella.

Él la chupó con rudeza el pezón.

Ella gimió, un sonido denso y sensual, mientras que la tensión en sus muslos se aflojó momentáneamente.

Mason no lo dudó. En un momento, se ajustó el cuerpo para encajar más adecuadamente entre las piernas de ella. Con el siguiente tirón de su boca en su seno, rodó las caderas, presionando su largura, anhelante contra el núcleo de ella. Ansiaba sentir el calor de su ardor contra él. En torno a él.

Pero todavía no. Primero, quería explorarla. Saborearla.

Dando otro lametazo de su lengua antes de ofrecerle un sutil roce con los dientes, tiró de la camisa de ella hasta que se la bajó hasta los codos. Ambos pechos estaban desnudos ante su vista. Hermosos, modestos senos. Y suyos.

Cuando él bajó la cabeza para tomar el pezón del otro pecho en la boca, la miró a la cara.

Sus ojos estaban cerrados bajo su ceño levemente fruncido, y sus pestañas espesas eran un elegante abanico contra su piel. Tenía los labios entreabiertos y brillantes, como si acabara de pasar la lengua sobre ellos. El pulso en su cuello era visible y rápido.

Era deslumbrante.

Él mordisqueó su pezón hinchado con pequeños movimientos de la lengua. Al cabo de un momento, se vio recompensado porque ella parpadeó con suavidad mientras abría los ojos. Su mirada era feroz al mirarle. Su respiración era superficial y entrecortada. El suave arañar de sus uñas en el cuero cabelludo de él le indicó que ella quería más. Necesitaba más.

Él esperó. Su boca estaba encima del pecho, mientras que solo la punta de su lengua jugueteaba con la punta del pezón.

Ella le miró con los ojos brillantes, su enfoque ávido y hechizante. Como si la visión de su boca en el pecho era casi tan excitante como la sensación.

¿Hasta cuando le permitiría juguetear con ella?

Anoche había mencionado como había fantaseado con las diversas maneras en que le

gustaría atormentarla, y había visto la manera en que sus ojos habían brillado ante el pensamiento. Maldita sea, había tantas maneras en que él quería hacerla sentir placer.

Cerrando los labios, él sopló suavemente en el pezón de ella, encantándole la manera en que se arrugaba aún más. Encantándole la manera en que ella se estremecía. Sus piernas se movieron, tensando y apretando sus caderas. Ella presionó los hombros hacia atrás y sus manos se cerraron haciendo puños en el cabello de él.

El tirón de dolor en su cuero cabelludo le arrancó un gruñido bajo del pecho, y extendió la lengua en un rápido lametazo por encima del capullito rosa.

Los puños de ella apretaron aún más y él rio. Jugar con ella le hacía disfrutar más de lo que él había esperado, pero quería más. Y sabía que ella también. “No me digas que te has puesto tímida acerca de decirme lo que debo hacer”, le dijo él con suavidad.

La mirada de ella se estrechó al tiempo que ella se pasó la lengua por el labio inferior. “Tómame en tu boca”. Su voz era firme y caliente.

“Será un placer”, murmuró él mientras cerraba la boca en torno al pecho de ella. Chupó con fuerza y ella se enarcó del suelo, dándole más. Exigiendo más.

La siguiente vez que chupó, acompañó eso con los dientes, mordiéndola con suavidad. El sonido que hizo ella como respuesta fue directamente a su verga dolorosamente dura, haciendo que se hinchara y pulsara contra la hendidura de ella. Bajó una mano entre ellos dos para frotar con la palma su verga en un movimiento duro antes de ajustarse a un ángulo mejor. Luego se alineó con el núcleo de ella de nuevo y la embistió, de manera que ella levantó las caderas del suelo.

Ah, si ella estuviera totalmente desnuda ahora mismo, esa embestida la habría penetrado. Solo de pensarlo le hizo casi reventar. Soltando su pecho, apretó los dientes para impedir correrse, pero nada podía impedirle dar otra embestida fuerte.

Joder. Tenía que parar antes de perder el control. Usando todo el control que le quedaba todavía, apartó las caderas.

Con un sonido entrecortado de protesta, ella soltó el cabello de él y bajó las manos para agarrar el trasero de él con ambas manos. Balanceando las caderas hacia él, le susurró una ruda orden, “no pares”.

Gimiendo, tensó las nalgas para embestirla de nuevo. Pesadamente. Duro. Removiéndose contra el núcleo de ella.

Las rodillas de ella se doblaron al lado de las caderas de él mientras presionaba sus pies desnudos en el suelo, usándose como palanca para recibirle mejor. Un bonito rubor rosa cubría su pecho y subía por su garganta. Sus pezones eran capullitos apretados, y, aunque él disfrutaba atormentándola allí, de repente necesitaba el sabor de la boca de ella.

Subiendo por el cuello de ella con la lengua y los dientes, le dio un mordisquito brusco en la mandíbula antes de tomar sus labios separados con un embiste directo de su lengua.

Ella aceptó de buen grado la invasión, chupando la lengua de él más adentro en su boca. Tirando de él de una manera que le hacía pensar en su sexo duro y caliente, haciendo lo mismo con su verga. Su gemido era pesado mientras la sangre fluía de prisa hacia su miembro. Moviendo las caderas en movimientos circulares contra ella, se le olvidó cualquier razón por la que frenarse.

Ella se enarcó y revolvió. Sus manos se mantuvieron firmes, agarrándole de las nalgas, manteniéndole en su sitio, exigiendo el ritmo implacable de sus caderas, bombeando entre sus muslos.

El estómago de él bajó y sus huevos se tensaron con el clímax que llegaba.

Tenía que parar. No iba a hacerlo.

Con el objetivo delirante de conseguir su propio placer, no se lo habría permitido de todas formas. Los pequeños jadeos rudos que ella soltaba en la boca de él le indicaron que ella estaba cerca, aunque él lo habría sabido igualmente debido a sus ojos muy cerrados y la humedad caliente que le estaba empapando los calzones.

Basculando, embistiendo, girando sus caderas. El placer se acumuló en él, revolviendo hasta su núcleo, amenazando su control.

¿A quién estaba engañando? Él perdió el control hace mucho rato ya.

Todo en él le pedía a gritos estar dentro de ella, pero no podía separarse de ella el rato necesario para quitarles las ropas. Todo lo que podía hacer era embestirla, dirigiendo su verga por encima de su sexo cubierto, una y otra vez, hasta que ella se deshizo.

Y cuando lo hizo, fue una visión que paraba el corazón.

Un momento estaba liando su lengua con la de él en un ardor frenético. Al siguiente, se había separado con un brusco arqueo de espalda. Tensó la mandíbula y las ventanas de su nariz se hincharon. Los dedos que agarraban las nalgas de él se curvaron en garras mientras ella le mantenía pegado contra ella y se balanceaba con movimientos cortos, fieros y pequeños.

Un jadeo se atrapó en la garganta mientras abría los ojos y su mirada chocó con la de él. Sus pestañas se movieron como si fuese a cerrar los ojos de nuevo. “No”, gruñó él de manera brutal. “Mírame mientras te corres”.

Y lo hizo. Con el doloroso apretón de sus muslos y el lento gemido que salió de su garganta. Mientras su cuerpo se estremecía bajo el de él y una oleada de ardor mojado bañó la largura pulsante de él.

Mason nunca había sido testigo de algo tan condenadamente erótico.

Los huevos de él se tensaron con un clímax que venía. Se quedó helado, respirando hondo y apretando los dientes para contenerse. Se podía imaginar lo que ella pensaría de él si liberase su simiente en sus calzones mientras bombeaba entre los muslos de ella. Aunque el placer le surcaba con oleadas pesadas, se negó con fuerza la culminación. Usando las partes más profundas de su fuerza de voluntad, milagrosamente fue capaz de frenarse.

Una vez que estuvo seguro de que había pasado la amenaza, bajó la mirada para verla, mirándole la neblina del placer, todavía nublándole la vista. Plantó un beso abierto, caliente, lento en sus labios entreabiertos.

Ella era tan suave y cálida bajo él. Su cuerpo lánguido y receptivo. Aunque su cuerpo temblaba con las ganas de liberarse y sus huevos se retorcían con la agonía de la negación, murmuró en voz baja del placer de tener el cuerpo saciado de ella debajo de él.

Pero solo tuvo un momento para disfrutarlo antes de que ella se tensara y moviese. Empujó contra sus hombros y él gimió como protesta.

Mierda.

Sabía que el gozo sensual no duraría. Solo había esperado que durase un poco más de lo que hizo.

Usando la fuerza que pudo sacar de sus entrañas, se levantó del cuerpo suave, cálido de ella y rodó hasta quedar de espaldas, doblando una rodilla y apoyando el pie contra el suelo. Debería sentir vergüenza por la evidencia obvia de cuánto su cuerpo ansiaba, el de ella todavía. Su verga estaba más dura de lo que había estado nunca y pulsaba contra la tela de sus calzones. Para impedir pasar una mano por encima de su erección dolorosa, se metió ambas manos bajo la cabeza y se preparó para lo que viniera después.

En cuanto ella se vio liberada de su peso, la mujer a su lado se incorporó y empezó a

colocarse la camisa. Su espalda era orgullosa y recta, la espesa trenza que le colgaba a la espalda estaba liada y aflojada.

Los dedos de él desearon un pedazo de carboncillo. Le habría encantado dibujarla en exactamente esa pose, pero totalmente desnuda.

Quería capturar la hermosa curvatura de su columna, la inclinación de sus hombros, la suave curva de su cintura y cadera. Y la caída liada de su cabello oscuro trenzado contrastando con su piel pálida, la punta llegando hasta la curva de sus nalgas mientras movía la cabeza hacia un lado para mirarle de reojo por encima del hombro.

Excepto que no le estaba mirando. Estaba mirando a su alrededor buscando su chaleco y de casualidad le pilló mirándola. Aunque su mirada se ensombreció y sus cejas bajaron, Mason no se molestó en ocultar su sonrisa de placer. Podría no haberse liberado, pero le había hecho sentir placer a ella.

"Pareces muy satisfecho", constató ella con brusquedad.

"Por una buena razón, cariño".

Ella parecía estar intencionadamente evitando mirar hacia la ingle de él y seguía buscando su chaleco con la vista, que estaba más allá del cuerpo tirado de Mason.

La sonrisa de él se hizo más ancha.

Como si se diera cuenta del desafío silencioso de él, una chispa se encendió en su mirada. Rodando a su costado y apoyándose en un codo, estiró el otro brazo por encima del cuerpo de él para agarrar la prenda. Sintió una ráfaga de deseo, sintiendo el placer de sus pechos cálidos, presionando sus costillas.

Su piel olía a sudor de sus esfuerzos de antes, mezclado con el precioso olor almizclado de su placer.

El sonido que vibró de su garganta hizo que ella mirara corriendo sus ojos, donde sin duda se reflejaba plenamente su lujuria.

En los ojos de ella brilló el pánico durante un instante.

Él odió ver eso.

Adoptando una mueca descuidada, constató con sequedad, "ahora que has tomado tu placer, tienes muchas prisas por irte".

La mirada de ella era desafiante mientras se ponía en pie. Desafío y remordimiento. Él odiaba el remordimiento aún más de lo que odiaba su momento de pánico.

Bajó las cejas. "Frederick y yo siempre nos vemos para comer. No deseo hacerle esperar".

"Claro", contestó él brevemente. No entendía por qué se sentía de repente tan incómodo.

Ella le miró a pesar del destello de malestar todavía evidente en sus ojos. "Espero que sigas entrenándome".

Mason alzó una ceja. "¿Sí?"

"Lo que acaba de pasar", hizo una pausa mientras parecía luchar contra el deseo de desviar la mirada, "no cambia nada".

Algo ardía con calor en él ante las palabras de ella. No era ira realmente, pero era algo igual de peligroso. Abandonando la semblanza de diversión despreocupada, agarró las caderas de ella con las manos y la subió por encima de él hasta que su verga dura presionaba el vientre de ella. Ella jadeó y luego rápidamente empujó los hombros de él, intentando separarse de él. Pero eso lo único que hizo fue colocarla en una posición en la que estaba sentada a horcajadas por encima de las caderas de él, su chaleco todavía agarrado con un puño.

En una demostración sutil y decidida, la movió por encima de él para que pudiera sentir

cada parte de él contra su núcleo.

Ella movió las pestañas y su mandíbula se tensó; sin embargo, le miró con una arrogante expresión de desagrado. Deseo mezclado con su irritación testaruda.

"*Esto* lo cambia todo", dijo él gruñendo. "Yo te entrenaré porque es una buena idea". Pasó las manos más abajo para presionar la carne suave de las nalgas de ella con los dedos. "Pero tú y yo vamos a terminar lo que empezamos en este suelo. Si no te fías de nada más, fíate de eso, duquesa", agregó él con tono ominoso.

Ella se mantuvo quieta otro momento mientras le miraba la cara con intensidad, buscando y evaluando. En ese momento, cuando él más quería ver sus pensamientos, ella logró finalmente ocultárselos. Esperó una réplica rápida o una sencilla negación. Pero ella no dijo nada.

Cuando ella desplazó su peso y empezó a ponerse en pie, él no se lo impidió.

Mason se alzó con los codos para verla cruzar la habitación. El fiero orgullo de sus movimientos cuando se colocó el chaleco le tenía hechizado. ¿Qué es lo que tenía esta mujer que le fascinaba tanto?

Agarrando el pomo de la puerta, hizo una pausa antes de abrirla. Echándose la trenza por encima del hombro, le miró. La manera en que la atención de ella le barrió su cuerpo tirado hasta finalmente descansar en su erección todavía dolorosa, hizo que él contuviera el aliento.

Pero entonces, sin una palabra, ella se volvió y salió de la habitación, cerrando la puerta con cuidado tras su paso.

Mason se quedó tumbado en el suelo mirando el mural de santos en túnicas y querubines juguetones pintado en el techo por encima de él. Pasó un rato largo antes de que él lograra ponerse en pie e irse a su habitación.

Capítulo Veintitrés

Una vez que regresó a su dormitorio, Katherine pidió un baño antes de quitarse aprisa sus ropas y ponerse una bata. Tenía apenas cuarenta minutos antes de comer con Frederick, y el olor del sudor de Hale en su piel todavía estaba mezclado con el suyo. Era una combinación intensa y potente que hacía que su vientre se revolviese y sus rodillas se debiliten.

Con una firme sacudida de su cabeza, empezó a deshacer su trenza justo cuando llegaron las criadas para preparar el baño.

Quizás no debería pensar en lo que acababa de pasar en el salón de baile. Igual que no quería pensar en el beso que había ocurrido la noche antes. Claro que había fracasado miserablemente con eso, ya que había permanecido despierta casi toda la noche, reviviendo cada sensación, cada sabor y sonido decadente, de esos momentos.

A pesar de su noche en vela, había ido al salón de baile pensando que podría mantener los pensamientos del beso sin aflorar. Se dijo a sí misma que había sido algo que pasó una sola vez, que sería improbable que se repitiese.

Qué equivocada había estado. Y, no le enojaba ni un poco.

Emocionada. Confusa. Y totalmente desbordada. Pero claramente no enojada.

En cuanto salieron las criadas y se encontró a solas otra vez, dejó caer su bata al suelo y se sumergió en el agua humeante y perfumada. Le habría encantado echarse hacia atrás contra el respaldo de la bañera, cerrado los ojos, y empapado con un poco de calor calmante. Pero no tenía tiempo para ello.

En lugar de eso, alcanzó el jabón y con rapidez creó espuma que usó para lavarse el pelo. Mientras se frotaba el cuero cabelludo, se preguntó cómo diantres iba a lograr mirar a Hale otra vez después de que hubiera permitido. No, después de que prácticamente haberle *exigido*.

El calor ardía en sus mejillas.

Todos los esfuerzos que había empleado para hacerle ver que él era el guardaespaldas y ella tenía autoridad sobre él, se habían olvidado por completo en cuanto él la rodó por debajo de su cuerpo en el suelo. El placer de ello, la pura ansia básica de cuerpo con cuerpo, se había apoderado de ella. Había actuado de manera instintiva. Y todo en ella había ansiado su tacto, sus besos, su fuerza y su posesión.

Ella rechazó el término de *rendición*, pero al recordar, no podía negar que había habido un elemento de sumisión en lo que ella había experimentado. Sumisión a su propio deseo, al hambre evidente e igualado de él, a las necesidades del momento. Con su boca moviéndose por encima de su piel, no había manera de negar o resistir lo maravilloso y apropiado que había parecido ser.

Un gemido se escapó de su garganta al recordar la manera deliciosa en que se había movido entre sus piernas, y se hundió rápidamente bajo el agua para aclararse el cabello y la mente. Cuando volvió a salir para respirar, su cabello estaba libre de jabón, pero sus pensamientos seguían alborotados.

Estrujándose el cabello para exprimir el agua antes de hacerse un moño, intentó decirse que lo que había pasado entre ella y Hale no había sido tan alarmante como ella estaba pensando.

Ese intento fracasó de inmediato.

¡Claro que era alarmante! Cuando ella había afirmado que eso no cambiaba nada, había estado mintiendo. Y, él lo había sabido. La mirada en su cara, cuando le había dicho en esa voz

grave que tenía, que ellos iban a terminar lo que habían empezado, la había derretido por dentro hasta el núcleo.

Si lo que ellos habían hecho en ese suelo era solo el principio, ella estaba segura de que quería más.

Pero, ¿cuánto más?

Puede que Katherine hubiera llevado una vida bastante aislada en el campo antes de venir a Londres, pero no era una ingenua ni desconocía las reglas de sociedad y sus expectativas con respecto a los actos más íntimos que podían tener lugar entre dos personas. Especialmente en lo tocante a las mujeres. Y, más todavía, en el caso de una mujer de su posición social en donde las relaciones personales se manejaban con frecuencia como transacciones para mejorar la riqueza de la familia o su influencia. En esa clase de mundo, una indiscreción de una mujer podía ser ruinosa e imperdonable. Que las leyes y las consecuencias de la conducta fuesen tan distintas en el caso de un hombre que en el de una mujer era solo un ejemplo de cómo los hombres pensaban que podían y debían manejar la experiencia femenina.

Era una ocurrencia ridícula y anticuada. Ella era muy capaz de decidir el curso de su propia vida. Y eso incluía si tomar o no un amante. O un marido. Y de quién se podría tratar.

Después de terminar de lavarse, salió de la bañera y empezó a secarse con una toalla grande calentada al fuego. Cruzando la habitación, sacó de su armario un precioso vestido de diario de color azul. Mientras se vestía, finalmente reconoció lo que realmente tenía: sus entrañas, todas revueltas y alborotadas.

No era lo que la sociedad pudiera juzgar o la preocupación de que lo que pasó con Hale pudiera interferir con su papel como guardaespaldas de Frederick. A ella no le cabía ninguna duda su dedicación en garantizar la seguridad de su hermano.

Lo que le preocupaba a ella de verdad era la sospecha de que sus sentimientos por el hombre iban mucho más allá del calor feroz de lujuria que él inspiraba en ella.

Y, Katherine no tenía ni idea de cómo sentirse por eso.

#

Frederick ya estaba en el comedor cuando ella llegó, aunque había procurado prepararse y bajar cinco minutos antes de la hora. Se dio cuenta de inmediato por su mirada, que él estaba emocionado por algo. Había pasado tanto tiempo desde que viera la inspiración y expectativas en sus ojos oscuros que ella sintió una ráfaga instantánea de esperanzas precavidas.

“Buenas tardes, Frederick”, le saludó ella con calidez mientras tomaba asiento ante la mesa delante de él.

“Hola, Kit. Estás muy guapa hoy”. Él movió la cabeza evaluándola. “Muy bonita. ¿Has estado fuera?”

“Hoy no. ¿Por qué?”

Su hermano se encogió de hombros. “Solo es que tus mejillas están más sonrosadas y tus ojos brillan de manera inusual. ¿Te encuentras mal?”

“Nada de ello”. Katherine bajó la mirada alisando una arruga del mantel. “Debe ser la tonalidad de mi vestido”.

“Quizás”. Él pareció poco convencido.

Desconcertada por el pensamiento de que su hermano pudiera detectar las emociones que ella estaba intentando entender, Katherine agradeció que el momento fuese interrumpido por la llegada de su comida.

La conversación de ellos empezó de manera intrascendental con Katherine, preguntándole cómo le iba en sus estudios autodidactas y luego preguntó por Claire. Aunque

visitaba a la niña de vez en cuando, tenía miedo de desbordar a la niña tímida cuando ya de por sí tenía tantos cambios a los que adaptarse desde hacía poco. También era consciente de lo frecuentes que eran las visitas de Hale al aula, y ella no tenía ningún deseo de interrumpir el tiempo juntos de padre e hija.

Casi al final de la comida, Katherine finalmente le preguntó a su hermano acerca del proyecto secreto en que había estado trabajando con tanto énfasis durante la última semana. En cuanto lo mencionó, Frederick cambió y sus ojos brillaban de emoción.

"Está casi acabado, la verdad". Se inclinó hacia delante con una sonrisa expectante iluminando sus rasgos. "¿Te gustaría verlo?"

"¿Estás bromeando?", exclamó ella riendo. "Me muero por ver qué te ha tenido tan ocupado".

Unos minutos más tarde, Frederick la guio al dormitorio de invitados al lado del suyo, que se había convertido en una especie de taller. La cama había sido reemplazada por una gran mesa de dibujo donde él tenía varios bocetos de planos y dibujos de arquitectura.

"Ten en cuenta de que todavía necesita unos toques finales. Pero desde esta mañana, considero que el diseño principal está acabado".

En cuanto se acercó para ver los dibujos, supo lo que eran. Era Redbury Hall, en Lincolnshire. No como ellos lo habían visto la última vez, un cascarón lleno de ceniza, sino como una creación completamente nueva.

Katherine se aproximó en silencio a la mesa y cuidadosamente empezó a repasar los bocetos.

Su hermano había tomado lo que quedaba de su casa y lo había vuelto a diseñar. Con detalles expertos, había diseñado una nueva ala para reemplazar la que había sido destruida. Y, aunque conservaba un aire a lo que la mansión había sido, era una composición diferente. Nueva y fresca, y armónica con las estructuras que seguían en pie.

"¿Qué te parece?". La voz de Frederick era suave y baja.

Katherine miró a su hermano y sonrió a pesar del gran nudo que sentía en la garganta. "Es maravilloso".

"¿No te importa que haya cambiado tantas cosas?"

"Para nada". Ella alzó uno de los bocetos. Era un dibujo de la estructura acabada vista desde fuera. Dibujado con sencillez y pocas líneas, con solo unos esbozos de los detalles, lograba de todas formas evocar una respuesta visceral. Durante un momento, podía imaginarse bajando por el sendero hacia la casa. Podía oler las flores silvestres del campo cercano y escuchar la brisa veraniega bailando entre los sauces que bordeaban el camino. Y, allí delante, la casa de su niñez.

Brillantemente, reimaginada por el quinto Duque de Northmoor, esta hermosa estructura que combinaba a la perfección lo antiguo con lo nuevo. Lo tradicional con lo moderno. El boceto de su hermano tenía elegancia y madurez que realmente no le tenían que haber sorprendido.

"Frederick, no sabía que podías dibujar tan bien". Su voz se había suavizado con la emoción que sentía.

"Oh, no puedo. El Sr. Hale me hizo los dibujos".

Ella sintió una conmoción y el dibujo que tenía en las manos parecía quemarle los dedos.

"¿Qué?".

"Yo solo le dije lo que imaginaba y él lo dibujó todo". Frederick ladeó la cabeza señalando uno de los dibujos. "Es bastante bueno, ¿no te parece?".

Más que bueno. Eran dibujos excepcionales. Especialmente cuando se tenía en cuenta que había logrado llenar las imágenes con una nostalgia de un lugar que nunca había visitado

siquiera. Y, aunque al principio le había sorprendido descubrir un talento oculto así en el guardaespaldas, la verdad es que no le sorprendía.

"Supongo que me inspiró Londres". La voz de Frederick era pensativa. "Las calles y las plazas de Mayfair perfectamente diseñadas, pero también los callejones con recovecos del East End. Quería llevar algo de ese equilibrio y belleza a Lincolnshire. Aunque me gusta la ciudad y espero pasar mucho tiempo aquí, Redbury Hall siempre será nuestro hogar. También es la casa solariega de nuestra familia y espero que lo sea para muchas generaciones venideras". Frederick mostró más bocetos, cada uno mostrando la mansión desde diversos ángulos. "En lugar de reformar lo que había de antes, yo quería saludar el futuro tanto como el pasado".

Sobrecogida, Katherine se volvió hacia su hermano y lo abrazó con fuerza. Él se lo permitió más rato del que ella había esperado, y cuando se separó de él colocando las dos manos en sus hombros, no pudo dejar de mostrar orgullo en su voz.

"Eres un jovencito sorprendente, Frederick Blackwell. Y no me cabe duda de que serás uno de los mejores duques que haya tenido la estirpe".

Su boca adoptó una media sonrisa. "Si eso demuestra ser verdad, te lo debería a ti, Kit. Tú me has guiado y apoyado toda mi vida. Espero que sepas lo agradecido que estoy por ti".

"Y yo, igual de agradecida por ti", contestó ella picándole los ojos. "Tú me has aportado una motivación, Frederick".

Él bajó la mirada. "Lo sé". Cuando él levantó la vista, ella sintió una ráfaga incómoda de algo inevitable. "Con respecto a eso, hay algo que llevo tiempo queriendo decir".

"Por supuesto", ella contestó con una sonrisa, a pesar de la tensión en su pecho, "sabes que me puedes contar lo que sea".

"Es solo que…" La mirada de él volvió a la mesa, luego a sus pies, antes de subir a los ojos de Katherine. "Estoy creciendo, y ahora que Papá no está, necesito dar un paso como jefe de la familia. No deseo dejarlo todo en manos de nuestro administrador, como prefería Papá. Es hora de que me familiarice con las cuentas y todas nuestras propiedades. Tengo ideas que me gustaría implementar en nuestra propiedad de Lincolnshire, y con algunos de nuestros inquilinos de Lincolnshire, y me gustaría establecer un hogar de verdad aquí en Londres".

Él parpadeó al añadir, "una vez que se resuelva el problema que tenemos, claro".

Mientras su hermano hablaba, Katherine se obligó a ocultar la mayor parte de lo que estaba sintiendo y abrazar la nueva madurez que mostraba su hermano. Aunque había aparecido mucho más pronto de lo que ella había anticipado, sabía que este día tenía que llegar y se había preparado para ello mentalmente. Aun así, el orgullo, temor y amor que sintió al escuchar la seguridad y decisión en la voz de Frederick era casi más de lo que era capaz de soportar. Todavía era tan joven, pero la edad nunca había sido realmente un factor cuando Frederick se proponía lograr algo.

Su último comentario, sin embargo, era como una jarra de agua fría vertida encima de una llama creciente. Su hermano se merecía un futuro que fuese tan amplio, brillante y sin límites como él se imaginaba. No uno en el que se le tenía escondido para estar protegido de un peligro sin aclarar.

Ella tenía que encontrar al enemigo y terminar con la amenaza. Para que su hermano pudiera llegar a ser todo lo que estaba destinado a ser.

"Me encargaré de ello. Te lo prometo".

"Lo sé, Kit. Pero ese es el otro punto que me gustaría aclarar. La muerte de papa, trasladarnos a Londres, este misterio tan frustrante, todas estas cosas me han enseñado una verdad que he estado ignorando demasiado tiempo".

Katherine frunció el entrecejo. “¿De qué se trata?”

Sus ojos pardos de repente parecían demasiado cómplices mientras se daba la vuelta para mirarla, colocando las manos en sus hombros como ella había hecho con él tantas veces. “Te quiero, Kit, y con cada año que pasa aprecio cada vez más las cosas que has hecho por mí. Pero ya es hora de que vivas una vida propia”.

Ella se sintió tentada de encoger los hombros, pero se obligó a mirarle a los ojos. “¿De qué hablas? Vivo…”

Él la interrumpió con una sacudida de su cabeza. “No, no lo haces. Si yo no hubiera nacido y Mamá no hubiera muerto, ¿cómo crees que tu vida sería ahora mismo?”

“Esa es una pregunta ridícula. Perder a Mamá fue horrible, pero te tengo a ti y estoy muy agradecida por eso”.

“Pero si no hubieras tenido que prestar toda tu atención en cuidarme a mí”, insistió él, “habrías tenido una Temporada londinense. Te habrían cortejado y seguramente te habrías casado ya”.

Ella río. “¿De dónde has sacado eso? ¿Sabes que no me interesa nada la vida social”.

“Pero te gustaría tener hijos un día. Una casa propia”.

“Quizás. Algún día”, contestó ella con cuidado.

“No creas que no me doy cuenta de la manera en que has suspendido tu vida por mí. De hecho, nunca ha sido más evidente que cuando tú y el Sr. Hale estáis en una habitación juntos”.

Los ojos de Katherine se abrieron como platos ante la loca conclusión a la que había llegado él. “¿Qué puede tener él que ver con todo esto?”

Frederick puso los ojos en blanco de manera dramática. “No soy tonto, Kit. Está claro que te gusta. Mucho”.

“Yo…”

“Y, está claro que no haces nada al respecto por mi culpa”. Sus cejas bajaron en una mirada sombría. “No deseo ser un obstáculo en tu felicidad”.

“No. Para Frederic. Para. No eres un obstáculo de nada y no estoy infeliz”.

“Pero quieres al Sr. Hale”, insistió él.

Aunque su corazón se estremeció ante la observación que él había hecho, nunca le había mentido a su hermano y no iba a empezar ahora. De manera que le contestó con evasivas.

“Esa no es la cuestión”. Ella tomó las manos de él en las suyas. “La verdad es que tienes toda la razón. Es hora de que experimentes el mundo sin mí, siempre a tu lado. Siempre he sabido que no podría ser una madre para ti para siempre, y seguramente ya es hora de que seas más independiente”. Ella sonrió. “Tengo confianza plena en ti y en el duque que vas a ser. Y no puedo esperar a ver el nuevo Redbury Hall”.

Los ojos de él se estrecharon. “Él también te quiere, sabes”.

Fallo.

Katherine soltó las manos de él y volteó la cabeza. “Frederick…”

“¿Qué? No soy un niño pequeño. Puedo ver cómo estáis los dos juntos. Sé lo que quiere decir eso”.

“No quiere decir nada”, discutió ella.

Su hermano solo sacudió la cabeza decepcionado. “Si insistes”, murmuró él antes de prestar atención de nuevo a los bocetos.

Capítulo Veinticuatro

Más tarde esa noche, llegó un mensaje de Morley. En cuanto Mason vio que contenía información acerca de la lista de nombres que Lady Katherine le había proporcionado, se fue en busca de la mujer esquiva. No se molestó por analizar el ramalazo de anticipación que sentía ante el pensamiento de volver a verla, diciéndose que no era tan importante eso.

La buscó primero en el estudio, donde ella tendía a pasar la mayor parte de su tiempo. La habitación estaba vacía. Al igual que la biblioteca y el salón. Finalmente, preguntó a una criada, que le dirigió a un salón del segundo piso.

La puerta de la habitación estaba abierta, y él encontró a la dama arrodillada en el suelo al lado de un baúl abierto. Su cabello estaba recogido en un hermoso peinado apilado en la cabeza. Y el tejido de seda de color azul celeste de su vestido caía en suaves pliegues por encima de la curva de sus nalgas mientras ella se inclinaba hacia delante rebuscando en el viejo baúl.

Él sintió un fulgor de deseo, impactantemente intenso.

No estaba seguro de lo que había esperado que pasara cuando la volviese a ver después de su rato juntos en el salón de baile. En cuanto él logró llegar a la intimidad de su dormitorio, hizo lo necesario por aliviar la necesidad que había sentido ardiendo en su cuerpo. Pero había sido un pálido sustituto y había sido muy poco para aplacar el hambre que sentía por esa mujer.

Si acaso, su lujuria se había fortalecido por la experiencia ahora que sabía exactamente cómo era su aspecto, movimientos, gemidos y jadeos mientras estaba en el trance del amor.

Algo la avisó de la presencia de él, quizás se percató del hambre de él, se giró para mirarle sorprendida. Sus ojos se agrandaron momentáneamente al verle antes de mirarle de la cabeza a los pies, su cuerpo rápidamente endureciéndose en todos los sitios correctos.

Él la vio cambiar de expresión, el ablandamiento y el rubor en sus mejillas, antes de volver a su tarea, dándole la espalda de nuevo. No podía decir que estuviera alterado por ello. Era un trasero maravilloso después de todo. Y, él sospechaba que la irritación en su mirada tenía más que ver con no encontrar lo que estaba buscando que por la interrupción de él.

Al menos, esperaba que fuese eso.

“¿De qué se trata, Sr. Hale?”. Preguntó ella. “Estoy un poco ocupada en este momento”.

Él ignoró su tono escueto mientras cruzaba la habitación para ponerse en cuclillas a su lado y mirar dentro del baúl que contenía diversas cosas, incluida una colección de finos libros encuadernados en tela.

“Solo estoy haciendo lo que me has mandado, duquesa. Mantenerte informada de cualquier progreso”.

Con un suspiro pesado, dejó el libro que había estado examinando dentro del baúl y se echó atrás. “Tiene razón. Lo siento”.

La dama se había disculpado. Esto era algo nuevo. Mason no mostró su humor por ello. “He recibido un informe acerca de tu lista de nombres”.

Los ojos de ella se agrandaron con curiosidad. “¿Se ha descubierto algo pertinente?”

Mason se encogió de hombros. “Tú sabrás contestar esa pregunta mejor que yo”. Le entregó la carta y se quedó mirando mientras ella leía las anotaciones breves de Morley con las cejas fruncidas. Él ya la había repasado, pero ninguno de los nobles ociosos ni los colegas investigadores de Charles Blackwell parecía tener ningún historial criminal o motivo aparente

por querer secuestrar un joven duque.

Aunque él no había visto nada sospechoso en los hallazgos, tenía esperanzas de que ella podría saber algo.

Cuando ella se puso en tensión separando los labios en una rápida inspiración de aire, Mason se inclinó más cerca de ella. No podía dejar de inhalar el olor a ella. La esencia floral y femenina, removió su sangre, haciéndole sentir ardor. “¿De qué se trata?”

Ella descansó un dedo elegante al lado de uno de los nombres. “Lord Emsworth. No le he conocido personalmente, pero recuerdo que mandó sus condolencias cuando murió mi padre. Dice aquí que él subvenciona una sociedad dedicada a la exploración de territorios no cartografiados en las Américas”.

“Eso dice. Y, ¿eso es pertinente porque…?”.

Los ojos oscuros de ella miraron los suyos y él tuvo que apretar las muelas para no reaccionar ante el impacto sensual de su mirada. Ahora que había mirado dentro de esos profundos ojos marrones mientras la mujer temblaba en medio de su clímax, no estaba seguro de como podría volver a ver esa mirada sin ponerse duro.

“En los meses precedentes a su muerte, mi padre estaba estudiando una planta que se había descubierto hacía poco. Los nativos de la región usaban la hierba en ciertas ceremonias espirituales y mi padre se había estado ocupando en averiguar si podría ser desarrollado para ser usado como agente sedante en procedimientos médicos y similares. Esa planta venía de América del Sur. Lord Emsworth podría ser el mecenas anónimo que solicitó el estudio”.

“Desde luego que es posible, pero, ¿por qué importa eso?”

“Los experimentos de mi padre demostraron que los elementos de la planta eran inestables y la dosificación sería altamente sensible y potencialmente peligrosa. Su último registro en el diario indicaba que tenía intención de interrumpir su trabajo en ese proyecto. Mi padre estaba dedicado al estudio de la herboristería y los productos farmacológicos. Su pasión era explorar las maneras en que los elementos de la naturaleza podrían mejorar nuestras vidas modernas. Que eligiese voluntariamente destruir su propio trabajo era algo sin precedentes”.

Mason frunció las cejas sintiendo un hormigueo de aprensión en la nuca. “Hay más, ¿verdad?”

Ella miró hacia abajo a los libros en el baúl. Cuando habló, fue con cierta renuencia, como si aún estuviera decidiendo qué pensar sobre ese tema. “No es nada que él afirmara de manera directa, pero sigo sintiendo que hay algo entre líneas. Pienso que mi padre estaba preocupado porque quien fuera que pidiera ese estudio tenía intenciones poco honorables. Él no sobrevivió el fuego que consumió su laboratorio. Presumiblemente, tampoco lo hicieron los diarios que contenían las fórmulas y los métodos que él había usado en sus experimentos”. La expresión de ella era severa mientras le miraba a la cara. “Mi padre era meticuloso en el uso de medidas de seguridad en todo lo que hacía. Sus reflexiones indican que era plenamente consciente de la naturaleza volátil del producto con el que estaba trabajando”.

“¿Qué piensas, palomita?”

Ella se giró para mirarle más directamente. “Si una persona que carece de honor e integridad quisiera que se diseñara una droga para intenciones nefarias, ¿sería la clase de persona que permitiera que cualquiera, incluso un duque, se interpusiera en su camino? ¿Y si el trabajo de mi padre no se hubiera destruido en el fuego, sino que fue robado? ¿Y si el incendio no fue un accidente?”.

A Mason se le heló la sangre. “¿Crees que lo asesinaron?”.

La mirada de ella no vaciló mientras contestaba, “creo que es posible que alguien

ordenase el secuestro de un niño y el ahogamiento de dos hombres, podría ordenar que mi padre fuese asesinado para conseguir sus anotaciones".

La teoría tenía visos de ser posible, pero se basaba únicamente en conjeturas. "¿Cómo encaja Freddie en todo esto?"

"Esa es la parte que no he podido averiguar". Su expresión se oscureció mientras soltó un jadeo. "No puedo explicarlo, pero *siento* que está conectado. De alguna manera…"

Él se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla a ponerse en pie también. A pesar del tema tan sombrío, el cálido deslizar de la palma de la mano de ella, en la suya, removía su sangre. ¿Qué le había hecho ella?

Descansando las manos en los hombros de ella, rozó con los pulgares el borde de la mandíbula de ella mientras bajaba la mirada hacia ella con la frente arrugada. "Haré que Morley investigue más acerca de esta sociedad y las actividades de Emsworth en tiempos de la muerte de tu padre, y estos últimos meses. Si hay algo en ello, nosotros lo encontraremos".

"Gracias", contestó ella. Su mirada era grave y su expresión atormentada. Mason sintió una presión en el pecho al detectar el miedo y la frustración que ella intentaba ocultar.

El fuerte instinto de acercarla a su cuerpo para ofrecerle consuelo, además de su intento de darle seguridad, era inusual y sorprendente. En lugar de hacerlo, asintió con la cabeza y bajó las manos a sus costados.

Cuando ella se giró para cerrar el baúl, él miró con suavidad su columna recta y la inclinación de sus hombros. Su corazón le pesaba en el pecho.

No era de los que daban consuelo.

Además… estaba seguro de que ella no lo aceptaría.

#

El sonido del reloj marcando las dos de la madrugada era ominoso en la casa, por otra parte, en silencio. Incluso después de la segunda campanada, Katherine seguía sintiendo sus reverberaciones en el cuerpo. Aunque se había retirado a su dormitorio hacía un rato, seguía sentada completamente vestida en su silla de lectura. El libro que ella había esperado que le sirviera de distracción había sido abandonado hace mucho rato ya.

Antes, después de asegurarse de que Newton y sus guardianes entrenados, estuvieran correctamente asignados en la casa, Hale se había ido para reunirse con su hombre para comentar más investigaciones sobre Emsworth y ver si se había recabado información adicional sobre Warfield. Aunque no sabían cómo o si es que Warfield estaba involucrado, el hecho de que estuviera aparentemente vigilando a los Blackwell, seguía siendo algo preocupante.

Esto había sido hace varias horas y todavía no había regresado.

Si lo que ella sospechaba de su enemigo era verdad, si él había asesinado a su padre, además de los crímenes que ya se le atribuían, era claramente un adversario muy peligroso y empecinado. Si Hale se acercaba demasiado a él en su búsqueda de información, su vida correría peligro.

Katherine intentó interpretar su ansiedad como nada más que impaciencia. Pero no podía negar su aprensión por la demora en su regreso, incluso aunque la idea de preocuparse por un hombre como Mason Hale era casi risible.

Las personas le temían, no se preocupaban por él.

Ella estaba siendo ridícula.

Obligándose a realizar sus preparativos para irse a la cama, se cambió a su camisón y se sacó las horquillas del pelo. Sentada en el borde de su cama, había empezado a cepillarse el pelo para desenredarlo cuando escuchó un suave golpe en la puerta acompañado por un susurro de

palabras, “soy yo. ¿Sigues despierta?”

Una ráfaga de alivio la hizo ponerse en pie deprisa. Hale había vuelto.

Y estaba tras la puerta de su dormitorio.

“Estoy despierta”, dijo ella, su voz un poco sin aliento.

Al cabo de una pausa, él dijo, “¿Tienes intención de abrir la puerta, o te cuento lo que he sabido desde aquí fuera?”

Había diversión evidente en su tono, y eso le hizo a ella imaginarse cómo se curvaban sus labios cuando sonreía. Y eso le hizo imaginarse cómo había sido sentir su boca contra la de ella…

El vientre de ella dio un vuelco y se llevó una mano al abdomen. Él había venido a su dormitorio para darle un informe, nada más. No había razón por la cual su cuerpo se encendiese con delicadas llamas de deseo o que su sangre fluyera aprisa con calor y su piel ruborizarse con sensibilidad.

Ahora no era el momento para semejantes distracciones. Necesitaba estar enfocada y dedicada a resolver la amenaza contra Frederick. Hale era el guardaespaldas de Frederick. Su papel en esa capacidad era mucho más importante que los deseos personales de ella.

“Un momento”.

Respirando hondo, colocó su cepillo en el tocador y cruzó decidida la habitación hacia la puerta. Después de otra respiración honda, abrió la puerta solo unos centímetros, solo lo justo como para permitir asomar la cara.

Estaba en pie más cerca de lo que ella se había esperado. Inmenso y alto. Vestido con calzones de color ante y botas negras con un abrigo oscuro de color azul marino por encima de su chaleco gris y camisa blanca. No llevaba corbatín y el cuello de su camisa estaba abierto, dejando ver la sombra de su clavícula. Su pelo estaba recogido en su coleta habitual, pero se habían soltado varios mechones para rozar sus mejillas cinceladas y su mandíbula dura.

Parecía peligroso. Peligroso y perverso y era todo lo que el cuerpo de ella anhelaba y su corazón imprudente deseaba.

“¿De qué se trata?”. La tensión en ella causada por su agitación interior hizo que las palabras fuesen rudas.

Las cejas de él bajaron un instante antes de alzarse de nuevo mientras la miraba sonriendo. "Solamente se me ocurrió darte una actualización sobre nuestro progreso”.

“¿Se da cuenta de que es tarde por la noche?”

“¿Importa eso?”

Ella no titubeó. “No si trae algo valioso para comunicar”.

Apoyando un gran hombro contra el marco de la puerta, se cruzó los brazos ante el pecho.

“Sabes que esta conversación sería mucho más cómoda si no la estuviéramos teniendo en el umbral de una puerta”.

A pesar de la respuesta hormigueante en ella ante la mirada provocadora de él, ella enarcó una ceja de manera imperiosa.

Él resopló decepcionado. “Los hombres que hemos puesto siguiendo a Warfield indican que aunque el hombre ha estado ocupado por la ciudad, no se ha acercado a la casa y no ha hecho nada que diese a entender que tuviera algo que ver con los secuestros. También tenemos hombres vigilando la casa de Emsworth. No irá a ninguna parte sin que nosotros lo sepamos”.

Un suspiro de alivio ablandó la columna de ella. “Gracias”.

Él asintió con la cabeza. Mientras ella esperaba a ver si él tenía algo más que agregar, la

atención de él bajó hacia lo que era visible del cuerpo de ella, por lo que se podía ver en la rendija estrecha de la puerta abierta.

Bajo la caída suelta de su camisón de algodón blanco, la piel de ella ardía y hormigueaba.

"¿Hay algo más?" La pregunta de ella sonaba forzada. ¿Sabría él que eso se debía al deseo desatado en ella?

Los ojos verdes de él subieron a los de ella. Su sonrisa era descaradamente sensual. "No, al menos si tienes alguna *frustración* que necesites liberar conmigo".

Los dedos de ella se curvaron en torno al filo de la puerta como si fuese a impedir que él entrara, pero el riesgo mayor era que ella la abriera de par en par, permitiéndole entrar libremente y de manera descarada en su habitación.

Ya había reconocido para sí misma que algunas emociones más profundas se habían liado de alguna manera con sus deseos cuando se trataba de este hombre. Y parada aquí, mirando a sus ojos tentadores, no podía ignorar los sentimientos más tiernos que daban vueltas en medio del deseo lujurioso.

Pero, él no era un hombre tierno, ¿verdad?

Ella subió la barbilla. "¿Cree que soy la clase de mujer que pueda ser seducida con nada más que una sonrisa canallesca y su dedo curvado llamándome?"

"No serías la primera mujer en sucumbir bajo mis dedos". La rudeza de su voz baja y la picardía de su expresión sugerían un significado más profundo en sus palabras. Aunque ella no entendía lo que sugería, de todas formas las palabras le hacían tensar sus músculos internos.

"¿De verdad cree que incluirme con sus anteriores amantes es una buena idea?"

"¿Anteriores amantes? ¿Eso significa que tú eres mi amante actual?"

El calor puro y oscuro en sus ojos mientras decía eso casi la pone de rodillas. "No sea presuntuoso".

"¿He de ser directo entonces?" Los planos duros de su cara se oscurecieron mientras bajaba la cabeza hacia ella. "No me he sentido satisfecho con un sabor tan inadecuado de ti, cariño. Has inspirado un hambre insaciable en mí. Un hambre que no se aplacará hasta que haya conseguido tener cada centímetro de tu delicioso cuerpo bajo mi boca".

Un fuego incontenible la atravesó ante el tono sexual directo de su voz. Rudo, explícito, y la derretía por dentro.

Ella *quería* cada centímetro de su cuerpo bajo la boca de él. Su boca perfecta, perversa, hambrienta. El pulso de ella se aceleró al pensarlo. Su sexo le dolía.

No, no es solo que lo quería, lo *ansiaba* más allá de todo raciocinio.

"Lo necesitas, además", murmuró él con la voz espesa. "Lo veo en tus ojos. En el pulso de tu garganta. La manera en que te quedas mirando mi boca. ¿Estás imaginándote dónde te besaré primero? Sin duda la verdad te parecerá chocante". Sus labios se curvaron. "Pero te prometo que te va a encantar".

Ella le creyó.

Se podía lidiar con las emociones. Solo porque sintiera ciertas cosas no quería decir que las tuviera que expresar. O complacerse en ellas. Podría tener esto. Unas pocas horas en la oscura intimidad de su dormitorio. Solo para placer. Solo para ella.

"Esto es una idea terrible", murmuró ella.

"Es una idea brillante", discutió él. "Déjame pasar".

Capítulo Veinticinco

Katherine empujó la puerta abriéndola lo suficiente como para dejar pasar su cuerpo grande mientras retrocedía a las sombras de su dormitorio. Con la vista puesta en él, no paró hasta que él cerró la puerta de manera silenciosa tras su paso.

Y, ahí estaba, intensamente presente en el dormitorio de ella, iluminado por velas. Como si le perteneciese estar allí. ¡Como si fuese suyo el dormitorio! ¡Como si *ella* fuese suya! Su mirada la devoraba. Durante un momento, ella se sentía como si fuese un cordero ante las mandíbulas abiertas de un lobo hambriento. Pero en lugar de asustarla, la cruda violencia de su deseo la excitaba.

Sí. Ella necesitaba esto. Él. La proximidad y fuerza de él. La rendición y el apoderamiento.

Ella se llevó los dedos al cuello para abrir los botones pequeños en el cuello de su camisón, y se quedó sorprendida al darse cuenta de que sus manos temblaban.

El sonido grave de satisfacción de él la emocionó y ella sonrió.

Con movimientos rudos, apresurados, él se quitó el abrigo y el chaleco, lanzándolos hacia el banco del tocador sin mirar a ver si caían ahí. Luego metió la mano tras de la cabeza para agarrar su camisa en un puño, sacándosela por encima de la cabeza con un movimiento rápido, dejando su torso desnudo.

Katherine se quedó quieta, una vez más sin habla, ante la visión de su silueta musculosa.

¿Cómo podía ser tan duro un hombre? Ella permitió que su mirada le recorriera el cuerpo fascinante. Por su pecho, abajo por su abdomen tonificado. Cada centímetro de él era una invitación, rogándole pasar las manos por él. Esas líneas que bajaban desde sus caderas, guiaron la mirada de ella hacia abajo Hacia la larga, gruesa hinchazón de su erección.

El corazón de ella se detuvo ante la visión. Su vientre se removió. Mientras miraba atónita, el miembro se hinchó aún más, hasta que su punta ancha asomaba más allá de la cinturilla de sus calzones.

Un pesado gemido hizo que ella subiera la mirada corriendo a la de él. “¿Ves lo que me haces solo con el tacto de tus ojos? Tener tus manos encima…” Se detuvo, respirando con fuerza por la nariz. “Podrías destruirme tan fácilmente”.

¿Destruirle a *él*?

Ella no creía que eso fuese posible. Pero las palabras le hicieron sentir una ráfaga de poder en el cuerpo. Tiró del cuello de su camisón que se había soltado lo suficiente como para bajar más abajo de sus hombros, luego más todavía.

En cuanto sus pechos quedaron expuestos, la mirada de él cayó en ellos. Los pezones de ella se arrugaron dolorosamente, preparados para la boca de él.

“Ah, duquesa”, gruñó él con suavidad. “Eres una mujer peligrosa”.

Se sentía peligrosa entonces, viendo el efecto que tenía sobre él. De cómo sus manos se cerraban en puños a sus costados y su aliento expandía y contraía su pecho ancho. La manera en que los músculos de su estómago se tensaba y apretaban y sus ojos brillaban con hambre.

Ella sacó los brazos de las mangas del camisón y la prenda cayó al suelo en una nube de algodón suave.

“*Joder*”.

A ella no le importó lo rudo de la palabra susurrada por él. Que su cuerpo desnudo

pudiera suscitar semejante expresión sin filtrar de sus labios era casi tan excitante como la manera en que su voz baja formaba la palabra.

Con tres zancadas largas, llegó hasta ella. Rodeando con los brazos las nalgas de ella, la alzó contra su cuerpo. Ella jadeó ante el calor y la tersura de su piel contra la de ella, tocándola de los pechos hasta la parte superior de sus muslos.

Mirando hacia abajo, ella le vio tomar uno de sus pechos en la boca y chupar. Con fuerza. Ella echó la cabeza hacia atrás y su columna se ablandó mientras se apoyaba contra sus hombros anchos. El delicioso tirón y el borde perverso de sus dientes en su pezón la dejó sin poder pensar.

Ella ni siquiera supo que él había cargado con ella hasta la cama hasta que la bajó encima, soltándola en cuanto su espalda tocó el colchón. Sus manos fuertes agarraron los muslos de ella, separándolos mientras colocaba los hombros entre ellos. Tensándose con sorpresa, ella alzó la cabeza para ver su cara rudamente hermosa, tensa, con una mirada reverente y hambre canina.

"Precioso". El calor de la palabra susurrada bañó su carne sensible un instante antes de que su boca la cubriera con un beso abierto.

La sensación era increíble. Lo húmedo y la calidez. Luego el caliente movimiento de embestida de su lengua, la suavidad de su mamada. Todo acompañado por sonidos exigentes de placer que hacía muy profundamente en su garganta. Como si el acto le excitara tanto como a ella.

Ella no sabía cómo podía ser posible.

La boca de él era magia pura.

Ella nunca habría adivinado que esto es lo que él había querido decir cuando sugirió que ella se quedaría chocada al saber dónde la quería besar.

Pero se equivocaba.

No hubo oportunidad para conmociones cuando cada deslizamiento delicioso de su lengua por el sexo de ella activaba sensaciones tan deliciosas. Cada vez que chupaba, tirón exigente en sus pliegues suaves e hinchados, mandaba un calor de lava en su centro. Sus manos grandes agarraban con fuerza sus muslos, manteniéndola en su sitio con firmeza, mientras las piernas de ella empezaban a temblar y una inquieta, insensata instancia subió más alto dentro de ella. Hormigueantes sacudidas de placer salieron disparadas de su núcleo, por su columna hasta la parte de atrás de su cráneo. Agarró y soltó las ropas de cama en un intento salvaje por mantenerse en su sitio, mientras todo en ella amenazaba con salir volando a la tormenta salvaje que él había creado.

"Maldición, mujer", gruñó él contra la carne de ella. "Sabes a gloria y pecado. No puedo saciarme contigo".

"No puedo…" jadeó ella. Enarcándose, empujó su cuerpo con más firmeza hacia la boca de él, y él respondió con una veloz embestida de su lengua. "Yo… oh, Dios".

Alcanzando hacia abajo, ella agarró la cabeza de él, manteniéndole pegado a ella.

"No te preocupes, cariño, yo sé lo que necesitas".

Con un gemido ronco, él cubrió el capullo del sexo de ella con la boca, chupando con fuerza antes de calmar con la lengua y luego un lametazo largo y plano. Siguió con el tormento. Hasta que el cuerpo de ella se tensó. Hasta que ella ya no podía pensar. Hasta que todo lo que ella sabía era un intenso, abrasador placer. Hasta que ese placer explotó con una luz hormigueante recorriendo cada nervio de ella, dejándola temblando y jadeando para respirar.

Tumbada con las piernas temblando en torno a sus hombros grandes, él se desplazó para presionar un beso tierno en la suavidad de su vientre. Después de hundir la lengua en el pozo

sensible de su ombligo, pasó los labios por las costillas de ella hasta llegar a su pecho.

Katherine apenas podía respirar. Sentía como que él la había hecho un millón de pedazos y ella no podía hacer nada más que quedarse allí tumbada mientras volvía a formarse bajo sus besos tiernos.

El hecho de que él pudiera ser tan maravillosamente atento después de mostrar un hambre tan voraz removía algo muy profundamente en su alma. A pesar de negarlo, había una gran cantidad de suavidad en él. Una riqueza de ello, y él estaba brindando cada gramo de ello en ella.

Gastó largos, preciosos minutos en darle atenciones espléndidas a sus pechos, y pronto el calor ardiente de su boca empezó a bajar hacia la carne todavía pulsante entre sus muslos. El ansia inquieta regresó a su sangre. Ella movió las piernas contra sus muslos velludos. Luego basculó sus caderas hacia arriba a donde descansaba el abdomen de él, obligando sus piernas a abrirse mucho mientras subía y bajaba las manos por los planos duros de su espalda.

Con un último movimiento de la lengua en su pezón dolido, él subió más alto por el cuerpo de ella.

Los ojos de ella se abrieron para ver su cara ancha y apuesta, cerniéndose cerca por encima de la de ella. Sus labios estaban entreabiertos para su respiración entrecortada y sus ojos brillaban con perversión. “Sabía que te iba a encantar”.

A pesar del placer lánguido que seguía cursando por su cuerpo, Katherine puso los ojos en blanco. “¿Has de ser siempre tan arrogante?”

“Absolutamente. No hay nada más satisfactorio que saber que te he dado placer”. Bajó la cabeza para tomar la boca de ella en un beso ardiente y abrasador. “Pero no he acabado para nada”.

“¿Qué?...”

La interrumpió con una embestida profunda de la lengua más allá de los dientes de ella. Mientras la besaba, dejándola sin sentido, desplazó el peso hacia un lado, permitiéndole deslizar su mano callosa por el costado del cuerpo de ella. Unos escalofríos la invadieron con su tacto.

Cuando peinó con la mano los suaves rizos guardianes de su sexo, ella gimoteó.

El suave sonido de malestar le hizo reír.

Katherine arrugó la frente, pero cualquier cosa que ella pudiera haber dicho como respuesta al humor de él, se disolvió mientras él recorría con la punta roma de su dedo por su sexo húmedo.

Ella gimió.

Él lo hizo otra vez y ella movió las caderas. Incluso después del placer que ya le había dado, ella quería más. El hombre la había hecho ser avariciosa.

“¿Quieres sentirme dentro de ti, cariño?” Su voz era un susurro rudo, lleno de tentaciones pecaminosas. Tocó con el dedo la apertura mojada de ella. “Aquí, ¿dónde estás tan caliente y mojada para mí?”

El núcleo de ella se tensó deliciosamente en respuesta y otro sonido suave se escapó de su boca.

Él rodeó con el dedo el capullo hinchado del clítoris de ella. Aumentando el placer con cada roce lujoso. “Dime”, le ordenó con voz ruda.

Katherine se estremeció y cerró la mano en torno a su cuello tenso. Tirando de él hacia abajo hasta que su boca apenas tocaba la de ella, le miró intensamente a los ojos verdes perversos de él. “Quiero sentirte en todas partes”.

Él sonrió. “¿Todas partes?” Deslizó el dedo entre los pliegues de ella, untándolas con la humedad del clímax de ella. Luego levantó la mano para untar con su propia humedad la punta

del pezón de ella haciendo espirales. “¿Aquí?”

“Sí”, dijo ella jadeando, enarcando su cuerpo en el tacto provocador de él mientras la punta de su pezón se arrugaba.

El murmullo apreciativo de él fue seguido de inmediato por un pase de su lengua mientras chupaba la esencia de ella antes de que se pudiera secar en su piel. Luego usó dos dedos hundiéndolos con suavidad entre los muslos de ella otra vez, separando sus labios inferiores parea suavizar y masajearlos. Su tacto intencionado y hábil aceleró la excitación de ella mientras él reunía más de su calor húmedo.

Esta vez, presionó con el pulgar en el centro de su labio inferior y con suavidad lo bajó, instándola a abrir la boca. Sosteniendo la mirada de ella, deslizó un dedo más allá de sus dientes. Ella de manera instintiva, cerró los labios en torno a él y le mantuvo contra la lengua.

Sus ojos brillaron calientes por encima de ella. “¿Y aquí… contra tu lengua rosada?”

Era extraño al principio, cuando se dio cuenta de que estaba saboreándose a sí misma en el dedo de él. Pero la mirada cautivada de él y el deseo de explorar la tuvieron dando vueltas con la lengua en torno a su dedo antes de mordisquear la punta de su dedo mientras él se retiraba.

Solo entonces entendió qué otra parte de su cuerpo podría explorar ella con su boca. La comprensión le hizo ruborizarse fieramente y una nueva oleada de lujuria fluyó por su sangre.

“¿Te ha gustado eso?” Su voz ruda sugería que a *él* sí. Mucho.

Ella afirmó con la cabeza.

La respiración de él era entrecortada y superficial, y su sonrisa era tensa, como si hiciera esfuerzos por retener su humor normalmente desenfadado. Todavía mirándola a los ojos, deslizó el dedo por el sexo de ella otra vez, presionando con más intensidad el núcleo de ella. “¿Te gustaría sentir mis caricias aquí, dentro de ti?”

La respuesta de ella era un susurro tembloroso. “Sí”.

Con un gemido profundo, él tomó la boca de ella en un beso veloz y apasionado. Su lengua se hundió y acarició al lado del de ella. Los dedos de ella se cerraron en torno al cabello de él al ir contestando cada embestida y luego chupó la lengua de él en la boca. Su gruñido de placer era empoderante, y ella soltó su lengua solo para cerrar los dientes en torno a su labio inferior carnoso, probando su poder sobre él.

Él rió con suavidad, y contrarrestó con un mordisquito, seguido por la calmante atención de su lengua. Siguió provocando y excitando y desafiando con su beso, consiguiendo toda la atención de ella hasta que ella sintió el primer estiramiento cuando el dedo de él empezó a empujar más allá de su apertura virginal.

Ella salió del beso con un jadeo ronco ante la molestia inesperada. Él se detuvo de inmediato y le dio besos ligeros en el lado de su garganta. “¿Quieres que pare?”

“No”, contestó ella deprisa, agarrándole del antebrazo para mantener su mano en su sitio entre los muslos de ella. “Sigue. Por favor. Necesito sentirte dentro de mí”.

Él murmuró algo incoherente mientras presionaba más profundamente en ella.

Para cuando su dedo había llegado hasta el fondo, ella no sintió más molestias. En lugar de eso, experimentó una plenitud satisfactoria y la conciencia clara de lo bien que sentía permitirle tanta intimidad con su cuerpo. Y cuando él se retiró lentamente antes de presionar con suavidad hacia delante otra vez, ella suspiró. El deslizamiento húmedo de su tacto por el canal interno de ella despertó nuevas sensaciones y un ansia más profundo.

Ella apretó los dedos en torno a su antebrazo fuerte mientras su columna se arqueaba bajo él. La tensión apretó sus extremidades e hizo que su respiración se entrecortase.

La manera en que acariciaba y estiraba y curvaba su dedo dentro de ella estaba creando

ese placer de nuevo. Pero de alguna manera era más intenso y, sin embargo, no era suficiente al mismo tiempo.

Y, entonces, de repente, era más. La columna de ella se arqueó mientras ella presionaba la cabeza contra el colchón.

Dos de sus dedos estaban deslizándose dentro y fuera de ella. Estirando y ablandando, provocando su carne interna, estimulando los nervios sensibles. Y, entonces, presionó con la base de su mano su clítoris, haciendo círculos mientras embestía con los dedos.

Licenciosa y salvaje, ella basculó las caderas en su mano, alimentando el ritmo que él había empezado. En un profundo movimiento de su pelvis, ella sintió el borde duro de su erección, presionando caliente contra su muslo. De manera instintiva, ella estiró la mano hacia él, cubriendo su largura con la palma de su mano en una caricia torpe.

El cuerpo de él dio un respingo y su respiración se cortó en una pesada bocanada de aire contra el hombro desnudo de ella.

Ella le acarició de nuevo. Esta vez, su pulgar pasó de manera involuntaria por encima de la punta expuesta por encima de su cinturilla. Se quedó atónita ante el calor abrasador y la tersura como de raso de su piel. Intrigada, ella pasó la yema de su pulgar por encima de la punta de él de nuevo, descubriendo la pequeña hendidura y la gota de humedad sedosa que descansaba allí.

Él dejó caer su cabeza de manera pesada al lado de la de ella; su respiración era jadeante. Aunque sus dedos seguían hundiéndose y acariciando la carne interna de ella, el resto de su cuerpo se había quedado poderosamente quieto, como si tuviera miedo de moverse y disuadirla de su exploración actual.

No había ninguna probabilidad de que pasara eso. Katherine estaba fascinada.

Pero sus calzones no le permitían descubrir mucho más de él, y ella de repente tenía muchas ganas de sentir todo. Encontrando los botones, intentó soltarlos. Con un sonido de frustración, murmuró, “quítate los calzones”.

Él rio con suave rudeza. Apoyándose en un codo, sacudió su cabello suelto de la cara y le sonrió. “¿Es eso una orden, duquesa?”

Para nada molesta con el mote, ella le sonrió. “Una orden urgente”.

“Entonces no me atrevo a demorarme”.

Él saltó con gracia de la cama, quedándose en pie al lado. Katherine rodó a un costado, apoyando la cabeza en su brazo doblado mientras veía cómo las manos de él volaban por encima de los cierres de sus calzones. Un momento más tarde los estaba empujando hacia abajo, más allá de sus caderas estrechas. Inclinándose hacia delante, se quitó las botas de prisa y sus medias, luego tiró de los calzones quitándoselos.

Cuando se enderezó de nuevo, ella contuvo el aliento, saboreando el momento.

Magnífico.

Era la única palabra que le venía a la mente al verle de frente. Cada centímetro de él era la incorporación de fuerza y belleza masculina. Incluso su boca arrogante y el ardor de fuego sexual en sus ojos. Y especialmente la larga, curva y dura erección de él orgullosa ante su vientre.

Katherine se dio cuenta de repente que esa parte gruesa y pulsante de él se suponía que debía encajar de alguna manera dentro de ella. Aunque la mecánica de ello parecía absolutamente incomprensible, eso no impidió que su cuerpo reaccionara al pensar en sentir esa intimidad sexual con él.

“¿Amedrentada ahora?”.

La atención de ella voló hacia su rostro. Aunque sus labios adoptaban una mueca

arrogante, ella creyó ver vulnerabilidad destellando en el calor de sus ojos.

Pero eso no podía ser.

Este era Mason Hale. Imbatible en el cuadrilátero. Un temible canalla del East End de Londres. Seguramente no habría nada en el mundo capaz de arrodillarle.

Podrías destruirme tan fácilmente.

Cuando ella no contestó, él rio de manera gutural y dio un paso al frente. Ella rodó hasta quedar boca arriba mientras él estiraba su gran cuerpo pesado encima del de ella. El calor y la textura velluda de su piel eran estimulantes, al igual que el beso que le puso en la boca y la manera en que deslizó un brazo bajo los hombros de ella y el otro bajo sus caderas para sostenerla contra su cuerpo en un abrazo sólido que la abarcaba por completo.

"Funcionará. Confía en mí".

Ella confiaba en él. En algún momento, entre el primer encuentro de ellos y este momento, ella había llegado a confiar en él de manera implícita. Rodeó su cuello con los brazos y alzó la cabeza para pasar su lengua por los labios de él. "Demuéstralo".

"¿Mujer exigente?"

Ella deslizó una pierna de debajo de él y lo enganchó en la cadera de él. Ladeando las caderas, intentó alinearse con su calor duro. "¿Tienes intención de negarte?"

"Para nada", negó él con vehemencia. "He querido follarte desde el instante en que te vi apuntándome con esa maldita pistola".

Sus palabras rudas removieron la feroz necesidad que la arañaba por dentro. La crudeza de él. El hambre descarada en sus ojos. La pura evidencia sin filtrar de su deseo.

No había necesidad de palabras tiernas o promesas que no se podían cumplir. Ahora mismo, en este momento, la necesidad insaciable del uno y la otra era suficiente.

Lo era todo.

El calor entre ellos. Lo hueco en ella. El ansia lujuriosa del placer que él quería darle. El deseo de darle placer a él.

Era lujuria. Sencilla. Real. Sincera.

Mirándole a los ojos, ella vio un reflejo perfecto del deseo profundo y atrevido que ella sentía en su ser. Pero vio otra cosa además. Una pregunta. Una incertidumbre. "¿Estás segura de que quieres esto?". Preguntó él con la voz espesa.

Pensar que él podría dudar de las profundidades de su necesidad por él, aunque solo fuese un momento, inspiró un dolor agudo en su pecho. Ella de repente se sintió desesperada por asegurar que él supiera exactamente lo mucho que ella quería experimentar cada intimidad con él. ¿Pero qué podía decir ella en un momento como este…?

Lo único que le venía a la cabeza era hablarle en palabras que él podría entender con facilidad. Palabras que ella se quedó conmocionada por ni siquiera considerar decir.

Después de la vulnerabilidad y generosidad que él había compartido con ella, seguro que podría ser atrevida. Ser tan expuesta y descarada como lo era él.

Con el corazón martilleándole por dentro, ella hizo otro movimiento de caderas, haciendo que él tensara la mandíbula, antes de llevar su boca a la de él y susurrarle sin aliento, de manera impotente, "Por favor. Fóllame".

Capítulo Veintiséis

A Mason se le paró el corazón.

¿Había dicho ella realmente esas palabras guarras y hermosas? ¿Hablaba con su voz ronca y llena de lujuria, con una entonación perfectamente refinada?

Se lo tenía que creer porque todo en él de repente le pedía con insistencia hacer exactamente lo que ella le había exigido. Su verga pulsaba con tanta fuerza que sentía como que iba a reventar. Todo su cuerpo temblaba con la necesidad de embestir en su calor suave y húmedo.

La besó. Con fuerza. Con toda la pasión violenta arremolinada en él. Y, cuando ella le devolvió el beso con igual fiereza, él se preguntó si había perdido la cabeza.

¿Cómo podía estar aquí de otra si no?

Él era un bruto que había nacido y criado en una chabola, hijo de una madre prostituta y un padre que bebía y que exigía obediencia de sus hijos con los puños. Él era un boxeador convertido en prestamista que no tenía miedo de usar la intimidación y el temor para conseguir lo que deseaba. Un hombre que casi perdió a su hija debido a su abandono egoísta.

¿Qué cambio en el destino permitió que un canalla como él se encontrara en la cama de esta mujer fascinante?

Otro momento. Otro él. Otra mujer, quizás y no habría titubeado.

Levantó las manos para tomar su cara entre ellas. Apoyándose en los codos al lado de los hombros de ella, la miró.

Una nube sedosa y suave, de cabello oscuro caoba, caía en torno a su cabeza, un contraste fuerte con la blancura de las sábanas. Sus cejas fuertes estaban ligeramente fruncidas mientras le permitía mirarla. Él podía ver que ella empezaba a preocuparse por su demora, pero que hacía todo lo posible por no mostrarlo. Era tan valiente. De todas formas, él se tomó su tiempo en admirar su nariz perfectamente recta. Su mandíbula fuerte pero elegante. Los arcos modestamente curvos de su labio superior y su labio inferior relleno que pedía a gritos los dientes de él.

Después de una momentánea pausa mirando su boca, finalmente la miró a los ojos. Ojos oscuros, vigilantes, miraron los suyos desde un borde de pestañas espesas.

En el poco tiempo que llevaba desde que había conocido a Lady Katherine Blackwell, se había dado cuenta de ciertas cosas indiscutibles de ella.

Ella era ferozmente leal, valiente, y lista. No confiaba con mucha facilidad. Su tozudez podía ser frustrante, pero él sabía que era a causa de una necesidad de controlar las incertidumbres de su vida para proteger y guiar mejor a su hermano. También sabía que cuando ella tomaba una decisión acerca de algo, era con una consideración cuidadosa y evaluación a fondo.

Pero nada de eso explicaba cómo es que había acabado en su cama.

“¿Por qué yo?”. La rudeza de su pregunta rompió el silencio que les rodeaba.

La mueca de ella se profundizó.

Con un suspiro, ella recorrió ligeramente la espalda de él con las palmas de sus manos, haciéndole sentir un fino hormigueo en la piel. “¿Es tan difícil creer que te deseo?”

Él esbozó una media sonrisa. “¿Una dama como tú? Casi imposible”. Le rebatió él

Ella enarcó una ceja imperiosa. “*¿Una dama como yo?* ¿Qué quiere decir eso?”.

Él rio ante la veloz aparición de genio en ella. “No te ofendas, cariño. Pero deberías haber salido corriendo en cuanto me conociste”.

La mirada de ella era fiera e intense. “No me das miedo, Mason”.

El sonido de su nombre en los labios de ella por primera vez activó un extraño temblor en su vientre. Frunció las cejas ante esa sensación y sus palabras siguientes fueron más rudas de lo que él había querido. “Debería. No soy un buen hombre”.

“Pero quieres serlo”, le susurró ella.

Quería serlo. Era verdad. Pero eso no significaba que tuviera una posibilidad de ser lo suficientemente bueno para ella. Un gruñido salió de su pecho.

Como si se diera cuenta de la agitación de él, ella levantó las manos para cubrir las de él, que seguían enmarcando su cara, con las suyas. Sus ojos se oscurecieron mientras dejaba escapar un suave aliento. “Estoy aquí porque quiero. Te necesito a *ti*, Mason. No me niegues”.

Él sintió calidez difuminándose por su ser, seguido por una punzada feroz de anhelo. Ella tenía razón. Ella siempre tenía razón. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios mientras movió breve y sutilmente las caderas, permitiendo que la parte superior de su pene hasta el borde mismo de la entrada suave de ella.

Sus pestañas aletearon cuando ella inhaló rápidamente y sus uñas se clavaron en los hombros de él.

Él sintió estremecimientos de placer. Bajando la boca a su oreja, le murmuró con voz ronca, “¿Me necesitas, cariño? Estoy aquí para ti”.

Ella volteó la cabeza para darle mordisquitos en el cuello con sus dientecillos afilados. “Bésame”.

Él tomó la boca de ella, embistiendo con la lengua en el calor húmedo de ella, como deseaba embestir con su verga.

Bajando una mano entre ellos dos, deslizó los dedos por el sexo de ella. Seguía caliente y lista para él. Después de hacer círculos urgentes en torno a su clítoris que hizo que ella se enarcase bajo él y le jadeara en la boca, hundió dos dedos profundamente en su cuerpo.

El sonido que ella emitió fue un gemido sensual.

Retirando los dedos, se agarró el miembro y guio la punta hasta la entrada de ella. Cuando empezó a empujar hacia delante, ella se puso rígida. Sus ojos estaban firmemente cerrados y se mordía el labio inferior.

“Relájate, cariño. Haré que se sienta tan jodidamente bien. Te lo juro”.

Ella abrió los ojos y le miró. “Sé que lo harás. Te necesito. Por favor, Mason. Por favor…”

Mierda. No le quedaba más remedio.

Tensó las nalgas y embistió hacia delante en una apropiación constante. Y, aunque la columna de ella se enarcó y jadeaba, no le quitaba ojo. Y, cuando podría haberse detenido, pensando que ella había llegado al límite de lo que podía tomar de él, ella bajó las manos para agarrar sus nalgas duras e instarle a profundizar más todavía.

En un momento, casi toda su largura estaba encerrada dentro de ella. Estaba tan caliente. Tan suave y maravillosa que apenas podía soportarlo. Su cabeza daba vueltas y su visión se nubló con la lujuria rampante en su sangre.

Los dos se quedaron quietos un momento. Sus respiraciones jadeantes y pesadas. Sus miradas se cruzaron.

Y, entonces, ella se movió. Solo fue un sutil movimiento de las caderas y un suave apretón de sus músculos internos en torno a su verga pulsante.

Los huevos se le tensaron y su verga pulsaba con la subida de su simiente cuando un dolor conocido empezó en su vientre. Mason apretó los dientes contra la necesidad más intensa de correrse que había experimentado jamás.

Todavía no.

Nunca había estado tan cerca del borde de una embestida enloquecedoramente lenta. Pero él le había prometido placer. Y se lo iba a dar.

Con una paciencia infinita y más control de sí mismo que hubiera tenido que usar jamás, se salió hasta que solo permanecía dentro la punta. Luego embistió de nuevo. Entrando en ella con un deslizamiento lento. Apretando las muelas, repitió el movimiento largo de su verga. Una y otra vez.

Cuando ella alzó las rodillas a sus costados, permitiéndole un alcance en ella aún más profundo, él gruñó con la ráfaga de placer que subía por su columna. “Eres maravillosa”.

No se dio cuenta de que había dicho las palabras en voz alta hasta que ella sonrió y el corazón de él se sacudió con violencia en su pecho.

¿Qué diablos le estaba haciendo esta mujer?

Él sentía que todo lo que era estaba a punto de deshacerse. Pero cuando ella alzó el mentón, buscando la boca de él, se la entregó de buena gana. Sus lenguas se emparejaron mientras sus embistes eran cada vez menos pacientes y más urgentes, estimulados por sus sonidos de placer y el picor de sus uñas en sus nalgas y muslos.

Le llevó todo lo que tenía dentro retener su liberación lo suficiente como para verla correrse de nuevo.

Estirando una mano entre ellos, él encontró el clítoris de ella con el pulgar. Rodeando el capullo hinchado al ritmo de sus embestidas, se quedó mirando cómo los ojos de ella se movieron bajo un parpadeo de pestañas espesas y su boca se abría en una respiración pausada.

El sudor le chorreaba por la columna. Su pecho estaba tan tenso de sus esfuerzos por controlarse que le preocupaba no poder respirar correctamente de nuevo.

Jadeando de manera entrecortada, ella alzó los brazos por encima de su cabeza para agarrar las sábanas en puños cerrados. Enarcando la espalda, alzó los pechos y rodeó las caderas de él con las piernas.

Y entonces él lo sintió.

La profunda pulsación de sus músculos internos. Apretando y soltándole en movimientos rápidos antes de disolverse en movimientos pequeños por todas partes. Mientras el cuerpo de ella temblaba, él siguió con las lentas embestidas de su verga y los suaves circulitos que hacía con el pulgar, intentando prolongar su placer mientras ella alimentaba el de él.

Entonces ella abrió los ojos. Pozos oscuros de fuego y maravilla le miraron. “Mason”.

Susurró su nombre con tanta suavidad y tan sensual reverencia, que acabó con él.

Su clímax surgió desde la raíz, apretando sus huevos, tensando sus músculos. Maldita sea, pero quería embestir alto en su cuerpo y lanzar su simiente caliente en la exigencia más primitiva.

Pero no podía.

Embistió una vez. Duro. Levantando las caderas de ella de la cama.

Sus manos cayeron en sus hombros cuando ella se aferró a él. Rindiéndose, suspirando.

Embistió otra vez y sintió el cuerpo de ella tensarse en torno a él, como si quisiera atraerle más profundamente.

El sonido arrancado de su pecho era medio gruñido, medio rugido de tormento. Retirándose de su calor contra todos los instintos que ardía en él, bombeó con el puño por su

largura, todavía mojado con el placer de ella, una vez, dos. Eso fue todo lo que hizo falta.

Se corrió con un gemido ronco mientras su simiente salió en riachuelos pulsantes contra su vientre tembloroso.

El placer fue intenso. Alterante. Quizás un poco aterrador.

Cuando finalmente se quedó agotado, empezó a temblar mientras se mantenía por encima de ella. Se sentía absolutamente débil y solo quería bajar su cuerpo y dejarlo encima del de ella y descansar su cabeza en el pecho de ella.

Miró hacia abajo un momento para ver su simiente brillando en la piel lisa de ella.

Joder. Casi no pudo salirse. El pensamiento de involuntariamente plantar un bebé en su útero le llenaba de emociones violentamente mezcladas. Deseo. Temor. Anhelo. Remordimiento.

Él había cometido ese error con Molly. Y, aunque la madre de Claire y Katherine no eran para nada parecidas, él se había aprendido bien la lección.

Cualquier niño futuro del que él fuese el padre sería con una mujer que quisiera quedarse con él para criar y amarle. Algo que una elegantemente testaruda hermana de un duque nunca consideraría con un canalla como Mason Hale.

Apartándose, se colocó a un lado y basculó las piernas para sentarse en el borde de la cama. Hizo una pausa para llevarse las manos al cabello. Viendo el lavamanos en el rincón, se puso en pie y cruzó la habitación. Mojando un trapo en el cuenco de agua, regresó a la cama.

Su palomita apasionada había caído en un sueño profundo.

Su cuerpo perfectamente formado estaba desplegado con total abandono y sus pequeños y hermosos pechos subían y bajaban con su respiración acompasada.

Una afilada punta de incomodidad surgió en su pecho. Se frotó el lugar con el puño para disipar la sensación.

Usando la tela mojada, limpió su simiente del vientre de ella y la sutil mancha de su sangre virginal de la cara interna de sus muslos. Viendo que su piel se ponía de gallina, la maniobró con cuidado bajo las mantas, se las subió hasta la barbilla para que no se enfriara. Luego se vistió deprisa, manteniendo un ojo puesto en la dama en su cama. Sospechó que ella le diría algo si despertaba y le encontrase escabulléndose, pero no podía pensar ni por un momento que ella querría que se quedara.

Mientras alcanzaba la puerta con una mano, sintió una intensa compulsión de volver a la cama y darle un beso.

No seas un idiota. Déjala dormir.

Obligándose a seguir hasta su propio dormitorio, visualizó su pequeña silueta femenina acurrucada con él en la nube lujosa de mantas y almohadas. Su cabeza en el hombro, su mano enroscada en torno a sus caderas, y una de sus piernas esbeltas por encima de sus caderas.

Mierda. A él no le pertenecía estar en su cama. Era bueno que se hubiera ido.

Una vez en su habitación, se quitó la ropa dejándose los calzones, luego se sentó en el suelo con la espalda descansando contra el poste de la cama. Con un pedazo de carboncillo en la mano y hojas de papel apiladas encima de la tabla de madera que descansaba encima de sus rodillas, cerró los ojos y se imaginó ojos brillantes, una mueca imperiosa suavizada con placer, y un labio inferior atrapado entre dos filas de dientes perfectos.

El carboncillo empezó a volar por encima del papel con una facilidad sensual.

Capítulo Veintisiete

Katherine se despertó lentamente. Primero, reconoció la calidez y el confort de su cama,

luego el sutil dolor de su cuerpo, y después la profunda sensación de contento que surgió en su corazón.

Mason.

Antes de estar completamente consciente siquiera, estiró una mano para alcanzarle.

Y, encontró que su cama estaba vacía.

Se incorporó y miró a su alrededor por el dormitorio, que apenas empezaba a iluminarse con la luz del amanecer. Ya sabía que él no estaba allí, pero la soledad que la atenazó al darse cuenta de eso la sorprendió. Subiendo las rodillas hasta su pecho, las rodeó con los brazos e intentó pensar en lo último que recordaba.

Placer.

Asombro.

Conexión.

Se dejó caer hacia atrás contra las almohadas y se tapó la cara con las manos.

¿Cómo pudo quedarse dormida inmediatamente después de una experiencia tan maravillosa? ¿Si no se hubiera quedado dormida, se habría quedado Hale? ¿Lo habría querido ella?

Su vientre se revolvía con anhelo. Lo habría querido absolutamente.

Para ser un hombre indiscutiblemente atrevido y rudo, además de frustrantemente dominante, su dominio sensual del cuerpo de ella y el placer que le había dado estaban llenos de ternura y generosidad.

El hombre era mucho más de lo que permitía que viese la mayoría de la gente.

Anoche, ella había tocado la parte de él que mantenía escondida tras un exterior rudo y burlón. Ella quería más. Quería *conocerle*. Su pasado, sus miedos, sus deseos y sus sueños. Quería ser alguien en quien él confiara con todo su ser. Quería entender lo que le había hecho ser el hombre que era ahora.

Y, más que nada… ella quería ser la mujer con la que se quedaba toda la noche.

Con una fuerte punzada en el pecho, se dio cuenta de que eso era la fuente principal de su malestar.

Después de los besos estremecedores, las caricias seductoras, el placer desmesurado, él se había vestido y alejado sencillamente.

No debería importarle.

Cuando ella decidió llevárselo a la cama, no había tenido ninguna expectativa más allá de la necesidad de expresar el deseo que la invadía. No tenía ilusiones del porvenir. Había sido, por la pura experiencia carnal, una culminación inevitable de la atracción que había crecido entre ellos.

Pero había habido momentos en los que le miró a los ojos y lo había sentido mucho más. Una conexión. Una completud. Una sensación de corrección y asombro. ¿Había sido un engaño de la luz de las velas o una ilusión de lujuria que la tenía pensando que había vislumbrado la misma emoción en los ojos de él?

Y, ¿por qué pensar que se había engañado a sí misma creyendo que algo mágico había ocurrido entre ellos anoche la hacía sentirse tan triste con esa pérdida?

#

Inclinando la cabeza, Katherine arrugó el entrecejo ante su reflejo en el espejo de su tocador. No estaba exactamente segura de lo que estaba buscando o por qué sentía como que no lo estaba encontrando, pero algo en la expresión de su cara le hizo sentir una brusca punzada de insatisfacción.

Se había vestido para la velada de Lord Shelbourne, con un vestido de noche de un color lavanda pálido con suave encaje gris bordeando las mangas, el corpiño y el dobladillo. Su cabello había sido recogido en un moño con rizos en la coronilla. Tres cordones de perlas Unidos con un broche brillante de amatista rodeaban su cuello, y perlas pequeñas colgaban de sus orejas.

Su aspecto no era el colmo de la moda londinense, pero tendría que ser suficiente.

No estaba deseando salir esta noche, pero había aceptado la invitación de Lord Shelbourne para la pequeña velada hacía unos días, cuando había sentido la necesidad de establecer algunos vínculos sociales por el bien de Frederick.

Solo es que no quería que fuese esta noche, cuando todavía estaba reaccionando debido a la experiencia con Hale. Su mente estaba abarrotada de pensamientos serios y palabras todavía sin decir, sentimientos que parecían más grandes de lo que esperaba, y tanta pérdida de control que hacía que su corazón se acelerara de pensarlo.

No se sorprendió al recibir la nota de él cancelando su lección de ese día, aunque estaba ciertamente irritada porque no se había molestado en darle una razón. Ella se había ido a su estudio para repasar los diarios de su padre una vez más. La conversación acerca de la posible participación de Emsworth en el asunto y los diarios faltantes le tenían la mente dando vueltas en todas las direcciones mientras hacía esfuerzos por fijarse en qué tenía todo esto que ver con su hermano.

Cuando el reloj marcó la hora, se puso en pie con un sentimiento de inquietud en el estómago y se alisó el vestido de seda con las manos. Era solo una fiesta. Entre un grupo de desconocidos.

No era un problema.

En la base de las escaleras, tomó su capa de Foster, que la informó de que el carruaje ya había sido traído desde el establo y la aguardaba. Estaba a punto de salir por la puerta cuando escuchó unas pisadas conocidas. Un revuelo de chispas hormigueantes surgió en su vientre cuando se dio la vuelta para ver a Hale bajando decidido los escalones. Iba vestido con ropas oscuras y no llevaba corbatín. El cabello le caía a los hombros. Cuando ella se atrevió a mirarle la cara, vio una mueca ensombreciéndole la frente.

“No me digas que estabas pensando en irte sin mí”.

Ella frunció las cejas mientras su cerebro hacía intentos por dominar la alocada reacción de su cuerpo. “¿Y, por qué no lo haría?”.

Él se quedó parado ante ella. Lo suficientemente cerca que tuvo que alzar el mentón para mirarle a la cara. Su mirada dura le barrió de la cabeza a los pies antes de volver a mirarle a los ojos.

Entonces, por fin, sonrió y su voz se puso ronca. “Te vistes muy bonita, palomita”.

Ignorando la manera en que su voz la derretía por dentro, cerró los labios y alzó una ceja. “No vienes conmigo esta noche”.

Llegar sin acompañante era una cosa. Llegar con un guardaespaldas bruto era otra bien distinta.

“Oh, desde luego que voy”, contestó él, tomando la mano de ella y llevándosela al antebrazo antes de guiarla el resto de los escalones delante de la casa.

“No hay motivo para que vengas conmigo”, discutió ella, aunque ya sospechaba que hacerlo era en vano. “Tu trabajo es proteger a Frederick. Él se queda aquí; por lo tanto, *tú* debes quedarte aquí”.

Llegados al carruaje, Hale tomó la mano de ella con firmeza para ayudarla a subir al vehículo. “Tengo cuatro hombres bien entrenados vigilando esta casa y a tu hermano esta

noche”.

Ella se acomodó en el asiento y antes de poder apartar sus faldas siquiera, el corpachón de él entró después de ella sentándose en el asiento de enfrente. “Tú, por otro lado, me tendrás a mí”.

“No te necesito”, mintió ella. “Frederick sí”.

Hubo una pausa después de esas palabras mientras la miraba con intensidad en el carruaje oscuro. “Voy a protegerte, duquesa, te guste o no. Pero no te preocupes, buscaré un sitio en la oscuridad para mantenerme lejos de los invitados elegantes y sus sensibilidades delicadas”. Se inclinó hacia delante, descansando los codos en las rodillas, mientras su mirada intensa parpadeaba. “Pero estaré allí. "Por si decides que sí que me necesitas después de todo”.

Luego se echó hacia atrás más cómodamente en el asiento y golpeó con los nudillos el techo del carruaje para avisar al cochero que emprendiera el viaje.

Mientras el carruaje rodaba por las calles iluminadas con farolas, Katherine aceptó la compañía de Hale con emociones contrastadas de preocupación y alivio. Preocupación por la seguridad de su hermano mientras su guardaespaldas estaba con ella. Y alivio al tenerle a su lado. No se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba por esta salida de noche en sociedad londinense hasta que él logró darle un poco de seguridad con su mera presencia.

Era solo una fiesta. Lograría estar allí unas pocas horas y luego estaría de camino a casa de nuevo. Con Hale sentado delante de ella.

¿Y luego qué?

¿La escoltaría hasta su dormitorio? ¿Querría entrar? Ese pensamiento le hizo sentir ardor. Se obligó a cambiar el tren de sus pensamientos.

“Dudo que esté en peligro en un pequeño encuentro de sociedad”.

La cara de él se oscureció. “¿Has considerado la posibilidad de que quien sea que esté detrás de Frederick podría intentar usarte para llegar a él?” El chaval imprudente se entregaría en un instante si supiera que estás en peligro”.

“Cómo haría yo por él”, constató ella, aunque pensar que Frederick hiciera nada así la aterrorizaba.

Esbozó media sonrisa. “Como decía… una imprudencia”.

“¿Me estás diciendo que no harías lo mismo?”. Preguntó ella.

Su mirada encontró la de ella en el carruaje oscuro. “No soy un chaval canijo todavía aprendiendo a dar un puñetazo bien hecho”.

“No”. Una sonrisa suavizó la boca de ella mientras le evaluó el cuerpo musculoso. “Está claro que no eres eso para nada”.

Él se movió en el asiento y su voz bajó. “No me mires así, palomita”.

Una pausa.

“¿Cómo te estoy mirando?”

“Cómo que estás pensando en subirte a mi regazo para sentir lo grande que soy”.

Ella no había estado pensando en eso, pero ahora ya estaba claro que lo pensaba.

“Y, ¿es eso una mala idea?”. Susurró ella.

Él dio un gruñido diciéndole. “Si no quieres llegar a tu fiesta con el aspecto de una mujer a la que le han dado placer, lo es”.

El sonido rudo de su voz la atravesó con un efecto hormigueante, excitando cada nervio de su ser. Le miró sin pestañear mientras el deseo creciente en ella la envalentonó. “Podríamos ser… ¿discretos?”

Él soltó una carcajada ruda. “No soy discreto, corazón. En cuanto te pusiera las manos

encima te estaría arrancando ese vestido del cuerpo".

Las palabras de él la dejaron sin aliento.

Pero entonces el tono de su voz cambió al agregar, "No me tomes nunca por un caballero, duquesa". Soy un truhan del East End y siempre lo seré.

"Eso puede ser cierto", contestó ella con sinceridad. "Pero también eres mucho más que eso".

Él dijo con una mueca. "Correcto. Soy un hombre al que le gusta usar los puños y llevar apuestas para peleas ilegales".

El desprecio por sí mismo en su tono de voz hizo que Katherine añadiera, "También eres un hombre que inspira lealtad y seguridad en un niño de doce años que tiene unos buenos motivos por los que no fiarse de nadie. Un hombre que se alejó de la vida que conocía para acoger a dos niños que le necesitaban. Un hombre que ama y protege a su hija pequeña de una manera que a él no se lo hicieron".

Hubo una pausa larga.

Su voz era baja y grave cuando habló finalmente. "He hecho muchas cosas en mi vida que te harían estremecerte de horror".

"Has hecho lo que necesitabas hacer". Ella bajó el mentón y sonrió. "Y no me asusto con facilidad".

Él rio. "Estoy empezando a creerlo".

Ella alzó las cejas. "¿Qué más he de hacer para demostrártelo?"

"No me tienes que demostrar nada", contestó él con tono brusco mientras la expresión en su cara se endurecía.

Ella no se permitió desviar la mirada. "Quiero hacerlo".

"¿Por qué?"

El corazón de ella de repente latía muy deprisa. Tanto que su respiración se volvió superficial. Acababa de afirmar que no tenía miedo. ¿Iba a titubear cuando era eso más importante que nada?. "Me gustaría saber lo que se siente, el ser valorada… por un hombre como tú".

Él no contestó de inmediato, y en el silencio que siguió la confesión de ella, su manera de estar cambió. Se endureció. No era exactamente ira lo que ella vio en sus ojos, pero tenía una intensidad similar. Luego ladeó la cabeza con una sonrisa de fanfarrón.

"¿Valorada?", dijo con un tono levemente burlón. "¿No quieres decir follada?".

Capítulo Veintiocho

El corazón de Katherine se hundió. Nunca habría pensado que él le devolvería sus palabras de anoche, palabras que ella había dicho con pasión, vulnerabilidad y necesidad. Mientras le miraba fijamente, el dolor y la conmoción tensándole el pecho, notó la tensión en el cuerpo de él y la manera en que cerraba los puños como si se preparase para pelear. "¿Es eso lo que crees?". Preguntó ella con la voz baja.

"¿Qué otra cosa hay?".

Aturdida por su repentina manera de ser hosca y su tono de desprecio, no pudo articular una respuesta.

Entonces el carruaje se paró y un lacayo apareció casi de inmediato para abrir la puerta.

Katherine titubeó. Mirando a Hale, abrió la boca para hablar, aunque no tenía idea de lo que tenía intención de decir. Pero no pudo decir nada porque él habló primero.

“Vete a tu fiesta, duquesa. Tus elegantes amigos te aguardan”.

Tenía razón.

No estaba segura de qué le había hecho ponerse rudo y burlón, pero le conocía ya lo suficiente como para darse cuenta de que era una desviación. Aunque tenía todas las intenciones de terminar esta conversación, las cosas que realmente quería decirle requerían más tiempo, *merecían* más tiempo, y un entorno mucho más íntimo.

Volviéndose, tomó la mano del lacayo y pisó el pavimento delante de la casa bien iluminada y elegante de Lord Shelbourne. Aunque pensó que quizás había escuchado a Hale murmurar su nombre, lo ignore. Solo tenía que superar esta noche, luego podría regresar a lo que era importante.

¡Dios! Odiaba las fiestas. O quizás era la idea de estar rodeada por desconocidos que la tenía tan inquieta. Desgraciadamente, casi todo el mundo en Londres era alguien desconocido, pero estaba decidida a empezar a cambiar eso. Por el bien de Frederick.

Con la columna recta y pasos largos, caminó hacia la casa, donde aguardaba otro lacayo al lado de la puerta abierta.

Fue recibida en la entrada por un mayordomo correctamente estoico. Después de tomar su capa, la guio al salón, donde ya estaban reunidas casi dos docenas de personas. Cuando anunciaron su llegada, Lord Shelbourne dio un paso hacia delante con una sonrisa encantadora para inclinarse de manera elegante por encima de la mano de ella.

“Mi querida Katherine, qué encantador es tenerla con nosotros esta noche”.

A pesar del esfuerzo que le costaba mantener una fachada desenvuelta, Katherine le devolvió la sonrisa. “Muchísimas gracias por la invitación, milord. Ha pasado mucho tiempo desde que haya tenido una oportunidad de disfrutar de un poco de sociedad”.

El caballero miró por encima de su hombro con cierta preocupación. “¿No tiene acompañante, Lady Katherine?”.

Ella alzó una ceja. “Espero que eso no sea un problema”.

“No hay de qué preocuparse, querida. Todos somos amigos aquí”, Shelbourne contestó con suavidad mientras la giraba hacia sus invitados. “La presentaré. Todos tienen ganas de conocerla”.

Por lo visto, su paseo por el parque con Hale y la posterior mención en las crónicas de sociedad habían suscitado más atención del que había esperado. Al cabo de casi una hora, Katherine se sintió rebasada por los nombres y las caras que tendría que retener y se dio cuenta de que se le estaban acabando los temas de conversación amable.

Como si se diera cuenta del cansancio de ella, Shelbourne se inclinó para susurrarle con suavidad. “Solo unas cuantas presentaciones más, querida, y entonces podrá mezclarse libremente con los demás como desea”. La guio hacia un caballero más mayor que aguardaba la aproximación de ellos con una sonrisa franca. “Lady Katherine, le presento a mi querido amigo Lord Emsworth. “Ha estado especialmente ansioso por conocerla”, agregó Shelbourne con una sonrisa.

Katherine tuvo que hacer acopio de todo su valor para no tensarse y dar un respingo al escuchar ese nombre. Lord Emsworth era un hombre más mayor, con el pelo plateado y cejas pobladas que llevaba unas pequeñas gafas redondas en ojos tan oscuros que parecían negros. Cuando él se inclinó con respeto ante ella, Katherine tuvo suficiente aplomo para brindarle una sonrisa amable y asentir con la cabeza. “Un placer conocerle, milord”.

Las palabras casi se le atragantaron en la garganta.

“Un placer, Lady Katherine”, replicó Emsworth con suavidad. Su voz era comedida y

suave. Casi extrañamente suave. “Aunque nunca conocí a su padre, conversamos unas cuantas veces por carta. Su muerte fue una trágica pérdida de una gran mente”.

Ella se sintió alarmada, pero se obligó a recordar que no tenían pruebas de que este hombre tuviera ninguna conexión con la muerte de su padre, o los secuestros. Solo eran especulaciones. Si era cierto que estuviera detrás de ello, no podía arriesgar dejar ver las sospechas que tenían ahora mismo.

“Gracias, milord”, contestó ella. “¿Tiene algún interés en la herboristería?”.

Los labios pálidos de él adoptaron una sonrisa controlada. “Mis intereses se dirigen más hacia las exploraciones, pero unos pocos estudios de su padre en plantas raras me interesaron”.

“Lord Emsworth ha sido un mecenas de una gran cantidad de descubrimientos recientes de nuestra época”, se ofreció Shelbourne.

Katherine se obligó a sonreír. “Qué admirable”.

Emsworth inclinó la cabeza leve en un gesto de humildad que hizo que las entrañas de Katherine se revolvieran. Cuando un lacayo apareció a su lado con una bandeja de copas de champán, ella aceptó una copa agradecida.

“Ayuda a ser un verdadero apasionado de tu trabajo”, contestó él. “Me imagino que fue testigo de ello en la dedicación de su padre”.

“Sí. Mi padre estaba muy dedicado a ello.”

“Si nos disculpa, Lord Emsworth, tengo que presentar a mi joven invitada al Lord y Lady Drennan”.

“Por supuesto. Que disfrute de la velada, Lady Katherine”.

“Y usted también, milord”, contestó ella mientras Lord Shelbourne la acompañó hacia una pareja cercana.

Casi veinte minutos más tarde, la ansiedad y conciencia de la presencia de Lord Emsworth no se había aplacado en ella. Aunque estaba en pie hablando con un efervescente trío de mujeres casi de su edad, no podía dejar de echar vistazos cautelosos hacia ese hombre. No es que esperara que él hiciera algo, incluso si era el enemigo anónimo. Estaban en medio de una fiesta después de todo.

A pesar de que su comportamiento parecía completamente normal, el escalofrío de alarma que suscitó en ella nunca la dejó. De hecho, se agrandó hasta que empezó a sentirse vigilada desde todos los ángulos. Como si fuese una oveja rodeada por lobos invisibles lentamente acercándose. Parte de ella reconocía que podría estar reaccionando de manera exagerada, pero otra parte, la voz callada y firme en su cabeza, le insistía en que estaba en peligro.

Cuando Shelbourne anunció que una de las invitadas, una joven con talento al piano, se había ofrecido para dar una ejecución improvisada en el invernadero, Katherine decidió que iba a aprovechar el flujo de personas saliendo del salón para irse de la casa directamente. Aunque se daba cuenta de que sería mala educación irse sin despedirse de su anfitrión, la creciente ansiedad que sentía le convenció de no cumplir con el gesto.

Quedándose hacia atrás mientras las otras personas avanzaban, tomó la primera oportunidad para cambiar de dirección y encaminarse hacia la puerta delantera. Quizás más tarde reconocería que había permitido que un temor irracional superara el sentido común, pero ahora mismo, todo lo que pudo pensar era en salir a donde Hale la esperaba.

El vestíbulo de la casa estaba vacío. Por desgracia, ni siquiera el mayordomo estaba a punto de buscar su capa.

“Lady Katherine. ¿A dónde va?”.

Ella se giró ante el sonido de la voz profunda y vio a un caballero de mediana edad con el pelo negro y una mirada pesada, entrando en el vestíbulo.

Calmando su respiración, sonrió mientras rebuscaba en la memoria el nombre de él. “Lord Lowndes. Me ha sorprendido”.

La expresión del lord se ensombreció con preocupación aparente mientras seguía caminando hacia ella. “No me diga que se marcha tan pronto”.

Haciendo lo mejor que podía para disfrazar la ansiedad que sentía, le contestó, “me temo que no me encuentro muy bien. Si me hiciera el favor de darle mis disculpas a Lord Shelbourne…”

“No hay necesidad de ello, querida”, Shelbourne interrumpió entrando en el vestíbulo detrás de Lowndes. “Puede dármelas usted misma”.

Cuando se quedó parado a su lado, ella le sonrió con debilidad. “Me disculpo por marcharme tan pronto, milord. Pero he de irme”.

La mirada de preocupación del hombre mayor era evidente, mientras miraba con curiosidad a Lowndes. “Mi querida Lady Katherine. Tiene un aspecto desmejorado. No puedo, con consciencia, permitirle que se vaya sin acompañar. Yo la llevaré a casa personalmente”.

“Eso es innecesario. Solo llevará un momento para que me traigan mi carruaje”.

Lord Shelbourne sonrió con suavidad mientras miraba a Lord Lowndes. “Yo me ocupo de la dama. Por favor, regrese a la fiesta milord”.

Lowndes se inclinó brevemente y luego se dio la vuelta alejándose. Durante un momento, Katherine consideró en llamarle para que regresara, sintiéndose de repente inquieta.

Shelbourne dio un paso hacia ella para tomar su codo en la mano mientras abría la puerta de la casa, revelando un carruaje, todo negro, ya allí. “Ve, mi carruaje, ya la aguarda, querida”.

Sintió una oleada de pánico cuando miró al hombre a su lado, cuyos ojos se habían vuelto temiblemente apagados cuando su mano se apretó en torno a su brazo. El pánico se convirtió en ira mientras le hablaba con tono escueto. “Le agradeceré que me suelte, milord. "Ahora mismo”.

Shelbourne suspiró mientras la mirada de suave preocupación cambió fácilmente de su rostro reemplazado por una expresión brusca de censura. “¿Es normalmente tan exigente y contenciosa, Lady Katherine?”.

“Siempre”, replicó ella, dándose cuenta de que veía la verdadera naturaleza de Shelbourne por primera vez. Y era un bastardo engañoso.

“Bueno, no tenemos tiempo para eso. Suba al carruaje”.

“No lo haré”, replicó ella entre dientes.

Shelbourne soltó otro suspiro de suficiencia mientras miraba por encima de la cabeza de ella al mayordomo, que pareció aparecer de la nada. Shelbourne asintió brevemente con la cabeza y el puño del mayordomo se disparó, conectando con la sien de Katherine. La explosión de dolor hizo que sus piernas cediesen y su visión se nubló. Dolor y una confusión bloquearon su habilidad para resistirse cuando el mayordomo la alzó entre los brazos y la bajó corriendo por las escaleras delanteras de la casa.

Mientras ella forcejeaba para recobrar el sentido, un sonido como el de un rugido de león enfurecido se escuchó en el silencio de la noche, y la voz de Shelbourne tenía una nota de inquietud por primera vez. “Dentro del carruaje. Ahora”.

El mayordomo metió a Katherine en el vehículo que esperaba. De inmediato ella se enderezó en el asiento mientras Shelbourne se metía aprisa detrás de ella. La puerta apenas se cerró antes de que el carruaje emprendiera la marcha velozmente.

Otro grito de furia reverberó en el aire.

“¿Qué diablos era eso?”. Murmuró Shelbourne.

Katherine parpadeó para despejar su vista para verle mirando por la ventana.

Ella sabía lo que había sido ese ruido. Y no le quedaba duda de que Hale no estaría muy lejos de ellos. Durante un momento, sopesó si decírselo a Shelbourne solo para ver cómo se justificaba su temor. Pero habría tiempo para eso más tarde.

Ahora mismo, ella tenía intención de conseguir unas buenas respuestas.

Respirando profundamente por la nariz, se enderezó un poco más. Aunque le dolía la cabeza, se obligó a despejar su mente y fulminó con la mirada a su secuestrador. “¿Por qué me ha secuestrado? ¿Qué quiere?”

Los ojos grises del hombre mayor la miraron con pesadez sentada en un rincón del asiento. “Tu familia ha sido mucho más difícil de lo que esperaba”. Su mirada se estrechó. “Esperemos, por tu bien, que haya valido la pena”.

Katherine se tensó y repitió su pregunta. “¿Qué quiere?”

“Solo un poco de tiempo con el joven duque”, contestó él barriendo el aire con la mano. “Nada más”.

Ella tragó el nudo que sentía en la garganta de miedo ante la mención de su hermano, una confirmación de que Shelbourne había estado detrás de los secuestros todo el tiempo. Se sentía tan tonta por haber confiado en él, por acudir a él cuando Frederick había desaparecido, ¡el hombre responsable de ello! “Nunca llegará a él”.

La sonrisa de Shelbourne era inquietantemente segura. “Tenemos maneras para poder persuadirle, querida, que han demostrado ser bastante eficaces. De una manera o de otra, el niño pronto estará en nuestras manos”.

La ira estalló en su pecho. “¿Qué quiere de él?. Es un niño”.

“Ah, pero el duque no es cualquier niño, ¿verdad?”.

Katherine apretó los dientes. La arrogancia y el placer astuto en la voz del hombre eran enfurecedores. “No entiendo”.

Shelbourne suspiró. “Verás, querida, el anterior Marqués de Warfield nos ayudó bastante recomendando a tu padre para una tarea especial que teníamos que completar.” El viejo afirmó que Charles Blackwell sería fácilmente asequible. Se equivocó en eso, pero estuvo en lo correcto en cuanto a los talentos de tu padre. Nadie ha sido capaz de replicar los resultados de tu padre y se nos está acabando la paciencia”.

Preparándose para la respuesta que ya sabía que venía, miró los ojos grises carentes de emociones de Shelbourne. “¿Mató a mi padre?”

Él hizo un gesto con la mano. “La muerte de tu padre fue una consecuencia inevitable”.

El dolor y la ira ardían en su sangre, pero el hombre sentado delante de ella no parecía darse cuenta mientras seguía hablando. “No podíamos permitir que tu padre destruyera el trabajo que había hecho. Después de meses, había logrado al fin crear la fórmula correcta. La poción hacía todo lo que necesitábamos que hiciera. Y entonces se atrevió a hurtárnoslo. Desgraciadamente, sus anotaciones no nos han servido de mucho, ya que nuestra gente no ha sido capaz de hacer nada con ellas. Todos los intentos han fracasado en producir los resultados que tu padre indicó. Ha sido infinitamente frustrante.” Sonrió. “Menos mal que antes de su muerte prematura, Warfield logró recordar que el joven duque tiene fama de ser bastante genial. Superando incluso a su padre”.

La manera en que mencionaba la muerte de su tío hizo que ella sospechara que él de alguna manera había tenido algo que ver. No pudo sentir pena por el anterior marqués que les había traicionado tan completamente.

“Comete un gran error”, advirtió ella.

“Creo que no. De hecho, si es la mitad de listo de lo que dicen, tengo plena seguridad de que tu hermano solucionará todos nuestros problemas”. La mirada de Shelbourne se volvió oscuramente severa. “Especialmente cuando entienda lo que le pasará a su hermana si no lo hace”.

Capítulo Veintinueve

Un revuelo ante la puerta delantera de la casa de Shelbourne le llamó la atención a Mason. Mirando en la oscuridad maldijo su pobre visión. Un carruaje horrendamente pintado de negro se había parado hace poco tiempo y tuvo que desplazarse un poco más lejos para poder seguir vigilando la casa.

Le pareció haber visto de refilón el vestido lavanda que Katherine había llevado, pero desde su ángulo actual, no podía ver qué estaba pasando. Si ella había decidido irse de la fiesta temprano, él no iba a quejarse por eso.

Desgraciadamente, debido a todos los vehículos alineados en la calle, le llevaría varios minutos hacer que Newton condujese el carruaje de donde estaba un poco más allá en el camino. Murmurando un juramento, se encaminó hacia la casa. En cuanto se acercó lo suficiente como para confirmar que era Katherine en el umbral de la puerta, se dio la vuelta para hacerle una indicación con el brazo, esperando que Newton le viera y llevase el carruaje hacia ellos.

Miró de nuevo la casa justo a tiempo para ver a dos hombres cargando con el cuerpo desplomado de Katherine bajar los escalones de la casa, directamente hacia el carruaje negro que aguardaba.

Qué diablos…

Se sintió presa de la conmoción y la ira que explotaron de manera caótica en él, explotando de su garganta en un rugido primitivo que reverberó en la noche mientras salía corriendo.

Se quedó mirando, horrorizado como el carruaje emprendía la marcha. No iba a alcanzarlo. ¡Se estaban escapando!

Otro sonido de furia descarnada se abrió paso en el pecho de Mason. El terror le retorcía el estómago. Aunque todos los instintos primitivos le instaban a seguir detrás de ella, nunca les iba a alcanzar a pie. El corazón, martilleándole por dentro, rezó por primera vez en su vida mientras rogaba al poder que fuera, que Newton le hubiera visto hacer el gesto con el brazo. Miró por encima del hombro corriendo para ver si el carruaje Northmoor estaba cerca. En lugar de eso, un volantín tirado por dos caballos se aproximó a una velocidad infernal antes de detenerse abruptamente a su lado.

El Marqués de Warfield miró a Mason desde el asiento del conductor con ojos que brillaban extrañamente en la oscuridad. Mason había conocido a algunos hombres con ojos como esos, congelados, carentes de emoción, pero ninguno con la intensidad de este hombre.

“Suba”.

Mason no lo dudó. Saltó al rápido vehículo de dos ruedas. En cuanto su trasero se posó en el asiento, Warfield chasqueó las riendas y se encaminaron. El carruaje negro ya se estaba perdiendo en la oscuridad delante de ellos.

“Más deprisa, maldita sea”, gruñó Mason. No se fiaba ni pizca del hombre a su lado y no

tenía ni idea de por qué se había sumado a este rescate, pero si estaban siguiendo a Katherine, él se habría unido al diablo en persona.

El hombre a su lado chasqueó las riendas otra vez y el volantín aceleró la marcha, obligando a Mason a prestar atención para no caerse de su asiento.

"Si les perdemos, tengo una idea de dónde es probable que vayan. Aunque… si estoy en lo correcto, eso no augura nada bueno para su dama".

La voz de Warfield era controlada a pesar de la velocidad a la que estaban yendo por las calles.

Mason fulminó al hombre con la mirada. "¿Qué sabes tú de ello?"

Sin desplazar la mirada de la calle delante de ellos, Warfield replicó, "Lord Shelbourne, el hombre que se la ha llevado, está metido en unos asuntos muy turbios".

"¿Cómo asesinatos y secuestros?", replicó Mason. "Lo sabemos".

Warfield giró la cabeza, mirando a Mason con intensidad. "Peor todavía".

Un miedo helado le surcó la columna. "¿Qué quiere?"

El marqués frunció el entrecejo. "Sospecho que tiene algo que ver con el trabajo del anterior duque".

Los instintos de Katherine habían sido correctos.

El pecho de Mason se apretó de manera dolorosa y un gruñido surgió desde muy dentro de su ser. Maldita sea. Había temido que los secuestradores se fijarían en ella si no lograban llegar a Freddie, pero había creído que sería capaz de protegerla.

Tenía que haberla encerrado en su dormitorio, y él con ella, hasta que hubiera lidiado con todo este maldito lío.

Mientras su cabeza y su corazón lidiaban con emociones que no había sentido desde que recuperó a Claire, empezó a darse cuenta de que la distancia entre ellos y el carruaje negro se iba agrandando poco a poco. El volantín estaba ralentizándose. Mason se giró para agarrar el abrigo de Warfield en un puño. "¿A qué juegas, Warfield?".

Imperturbable, el marqués contestó, "Le he dicho que sé a dónde la están llevando. Ahora mismo no creo que se haya dado cuenta de que le están siguiendo. Si queremos tener algún elemento de sorpresa, hemos de ser cautelosos al acercarnos. Yo sé otro camino".

"¿Por qué he de fiarme de ti?"

La expresión del rostro del otro hombre se ensombreció mientras un tic se hizo visible en el borde de su mandíbula. "No tengo deseo de ver que le hagan daño a mi prima", murmuró enojado.

Mason le miró sobrio. "¿Es por eso que les estás siguiendo?"

"Lo es, realmente. Estaba intentando determinar si corrían peligro. Cuando me di cuenta de que habían enlistado un guardián, pensé que estarían a salvo". Warfield dijo con tono de desdén. "Por lo visto, me equivoqué".

Era increíblemente difícil resistir el deseo de darle un puñetazo a la cara arrogante del hombre, pero Mason de alguna manera logró hacerlo. "¿Y, por qué crees que corren peligro? ¿Qué más sabes?".

El marqués encajó su mandíbula angulosa y miró directamente al frente. Cuando finalmente contestó, la voz de Warfield era tan negra como el cielo de noche encima de ellos. "Eso no le incumbe".

Perdiendo la paciencia, Mason apretó la mano en el abrigo del hombre y se inclinó hacia delante para mirarle a los ojos claros de Warfield. "Todo en esto es de mi puta incumbencia. Habla".

El marqués estrechó los ojos en rajas brillantes. “Suélteme, Sr. Hale, o puede que decida no ayudarle”.

“No necesito su maldita ayuda”.

La expresión de Warfield se endureció. “Sí. Le hace falta. No tiene ni idea a lo que se enfrenta”.

“No importa. Voy a sacar a la mujer de allí y ese *caballero* se puede ir al carajo”.

“Eso lo hará”. Movió la cabeza hacia delante. “Nos estamos aproximando a la propiedad”.

Mason le soltó. Con renuencia. Iban avanzando por un antiguo sendero con viejos árboles de ramas retorcidas. Les llevó un momento darse cuenta de que eran los establos que había tras propiedades amuralladas mucho más grandes que los de cualquiera en el centro de Londres.

El marqués dirigió a los caballos hacia un lugar entre dos robles de copa grande. Después de aplicar el freno y asegurar las riendas, Warfield saltó al suelo. Hale ya estaba abajo.

“Sígame. Y no haga ruido”.

Un breve gruñido fue la única respuesta de Mason. La actitud del lord le estaba poniendo de los nervios, pero iba a ignorar eso si significaba sacar a Katherine de manos de esos bastardos.

Acercándose lentamente en silencio bajo una luna creciente, se aproximaron a la Antigua mansión cerca del final del sendero. La casa imponente y los terrenos estaban descuidados, oscuros y en silencio, sugiriendo que el lugar había sido abandonado hace tiempo. Se detuvieron cuando llegaron a una pared alta de piedra que separaba al jardín del sendero.

Asomándose por encima del muro, Mason repasó la casa con la mirada, buscando movimiento, luz, voces, algo. “¿Estás seguro de que están aquí?”

Warfield señaló con la cabeza las sombras que había en torno a unos viejos establos de piedra en el lugar más distante del jardín. Apenas visible, el carruaje negro se encontraba allí.

“Vámonos”, gruñó Mason plantando las manos encima del muro, preparándose para saltar al otro lado.

Warfield le paró con una mano en el hombro, agarrándole con una fuerza sorprendente. “¿Quiere que la mujer sea rescatada con seguridad?”

“La quiero fuera de allí. “Ahora”. La tensión en su cuerpo estaba a punto de explotar. Y la violencia de la expresión de Mason tenía que ser obvia; sin embargo, el marqués le miró de manera calmada.

“No puede entrar allí a puñetazo limpio. Seguro que hay guardianes dentro. No se sabe cuántos”.

“No me importa una puta mierda”. Se volvió hacia el muro y saltó en un liso movimiento. Cayendo agachado al otro lado, miró las sombras a su lado. Nada se movía. A través de las zarzas de setos sin podar y arbustos, estudió la parte trasera de la casa, buscando una manera de entrar. Prefería no romper una ventana cuyo ruido alertaría a quienes estaban dentro de su presencia, Warfield tenía razón en cuanto al sigilo, pero no quería perder tiempo buscando una entrada correcta tampoco.

Percatándose de la presencia de alguien, se giró hacia la izquierda para ver a Warfield caminando hacia él en silencio. “La verja estaba sin llave”, ofreció el lord de manera despreocupada.

“¿Cómo entramos?”.

“Hay una puerta por la parte de los establos”.

Mason salió corriendo por el jardín agachado. Cuando dobló la esquina de la casa, se dio cuenta de que había dos hombres grandes apoyados contra la casa de manera negligente. Uno de

ellos le era muy familiar, el detective jubilado, George Boothe.

Experimentó un breve momento de satisfacción cuando vio el destello de miedo en los ojos de Boothe un segundo antes de que el puño de Mason le derribó al suelo, noqueado por segunda vez. El otro hombre ofreció un poco más de resistencia, pero era un intento inútil y pronto acabó inconsciente en el suelo con Boothe.

La puerta, que habían estado vigilando, estaba sin llave, permitiendo el paso de Mason en la entrada sin mucha luz de los criados. Con los ojos ya aclimatados a la oscuridad exterior, no le costó trabajo adentrarse en la casa, escuchando con atención por si había alguien más por allí.

Al cabo de un momento, sintió que Warfield estaba a su lado.

No dijeron nada mientras seguían adelante en silencio. El pasillo llevaba a una cocina que no pareció haberse usado en décadas. Más allá había otro pasillo, pero llevaba a una habitación poco alumbrada por unas pocas velas en candelabros altos de hierro en. La habitación estaba vacía excepto por una mesa larga y pesada rodeada por una docena de sillas.

En cuanto se dio cuenta de que no había nadie aquí, Mason cruzó la habitación de prisa, de nuevo sin molestarse por parar antes de cargar entre las puertas dobles abiertas en la otra punta. Pisó la gran sala de la mansión, donde había cuatro guardianes más desperdigados de manera algo descuidada en torno a la base de una escalinata ancha curvada. A juzgar por su falta de vigilancia, Mason adivinaba que el lugar no se veía a menudo, si acaso alguna vez lo fue, infiltrado.

Los guardianes tuvieron un momento de sorpresa antes de que Mason se abalanzara contra el más cercano, usando el hombro para chocar en el estómago del hombre, alzándole del suelo. Le hizo chocar contra una pared, haciendo que se estremeciera y gimiese al impacto.

“Ya hemos perdido nuestro elemento de sorpresa”, constató Warfield de manera cáustica.

Mason le ignoró. Un par de golpes rápidos a los riñones, luego un golpe hacia la cara, dejó al guardián K.O., justo cuando otros dos forcejeaban con Mason desde detrás. Un cabezazo hacia atrás a uno, seguido por un barrido largo de la pierna, hizo que los dos cayeran con fuerza de culo, de manera que podía lidiar con el cuarto. Apenas tenía que pensar. El instinto y años de preparación guiaban sus puños en un asalto veloz y eficaz. La sangre fluía con demasiada fiereza en las venas de Mason. Su visión estaba orientada y enfocada. Sentía cómo su cuerpo había sido rigurosamente entrenado durante más de una década para este propósito. Salvar a su mujer. El último hombre no tenía mejor probabilidad por haber estado levemente más preparado. Cayó contra el suelo en cuestión de segundos.

Mason se dio la vuelta, repasando la habitación por si había más guardianes. Estaba solo. Ni siquiera estaba Warfield.

Con un juramento, se fue hacia las escaleras para detenerse a la mitad antes de que el ruido de alguien bajando aprisa le hizo prepararse para otra confrontación.

Warfield apareció en el rellano arriba. “Los niveles superiores están vacíos”.

“Sabes que eran cuatro contra uno aquí abajo”, murmuró Mason.

El marqués se encogió de hombros. “Solo habría estorbado.” Además, he hecho que ahorremos un poco de tiempo”.

Terminó de hablar justo cuando tres guardianes más vinieron corriendo por un corto pasillo al lado de las escaleras.

Mason se preparó para atacarles, pero estos hombres habían venido preparados. Vio un cuchillo largo en la mano del que tenía delante antes de que sus ojos se fijaran en un arma más peligrosa, una pistola. Cuando sus músculos se apretaron para esquivar una posible bala, el marqués lanzó su abrigo en un arco oscurecido que momentáneamente le bloqueó la vista al

pistolero. Fue tiempo justo para que Mason bajara los escalones de un salto con un puñetazo, seguido por una patada veloz que mandó la pistola al suelo.

Desgraciadamente, no se giró a tiempo para bloquear el paso de la hoja del segundo hombre mientras le cruzó la espalda en un arco poco profundo pero doloroso. Se giró para ver a Warfield derribar al hombre con un lindo puñetazo a la garganta, pero no antes de que el tercero agarrase a Mason ahogándole. Una maniobra evasiva rápida hizo que el hombre saliera volando por encima de su cabeza al suelo.

"Sigue", Warfield afirmó con una calma sorprendente mientras se aproximaba a uno de los hombres caídos que rodaba por el suelo gimiendo. El marqués colocó su pie en la espalda del hombre. "Yo impediré que estos hombres te sigan".

"¿Tú?". La duda en la voz de Mason era clara. El hombre daba unos puñetazos buenos y limpios, pero si los guardianes recobraban la conciencia, sería uno contra siete.

La sonrisa del hombre era fría. "Yo y la cuerda que lleva este".

Asintiendo con la cabeza, Mason se fue por el pasillo corto que llevaba a una escalera que evidentemente iba al sótano. El camino estaba muy oscuro en sombras, pero una luz tenue iluminaba desde abajo. Corriendo por los escalones gastados, Mason podía escuchar el murmullo bajo de una voz de hombre reverberando en las paredes de piedra. Abajo había un pasillo estrecho que daba a lo que parecía ser una cámara abierta, bien iluminada.

Mason entró en ese espacio de manera directa. Repasó la escena con rapidez, percatándose de todos los detalles.

La habitación era ancha y cavernosa. Un techo bajo. Paredes cubiertas por seda negra y un suelo de mármol blanco pulido. Una docena de candelabros de hierro eran centinelas en torno al perímetro de la habitación, inundándola con luz dorada. En el centro había una tarima alta.

Shelbourne, supuso él, estaba de pie cerca detrás de Katherine encima de esa tarima. Una mano en torno a su brazo, mientras que la otra mano tenía un cuchillo bajo su mentón.

Sintió alivio y decisión. Estaba viva y al alcance de su mano.

Cuando Mason cruzó su mirada con la de ella, su estómago se tensó con fuerza ante el destello de miedo en sus ojos. Pero más brillante que su miedo era su valentía testaruda e indignada.

Los labios de él se movieron en un tic. *Esa es mi duquesa.* "Hola, palomita".

Ella separó los labios para contestar, pero Shelbourne habló primero. "No des otro paso más o le rajo la garganta con mi daga".

Mason se paró y sostuvo la mirada de Katherine durante todo el tiempo que pudo, deseando que ella se preparase para cualquier oportunidad para escapar. Luego miró a su captor. "Amenazarla es una idea muy mala".

"Puede que hayas podido esquivar a mis guardianes, pero esto es *mi* dominio. Estoy al mando aquí".

Mason alzó las cejas mientras empezaba a darles vueltas, forzando al lord a girar si quería mantener a Mason en su campo de visión. Mason esperaba que el enfoque de Shelbourne se debilitaría al estar dividido entre mirar a Katherine o él mismo, facilitando una apertura que pudieran aprovechar.

"Si tú lo dices", contestó él con desparpajo. "Pero debes saber que no he venido solo. No veo ninguna manera en que puedas salirte con la tuya".

Los rasgos de Shelbourne se tensaron con ira. "Nada de esto habría sido necesario si te hubieras ocupado de tus propios asuntos". La cara del lord se puso roja mientras la mano en la que tenía el cuchillo titubeó, haciendo que la hoja se deslizara con suavidad por el lado del cuello

de Katherine. Aunque permanecía quieta e inquebrantable, una fina raya roja apareció a su paso.

Todos los pretextos fueron abandonados al ver la sangre de ella y Mason dejó de caminar.

Rápidamente evaluando a Katherine, se dio cuenta de que estaba tan firme, alerta y decidida como siempre. Sentía con plena confianza que ella estaba preparada para aprovechar cualquier apertura que él pudiera crear.

También, Shelbourne no era un agresor natural y no tenía tanta seguridad como aparentaba. El viejo era un bastardo escurridizo, manteniéndose a la sombra mientras ordenaba a otros a llevar a cabo su trabajo sucio. Sus métodos preferidos eran el engaño y la manipulación. Era dudoso que tuviera experiencia de ningún tipo ante una agresión directa.

“Ella *es* mi asunto, maldito canalla”, gruñó él. Cerrando las manos en unos puños pesados y moviendo los hombros, dio un paso amenazador hacia delante. “Ella lo es todo. Y acabas de cometer un gran error”.

Instintivamente retrocediendo ante la amenaza innegable que presentaba Mason, Shelbourne dio un paso rápido y asustado y levantó el cuchillo para dirigirlo hacia la amenaza mayor mientras gritó. “¡No te muevas!”

Pero era demasiado tarde. Las palabras ni siquiera habían salido de su boca antes de que Katherine, que ya no estaba bajo el cuchillo, se agachó bajo su brazo y dándole una patada al lado de la rodilla. Su agarre en el brazo de ella se aflojó y gritó de dolor y su pierna cedió bajo su cuerpo.

Mason cargó contra él. En un instante, tenía al viejo agarrado por la garganta, alzándole de manera que estaba de puntillas y le retorcía el cuchillo de la mano con la otra mano y lo lanzó al otro lado de la habitación.

Fulminándole con la mirada a los ojos grises del viejo, que se habían abierto mucho del miedo y la falta de oxígeno, Mason le dijo en un gruñido, “debería partirte el cuello por todo lo que has hecho”.

“Mason”.

La voz suave, pero seria de Katherine, atemperó la violencia en él. Con una mueca, echó el puño atrás, mandándolo al abdomen del hombre antes de dejarle caer al suelo, jadeando sin aliento.

Luego se dio la vuelta y en dos zancadas largas, tomó a Katherine entre los brazos. Ciñéndola con un brazo por la cintura, tomó la cabeza de ella con la mano, sosteniéndola cerca. Ella hundió la cara contra su cuello y le abrazo con tanta fuerza como él.

Sentía como si su pecho fuese a estallar con las emociones que le surcaban. La crudeza de su miedo y el sobrecogedor alivio de tenerla de vuelta salvo entre sus brazos. No podía dejarla ir. Nunca.

Su corazón dio un vuelco cuando ella se separó de él de manera abrupta, mirándole con el ceño fruncido mientras sacaba una mano de detrás de él. Sus dedos estaban manchados de sangre roja. “Estás herido”, dijo ella. Agarrando su abrigo, intentó hacerle dar la vuelta para poder ver la fuente de la sangre.

Mason soltó una risita y apretó los brazos en torno a ella. “Solo es un arañazo, cariño. Te lo prometo”.

El sonido de alguien carraspeando les hizo a los dos darse la vuelta rápido hacia las escaleras.

Al ver a Warfield, Katherine se dio la vuelta en torno a los brazos de Mason para mirar de frente a su primo directamente. En su mente, él era otro enemigo posible. La valentía de la mujer nunca dejaba de sorprenderle.

Mason pasó la mano por la columna de ella mientras le murmuraba calmándola. “Él es uno de los buenos. Por la razón que sea, el marqués me ayudó a llegar hasta ti”.

El marqués barrió la habitación con una mirada gélida de sus ojos azules antes de mirar primero a Katherine y luego a Mason mientras se acercaba a ellos de manera despreocupada. “¿Todo bien, entonces?”, preguntó mientras bajaba la mirada para ver al hombre en el suelo, que lentamente se estaba poniendo de rodillas, con la cabeza inclinada hacia abajo.

“Una vez más, llegas justo después de que se haya terminado el trabajo”, replicó Mason con media sonrisa.

Warfield enarcó una ceja. “No habría querido interferir en tus heroicidades. Son tan impresionantes después de todo”.

Mason resopló.

“Quizás vosotros dos podéis seguir con vuestra pelea verbal en otro momento”, interrumpió Katherine. “Creo que hay otras cosas que requieren nuestra atención. Tales como mandar buscar a las autoridades”.

Los dos hombres compartieron una mirada mientras ella pasó por delante de los dos para guiarles escaleras arriba. Mason siguió con Shelbourne, manteniendo al hombre mayor bien agarrado, que no mostraba ninguna inclinación por forcejear. Algo en el comportamiento del caballero era extraño. ¿Se había resignado el lord arrogante tan fácilmente a su destino?

Arriba, Mason se sorprendió felizmente al encontrar a Newton vigilando a los guardianes maniatados, algunos de los cuales recobraba el conocimiento.

“Jack. Qué bien verte, amigo. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?” Mason empujó a Shelbourne hacia las escaleras, donde el lord se sentó en silencio. “No te muevas”.

“Te ví saltar a ese elegante volantín. Sabía que no habrías dejado a la dama sin custodia, así que supuse que corría peligro. Estando demasiado atrás para seguiros, me quedé para charlar con el mayordomo en vez de eso”. El hombre más mayor sonrió. “Hizo falta un poco de convencimiento, pero al final decidió mostrarme hacia dónde venías”.

“Te estoy agradecido, colega”, dijo Mason dándole una palmada en la espalda al otro hombre.

“¿Qué pasará con Lord Shelbourne?”, preguntó Katherine mirando al viejo encogido sentado en los escalones.

“Responderá por sus crímenes”, le aseguró Mason.

“Nunca”, el hombre jadeó rudamente. “Mis pecados, mis secretos, mi oscuridad… mueren conmigo. Lealtad… más allá de la vida… y… la muerte”.

Una rápida sospecha le sobrevino y Mason se abalanzó hacia delante para agarrar al hombre del hombro. La cabeza de Shelbourne cayó hacia un lado y sus ojos grises miraban sin ver a Mason, mientras que una espuma blanca teñida de rojo empezó a burbujear de sus labios pálidos.

“Joder”.

Mason soltó al hombre cuando los ojos del lord se pusieron en blanco y su cuerpo se vio apresado por unos violentos temblores.

“¿Qué está pasando?” Katherine dio un paso hacia delante alarmada, pero Mason se giró para bloquearla de ver.

“No mires, cariño”, dijo con suavidad, mirándola a los ojos mientras empezaba a darse cuenta y el horror iluminaba sus rasgos. “No hay nada que puedas hacer. No es una muerte bonita”.

Capítulo Treinta

Mason habría preferido sacar a Katherine de ese lugar y dejar que Warfield se ocupara de dar cualquier explicación que considerara apropiada a las autoridades. Pero ella insistió en quedarse para contar su propia versión de los hechos de esa noche y todo lo que la había precedido ante el alguacil. El hombre no confiaba en que se pudiera hacer nada por recuperar los diarios de su padre, pero le aseguró que se le devolverían los escritos si se encontrasen algún día.

Mason tenía la impresión de que con la muerte de Shelbourne por su propia mano y Katherine sin daños, las autoridades consideraban que el caso estaba cerrado. Teniendo en cuenta que el caso tenía que ver con un hombre de dinero y prestigio, dudó que realizasen mucho esfuerzo por investigar las muchas preguntas y misterioso que rodeaban toda la trama.

No le extrañó. Se necesitaba mucho poder e influencias para ir en contra de la aristocracia británica.

Sin embargo, Mason no estaba dispuesto a dejar que se le diera carpetazo al asunto. Después de escuchar el recuento de Katherine al alguacil, estaba convencido de que había algo más profundo y oscuro en la participación de Shelbourne. Esta historia tenía mucho más, y los diarios faltantes seguían siendo un vínculo con los Blackwell. Era necesario hacer algo al respecto.

También estaba claro que Warfield sabía mucho más de este asunto de lo que les había dado a entender ellos o a las autoridades. Mason tenía intención de presionar un poco más al lord esquivo en cuanto tuviera una oportunidad. Por suerte, Katherine insistió en que su primo viniese a cenar con ellos la siguiente noche, después de que todos hubieran tenido una oportunidad para descansar y recuperarse de la prueba.

Pasaron casi dos horas después de la llegada del alguacil antes de que Mason lograra llevar a Katherine de vuelta a la mansión de Mayfair. Juntos, subieron al tercer piso para ver a los niños antes de acostarse.

Encontraron a Frederick despatarrado en la cama, un suave ronquido reverberando en la habitación. Y Claire estaba segura en su cama, hecha un ovillo a la luz del amanecer, las manos metidas dulcemente bajo su mejilla.

Al ir descendiendo los escalones al segundo piso, Mason se percató del peso de la preocupación en la mujer a su lado. Aunque algunas cosas se habían resuelto en el drama de las últimas horas pasadas, seguía habiendo mucha incertidumbre sobre todo el asunto. Cuando se detuvieron ante la puerta del dormitorio de ella, le miró con una sombra indescifrable en los ojos aunque intentó sonreír.

Mason alzó la mano para pasar las puntas de los dedos por la sien de ella y su mandíbula fuerte. Ella cerró los ojos con un suspiro profundo, y él se permitió el lujo de empaparse con los hermosos rasgos de su cara. Había mucho más que ver y admirar en los detalles de sus rasgos de lo que él hubiera pensado posible. Reconoció su lealtad feroz en sus cejas rectas y mentón firme. Veía nobleza y valor en la curva de su mejilla y compasión en sus pestañas. Sus labios, tan rosados y rellenos, estaban suavizados por… tristeza.

Un dolor tensó los músculos del pecho de él.

“¿Todo bien, palomita?”. Su voz era ruda.

“Sí. Solo cansada”.

Cuando ella abrió los ojos, vio el cansancio que ella había estado reprimiendo,

seguramente durante mucho más tiempo del que él pensaba. Pero veía otra cosa también, algo que le llegó al corazón.

Separó los labios como si fuese a hablar, pero cuando no emitió ningún sonido, sacudió la cabeza con suavidad y sonrió antes de intentarlo de nuevo. “Gracias. Por todo. Por rescatarme esta noche. Por insistir en ir a la fiesta. Por mantener a Frederick a salvo. Por… todo”, terminó de decir con un profundo suspiro.

Las palabras sonaban a despedida.

Y, ¿por qué no lo serían?

Con Shelbourne muerto y la amenaza de Frederick aparentemente eliminada, su cometido se había terminado. Ella esperaría seguramente que se buscara un nuevo domicilio lo antes posible.

Quizás debería decirle que sospechaba que Shelbourne había estado involucrado en algo que iba mucho más allá del trabajo que su padre había hecho para él. Que podría haber otras personas…

Esta noche no. Pasó el pulgar por su mejilla. Esta noche, la mujer necesitaba descansar.

Después de estirar el brazo para abrir la puerta de su dormitorio, la tomó entre los brazos. En lugar de resistirle, como medio esperaba él, se acurrucó contra su pecho y suspiró.

Tumbándola encima de la cama, Mason se ocupó de quitarle sus finas prendas y elementos de su atuendo de noche. Apenas se movió mientras él la desnudaba hasta dejarla en camisola y luego la metió en la cama.

Cuando él se enderezó y estaba a punto de marcharse, ella estiró un brazo para agarrarle de la muñeca. “Quédate conmigo”, murmuró ella con suavidad.

Con el corazón latiendo aprisa, contestó con rudeza, “Esta noche no, cariño”.

La mano de ella se aflojó cuando empezó a quedarse dormida. Para impedir meterse en la cama con ella después de todo, Mason se dio la vuelta y salió de la habitación.

#

A la mañana siguiente, nada más despertar, Katherine se fue de inmediato en busca de Frederick. No quería esperar ni un momento más para contarle que el hombre tras los secuestros ya no estaba para siempre. Encontró a su hermano en el aula con Claire.

La niña pequeña la vio primero poniéndose en pie deprisa para correr hacia ella levantando los brazos. Con una sonrisa, Katherine la tomó en brazos y la apretó contra su pecho, respirando profundamente el olor dulce de la pequeña.

“Milady”. La nanny se levantó de su silla en el rincón para hacer una reverencia.

“Buenos días”. Miró hacia Frederick, que había estado sentado ante un pequeño escritorio, pero que ahora cruzaba la habitación hacia ella.

“Buenos días, Kit”, dijo con una sonrisa. “¿Qué tal tu velada?”

“Con eventualidades”, contestó Katherine, “y exactamente la razón por la que he venido a hablar contigo”. Su hermano enarcó una ceja. “Pronto estará listo el desayuno. ¿Bajamos juntos?”.

“Desde luego”.

“Yo me ocupo de Claire”, se ofreció la nanny, aproximándose corriendo.

Katherine miró a la niña en sus brazos que había empezado a jugar con un mechón de pelo que se le había soltado del peinado de Katherine. “¿Ha comido ya?”

“Esto, no.” “Íbamos a pedir algo en breve”.

“¿Le importa que venga con mi hermano y yo abajo?”

La mujer la miró conmocionada en silencio. Al cabo de un momento largo, balbuceó, “no

creo que eso sea apropiado, milady".

Katherine rio. "Puede que se haya dado cuenta de que no nos preocupamos mucho acerca de lo apropiado o no. Creo que ella disfrutaría de un poco de tiempo fuera del aula". Sonriéndole a la nanny nerviosa, le aseguró, "estoy segura de que podemos lidiar con un poco de huevo y salchicha. Me la traeré de vuelta nada más terminar, se lo prometo".

"Por supuesto, milady", dijo la mujer finalmente con otra reverencia.

Bajando a la niña hasta dejarla en pie, Katherine la tomó de la mano. "¿Vamos al comedor entonces?"

"¿Viene Freddie también?"

"Yo iré delante", contestó el hermano de ella.

Poco después, estaban todos acomodados ante una pequeña mesa en la habitación de paredes amarillas y soleada con platos llenos del bufé generoso del desayuno. Un lacayo había encontrado un cojín grande y firme para alzar a Claire en su silla, y Katherine estaba sentada a su lado, con Frederick sentado al otro lado en frente de ellas.

Al ayudar a la niña pequeña, recordó cómo era cuando Frederick tenía esa edad. Aunque habían comido juntos en el aula, Katherine siempre había insistido en ayudar a su hermano con los cubiertos, y, más tarde, con sus modales ante la mesa. Alzando la vista, sonrió al jovencito capaz en que se había convertido. No había hecho un mal trabajo cuidando con devoción al niño.

"¿Entonces, qué pasó anoche?", preguntó él. "Dijiste que la fiesta tuvo eventualidades".

"Ciertamente", contestó ella.

Mientras su hermano empezó a comer y Katherine hizo pausas de vez en cuando para volver a ajustar la servilleta de Claire o ayudarla a capturar un pedazo de salchicha particularmente huidizo, le contó los eventos de la noche con una razonable cantidad de detalles.

Para cuando terminó de hablar, su hermano estaba sorprendentemente estoico.

"Siento que te vieras obligada a pasar por todo eso, Kit".

Ella sacudió la cabeza. "No lo estoy. Porque ahora conocemos la cara de nuestro enemigo. Y ya no es una amenaza".

"Pero los diarios de Papá siguen faltando".

"Cierto", dijo ella con un suspiro, enderezándose en la silla y mirando a su hermano fijamente. No podía olvidar cómo Shelbourne había usado reiteradamente la palabra *nosotros* cuando habló de su plan de obligar a Frederick a recrear la fórmula de su padre. "Hay claramente más acerca de esta historia, que actualmente desconocemos." Sin embargo, creo que nuestro primo Warfield nos aclarará cosas pronto". Ella sonrió. "De hecho, le he invitado a cenar esta noche. Si quieres, puedes unirte a nosotros".

La mirada de Frederick era pensativa, pero contestó sin dudar: "me gustaría mucho conocer al nuevo marqués". Es el heredero de Northmoor, después de todo. Es importante que conozcamos al hombre".

Katherine estaba totalmente de acuerdo con él.

#

Varios minutos antes de la hora acordada, Katherine estaba sentada en el centro del sofá del salón delantero esperando a sus invitados. Esperaba que Frederick bajara pronto, pero, de momento, estaba sola. Se había vestido con un nuevo vestido de color verde espuma de mar, con un ribete violeta. Era importante que los Blackwell causaran una buena impresión, de manera que había elegido el vestido más sofisticado que tenía. Como la cena de esta noche iba a ser más formal que nada qué hubieran hecho en casa antes, había considerado llevar joyas de su madre, pero decidió no hacerlo, ya que se sentiría mucho más en su ser sin ellas. Mason llegó primero,

como siempre, evitando ser correctamente anunciado por el mayordomo de ella. Un momento y ella había estado mirando ansiosa por la habitación, y al siguiente su silueta impresionante llenaba el umbral de la puerta. Vestido con ropas apropiadas para una cena, incluido un corbatín, le robó el aliento.

Poniéndose en pie, ella intentó sonreír con aplomo, pero no estaba segura de haberlo logrado al recordar cómo él la había ayudado a acostarse la víspera y eligió irse, aunque ella le había pedido que se quedara. “No estaba segura de que vendrías”.

Él sonrió y el vientre de ella dio un vuelco. “He aprendido a hacer lo que me ordena mi duquesa”.

Ella reprimió una sonrisa enarcando una ceja. “¿Ah, sí?”

La risa de él era profunda. Cálida.

“Espero que Claire no estuvo demasiado decepcionada porque no cenaste con ella”.

“Sí, cené con ella”. Luego bajó la cabeza hacia la de ella para susurrarle, “Tengo un buen apetito, recuerdas”.

Ella no estaba segura de si su intención era que las palabras sonaran sensuales y sugerentes, pero así es cómo las interpretó en su cuerpo al sentir calor fluir en ella.

Antes de que ella pudiera responder, Foster apareció en el umbral de la puerta. “Lord Blackwell, Marqués de Warfield, milady”. El mayordomo dio un paso a un lado mientras Warfield entraba en la habitación.

Estaba totalmente vestido de negro, excepto un corbatín blanco, y parecía ser su estilo habitual, incluso cuando no estaba espiando. Al entrar en la habitación, sus ojos azules miraron a Mason primero. Los dos hombres se miraron evaluándose con frialdad. Luego Mason gruñó con la boca sonriendo con una media sonrisa.

El marqués desvió la mirada casi con desdén para saludar a Katherine con una inclinación apropiada. Al enderezarse, ella le sonrió con formalidad. “Bienvenido, milord.” Me alegro de que haya podido unirse a nosotros”.

Aunque le devolvió la sonrisa, los ojos pálidos de Warfield permanecieron indiferentes. “Lady Katherine, estaba bajo la impresión de que su invitación no permitía asistencia opcional”, replicó él con una voz sedosa y aterciopelada, aunque su tono era levemente rígido.

Mason rio resoplando, lo que le granjeó una mirada sombría de Katherine antes de dirigirse al marqués con otra sonrisa. “Una deducción intuitiva, primo.” Por favor, tome asiento. Todavía estamos esperando a mi hermano. “Está deseoso de conocerle”.

Warfield asintió con la cabeza levemente. “Y yo a él”.

Mientras ella se giró para guiarles hacia el conjunto de sofás y sillas, Katherine vio la expresión feroz en los ojos de Mason mientras evaluaba al marqués. Ella le miró frunciendo las cejas en una advertencia: *no hagas que esto sea más incómodo de lo que ya está*, a lo cual él respondió con una media sonrisa burlona que a ella no le aseguraba nada.

Aunque Warfield había sido un sospechoso, con ese tema resuelto, Katherine esperaba que podrían forjar una verdadera relación con él, especialmente teniendo en cuenta que él se había puesto en riesgo ayudándoles con el rescate de anoche. Al ver a Warfield esta noche, se dio cuenta de que era bastante apuesto con sus rasgos llamativos, pero seguía teniendo ese aire misterioso que la había puesto nerviosa ese par de veces en que ella le había detectado mirándola.

Si ella tuviera que adivinar, diría que ese hombre guardaba unos cuantos secretos relevantes. De todas formas, él era el heredero de Frederick y la familia de ella. Toda la familia que ellos tenían en realidad.

En casi el mismo momento en que había pensado en su hermano, él apareció. Entró con tanto silencio en la habitación que ella no se habría dado cuenta de su llegada si no se hubiera vuelto hacia la puerta antes de sentarse. “Ah, Frederick”, dijo ella con una sonrisa.

Mientras su hermano se acercó, bastante elegante con su atuendo de noche, Katherine le presentó al marqués, quien se inclinó de manera correcta antes de ofrecerle su mano. “Un placer conocerle, su excelencia”.

“Igualmente, milord”, contestó Frederick con sinceridad, sacudiéndole la mano al hombre antes de mirar a Katherine. “Creo que deberíamos disculparnos por no saber de la muerte de su padre o su herencia del título hasta fecha reciente”.

“No hay de qué”, contestó Warfield con firmeza. “Solo unas pocas personas conocían mi existencia”.

Katherine se quedó un poco sorprendida por el reconocimiento del misterio en torno a su aparición repentina.

“Por favor,” Warfield agregó mirando a Katherine brevemente “acepte mis condolencias con retraso por la muerte de su padre”.

“Gracias,” contestó Katherine, luego titubeando. “Deberíamos ofrecerle…”

“No se moleste”, interrumpió Warfield de manera sombría. “El mundo es un lugar mucho mejor sin la presencia del antiguo marqués en él”.

Después de esa intensa declaración, todos se sentaron, Mason al lado de ella en el sofá, Warfield sentado en el otro sofá enfrente de ellos, y Frederick en una silla perpendicular al marqués, y hubo unos cuantos momentos de silencio incómodo.

Pero no por mucho tiempo.

Con todo lo que había transcurrido la víspera, Katherine sencillamente no tenía paciencia para todo. Con un suspiro pesado, miró al marqués a los ojos de forma directa.

“Sé que todo esto parece muy formal, pero esa no es mi intención. He pedido que te unieras a nosotros esta noche para poder darte una correcta bienvenida a la familia, milord y para darte las gracias por tu ayuda anoche. Pero sinceramente, reconozco que también estoy esperando que puedas arrojar un poco de luz sobre algunas preguntas que permanecen sin contestar acerca de tu participación en nuestro peligro reciente”.

Los ojos azules de Warfield contrastaban de manera notable con su pelo negro y su tez un poco morena mientras le devolvía la mirada fija de ella. “Entiendo tu curiosidad y preocupación, milady, pero es preciso que algunas preguntas sigan sin respuesta”.

Antes de que ella pudiera responder a esa afirmación críptica, Mason se inclinó hacia delante apoyando los antebrazos en las rodillas. “Anoche mencionaste que habías estado espiando a los Blackwell para asegurar que no corrían peligro. ¿Por qué sospechas que podrían haber estado en peligro?”

Las cejas negras de Warfield se fruncieron. “No estaba espiando, Sr. Hale” constató él, lo cual le granjeó un rápido gruñido de incredulidad de Mason. “Sencillamente, les observé una vez o dos, cuando mis… otros intereses se cruzaron con su ubicación”.

“¿Qué quiere decir eso?”, preguntó Mason.

“Y, has evadido la pregunta, milord”, agregó Katherine con tono firme. “Creo que nos merecemos unas respuestas sinceras”.

Warfield titubeó mientras su vista se fue hacia Frederick, que estaba sentado en la silla resuelto, sus ojos inteligentes evaluando mientras escuchaba la conversación. “No es precisamente un relato para niños”.

Katherine miró a su hermano a los ojos mientras pensaba en todo lo que él había pasado.

Mirando de nuevo a Warfield, constató con seriedad y aplomo, “Mi hermano ha pasado por muchas cosas en este año pasado. Aun si no fuese sabio y maduro para la edad que tiene, creo que se ha ganado el derecho a un pleno entendimiento de lo que estaba tras las acciones cometidas contra él”.

El marqués estrechó los ojos ante la contestación de ella, luego miró brevemente a Mason antes de fijar su atención en Frederick. Hubo una mirada intensa en sus ojos durante un momento, luego volvió a mirar a Katherine y Mason antes de suspirar con resignación.

“Supongo que ya tenéis conocimiento de que el anterior marqués falleció hace unos meses en Venecia, pero seguramente no sabéis que yo también estaba en Italia en ese momento. El día de su muerte yo había ido a su villa con la esperanza de hablar con él acerca de… un asunto personal”.

Katherine sintió un escalofrío en la nuca ante la manera en que la voz de Warfield se oscurecía al decir las últimas palabras. Miró a su hermano. Su mirada aguda estaba fija en el marqués.

“Mientras estaba esperando una audiencia, escuché al marqués hablar con otro visitante en la habitación contigua”. Miró a Katherine con intensidad. “Lord Shelbourne. Estaban hablando del trabajo de tu padre y su muerte reciente en un incendio”. Su atención se fue hacia Frederick. “Fue Warfield quien te mencionó por primera vez. En ese momento, yo no tenía contexto de la conversación, y reconozco que estaba distraído con mi propio motivo por viajar a Venecia”.

A Katherine no se le escapaba como su primo nunca se refería al anterior marqués como *Padre,* usando solo su apellido o su título.

“Sospecho que llegarás al grano en breve, Warfield”, le interrumpió Mason.

El marqués miró al otro hombre antes de volver a prestarle atención a Katherine. “Cuando se me comunicó al día siguiente que habían encontrado al marqués fallecido, no estaba preparado para el repentino cambio de mis circunstancias”. Miró hacia abajo un momento, como si tuviera necesidad de ocultar sus pensamientos. Cuando levantó la vista de nuevo, sus ojos eran indescifrables. “Me disculpo, pero ni siquiera pensé en ti o en tu hermano hasta que obtuviera más contexto de la conversación que había escuchado. Una vez que entendí más acerca de lo que Shelbourne y Warfield se traían entre manos… me di cuenta de que vosotros dos corríais peligro potencialmente”.

“¿Qué exactamente se traían entre manos?”, preguntó Katherine, aunque su cuerpo se quedó frío y tenso, preparado para la contestación de él. Estaba segura de que la respuesta no sería agradable.

Su mirada se posó en Frederick antes de contestar: eran socios de por vida de un club *muy* exclusivo, o hermandad, como decían ellos. Hay una docena de hombres en total que forman parte de esta hermandad. Todos ellos son muy ricos, muy poderosos y absolutamente malvados”.

El frío gélido que Katherine había estado resistiendo, bajó por su columna. Miró deprisa a su hermano y constató su expresión de intensa curiosidad. Deseó tener el valor que tenía él en ese momento.

“Me imagino que no se dedicaban a círculos de costura semanales”, ofreció Mason con la voz sombría.

Warfield soltó una risa discordante bajando el mentón. “Es todo lo que os podríais imaginar y peor. Prácticas malévolas. Violaciones. Asesinatos. Llevados a cabo desde hacía décadas con total impunidad”.

Aunque sentía que ya conocía la respuesta, tenía que hacerle la pregunta. “¿Mi padre?”

Warfield enfocó la mirada en ella rápidamente. “Solo era un peón, Lady Katherine. No tenía ni idea de en qué estaba metido”.

Ella miró a Mason. “Creo que sospechaba. Al final.”

El marqués se movió en su asiento, inclinándose hacia delante para mirarla con pena. “La hermandad y todos sus miembros serán destruidos”. La muerte de Lord Shelbourne anoche marcó el comienzo del final de ellos. Tengo intención de asegurarme de que ese final llegue pronto y de manera completa”.

“Parece que tú tienes algo en juego personalmente en el destino de esta hermandad”, dijo Frederick, hablando por primera vez desde que Warfield había empezado con su explicación. "Algo que va más allá de la participación de tu padre”.

Una sombra brilló por un momento en los ojos azul pálido del marqués. “Sí, es así”.

Frederick inclinó la cabeza. “¿He de sospechar que tiene algo que ver con las circunstancias de tu nacimiento?”

Warfield esbozó algo que no era una sonrisa con frialdad. “No con mi nacimiento, sino con mi concepción.” Como ya dije, el pasado malvado se rectificará”.

El juramento de Warfield no dejó lugar a preguntas o debates. Estaba claro que tenía intención de hacer exactamente lo que había declarado.

Compartiendo una mirada rápida con su hermano, Katherine se inclinó hacia delante. “Si hay algo que nosotros podamos hacer…”

“No, milady.” Warfield sacudió la cabeza. “Tú y Su Excelencia habéis estado arrastrado demasiado adentro en ello ya. Aparte del anterior marqués y Shelbourne, es muy dudoso que ninguno de los otros miembros supieran de las actividades de Shelbourne que tenían que ver con vuestra familia. Iría en contra de su código. Me he enterado de que la existencia de la hermandad depende de reglas muy estrictas de discreción. Incluso entre ellos mismos. No creo que tengáis que preocuparos por más interés de la hermandad”.

Katherine esperó que lo que él decía era verdad, pero no confiaba tanto en ello.

“Pareces saber mucho sobre ellos”, constató Mason.

La mirada de Warfield se volvió aún más grave mientras señalaba a Katherine con la cabeza. “Al igual que tu padre, el anterior marqués dejó unos diarios. Durante su largo exilio en el extranjero, su lealtad a la hermandad se hizo algo fluida”. La mandíbula de él se tensó. “Reveló una gran cantidad de secretos en sus escritos, incluida una explicación detallada de las reglas que gobiernan a la hermandad. Reglas que le exiliaron de tantos *placeres* de los que disfrutó”.

Mientras las palabras de Warfield sonaron en la habitación, Foster indicó desde el umbral, “perdonen la interrupción, pero hay un hombre aquí que insiste en hablar con el Sr. Hale. De inmediato”. La mirada del mayordomo dejó claro lo que pensaba acerca de la insolencia de semejante sugerencia mientras miraba fijamente a Mason. “Afirma que usted le espera, señor”.

Katherine miró a Mason, preguntándose de qué se trataba esto, pero el hombre ya estaba en pie cruzando la habitación. Sí que la miró por encima del hombro, para ofrecerle una sonrisa veloz. Para ella no pasó desapercibida la expectación en sus ojos.

“Solo me llevará un momento”, constató él.

Ella miró hacia Frederick de manera interrogativa, pero él sacudió la cabeza. La naturaleza de la salida inesperada de Mason de la habitación creó un momento incómodo de silencio mientras todos esperaban a que regresara.

Solo pasaron unos pocos minutos antes de que volviera a la habitación. Su mirada se fue

directamente a la de ella mientras cruzó rápidamente al sofá. En las manos tenía una bolsa de arpillera negra en las manos.

"¿Una entrega importante, Sr. Hale?".

"La más importante", contestó él con una media sonrisa, volviendo a sentarse al lado de ella.

Antes de que ella pudiera preguntarle de qué se trataba, él metió la mano en el saco y sacó tres volúmenes finos. Ella reconoció la encuadernación de inmediato.

Ella sintió un alivio asombrado que le atenazaba la garganta y le entrecortaba el aliento. "Los diarios faltantes de Papá", dijo ella en un jadeo.

"Todos". Mason colocó el montoncito de tomos en su regazo. "Todas las fechas encajan".

Alisando con la mano la tela que encuadernaba un diario, miró a Mason con aturdimiento y asombro. "¿Cómo has…"?

"Hice que mi amigo los buscara antes de que nadie más se los encontrara". Buscar. Como en robar. Miró a Warfield un momento. "Por si Shelbourne tenía asociados que podrían dar un paso al frente y hacer lo que el lord había fracasado en hacer".

Sorprendida y sintiendo un abrumador agradecimiento, ella se quedó en silencio un momento mientras miraba a Frederick y luego otra vez a Mason. "No sé cómo darte las gracias".

"Entonces no me las des", replicó Mason con brusquedad.

Tomando los tomos en las manos, ella consideró lo que significaban. Su contenido había acarreado tanta tragedia y ruina. El fallecimiento de su padre que partía su corazón, la pérdida de su hogar, y las muertes de posiblemente innumerables personas más.

Levantando la cabeza, su mirada se cruzó con la de Frederick y vio las mismas emociones en sus ojos que ella estaba sintiendo. Luego movió la cabeza en un gesto serio.

Poniéndose en pie, llevó los diarios hacia la chimenea. Y, sin dudarlo, los lanzó a las llamas. Mientras veía al fuego consumir el trabajo de su padre, soltó una respiración largamente retenida.

Mirando de nuevo la habitación, levantó el mentón y se alisó las arrugas del vestido. "Ahora están destruidos. "Como Papá había querido".

Los ojos de Mason, cuando la miró, brillaban con admiración y respeto. Era un contraste tan grande con su humor burlón de siempre que ella se quedó quieta mientras su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho.

"Bien hecho, Lady Katherine", constató Warfield en voz baja. "No puedes darte cuenta de cuantísimas víctimas pueden haberse salvado por un acto tan sencillo y valiente".

El marqués se puso en pie. Su mirada era grave cuando inclinó la cabeza hacia Katherine y luego Frederick. "Mi enfoque para acabar con la hermandad me ha hecho descuidar en gran medida mis obligaciones como vuestro guardián." Me gustaría rectificar eso como podáis necesitar, pero no tengo deseos de interferir en vuestras vidas de manera innecesaria".

"Gracias, milord", contestó Frederick, su tono era cálido pero firme. "Mi hermana y yo nos hemos podido valer suficientemente bien desde el fallecimiento de Papá y no me cabe duda de que seguiremos haciéndolo. Pero será agradable tener familia en la ciudad".

Aunque el marqués parecía ponerse rígido ante la referencia de ser familia, sus palabras después no eran más que sinceras. "Por favor, que sepáis, yo mismo y todos los recursos de la casa Warfield estarán disponibles para vosotros dos si alguna vez las necesitáis. Con relación a este tema o cualquier otro".

Warfield se giró hacia Mason. "Sí, por alguna razón, me equivoco en creer que ya no ha nada más que temer de la hermandad, confío en que me lo hagas saber".

“Con una condición”. Mason se cruzó los brazos ante el pecho y miró al otro hombre con la mirada pesada. “Me dices cómo es que lograste esquivar a los hombres que puse a vigilarte. Ninguno de ellos te vio irte de tu casa ayer”.

El marqués se encogió de hombros y sonrió con lentitud. “Me temo que esa es una de esas cuestiones que ha de seguir sin respuesta”.

Capítulo Treinta y Uno

Mason estaba sentado en el suelo de su dormitorio, apoyado por el poste sólido de su cama grande. Bocetos, algunos esquemáticos, otros más detallados y completos, estaban repartidos por la alfombra a su lado. Docenas de imágenes de Claire, unas pocas de Freddie, y algunos dibujos de personas aleatorias con las que se había topado alguna vez. Incluso había uno reciente de su hermana.

Pero los dibujos que no parecían poder dejar de mirar, eran los que había hecho de *ella.* Lady Katherine.

Tensó las manos para apartarlos todos o estrujarlos en los puños, pero no podía destruirlos. De hecho, repasarlos solo le hizo querer crear más. Todavía no tenía uno de la ceja imperiosa de ella. O su sonrisa renuente. O ese destello de valentía testaruda que mostraba con tanta frecuencia.

Mason se había disculpado lo más pronto posible después de la cena. Mientras progresaba la conversación entre Katherine, su hermano y su primo durante la comida, Mason reconoció que los Blackwell ya no estaban solos en Londres. Tenían familiares. Un hombre de medios, sin duda que había demostrado lealtad hacia sus primos.

Los diarios habían sido destruidos.

Ya no iban a necesitar un guardaespaldas. Ya no le iban a necesitar a él.

Era una cosa buena. Una cosa estupenda.

Mason tenía los medios para seguir adelante con su nuevo plan de negocio. Los dos hombres que Newton había incorporado serían perfectos para las necesidades de Pendragon si querían aceptar puestos de trabajo en el burdel.

Claire iba a tener que hacer un esfuerzo por separarse de Freddie, pero tenía a su papá, y Mason se iba a encargar de que sea lo que sea que hiciera, le permitiese tener tiempo de sobra para pasar con su hija.

Era *definitivamente* una cosa buena.

No era como que Mason pudiera esperar quedarse en Mayfair para siempre.

Cerró el puño encima del boceto en el suelo a su lado. A duras penas se frenó para no arrugar la imagen de Katherine sentada con gracia, mirando por encima de su hombro desnudo.

No podía dejar de pensar en las palabras que le había dicho justo cuando ella llegó a la fiesta de Shelbourne.

Retiraría lo que dijo si pudiera. Se odiaba a sí mismo por esas palabras.

Las palabras suaves de ella le habían hecho sentir cosas que nunca deseó sentir. Deseo y anhelo le habían inundado, instándole a querer estirar los brazos y llevarse a la mujer al regazo. La ráfaga de tensión y posesión había sido tan veloz y fuerte. Pero había estado acompañada por un frío sentimiento de duda. Él no había estado hecho para ofrecer palabras dulces y caricias tiernas. Él era un tipo duro, para un buen revolcón y nada más. Alguien que le daba un cachete en el trasero a una mujer cuando salía por la puerta.

Katherine se merecía más que eso. Era digna de un hombre mucho mejor que él.

En ese momento conmovedor en el carruaje, se había obligado a recordar la verdad de lo que él era. Un canalla del East End. Un matón y un truhan. Bueno para joder, pero nada más que eso.

El recordatorio había sido para sí mismo, pero se dio cuenta al devolverle sus palabras,

necesitaba que ella recordara esa verdad también.

Solo es que no se había esperado ver esa mirada callada y dolida en los ojos de ella. Y no podía saber cómo su breve, rápidamente ocultado destello de dolor, le iba a doler tan inexorablemente.

Se frotó el lugar en el pecho donde todo se había tensado tanto desde ese momento. No se soltaba. De hecho, se había expandido retorciendo su estómago en un nudo. Casi ahogándole.

#

Katherine estaba parada fuera del dormitorio de él. Podía ver un poco de luz por la rendija de la puerta, pero no podía escuchar nada viniendo de dentro.

Sintió ansiedad que hacía que sus dedos de manos y pies hormigueasen. Su corazón latía tan aprisa que no podía discernir los latidos individuales, y su vientre se retorcía con un deseo tan fuerte que la había sacado de la cama y forzado a llegar a este sitio.

Porque había llegado a una conclusión en las últimas horas mientras estaba tumbada, mirando la oscuridad, repasando con la mente cada mirada, cada conversación, todos los momentos y pensamientos que tuvo con Mason Hale.

Era un hombre imposible. Arrogante, burlón, rudo y bruto. La molestaba y la enfurecía.

También tenía una base noble que le recorría con fuerza y profundidad bajo todo lo demás. Una suavidad que él negaba, pero que ella había experimentado. Y una oscura vulnerabilidad.

Nunca lo reconocería, pero ella podía ver que en su vida le habían hecho daño. Le habían abandonado, usado y maltratado. Valorado solo por su fuerza y ferocidad, las otras partes de él habían sido negadas e ignoradas. Pero seguían ahí, enterradas bajo una actitud irreverente y maneras descuidadas.

Ella lo había visto. Lo había sentido.

Y ella había llegado a reconocer los momentos en los cuales él sentía la necesidad de esconder esas cosas. Como anoche en el carruaje. Ahora que ella había tenido tiempo para repasarlo en su pensamiento, sin que sus propios sentimientos nublaran su percepción, se sentía segura de que él había respondido de esa manera porque había tenido miedo.

Ella estaba aquí ahora, al otro lado de su puerta, porque había decidido que solo uno de ellos podía tener miedo cada vez.

Con una ráfaga de decisión, estiró la mano para agarrar el pomo de la puerta y la abrió. Aunque reconoció demasiado tarde que seguramente tenía que haber llamado antes, estaba infinitamente contenta de no haberlo hecho o si no se habría perdido ser testigo de la escena que tenía delante.

Mason estaba sentado en el suelo, las piernas estiradas y cruzadas en los tobillos, su espalda descansando contra el poste sólido de caoba de su cama. Solo vestía calzones y su cabello estaba suelto por sus hombros. La luz parpadeante de la chimenea al otro lado de la habitación hizo que los planos amplios y las sombras oscuras de su silueta musculada pareciesen casi de proporciones míticas. Su cuerpo parecía hecho de piedra, al igual que su mandíbula y las líneas talladas de sus labios.

Cuando alzó la vista para verla, su mirada era indiscutiblemente dura. Y hambrienta. Sin embargo, enterrado bajo la ferocidad, había un temor silencioso y cuidadosamente ocultado.

Después de cerrar la puerta tras su paso, ella avanzó hacia él con la barbilla levantada y segura. Pero a medida que se acercaba a su cuerpo inmóvil, el revuelo de la incertidumbre en su núcleo se hizo más fuerte hasta que la hizo detenerse. Ella había pensado que sabía exactamente lo que tenía que hacer. Pero ahora que estaba frente a él, en el silencio de su dormitorio, con la

intención de forzarle a reconocer que había algo más entre ellos dos, se sentía repentinamente perdida.

Desvió la atención hacia los papeles tirados por el suelo a su lado. Varios descansaban en su regazo mientras sostenía uno en su mano grande. Ladeando la cabeza, intentó ver qué eran. Y cuando lo vio, contuvo el aliento.

Eran bocetos. Hermosos bocetos.

Hechos con líneas de carboncillo, detalles cuidados, y sombras suaves. Cada imagen que vio tenía una emoción propia. En la cara redonda y dulce de Claire, podía ver esperanza y tristeza y el amor más profundo. La mirada oscura de Frederick reverberaba con una callada, inteligencia, intencionalidad que le capturaba de manera perfecta.

Evitando mirar a Mason, algo difícil cuando su presencia irradiaba tanta tensión, siguió hacia delante y se agachó. Inclinándose hacia delante, tomó el dibujo más cercano.

Era de una mujer. Estaba de espaldas al artista de manera que su cara no se mostraba, pero un gran cuidado había sido usado en las líneas elegantes de su espalda esbelta, desnuda, con una larga y revuelta trenza. Otro dibujo mostraba a la misma mujer, de lado, su cara parcialmente de perfil, el pelo recogido en un moño suelto, un suave mechón rozándole la nuca y la mandíbula.

El estómago de Katherine se tensó. Eran imágenes de ella. Varias. En diversas poses, pero en casi todos, volteada sin mirar de frente.

Mientras ella examinaba los dibujos, Mason permaneció quieto, su cuerpo tenso. Finalmente, al levantar la mirada para ver la de él, vio que su mirada estaba fija en ella, pero lo que había en sus ojos era indescifrable.

Katherine se acercó a él un poco, hasta que su cadera rozaba el lado de la rodilla de él. Podía ver el pulso de él latiendo alocadamente en el lado de su garganta. Cuando estiró la mano para tomar el boceto que tenía en la mano, sus cejas bajaron, pero se lo dio con un sonido bajo.

En este dibujo, ella miraba de frente. Su cabello le enmarcaba la cara y los hombros en ondas, sus labios estaban separados en una sonrisa sensual y sus ojos tenían los párpados pesados. Parecía que le acababan de dar un beso. Uno profundo.

El calor y el deseo se avivaron en ella.

Le vinieron a la cabeza varias cosas qué decir. Cosas que *debía* decir. Preguntas y declaraciones y tantas cosas más.

En lugar de hacerlo, no dijo nada.

Reuniendo todos los bocetos, los dejó a un lado en un motón ordenado. Luego se levantó. Recogiendo las telas de su bata y camisón entre las manos, sostuvo la mirada dura y verde de él en la suya y se colocó descaradamente a horcajadas encima de su regazo.

Él exhaló de manera brusca, como si hubiera estado conteniendo el aliento y ya no podía retenerlo, y su cabeza cayó hacia atrás contra el poste de la cama mientras cerraba los ojos.

No estiró los brazos hacia ella como ella quería. No usó esas manos grandes y fuertes para agarrar las caderas de ella o cubrir sus pechos dolidos. En lugar de eso, cerró los puños a sus costados, presionando los nudillos hacia abajo en la alfombra mullida.

Durante un momento, ella temió que la estaba rechazando.

Pero entonces miró su imagen en la cima de la pila de dibujos, la suave sonrisa de bienvenida que él había dibujado en sus labios, y supo que la resistencia de él era por otra cosa.

Acomodándose en los muslos de él, apretó las rodillas contra sus costados. Mientras su mirada recorría los ángulos hermosos de su cara, soltó el cinto de su bata y lo dejó caer por sus brazos hasta acabar en torno a sus caderas y por encima de las piernas de él. Luego, lentamente

deslizó las manos por la superficie del pecho de él, luego su cuello grueso para tomar su mandíbula en las manos. Podía sentir los músculos, tensarse y soltarse bajo sus dedos mientras se inclinaba hacia delante, presionando su vientre y luego sus pechos contra el cuerpo duro de él. Cuando sus labios estaban casi tocando los de él, le susurró: “mírame, Mason”.

Él la miró con los ojos estrechados. Su mirada estaba llena de fuego y necesidad acuciante.

Con suavidad y atención deliberadas, ella colocó su boca en la de él. Una presión suave. Luego una caricia rodándole la boca de lado a lado. Era tierno, ligero y dulce. Cuando ella se echó atrás, le rozó ligeramente los pulgares por su mejilla llena de vello. “Si quieres que me vaya, lo haré”.

Un gemido entrecortado se deslizó por la garganta de él cuando la agarró por la cintura con fuerza. “No te atrevas”.

El poder de sus manos agarrándola, el tono físico de mando y pura posesión en su voz, la hizo derretirse en una inundación de calor líquido. Un gemido se escapó de su boca y sus muslos se tensaron mientras resistía el impulso de mover las caderas. Le llevó un momento recobrar el aliento, pero en cuanto lo hizo, le miró con ferocidad a los ojos. “¿Sabes por qué he venido a ti?”.

Durante un momento largo, se limitó a mirarla a los ojos. Luego sus manos se apretaron contra el cuerpo de ella. La levantó de las piernas para colocarla más firmemente sobre las ingles mientras contestaba de manera ruda, “Porque eres valiente y hermosa y mucho más de lo que un hombre como yo se merece”.

Luchando contra el deseo de suspirar al sentir su cuerpo endureciéndose debajo de ella, deslizó los dedos entre el cabello sedoso de la nuca de él y sacudió la cabeza. “Es porque soy testaruda y orgullosa y no podía permitirte creer ni por un minuto más que lo que dijiste en el carruaje anoche podría ser verdad”.

La mirada de él permaneció en sombras mientras adoptaba una media sonrisa y la balanceó por el saliente de su verga. “¿Entonces, es que *no* quieres que te folle?”

Katherine le agarró de los hombros ante la explosión de sensaciones que le recorrieron el cuerpo. Ella entendió la respuesta de él por lo que era, un apartar las emociones que no quería reconocer.

Casi sin aliento ya, ella se obligó a mirarle a los ojos. “Quiero que reconozcas que es más que eso”, murmuró ella con la voz espesa. “Que lo que pasa entre nosotros es más profundo”.

“¿Más profundo?”. Dijo en un gruñido mientras inclinaba la cabeza para humedecer el cuello de ella antes de cerrar la boca con firmeza por el músculo que iba del cuello de ella hasta su hombro. Cuando ella gimoteó, él soltó su carne para calmarla con un barrido caliente de la lengua. Soltando su cintura, estiró las manos bajo su camisón. Agarrando su trasero desnudo en una mano, de alguna manera logró soltar su verga de los calzones con la otra mano. En unas breves bocanadas, su punta ancha estaba apuntando a la entrada mojada y anhelante de ella. “Voy a ir tan profundamente dentro de ti, cariño, que vas a ver las estrellas”.

Luego la agarró de las caderas y la bajó por su largura en un embiste caliente único.

Katherine gimió ante la presión que la estiraba, llenaba y consumía de su verga espesa totalmente hundida en ella. Aunque casi había dejado de pensar ante la pura belleza de tenerle dentro de ella, se daba cuenta de que la sostenía con firmeza en su regazo, impidiendo más movimientos. Estaba intencionadamente reteniendo ese placer mayor.

Protestando, ella apretó con sus músculos internos alrededor de él y se alegró al escucharle gemir contra su garganta.

“Dime que no necesitas esto”, gruñó él.

Katherine le rodeó la cabeza con las manos, sosteniéndole contra su cuerpo mientras basculaba las caderas con suavidad, creando una sutil y profunda fricción. “Sí que lo necesito”, jadeó ella. “Pero quiero *más*.”

“No hay más”.

Ella agarró el pelo de él en un puño y le obligó a echar la cabeza atrás hasta mirarla a los ojos. La mirada de él era peligrosa. Más peligrosa de lo que había visto nunca. Pero no tenía nada de miedo.

Estaba empoderada.

“Eres un canalla sin vergüenza, y un bruto. Pero no eres un mentiroso”. Le tocó los labios con las puntas de los dedos. “¿De qué tienes miedo?”.

Una sombra oscura apareció en su mirada. “No”.

“No, ¿qué?”, le desafió ella, deslizando la mano para tomarle de la nuca.

Sus dedos se hundieron en la carne suave de los muslos de ella. Cada músculo de su cuerpo se tensó. Su pulso era rápido y arrugó la frente.

“No me ames, duquesa”. Su voz era descarnada. Sin matices.

“No me digas lo que tengo que hacer”, dijo ella antes de acercar la boca de él a la suya.

Embistió con la lengua, más allá de sus dientes, frotándola con promesa sensual. Enarcando la columna, presionó los pechos contra su torso. Y le sostuvo. Rodeándole los hombros con sus brazos, sus muslos conteniendo las caderas de él, y su verga pulsando muy hondo en ella, le sostuvo.

Un gemido espeso y pesado se escapó de su cuerpo. Los brazos de él rodearon la cintura de ella, y al acercarla en su abrazo, los cuerpos de ellos se movieron un poco, permitiendo un delicioso deslizamiento de su carne en la de ella. Húmedo, caliente y maravilloso.

“Te arrepentirás de esto”, gruñó él. Agarrando con los puños el camisón de ella, se lo quitó rudamente por encima de la cabeza de ella antes de cubrir sus pechos con las palmas de sus manos pesadas. “Llegarás a odiarme. Lo hace todo el mundo”.

Katherine se echó hacia atrás, sosteniéndose en la superficie dura de sus muslos mientras se enarcaba profundamente, echando la cabeza hacia atrás. Él tomó de inmediato uno de sus pechos en la boca, pasando la lengua por su punta.

“Nunca”, jadeó ella. “Nunca podría odiarte, Mason. Yo…”

El gruñido animal de él y el filo de sus dientes en su carne suave le impidió decir la frase que surgía tan fácilmente en sus labios. Antes de poder intentar repetir el sentimiento, él rodeó con un brazo la cintura de ella y la levantó de su regazo, saliéndose de ella. Luego embistió hacia arriba una vez más. El movimiento le robó el aliento y los pensamientos.

Después, ella sintió el ritmo castigador, subiendo y bajando por su verga caliente, mientras él con enfoque implacable mamaba sus pechos y pasaba las uñas romas contra el vientre, las caderas y los muslos de ella. El placer y la hermosa tensión se acrecentó en ella, pero un miedo ansioso amenazaba con robárselo.

Porque no había logrado lo que había venido a buscar. No le había convencido…

Él agarró con las manos los hombros de ella desde detrás, acercándola más para poder sellar su boca abierta contra el cuello de ella, tirando de su piel sensible contra el borde de sus dientes.

El cuerpo de ella tembló de la cabeza a los pies.

Pero ella no había logrado decirle…

Él tomó su trasero con una mano, instándola a un ritmo más veloz y corto. Deslizando un

dedo largo por la separación entre las nalgas de ella, presionó con suavidad esa parte sensible y pequeña de ella.

La extraña sensación inesperada, en combinación con el delicioso dolor que él estaba provocándole por dentro, la hizo rebasar el borde. Su cuerpo se apretó con fuerza en una intensa pulsión de placer. Jadeó con sorpresa ante la repentina sensación. Antes de perder la cabeza por completo, agarró la cara ancha de él con ambas manos, mientras sus ojos se fijaron en la mirada fija de él, se apoderó de sus labios con los suyos.

El clímax de ella fue largo y la consumía en oleadas profundas y ondulantes. Pero se negó a soltar esa conexión con él. Si no podía decirle lo que sentía con palabras, se lo diría de la manera que pudiera.

Solo le llevó a él un momento antes de sentir su propio clímax. Sus muslos se tensaron y sus rodillas subieron, atrapándola con más fuerza todavía contra su cuerpo mientras sus brazos temblaban en torno a ella y su verga pulsaba con la liberación de su simiente.

Capítulo Treinta y Dos

Ella le había matado jodidamente.

Su cuerpo. Su corazón. Su alma. Todo absolutamente destrozado. Aniquilado.

De manera que en lugar de intentar existir por su cuenta, la estrechó contra su cuerpo e intentó absorber la vida que sentía que vibraba en su silueta esbelta. El calor se desprendía de ella en su pecho. Las pestañas de ella parpadearon. Sus piernas temblaban. Y sus carnes de mujer se contraían con pulsaciones sutiles en torno a su largura que lentamente se iba ablandando.

Entonces ella se movió. Moviendo la columna primero en un estiramiento dulce que le robó el aliento haciendo que su estómago se tensara. Con un suspiro, ella echó la cabeza hacia atrás y plantó un pequeño beso silencioso en el hombro de él, luego en el lado de su cuello, y después en ese sitio sensible bajo su oreja.

Gruñó. No pudo evitarlo. Esta mujer le sacaba la bestia que tenía dentro.

Ella rio, un sonido ronco y gutural. Pasando su mano fina por las costillas de él, ella hizo una pausa cuando sus dedos llegaron al disco plano del pezón de él.

Entonces, para sorpresa y placer de él, le pellizcó. Con fuerza.

Él aspiró aire y le dio un cachete en su trasero desnudo.

El intercambio fue veloz y juguetón y para nada lo que él hubiera esperado de esta mujer. Cuando finalmente ella levantó la cabeza, él ya había ocultado sus pensamientos. Pero temió que ella los hubiera visto de todas formas.

Sus ojos sensuales eran tan jodidamente hermosos, y su suspiro era pesado mientras su atención se bajó con suavidad a la boca de él.

“Dibújame”, le susurró ella.

“¿Qué?”.

“Me gustaría que me dibujaras”.

Una emoción perversa le recorrió. “¿Ahora?”

La sonrisa que ella le brindó era segura y quizás solo una pizca descarada. Lo cual él adoraba. “Sí. Ahora mismo”. Miró a su alrededor por la habitación. “¿Dónde te gustaría que me pusiera?”

Él rio y tomó los brazos de ella entre las manos. Ella bajó la vista para mirarle. Ondas espesas de su cabello caoba caían por encima de su hombro a un lado, creando una cortina por encima de un pezón. Él respiró rápido mientras su verga se removía con nueva vida. “¿Por qué?”

Su respuesta fue un veloz beso en sus labios. “Quiero verme cómo me ves tú”.

Unos minutos más tarde, Mason la tenía estirada de costado por la base de su cama. Su cabeza descansaba en un brazo fino que se extendía hacia el borde de la cama, mientras que el otro brazo le cruzaba con gracia el vientre. Su pierna superior estaba doblada y llevada hacia delante, acentuando la curva profunda de su cintura y cadera. Una vez que estaba en la postura correcta, él dispuso sus mechones oscuros de pelo para que cayesen en ondas revueltas por encima de su silueta pálida.

Luego, él se sentó contra el cabecero de la cama. Sin hablar, empezó a dibujar. Su mirada recorrió cada trazo y sombra mientras el carboncillo pasaba por la hoja de papel en trazos largos. El acto de recrear sus curvas y suavidad, su fortaleza y sensualidad, era como sentir hacer el amor. Su carboncillo acarició la longitud de sus piernas y los arcos de sus pies gráciles. Veneró

los modestos montes pequeños de sus pechos, la hondonada de su ombligo, y el pliegue de su brazo.

Cuando empezó a trazar los detalles de su cara, su pecho se tensó.

Con la frente fruncida, formó la forma de sus ojos, las líneas severas de sus cejas, y el plano recto de su nariz. Cuando dibujó la curva sensual de su labio inferior antes de ir a los arcos elegantes de su labio superior, no pudo evitar pensar en lo suaves y dulces que eran esos labios. Lo generoso y exigente del remolino de su lengua. Lo increíble que se sentiría al tener esa boca caliente en su verga.

Él pulsó, de manera dura y pesada, la sangre fluyendo a sus ingles.

"¿En qué piensas?"

La voz de ella era baja y sensual. Mason parpadeó, dándose cuenta de que había dejado de dibujar. Su mirada seguía fija en los labios de ella. No podía desviar la mirada. "Estoy pensando en tu preciosa boca".

Ella sonrió y su verga creció aún más, extendiéndose más allá del borde de sus calzones abiertos. Dejó el dibujo y el carboncillo a un lado y se bajó los calzones para pasar una mano a lo largo de su erección.

La mirada de ella siguió ese movimiento. Ardiente. Hambrienta. Se apoyó en un codo y deslizó su pierna doblada más alta por la cama, dándole a él un vistazo en sombras de su sexo.

Tomando su verga en la mano, la agarró con fuerza en la base. Una gota de humedad salió de la raja en la punta. Sentía dolor. En los huevos. Profundamente en sus entrañas. En el centro del pecho.

Mirándola verle, deslizó la mano arriba y abajo en un movimiento duro. La gota de humedad empezó a rodar por la punta de su pene.

Ella la vio y jadeó con suavidad mientras se ponía de rodillas. Mason se fijó en sus labios entreabiertos, su respiración profunda y su mirada de párpados caídos.

Su voz era ronca de lujuria y todo lo demás que estaba sintiendo "Ven aquí".

Ella no lo dudó. A gatas hacia él, se puso entre sus piernas abiertas. Solo entonces sus ojos subieron para mirar los de él con una pregunta callada y deseo feroz.

"Es tuya, cariño. Tómala".

Los ojos de ella se agrandaron brevemente antes de que bajara la vista a donde él pulsaba casi explotando. Otra perla se formó y un suave gemido salió de la garganta de ella. Descansando las manos en la superficie dura de sus muslos, se inclinó hacia delante y relamió la perla con el plano de su lengua aterciopelada.

Mason gimió con pesadez y profundidad. Sabía que era perfecto.

Cuando ella giró la lengua con delicadeza en torno a su punta ancha, él tragó aire y contuvo el aliento. Su puño se apretó contra la base de su verga, mientras que la otra mano se hundió en el cabello espeso de ella y tomó el cráneo de ella. Aunque no usó presión, su manera de agarrarla pareció inspirarla mientras abría los labios, cerrando la boca en torno a su verga.

La cabeza de Mason cayó hacia atrás y un gruñido de placer surgió en su pecho.

Ella subió la boca y luego la bajó. Movimientos largos y deliciosos acentuados por su lengua juguetona en torno a la punta ancha. Le consumía. Le esclavizaba. Y cuando su mano se unió a su boca en su verga, él se rindió por completo.

Con una mano enterrada en su cabello, deslizó la otra en una caricia cálida por la parte baja de su columna, deteniéndose un momento para apretar la carne suave de su trasero. Ella se undulaba bajo el tacto de él, como un gato exigiendo más atención. Su gemido de placer vibró en torno a su erección, inspirando una delatora tensión en los huevos.

Con un renuente gruñido de esfuerzo, él tiró con suavidad del cabello de ella indicándola que parase. Ella le soltó con un lento, torturante deslizamiento de sus labios. Tirando de ella hacia él, tomó la boca de ella con la suya, embistiéndola con la lengua lo suficiente como para tomar sus gemidos como propios. Luego la envolvió con los brazos y la rodó de manera que quedó boca arriba. Necesitando que ella estuviera tan cerca del borde como lo estaba él, deslizó su punta rugosa hacia arriba y hacia abajo por encima del clítoris en movimientos breves y potentes. Hasta que sus uñas le rasgaban la espalda y sus muslos se tensaron y temblaban en torno a las caderas de él.

Cuando ella plantó los pies e inclinó las caderas, él la premió con un lento deslizamiento de su miembro por la apertura de ella, procurando no penetrarla.

El gemido de frustración de ella le hizo reír un poco hasta que el borde afilado de sus dientes en su hombro le acalló.

"¿Mi duquesa exige satisfacción?"

"Te necesito dentro de mí", jadeó ella. "Ahora".

Una potente oleada de lujuria le invadió ante las palabras, y embistió en un solo movimiento rígido. Apoderándose de ella. Rindiéndose ante ella.

Ella levantó las rodillas por sus costados y presionó los talones en las nalgas de él, forzándole a profundizar mientras su cuerpo se batía y contraía en torno a él.

Totalmente destruido.

#

Un rato más tarde, ella se movió en el sitio donde estaba suavemente en duermevela, recostada contra el pecho de Mason. Él miró hacia el reloj. Se aproximaba el amanecer y ella tendría que irse pronto.

Tuvo que muy intencionadamente quitar el brazo de alrededor de la espalda de ella. Un gran esfuerzo cuando todo en él se tensionaba con el deseo de conservarla en ese sitio. Más pruebas de que él había perdido la cabeza.

Ella no podía permanecer en su cama como él no podía quedarse en Mayfair.

Cuando ella se rodaba suavemente de su lado, él cerró los ojos. No necesitaba verla irse para sentirlo.

Lo sentía. Por todas partes. Profundamente. Dolorosamente.

Él había sabido en el instante en que ella entró por la puerta de su dormitorio anoche, que sería la última vez juntos para ellos. Saber eso le había llenado de una ira instantánea mientras se había obligado a aceptar que quería más de lo que las circunstancias de ellos dos les permitía. Con un gran esfuerzo, había aplacado su ira para poder rendirse al deseo del momento, las necesidades de la noche.

Dándose cuenta de que ella todavía no se había levantado de la cama, arriesgó un vistazo.

Ella estaba sentada en el borde de la cama. Su cabello colgaba por encima de un hombro, y su espalda fina era grácil y recta mientras bajaba la mirada hacia algo que tenía en las manos.

Mason se puso rígido. Una extraña clase de dolor le surcó al darse cuenta de lo que ella tenía.

Con un movimiento veloz y decidido, él se puso en pie desde el otro lado de la cama y caminó al otro lado de la habitación hacia el lavamanos. Ocupándose de la tarea de lavarse el sudor y sexo del cuerpo, logró darle la espalda. Si lo intentaba con suficientes fuerzas, quizás podría olvidar que estaba allí.

"Mason".

Su nombre fue un susurro suave y serio. Una caricia y una orden.

Con el vientre y los hombros tensados, levantó un puño para frotarse el dolor en el pecho. Pero no se dio la vuelta.

Podía escucharla moviéndose, el suave deslizamiento de su piel contra las sábanas. El quedo silencio de sus pies desnudos pisando la alfombra mullida. El sutil sonido del papel en su mano.

La habitación estaba demasiado caliente. Debería diseminar los rescoldos en la chimenea. Abrir una ventana, quizás. Algo para enfriar el calor que subía bajo su piel.

Se inclinó hacia delante salpicándose agua a la cara de la palangana a la cara.

Cuando se enderezó, ella seguía allí. Detrás de él. Podía sentirla.

"Mason. Date la vuelta y mírame, por favor".

Sería un cobarde si no lo hiciese. Mason Hale era muchas cosas de dudosa reputación, pero nunca había sido un cobarde.

Después de secarse la cara con una toalla, se giró. Plantando los pies, dobló los brazos ante el pecho y adoptó la expresión más dura que pudo. Una tarea hercúlea cuando verla allí parada, tan orgullosa y hermosa y completamente, deslumbrantemente desnuda, hizo que su sangre fluyese alocadamente en sus venas y su corazón latía el doble.

Dándose cuenta de su expresión feroz, ella suspiró con suavidad y alzó una ceja elegante y altiva. "Estás enamorado de mí".

El corazón de él se paró. Muerto. "Maldita sea, duquesa".

Ella alzó el dibujo más reciente en la mano y ladeó la cabeza de manera imperiosa. "Intenta negarlo".

Un gruñido bajo se escapó de la garganta de él.

No podía negar nada. Quería hacerlo, pero no pudo formular las palabras.

Ella le devolvió la mirada pesada de él con una lenta sonrisa que curvaba su boca de la manera más hermosa mientras dejaba el dibujo en la silla a su lado y siguió hacia él. El bamboleo de sus caderas casi le hizo dejar de prestar atención a la mirada de decisión en sus ojos. Pero su mirada oscura, intensa, era demasiado apremiante.

"Está bien, sabes", murmuró ella una vez que llegó hasta justo delante de él. Echando la cabeza hacia atrás, miró con suavidad los rasgos de su cara antes de volver a mirarle a los ojos. "Yo también estoy enamorada de ti".

El gruñido de él cambió a un gemido cuando ella descansó las manos en sus brazos plegados y se inclinó hacia delante para presionar los labios a su músculo pectoral. Luego se puso de puntillas y selló con sus labios suaves el lado de su garganta.

"Deja de hacer eso, duquesa". Las palabras eran desgarradas y apenas audibles.

"¿Dejar qué?"

Ella presionó otro beso tras la oreja de él, haciéndole sentir escalofríos de placer por la columna.

"Ya sabes qué. No tiene sentido".

Ella se echó atrás para mirarle, una arruga severa entre las cejas. "¿El amor no tiene sentido?"

"Entre nosotros no tiene sentido".

Hubo un destello de dolor en los ojos de ella que ocultó con rapidez. Él pasó por el lado de ella para cruzar la habitación. No era por ninguna razón en concreto, aparte de poner algo de distancia entre ellos dos. Cuando llegó al lado de la cama, miró a su alrededor buscando algo que hacer. Viendo sus calzones, los agarró y metió los pies.

"No estoy de acuerdo".

Él cerró los ojos ante su tono serio que venía de demasiado cerca. Ella le había seguido. Manteniéndose de espaldas a ella, se subió los calzones y trabajó los botones con dedos torpes.

Cuando él no contestó, ella habló de nuevo. Su voz subiendo de tono. "¿Has terminado? ¿Así por las buenas?"

Joder.

El corazón de él le martilleaba con tanta fuerza que pareció que explotaría por su pecho.

"No me lo creo".

"No importa si lo crees o no", gruñó él, girándose para mirarla, los brazos una vez más plegados ante su pecho, en un intento estúpido de crear una barrera entre los dos. Estúpido porque ella ya había creado un sendero que iba directamente a su alma. "Nada puede venir de esto. *Nosotros*".

La mirada de ella era rebelde. Y jodidamente hermosa. Resistió el impulso de presionar su corazón en el pecho para contenerlo.

Ella ladeó la cabeza y se quedó mirándole. Su mirada inteligente pasó por cada ángulo duro de su cara, que sentía como una caricia. Luego sus rasgos se suavizaron cuando dio un paso hacia él y colocó las manos en sus brazos cruzados, en silencio, pidiéndole que los bajara. Él sopesó resistirse, pero sabía que ella no se lo permitiría. En vez de hacerlo, hizo todo lo posible por mantenerse pasivo mientras ella le desdoblaba los brazos y se los llevó en torno a su cintura. Subiendo las manos por los brazos hasta sus hombros, se presionó contra él. Calidez suave contra calor duro.

Mason apretó los dientes para reprimir su gruñido de placer.

Llevándole los brazos en torno a su cuello, ella tiró de él hacia abajo para presionarle un beso contra sus labios firmes.

Luego le miró directamente a los ojos y dijo, "Cásate conmigo, Mason Hale".

Los brazos de él se tensaron de manera automática en torno a ella mientras se le escapó el aliento en un juramento murmurado con rudeza. Toda la presión en él empujó hacia fuera. Sentía como que necesitaba explotar. Buscó en el rostro de ella y no vio nada más que una intensa sinceridad. Y por alguna razón, eso le enojó.

"Eso es imposible y bien lo sabes tú".

"No es así", discutió ella con tozudez. "Nada es imposible".

"Un matrimonio entre la hija de un duque y un villano del East End lo es".

"¿Según quién?"

"Todo el mundo".

"No me importa el resto del mundo", replicó ella. Luego enarcó una ceja. "Si no quieres casarte conmigo, Mason, solo di que no".

Él gruñó de nuevo y sus brazos se tensaron de forma involuntaria.

Ella sonrió.

"Es justo lo que pensaba". Tomando la cara de él entre las manos, miró con seguridad a sus ojos. "Has estado luchando toda tu vida. Luchado por sobrevivir. Por proteger. Para exigir tu lugar en el mundo. No tienes que luchar contra esto, Mason." Ella sonrió. "Solo deja que suceda".

La emoción le embargaba. No podía responder. No parecía real.

"Has de saber ahora mismo que no voy a rendirme en esto. En *ti*".

Cediendo a la necesidad en él, Mason cerró los ojos y la abrazó con más fuerza, hundiendo la cara en la curva del cuello de ella y su hombro. "Espero que no", murmuró él con la voz espesa.

Al cabo de un momento, levantó la cabeza para mirarla desde arriba.

Maldita sea, era deslumbrante. Apasionada, orgullosa y hermosamente feroz.

Él sacudió la cabeza lentamente mientras preguntó con el corazón en la garganta. “¿De verdad quieres casarte conmigo?”

Ella asintió con la cabeza. “Sí”.

“¿Y, me quieres?”

“Sí”.

“Porque una vez que seas mi esposa, está hecho. Eres mía para siempre”.

“Sí, lo sé”. Ella le sonrió.

Y, entonces las palabras aparecieron de repente. Presionándose de manera insistente contra sus labios. Directas. Innegables. Y ciertas. “Te quiero”.

Aunque ella ya lo había dicho, el placer en su sonrisa y en las profundidades de sus ojos cuando lo dijo él, le indicaban que estaría diciendo esas palabras muy a menudo.

Epílogo

Dos meses más tarde

Mason se metió a hurtadillas en la mansión de Mayfair por la entrada del jardín. Todo estaba en silencio. Lo esperado para esa hora tarde de la noche. Aunque el sigilo no era su punto fuerte, hizo todo lo posible por reducir el ruido de sus movimientos quitándose el abrigo pesado y empapado de la lluvia y sus botas mojadas dejándolos al lado de la puerta antes de avanzar lentamente en silencio por el pasillo.

No llegó lejos antes de detenerse abruptamente para escuchar.

Un sonido inesperado. Y no estaba lejos.

Una sospecha surgió en él y avanzó con cuidado. Entonces lo vio, la luz sutil de una vela parpadeando en la habitación de delante.

Con atrevimiento, se acercó al umbral de la puerta para arriesgar un vistazo.

Lo que había pensado.

"¡Papá!".

Claire le vio primero. La calidez le invadió cuando sus mejillas suaves se ensancharon con una sonrisa. Levantó un pastelillo lleno de azúcar hacia él. "Dulces".

Él rio y se acercó a donde su hija estaba sentada encima de la alta mesa de madera. Presionando un beso a su frente, miró por encima de su cabeza y se topó con la mirada oscura de su esposa.

Contentamiento.

Una palabra tan rara. Y una sensación aún más rara. Pero se estaba acostumbrando a ella.

Se echó hacia atrás para preguntar con suavidad, "¿Otra pesadilla, nenita?"

Claire hizo un mohín con el labio inferior salido mientras asentía con la cabeza de manera apenada.

"Arañas", aclaró Katherine.

Le invadió el alivio. Los recuerdos de Claire de ser secuestrada se estaban difuminando lentamente. Pesadillas sobre arañas eran un cambio bienvenido. "Sabes que no dejaré que nada te haga daño. Ni siquiera arañas".

Claire sacudió la cabeza. "¡No daño a las arañas!"

Mason miró a Katherine con una ceja levantada.

"Claire estaba intentando salvar a la araña de una bota gigante"

"Entiendo", murmuró él con la voz espesa mientras lentamente envolvía a la niña pequeña en un fuerte abrazo. "Eres una niña bondadosa y valiente, ¿sabes?".

Después de un momento, Claire se movió queriendo ser soltada. Él la soltó y de inmediato se llevó un bocado enorme de pastel a la boca.

Katherine había pasado por el lado de la mesa donde estaba él y él se giró para tomarla entre los brazos. Ella se derritió contra él, sus brazos rodeándole el cuello mientras alzaba la cara para un beso. Fue breve y casto, pero de todas formas le removía la sangre.

"¿Cómo va la cosa?". Susurró ella,

Echándose hacia atrás, la miró a los ojos y sintió una conexión distinta a nada que hubiera conocido antes. A veces le sorprendía.

Consideró evadir la pregunta de ella, pero sabía que sería inútil. Su mandíbula se tensó. "Es peligroso. No para mí. Pero Warfield…"

Ella frunció el entrecejo. “¿Qué puedo hacer yo?”.

Él la paró con un veloz apretón y brusca sacudida de la cabeza. “Nada, cariño”.

Ella asintió con la cabeza, pero antes de que pudiera contestar, un recién llegado en camisón y bata entró a trompicones en la cocina. Llevándose una mano a su pelo revuelto, Freddie miró con confusión a su alrededor. “¿Qué es esto?”

Mason gruñó. “Un tentempié de media noche. Y has llegado tarde”.

El niño movió la cabeza para mirar más allá de Mason y Katherine a la mesa. “¿Qué hay entonces?”.

“¡Dulces!”, se ofreció Claire alegremente.

“Perfecto”.

Cuando Freddie se acercó a la mesa y empezó una discusión apasionada con Claire acerca de qué pastelillo elegir, Katherine se giró entre los brazos de Mason. Pero él no la dejó apartarse. Con la espalda de ella, presionada contra la parte delantera de él, plegó los brazos en torno a ella y bajó la cabeza para besarla en la sien.

Esposa. Familia. Hogar.

Más palabras que rápidamente se estaban convirtiendo en esenciales para su existencia.

Ella suspiró y dejó caer la cabeza contra su hombro para sonreírle.

Pero la mejor palabra de todas con mucho era… *amor.*